

1875



PARIGIA

DE

NASA

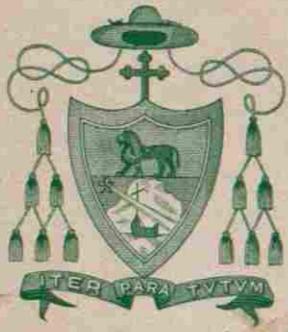
DE

NUADALII



F1-2-30
S2

002016

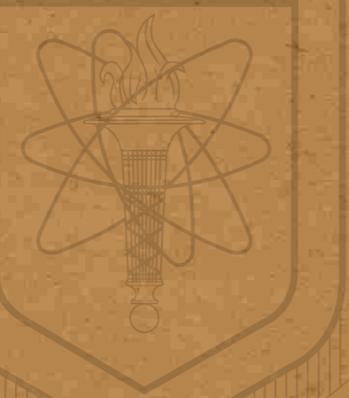


EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Anaquel 12. Falda 2.

244



lito. junto al correa.

N. S. DE GUADALUPE DE MEXICO.

la mas semejante à su Original.

LA
APARICION

DE

N.ª SEÑORA DE GUADALUPE

DE MEXICO.

Comprobada con la refutacion del argumento negativo que presenta
D. Juan Bautista Muñoz, fundandose en el testimonio del P. Fr. Ber-
nardino Sahagun;

Ó SEA:

HISTORIA ORIGINAL

DE ESTE ESCRITOR,

QUE ALTERA LA PUBLICADA EN 1829

EN EL EQUIVOCADO CONCEPTO

DE SER LA UNICA Y ORIGINAL DE DICHO AUTOR.

PUBLICALA,

Precediendo una disertacion sobre la
Aparicion Guadalupeana, y con notas sobre la conquista de Mexico,

Carlos M. de Bustamante,

INDIVIDUO DEL SUPREMO PODER CONSERVADOR.



México. IMPRESO POR IGNACIO CUMPLIDO.

CALLE DE LOS REBELDES N.º 2.

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ

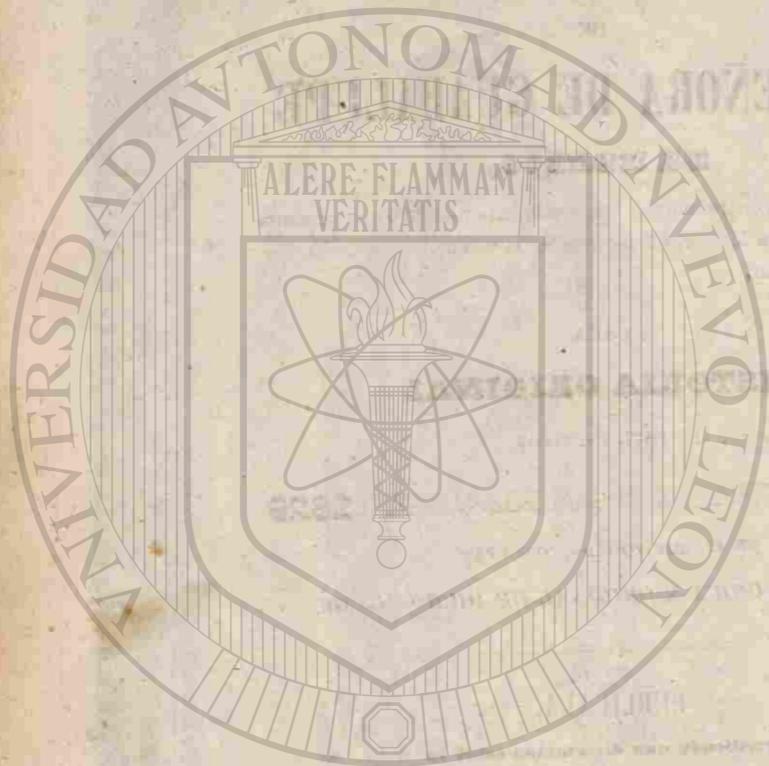


1840
FONDO EMBETRIJO
VALVERDE Y TELLEZ

440

F1230

S2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ



Disertacion Guadalupana.

EL EDITOR.

Publicar la presente obra, no es mi ánimo formar una disertacion capaz de competir con la Defensa Guadalupana, escrita por el P. Dr. y Maestro *D. Manuel Gomez Marin*, presbítero del Oratorio de San Felipe Neri de México, impugnando la disertacion de *D. Juan Bautista Muñoz*, cosmógrafo de Indias; ó sea, Memoria sobre las Apariciones y culto de Ntra. Sra. de Guadalupe, leida en la real academia de la historia, é inserta á la página 205 del tomo impreso en Madrid en 1817; ni tampoco con la apología de dicha Aparicion que contra Muñoz publicó el *Dr. D. José María Guridi y Alcocer*. Ambos escritores, principalmente el primero, lo han hecho de una manera brillante, en que han mostrado su piedad, profundos conocimientos en la teología, y crítica juiciosa; mas sin embargo, inculpablemente y por falta de documentos que no pudieron tener á la vista en la época en que escribieron, han dejado en pie el argumento negativo con que Muñoz combatió la Aparicion Guadalupana, fundado en la falta de constancia de ella, que nos presenta el P. Fr. Bernardino Sahagun en el tomo 3, página 321 de su Historia general de las cosas de Nueva-España, que yo publiqué en México en el año de 1829 y 30.

002016

Creó Muñoz, (y con razon) que este argumento jamás se le responderia; lo primero, porque el P. Sahagun llegó á México dos años antes de la aparicion; lo segundo por haberse dedicado con el esmero posible, en el transcurso de muchos años, á investigar las cosas de la Nueva-España, pudiendo en cierto modo decirse de él, lo que de Salomón, que trató desde el cedro hasta el musgo.

Efectivamente; la emigracion de los indios mexicanos, su teología, usos, costumbres, historia natural, elocuencia y hasta los acertijos de su idioma, y cuanto podria dar la mas completa idea de esta nacion y su conquista por los españoles, fué asunto de su investigacion y de su historia; campeando en toda ella para hacerla mas recomendable, el candor, sinceridad y buena fé, no menos que el celo religioso de este bendito varon. ¡Quién, pues, á vista de partes tan recomendables en un historiador, osaría negarle el asenso que se merece, cuando paladinamente dice, que ignora el origen de Nuestra Señora de Guadalupe? Mas, ¡oh Providencia, digna de nuestra adoracion y respeto! Habíase reservado á estos dias de impiedad la solucion de este terrible argumento por medio del mismo P. Sahagun, de quien la hemos tomado, para forzar el último atrincheramiento que habia quedado al único escritor que niega la Aparicion Guadalupeana, y presentarla de una manera tan clara, sencilla y convincente, cual pudiera desear el mexicano mas piadoso. Así espero demostrarlo en esta humilde disertacion, siguiendo los pasos de este escritor respetabilísimo, y la huella que nos dejó trazada.

Dedicado á formar su historia, obedeciendo el precepto de su prelado, y para ayuda de los obreros y ministros que doctrinaban á los indios, reunió en el pueblo de *Tepeapulco* á los de mejor nota y nombradía que se conocian entonces, y habian sido testigos de la conquista, é instruídose de todos los ramos de la historia de este pais. De sus relaciones formó la que él llama *Trilingüe* por haberla escrito en castellano, mexicano y latin. En nueva junta de indios sábios que despues reunió en el colegio de Santa-Cruz de Tlatelolco y convento de San Francisco de México, depuró dicha historia hasta formar un sumario completo, en el cual hizo sus alteraciones, pues colocó en el libro doceno la historia de la conquista que antes habia puesto en el noveno.

Como escribia con la franqueza propia de la verdad, y esta no agra-

daba á los gefes del gobierno *de entonces*, ni tampoco á algunos de sus hermanos frailes, llegó á punto de ser despojado de sus escritos, que remitidos á España, se mandaron archivar en el convento de San Francisco de Tolosa de Navarra, donde yacieron ocultos por espacio de mas de dos siglos, para que jamás pudiesen ser leidos.

En el gobierno de Carlos III se comisionó al Sr. Muñoz para que escribiera la historia del Nuevo-Mundo; pero este se encontró sin esta obra necesarísima para formarla, porque ignoraba su paradero, hasta que leyendo el índice de la Biblioteca Franciscana supo de su existencia; y autorizado por el gobierno con amplias facultades, la estrajo de dicho monasterio. Habiendo llegado á Madrid el coronel D. Diego Garcia Panes con ánimo de imprimir las obras del Sr. Veytia, contrajo amistad con Muñoz que le franqueó el manuscrito del P. Sahagun, permitiéndole sacase copia de los dos gruesos volúmenes en que estaba escrita, y en la que se registra el testo en que dice el P. Sahagun estas palabras: *No se sabe de cierto de donde haya nacido esta fundacion de esta Tonantzin.* Así llamaban los indios mexicanos á Nuestra Señora de Guadalupe como Madre de Dios, bien así como los griegos tenian á la diosa Cibeles por madre de sus númenes.

Resulta, pues, que aquellos dos volúmenes que hizo copiar el coronel Panes, era lo que se tenia únicamente por obra del P. Sahagun, y como tal se estimaba; pero de su atestacion no aparece probado que esta era la *historia original y autógrafa* de tal autor, pues esta circunstancia no la habria omitido de explicar, cuando nos presenta la relacion del modo con que la habia adquirido, y procura garantizar la esactitud de la copia. Hoy poseemos un manuscrito original, escrito todo del puño y letra y firmado del P. Sahagun, en el que se nota en algunos de sus capítulos una variacion esencial, que ya presentaré, de los que publiqué en el libro doceno de su historia general, que es la de la conquista.

Este manuscrito lo formó el P. Sahagun en el año de 1585, es decir, cinco años antes de su muerte, y sin duda lo hizo presintiendo las alteraciones que sufririan sus obras, en las que ya él habia hecho algunas, pues confiesa (son sus palabras) que se hicieron ciertos defectos, y fué, que *algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista, que fueron mal puestas, y otras se callaron, que fueron*

mal calladas. Por tanto, este manuscrito autógrafo, descubre la alteracion que padecieron sus escritos, y nos pone en el caso de dudar razonablemente de la autenticidad y esactitud del testo que tuvo á la vista, y nos presenta Muñoz para negar la Aparicion, y ya con él, negarle la autoridad. Mas ¿cómo pudo haberse hecho ni probarse esta extraordinaria mutacion? me preguntará alguno; la respuesta la daré refiriendo el hecho siguiente que nos disipa toda duda.

En las revueltas ocurridas en Madrid en el mes de Mayo de 1808, con motivo de la entrada de los franceses y traslacion de la familia real á Bayona, fué robada la secretaria de la Academia de la historia, de la que se estrajeron *varios legajos* de las obras del P. Sahagun, que un abogado anciano de aquella córte compró á la mano, y entre ellos uno intitulado: *Relacion de la conquista de esta Nueva-España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes. Convertióse en lengua española, llana é inteligible y bien enmendada en este año de 1585.*

Por desgracia solo habia quedado un solo cuaderno manuscrito, que compró el Sr. D. José Gomez de la Cortina, ex-conde de este título, y por el que dió la cantidad de cien pesos, el cual ecsiste en su poder; me lo ha franqueado, y yo he copiado esactamente, añadiéndole notas para mejor inteligencia de la conquista: todo está escrito, y como he dicho, firmado de puño y letra del P. Sahagun. Este pasage, que dicho señor ha certificado, induce á creer, que las demas obras de aquel escritor que dicen relacion á los sucesos, ya de la conquista, ya de la Aparicion Guadalupeana, han sido adulterados porque hacian poco honor á los primeros conquistadores; y si se ha hablado de ellos con posterioridad, ha sido porque su noticia se esparció con generalidad, y de una manera que ya no fué posible ocultarlos; ó bien porque desapareció la faccion empeñada en hacerlo.

En comprobacion de la autenticidad é identidad de este manuscrito, nos refiere el P. Betancur en su crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México, formando el catálogo de los varones ilustres de ella, y hablando del P. Sahagun, (son sus palabras) á la página 138: "Que el nono libro que compuso este escritor, fué la Conquista de México hecha por Cortés; que despues en el año de 1585 la volvió á escribir *enmendada*, cuyo original vide firmado de su mano en poder del Sr. D. Juan Francisco de Montemayor, presidente de la real

audiencia, que lo llevó á España con intencion de darlo á la estampa, y de él tengo en mi poder un traslado donde dice, "que el señor marqués de Villa-Manrique, virey de México, le quitó los doce libros, y los remitió á S. Magestad para su cronista."

Fortificase esta conjetura notando, que la Aparicion Guadalupeana se verificó precisamente en un tiempo en que los indios se hallaban en los mayores apuros y conflictos: sus campos aun estaban empapados con la sangre de muchos millares de naturales muertos en la guerra: sus chozas estaban destruidas, bien sea por el fuego de ella, ó asoladas por la peste, consecuencia de la guerra que se habia rebatado increíble número de habitantes: los que habian quedado de estos, estaban reducidos á una servidumbre vergonzosa y degradante: unos eran herrados como esclavos y destinados á sufrir las cargas de las béstias cuadrúpedas, ó á trabajar en las labores del campo ó laborío de las minas. Ni era menos dura la condicion de los que habian sido dados en encomienda á los conquistadores, á pretexto de enseñarles la religion que ellos ignoraban, y de quienes recibian un trato duro y brutal, semejante al de los antiguos vasallos feudales de sus señores. Por todas partes, y por espacio de no pocos años, se respiró en esta América, muerte, ódio, devastacion y esclavitud. Los clamores que contra tan infandos delitos daba el Sr. Zumárraga, investido con el carácter de *protector de indios*, eran desoidos; y este prelado no solo se veía condenado al desprecio, sino que además era víctima de la persecucion y saña, y tambien de la calumnia suscitada por los conquistadores, á tal punto, que al siguiente año de la Aparicion le fué preciso emigrar á España á sincerarse ante el emperador de los grandes testimonios que se le habian levantado; ni podía obrar de otro modo, pues la correspondencia con la córte estaba tan entredicha y prohibida, que necesitó enviar un paje que condujese á España un Cristo hecho en Tlatelolco por los indios, con achaque de que se viesen sus progresos en la escultura, en cuyo pecho formado á propósito, ocultó un memorial de quejas, que leído por la emperatriz le hizo derramar copiosas lágrimas, y la decidió á cambiar el gobierno de México, y á que mandase la primera audiencia; corporacion que resultó tan mala, que fué preciso disolverla y mandarla á España bajo partida de registro; bajo la misma fué despues su digno presidente Nuño de Guzman, hombre que esclavizó gran parte de los

indios del Pánuco y consumó al fin su iniquidad con el robo de las riquezas del rey *Catzonzi* de Michoacán, á quien hizo morir despues de haber apurado su paciencia con diversas clases de tormento por el largo espacio de quince dias.

Ni se mostraban menos crueles los conquistadores haciéndose entre sí una guerra sin cuartel divididos en bandos. El del conquistador Cortés mas numeroso, y de gente que obraba en mejor sentido que sus competidores, sufrió grandes pérdidas, y aun él mismo llegó á verse despojado de sus bienes por la audiencia, declarada su enemiga, con algunos de sus hechuras. La conquista habria concluido en un dia, y acaso perdiéndose para siempre, á no haberse presentado como por milagro el Señor *D. Fr. Julian Garcés*, primer obispo de Tlaxcala, que siendo el primero de esta alta dignidad que llegó á México, logró restablecer algun tanto la calma, hasta que pasado algun mas tiempo, lo logró de todo punto su digno compañero *D. Sebastian Ramirez de Fuen-Leal*, obispo de Santo Domingo, y tambien cooperó el oidor *D. Vasco de Quiroga*, nombrado despues obispo de Michoacán.

Tal es el horrible cuadro que presenta la América mexicana en los dias de la aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe, habiéndose cumplido al pié de la letra la profecía de Jeremías (*) que ha aplicado á los españoles el P. Sahagun, y dice: "Yo traeré sobre vosotros una nacion de léjos: una nacion robusta y antigua: una nacion cuya lengua no entenderéis. . . . talará vuestras mieses, y devorará vuestros hijos é hijas." El razonamiento de la Señora á Juan Diego, sus palabras de consolacion y amparo cumplidas hasta hoy fielmente, la ternura de sus espresiones propias de una madre llena de bondad y clemencia, todo fué una reprension terrible contra los opresores de su especie que ellos no podrian sufrir que se publicase con todos los ápices y circunstancias de la Aparicion, y por lo mismo no era dado al Sr. Zumárraga presentar por entonces el milagro con todas ellas, pues esto habria sido un nuevo motivo de acusacion y queja, diciendo que invocaba á la divinidad para suscitar á los conquistadores nuevos y mas terribles enemigos.

Toma fuerza esta reflexion, si se nota que á pesar de que campeaba entonces con generalidad un espíritu de piedad y monaquismo,

(*) Cap. 5, V. 15 y siguientes.

y de ser acatados profundamente los misioneros por los conquistadores, (pues estos hacian intervenir á la religion en sus invasiones y rapiñas); no obstante esto, el Sr. Zumárraga fué menospreciado, burlándose de sus excomuniones cuando reclamó la inmunidad de los que se habian asilado en San Francisco, y aun en el acto mismo de presentarse á recibir la absolucion de las censuras en que habian incurrido, lo hicieron con tal desacato, que este acto religioso y terrible, fué una nueva burla que toleró aquel prelado. ¡Y en tan angustiadas circunstancias, hubiera sido prudencia ó política anunciar á los conquistadores que la Madre de Jesucristo, bajando del cielo, se habia ofrecido por madre y amparadora de aquellos á quienes vejaban de tantas maneras, y de cuya racionalidad dudaban! . . . Y si ellos lo llegaban á entender, ¿no estaba en sus intereses ocultar el prodigio de la Aparicion, ó á lo menos no darle boga ni celebrarla cual lo merecia su magnitud y rareza? Hizolo así el tiempo en su transcurso: cesaron los partidos, se restableció la tranquilidad, oyóse la voz de la religion y piedad por la concurrencia de la multitud de pueblos que publicaron el milagro, si no por historias que entonces no se podian imprimir por falta de imprentas, y porque aun no se propagaba el arte de escribir, (para lo que fué singularmente comisionado el P. Sahagun por el gobierno) á lo menos por mapas escritos con geroglíficos que suplían la falta de alfabeto, por danzas, por salómas, por cantares, por representaciones teatrales, por autos sacramentales ejecutados en Tlatelolco, donde se celebró el del Juicio final y el Bautismo de los caciques principales de Tlaxcala. He aquí el modo con que se transmitió á la posteridad este hecho histórico, para cuya comprobacion acorrió despues la pintura; ora representando el lienzo antiguo de la traslacion de la Imágen á su primera capilla de Tepeyac; ora multiplicando las copias de este simulacro por lienzos y estampas, hasta que la abundancia de imprentas proporcionó su generalidad de de tal manera, que no hay choza, aldehuela ó tugurio, aun en los mas distantes lugares de México, donde no se adorase como hasta el dia la Imágen de Guadalupe, reconociendo en ella á la madre y protectora de este pueblo. Si á algunos pareciesen aventuradas ó temerarias estas conjeturas, yo le suplico que reflexione sobre los excesos y absurdos á que precipitan las pasiones á los partidos, y que tienda la vista sobre lo que acaba de suceder en la

revolucion del año de 1810, hecha por causa de la independenciam.

El cura Hidalgo dá la voz en el pueblo de Dolores, é invoca á la Virgen de Guadalupe por patrona de la empresa, llevando su hueste el pendon de la Señora, y siendo su nombre la contraseña y respuesta que se dá al *quien vive*. Desde este dia la Virgen de Guadalupe es mirada con desprecio por los partidarios del gobierno español: algo mas, se le profesa un ódio positivo, y en contra se proclama á la Virgen de los Remedios, poniendo cierta especie de pugna y rivalidad entre las dos imágenes: á la primera se le mira como *americana*, y á la segunda como *española*, como si no fuese una misma bajo diversas advocaciones. Ni falta un bendito eclesiástico, que escribiendo la historia de los triunfos del general Calleja, contribuya con algunos cuentos y patrañas á atribuírselos á Nuestra Señora de los Remedios. Sube de punto el ódio, hasta el grado de tener por insurgente y enemigo del gobierno castellano al mexicano piadoso que se mostraba devoto de la Virgen de Guadalupe, ó que al pasar por su capilla en la iglesia Catedral, le hacia reverencia; alguna vez se colocaba cerca de ella algun malvado para observar quien hacia alguna demostracion de acatamiento, y de luego á luego, por solo este hecho, lo calificaba de *insurgente*. Llegó á tal extremo la ecsaltacion de este ódio en los cuerpos expedicionarios venidos de España, que habiéndose hospedado en el curato de Xantetelco una partida de esta tropa, despues de retirada notó la cocinera del párroco de dicho pueblo (que lo era *D. Mariano Matamoros*) que habia servido de pulidor una estampa de Nra. Sra. de Guadalupe; mostrósele con tanta horrura como indignacion, y participando de ella aquel piadoso eclesiástico, en el momento monta á caballo, vuela á incorporarse en las filas del general Morelos, levanta un cuerpo de tropas, y con ellas hace prodigios de valor, hasta destrozár en campo raso el famoso batallon expedicionario de Asturias en la memorable accion de San Agustín del Palmar. Pocos dias antes habian ocupado los soldados de este cuerpo el pueblo de San Juan Coscomatepeque, y encontrándolo desierto, se solazaron y cebaron su saña fusilando una imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, como pudieran hacerlo con un prisionero insurgente. Tales fueron los efectos de rabia que entonces tenia el partido del gobierno contra esta Sagrada Imágen, y es muy probable que iguales habrian sido el resultado de los dias en que hubiera mostrádoseles por el señor

obispo Zumárraga la Aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe. Prudencia, pues, fué no haberle dado por *entonces todo* el carácter de publicidad que se desea, pero que se la dió despues del transcurso de los siglos por medios no esperados, y que no estaban en el cálculo de la prudencia humana.

Sensibilizaremos esta observacion, figurándonos la hipótesi de que en el año de 1810 á 1821 se hubiese verificado el prodigio Guadalupe: que la Señora se hubiese aparecido á uno de los llamados *insurgentes*, (de los que perecieron por causa de la independenciam muchos miles, pues eran tratados cruelísimamente por el gobierno español) ofreciéndole proteger á los que defendian su causa; pregunto: ¿Si hubiera llegado á noticia del virey este suceso, qué habria hecho? Claro es que perseguir á su autor y á los que lo publicasen, por la mucha confianza y aliento que les inspiraba tal promesa; pues esto sin duda sucedió en la época de 1521, y por lo que la aparicion se mantuvo, si no de todo punto oculta, á lo menos sin toda aquella publicidad que debiera, y que despues adquirió. Desengañémonos, los hombres de *Ogaño* son como los de *Antaño*, iguales sus pasiones y sus estragos, y los sucesos se repiten en la série de los tiempos. En prueba de esta verdad, referiré un hecho ocurrido en el año de 1812 en las inmediaciones de México. Un comandantuelo mandó fusilar á un insurgente (porque se disponia de sus vidas á placer, y sin responsabilidad, hasta que se los impidió el conde del Venadito): púsosele en las manos al ejecutado un pequeño Cristo de bronce, con el que marchó al suplicio. Como en la pólvora se notan fenómenos como en el rayo, qué sé yo como rechazó la bala, é hizo que sin quebrarse la cruz, el Cristo desprendiese un brazo, y torciéndolo lo pusiese en actitud de cubrirse el rostro; esto llamó la atencion de cuantos lo vieron: se trajo el Cristo á México, y propagándose la noticia, porque muchas personas querian comprarlo, llegó á oídos del gobierno é hizo las mayores diligencias para que se arrestase al que trajo el Cristo y para recojerlo; mas no lo pudo conseguir, pues se llevó á Zacatlan, se mostró con asombro á los insurgentes, y yo lo ví allí segunda vez, pues ya lo habia visto en México.

Otro suceso mas reciente ocurrido en esta ciudad y relativo á Nuestra Señora de Guadalupe ha pasado en estos últimos años. Ignorábase que en la iglesia de San Francisco de México ecsistia un

altar en el crucero del lado de la epístola la misma número mesa que servía al uso del Sr. Zumárraga en la sala de su despacho, y sobre la cual había puesto su tilma el venturoso Juan Diego cuando le presentó á este prelado la Sagrada Imágen. Tratábase de renovar aquel colateral por muy viejo, destruido y de pésimo gusto, y los operarios bajaron el cuadro que contenía una imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, lo que hicieron con gran trabajo, ignorando que fuese todo formado de tablas ensambladas; pero habiéndolo puesto en el suelo, vieron los circunstantes con sorpresa y admiración, que en su reverso se leía la inscripción siguiente: *Tabla de la mesa del Illmo. Sr. Zumárraga, en la que el dichoso neófito puso la tilma en que estaba estampada esta maravillosa Imágen.*

Sabido por mí este hecho, lo participé al muy ilustre y venerable cabildo de esta Santa Iglesia, quien por su decreto de 28 de Abril de 1834 me comisionó, para que asociado con el padre provincial de San Francisco, Fr. José Ortigosa, hiciésemos un reconocimiento formal de aquel suceso, y ambos nombramos por tercero en esta diligencia al Sr. Lic. D. Luis Gonzaga Movellan, que á la sazón era diputado y secretario del congreso general, y al escribano nacional y público D. Francisco Madariaga. Di cuenta de mi nombramiento á la Colegiata, y aquel venerable cabildo nombró por asociados á los prebendados de la misma D. José Mariano Velazco y Dr. D. Agustín Carpena. También para dar á este acto la correspondiente publicidad, la comisión convidó al Illmo. Sr. obispo de Monterey, D. José de Jesús Belaunzarán, que moraba en el mismo convento, y acompañado de muchas personas religiosas y seculares de ambos cleros y no de corto número de pueblo, abierta la puerta de la iglesia se procedió al reconocimiento público, interviniendo además D. Clemente Aiyon y D. Santiago Villanueva, profesores de pintura, y D. Ignacio Flores, de carpintería, para que espusiesen su dictámen por lo respectivo á sus profesiones.

De este exámen resultó, que ensambladas y reunidas las cinco tablas que formaban la mesa, asegurando el ensamble unas madejas de pita floja bien pegada con cola, y aunque de cedro la madera, no obstante la dureza é incorruptibilidad de ella, se encontraron dichas tablas bastantemente picadas y apolilladas, lo que denotaba su mucha antigüedad. Los circunstantes, y con ellos el profesor de carpintería,

notaron á no dudar, que las tablas habían servido antes á alguna mesa, pues se ven y palpan las escopleaduras que tienen horizontalmente, donde ajustaban á los bancos que las recibían: que la clavazón no es de fierro, (herraje que entonces escaseaba mucho) sino de madera ó tarugos, que todavía usan los indios carpinteros de Xochimilco en las toscas piezas que fabrican: que la Imágen está pintada en un lienzo de mirriñaque, á juicio de los pintores, cuya pintura parece ser de la escuela de *Gaspar Chavez*, uno de los primeros venidos á esta América, y de cuya mano, según informó el facultativo pintor *D. José Arias*, posee algunos cuadros y perfiles; por todo lo cual, la comisión formó su juicio, y lo redactó del modo siguiente:

“La Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe que aparece pintada en cinco tablas ensambladas, en la iglesia de San Francisco de México, tiene todas las probabilidades de haberlo sido en la mesa del Illmo. Sr. obispo D. Juan Zumárraga, en memoria de haberse colocado sobre ella la tilma en que se pintó la original de Guadalupe.”

Muchas otras reflexiones se hicieron por la comisión en apoyo de este concepto, que podrán leerse en dicho informe crítico-legal, impreso en la oficina de D. Alejandro Valdés en 1835.

Todavía se nos presenta otro hecho que comprueba la verdad de la aparición. El Sr. *Veytia*, uno de nuestros mejores historiadores, sabía que *Juan Diego* había sido sepultado en la antigua iglesia de Guadalupe; con tal noticia, que solo pudo adquirir por la tradición del milagro, solicitó su cadáver en dicha iglesia inútilmente, y solo encontró el de un sacerdote perfectamente conservado hasta con sus vestiduras, que supuso serian de algún capellan de aquel santuario; mas el señor prebendado Alarcon, guiado sin duda de estas noticias, posteriormente descubrió en el mismo lugar un trozo de madera bien conservado, con una inscripción de letra antigua que refería estar allí sepultado *Juan Diego*; dicho trozo se conserva entre vidrieras en la sala de cabildo que he visto, y leído también la certificación que en su reverso dió del descubrimiento y muy circunstanciada dicho prebendado, á quien conocí y admiré sus virtudes edificantes.

También he visto una pequeña Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe que fué propiedad de *Juan Diego*, y estaba colocada en la puerta del sagrario del altar mayor, ó sea ciprés de esta catedral; y aunque la cubría una vidriera, cuando se sacó se halló muy entrapada de pol-

vo, por los muchos años de su estancia en aquel lugar. Colocóse en el magnífico pendon realzado de oro, que se sacó en procesion la tarde del dia en que se celebró el aniversario de la Aparicion Guadalupe en 1831. ¿Qué historia es esta, he preguntado otra vez en uno de mis escritos, en que con esmero se deslinda el origen de este indio de cuna humilde, su nombre, el lugar de su nacimiento, su oficio y estado? Seguramente no es fabulosa; pues aunque el Evangelio no se escribió para satisfacer la pueril curiosidad de los hombres, sus escritores sin embargo para manifestarse veraces, han comenzado, como San Mateo, por deslindar la generacion de Jesucristo, hasta llegar á María, de quien nació, y dada la idea de la procedencia de su héroe, cuenta despues los pormenores de su vida. Esto ha pasado respecto de este afortunado indio, de cuya existencia da tambien idea el P. Mendieta, contemporáneo de la aparicion y escritor de la historia de Nuestra Señora de los Remedios. De aquí es que la de Guadalupe no merece la calificacion de fábula, como injustamente ha pretendido el Sr. Muñoz.

El P. Sahagun ha dicho en el prólogo de su obra, que habiéndole dado segunda mano en el colegio de Tlatelolco, uno de los sugetos con quienes consultó fué D. Antonio Valeriano; pues ¿cómo puede decir que ignoraba la aparicion y nada de cierto sabia de ella, cuando el principal oráculo con quien consultó fué Valeriano, y puntualmente éste fué el primero que la escribió en mexicano? Así lo ha demostrado el Sr. Uribe remitiéndose á lo que afirmó hasta con juramento el sábio D. Carlos de Sigüenza y Góngora, cuyas notables palabras son las siguientes: "Digo y juro que esta relacion hallé entre los papeles de D. Fernando Alba que tengo leidos". . . . El original mexicano está de letra de D. Antonio Valeriano, indio, que es su verdadero autor. Conque Valeriano era el mas sábio en las antiguallas mexicanas, y como á tal le consultaba el P. Sahagun para escribirlas, lo oía, y era discípulo suyo en gramática latina en el colegio de Tlatelolco, maestro del P. Torquemada, y siendo escritor de la Aparicion, aunque el P. Sahagun le trataba familiarmente, ignoraba la historia Guadalupeana. Es cosa á fé mia, chocante, guiarse un hombre por las luces de otro, entrar en sus secretos, consultar sus relaciones, enmendar por ellas muchas cosas, como asegura el P. Sahagun haberlo hecho, y salirnos despues con que ignora este su-

ceso. . . . Aquí si viene bien lo que nos ha dicho el Sr. Muñoz: *Credat alter, Judeus apella. . . .*

Un hombre que trata de cuanto ecsiste notable en toda la estension de la Nueva-España, ignora lo que ha pasado en Tepeyac, cuando dista un tiro de cañon de Tlatelolco, cuyo colegio funda, donde mora muchos años, y no sabe cual es el origen de aquellas danzas y grandes reuniones de indios que allí se forman, en las que se recita por cánticos, grita y alegría la historia de la aparicion. . . . ¡Vah! ¿esto es burlarse de los americanos, y renunciar hasta el sentido comun! ¿Quién es el que á vista de esto no conoce una *subplantacion* hecha por la mano enemiga de nuestras glorias? ¿Quién no ve y palpa aquí los estragos de una faccion descarada, que se obstina en borrar de la historia un suceso en que va de por medio no menos que la reputacion religiosa de la nacion mexicana?

Que los manuscritos del P. Sahagun hayan pasado por manos *infieles*, es cosa que casi él mismo nos lo ha indicado. Muy comun es borrar, tachar, ó apostillar cuando leemos lo que no nos agrada. El Sr. Beristain nos indica lo que pasó con los escritos de este autor, como tambien el P. Torquemada su discípulo, en el tomo 3, página 19, artículo *Sahagun*. La obra de este (dice) debió ser inmortal; pero habiendo costado á su autor *muchos disgustos, porque sus celosos compañeros decian, que no debian perpetuarse los vestigios de la idolatria. . . .* le fué arrebatada de las manos para el cronista Herrera, á quien le aprovecharia, (añade con gracia Torquemada) lo mismo que las coplas de Gayferos, y con razon, pues aquel español ignoraba absolutamente la lengua mexicana. De sus obras envió á España al cronista Herrera el virey marqués de Villamanrique, once tomos. Mas ¿dónde está el proceso de tan notable acontecimiento, preguntan sin cesar los que lo niegan ó dudan de él? Yo les respondo lo mismo que les ha dicho el Dr. Gomez, tomando las palabras de San Agustin: *Interrogemus ipsum miraculum quid nobis loquatur? habet enim, si intelligatur, linguam suam*. Preguntémos al mismo milagro, qué es lo que quiere decirnos, porque él tambien sabe hablar cuando hay quien lo entienda (*). Yo tambien por mi parte pregunto, ¿dónde está la mano destructora del tiempo que todo lo aniquila, pero que

(*) San Agustin, en el tratado 24, sobre el evangelio de San Juan.

ha respetado este simulacro? ¡Dónde está la fuerza corrosiva de la agua fuerte, que derramada desde la cabeza de la imagen hasta los pies, por un descuido de los plateros que limpiaban su marco de oro, tambien respetó el débil ayate, dejando un solo vestigio, para testimonio en todos tiempos de este prodigio? ¡Dónde está el tipo de que se copió pues, que yo no lo encuentro en ninguna de las que se veneran en el orbe católico? ¡Por que ha perdido su accion corrosiva y destructora el tequesquite de que están impregnados allí los vientos que pulverizan nuestros mas robustos edificios, y no han osado tocar aquella pintura, pues que ni aun el polvo permite? ¡Dónde, en fin, los indispensables aparejos del arte de la pintura para colocar allí esta divina imagen, sin demérito por mas de tres siglos (*)?

(*) *Segun el juicio de pintores, en la imagen de Nra. Sra. de Guadalupe se nota, que por el reverso de ella se ven los colores ó manchas que en cualquier lienzo no aparejado: allí concurren cuatro clases de pinturas disímolas, cada una de las cuales necesita para su ejecución disposicion diversa para aparejar el lienzo, á saber: al oleo, al temple, aguazo y labrado al temple; preparaciones que nadie hasta ahora las ha podido combinar, porque la pintura al oleo se ejecuta en virtud de aceites desecantes; la del temple de colores, con goma ó colas; la de aguazo se ejecuta sobre un lienzo blanco y delgado, que se dispone humedeciéndolo por el reverso; la labrada al temple compactando y cubriendo la superficie en el mismo hecho de pintar, para lo que es preciso que la materia sea firme y sólida, como tabla, pared, ó cosa semejante. Estas cuatro clases de pinturas estan combinadas en la imagen de Guadalupe. Su cabeza y manos estan al oleo; la túnica, el ángel y las nubes que la sirven de orla, al temple; el manto es de aguazo; y el campo sobre que caen y terminan los rayos, parecen labrados al temple. Tal es, repito, el juicio crítico de los pintores, principalmente de Cabrera.*

El aroma que despidе la imagen es de sándalo. Ahora bien: ¿quién pudo pintar con tan sabia distribucion de colores esta imagen en los principios de la conquista, cuando aun no habian venido los grandes artistas de la Europa, cuando no se pensaba sino en armar expediciones para lo interior, proverse de artilleria, extraer la mayor cantidad posible de oro, y sobreponerse los partidos que estaban en pugna abierta? Aun cuando los artistas españoles hubiesen tenido la habilidad competente para reunir en un cuadro estas diversas pinturas, es muy natural creer que las habrian empleado en pintar imágenes á su modo, y no de una manera estravagante, como vemos que lo hacen en el dia los pintores franceses, pues pintan á la Virgen rubia cual pudiera serlo una francesa, y ciertamente un pintor español no habria nacionalizado á la Señora de Guadalupe, ni presentádola como una doncella india y modesta, de pelo lacio y negro y con la partidura que usan las de su clase sobre la frente.

Tampoco es creíble que el pintor hubiese sido indio, pues sabemos que desde un

¡Mexicanos! llenaos de regocijo porque este cúmulo de maravillas es obra de la misma Señora que por su mandó se pintó, y solo por castigo de nuestras aberraciones podrá ser borrada. Guardémonos de que tal suceda, y dispéñeseme esta digresion que parecerá agena del asunto, porque si no la hiciera quedaria en tortura mi corazon; y examinemos ya el segundo argumento, que con el mismo orgullo que el primero nos presenta el Sr. Muñoz, tomado de la carta escrita por el virey D. Martin Enriquez á Felipe II, y en la que le dice (son sus palabras): "Que el principio que tuvo la fundacion de la iglesia que agora está hecha, lo que comunmente se entiende es, que el año de 1555 ó 56 estaba allí una ermitilla, en la cual estaba la imagen que agora está en la iglesia, y que un ganadero que por allí andaba, publicó haber cobrado salud yendo á aquella ermita, y empezó á crecer la devocion de la gente. Y pusieron nombre á la imá-

principio se les prohibió que pintasen imágenes, para que sus formas no las acomodasen á las de sus falsos dioses, y sobre lo que fueron celosísimos, no solo los primeros misioneros, pues aun el Sr. Montúfar, segundo arzobispo de Mexico, prohibió esta clase de pinturas en el año de 1567, y acordó lo mismo el concilio tercero mexicano en el párrafo 8 del libro 3, título 18, porque habian pintado monstruos deformes. Por otra parte, ¿á qué fin fué usar y preferir para esta pintura la materia mas tosca, débil y espuesta á corrupcion? Si fué español el autor, ¿le faltaria un lienzo de Castilla en que hacerla, ó de aquellas mantas finísimas variadas de muchas clases, de que hacian uso aun los mismos pintores indios, para suplirse por medio de ellas con caracteres simbólicos, y con los que referian sus historias careciendo del alfabeto español? ... Y luego se fué á escoger una tela grosera, tejida de hilos de palma de que los indios plebeyos formaban sus mantas ó tilmas! ¿Qué juicio haríamos hoy de un hombre que en tela igual hiciese pintar una imagen en que entrasen los mas finos colores de grana, de oro, y el mas delicado dibujo y floreos de este metal, poniéndolo tan sutil como un cabello? que cuando no estuviere loco, seria lo menos un estafalario. Démos el debido valor á esta reflexion, recordando la suerte que corrió la imagen pintada en ayate hace pocos años, la que se colocó en la capilla del Pozito, la cual se saltó toda, y pronto se inutilizó, habiendo sido preciso guilarla, cuando la original sin una milésima parte de las precauciones que para aquella se tomaron, á fin de conservarla, se ha sobrepuesto á las inclemencias del tiempo, ha resistido á la terrible impresion del oxígeno de la luz, y se ha conservado por mas de tres siglos. Preciso es confesar á vista de esto, que este cuadro prodigioso no fué obra de españoles ni de indios, sino de la misma mano del que esmalta las flores en los campos, hace florecer el lirio, y anima y regocija á toda la naturaleza; ¡Si, buen Dios! tú forzas al entendimiento de un pirrónico á que confiese que esta maravilla es obra de tus manos.

gen Nuestra Señora de Guadalupe, por decir que se parecía á la de Guadalupe de España. Y de allí se fundó una cofradia, en la cual dicen habrá cuatrocientos cofrades; y de las limosnas se labró la iglesia y el edificio todo que se ha hecho y se ha comprado alguna renta. Y lo que parece que agora tiene y se saca de limosnas, envio ahí sacado del libro de los mayordomos de las últimas cuentas que se les otorgaron, y la cantidad que mas se entendiere se enviará á vuestra magestad. Para asiento del monasterio no es lugar muy conveniente por razon del sitio, y hay tantos en la comarca que no parece ser necesario, y menos fundar parroquia, como el prelado querria, ni para españoles ni para indios. Yo he empezado á tratar con él, que allí bastaba que hubiese un clérigo que fuese de edad y hombre de buena vida, para que si alguna de las personas que allí van por devocion se quisiesen confesar, pudiesen hacello; é que las limosnas que allí hubiese, se gastase con los pobres del hospital de indios, que es el que mayor necesidad tiene, y que por tener nombre de Hospital Real, nadie se aplica á favorecelle con un real, pareciéndoles que basta estar á cargo de V. M., y que si esto no le pareciere, se aplicase para casar huérfanas. El arzobispo ha puesto ya dos clérigos, y si la renta creciese mas, tambien querrán poner otro, por manera que todo verná á reducirse en que coman dos ó tres clérigos. V. M. mandará lo que fuere servido."

Cuando el Sr. Muñoz nos presenta esta carta, no lo hace como debiera, con la real cédula de 15 de Mayo de 1575, y de la que esta fué respuesta. ¡Qué hombre se ha dado, hasta ahora por satisfecho con solo oír aislada la respuesta de una pregunta, sin haberse impuesto antes de esta? Esto es cosa tan chocante, como incivil, (segun el lenguaje de una regla de derecho), el calificar la justicia de una ley, ó responder segun ella, pero ecsaminando solo una pequeña parte, y no todo su contesto. ¡Ignora por ventura el Sr. Muñoz, que las reales cédulas siempre se ecsaminan y entienden por su parte espositiva, en la que allí se presenta la causa que las motivó? Mas todavia: aunque eso no falte, esa carta nada prueba sino todo lo contrario de lo que quiso decir el Sr. Muñoz; porque si en 1575 ya se trataba de fundar en Tepeyac un monasterio, y se habia pedido para ello licencia al rey, fué sin duda por alguna gran causa, que no podia ser otra sino la asistencia y gran devocion que se tenia á Ntra. Sra. de Gua-

dalupe multiplicándose su culto, es decir, que ya entonces ecsistia la misma causa porque en estos últimos tiempos se ha fundado allí un monasterio de capuchinas; luego el santuario ya tenia todo aquel esplendor que le daba la alteza de su origen, y puede decirse de él lo que del de Zapopan, situado en las inmediaciones de Guadalajara, donde no ha muchos años que se fundó un colegio de propaganda, cuando ya estaba allí el santuario de Ntra. Sra. establecido. Cuando al rey se le consultaba por los vireyes alguna duda, se le esponia esta, ó referia el hecho que la suscitaba. Yo quisiera saber, qué fué lo que se le espuso á Felipe II, y motivó el que el virey diese tal respuesta. Supongo que se le informaria sobre el estado en que se hallaba el santuario de Guadalupe, *el motivo* porque habia tomado aumento, y la causa por qué se pretendia fundar allí un *monasterio*. Este me parece que seria el orden de proceder, y el modo con que se instruiria el expediente, á consecuencia de lo cual se pediria el informe. Pues bien; veamos lo que se dijo al soberano por parte del suplicante ó suplicantes, ó sea por parte del arzobispo, y esto nos dará luz para conocer el origen verdadero de aquella fundacion; de lo contrario es calificar á ciegas, y echarse á volar por los espacios imaginarios de las conjeturas.

Y qué, ¡parece poca cosa que en aquella sazón, es decir, en el año de 1575, se hubiesen puesto en el santuario de Guadalupe *dos ó tres* clérigos *de pie* para que morasen allí, y oyesen de confesion á los que lo visitasen? Pues á la verdad que esta circunstancia es de mucho peso por lo que nos dice la misma historia de aquel año. Era tanta la escasez de ministros, que habiendo el rey dictado varias providencias para arreglar las remesas de frailes á México, *se negaron estos á ejecutarlas*; ¡cosa muy estraña en su profesion! protestando que estaban resueltos á dejar las doctrinas que se les habian encomendado, y que desembarazados de ellas, solo atenderian al cumplimiento de las reglas de su instituto; y pardiez que el rey tuvo que ceder, mandando al virey que... por entonces no se *hablara del asunto*... Esta providencia (dice el P. Cavo, pág. 200, tomo 1, de la historia de los tres siglos de México) se dió *por la escasez* que habia en Nueva-España de sacerdotes *seculares* que ocupasen las doctrinas de los religiosos; consecuencia legitima... Luego si apesar de la suma escasez de eclesiásticos en México, ya al santuario de

Guadalupe se mandaban hasta tres sacerdotes que permaneciesen allí *de pie*, el santuario era ya cosa grande, y no una *ermitilla*; porque ermitillas eran entonces las capillas pequeñas que se establecieron en las plazuelas de México, que despues llamaron *chapiteles*, para que el pueblo oyese misa en los dias festivos á campo raso, porque era mucha la escasez de sacerdotes que pudieran decirla en las iglesias de México que no podian abarcar mucha gente popular. En nuestros dias todavia hemos visto el *chapel de Monserrate*, el de la *Cruz de los talabarteros*, y el que aun subsiste en la *plazuela de la Concepcion*. En fin se decian las misas como hoy se dicen en el pátio del castillo de Ulúa.

Todas estas reflexiones, que parecen minuciosidades, deben traerse á cuento, para conocer la impropiedad con que el virey Enriquez usó de la palabra *ermitilla*, en la que no podian ecsistir *de pie* tres capellanes para oír confesiones y administrar los sacramentos como en una parroquia. El informe de este gefe lo ha calificado, y con razon, el Sr. Alcocer de inesacto y precipitado. Todavia labraria mucho en el ánimo de los españoles la memoria de la aparicion, asi como hoy todavia se resienten de que el cura Hidalgo dijese: *viva Ntra. Sra. de Guadalupe*, y en son de viva la Virgen, se cometiesen grandes excesos. Las cicatrices de estas heridas no se curan muy pronto sino con el transcurso de muchos años.

Muéstrase el Sr. Muñoz deseoso de ver algunas inscripciones ó apuntamientos del milagro de la aparicion hechos en aquellos mismos dias en que se verificó. Estrañolo mucho, á fé mia, de un hombre á quien se le remitieron por el virey conde de Revillagigedo en virtud de real órden, todos los documentos que se pudieron acopiar en México para que escribiera la historia del Nuevo-Mundo de que estaba encargado. Entre los de D. Fernando Alba Ixtlilxochitl, fué la relacion de la aparicion de Ntra. Sra. de Guadalupe, como dice el Sr. Beristain en el tomo I de su biblioteca, pág. 65; bien que puede aplicársele al Sr. Muñoz, lo que he referido que dijo el P. Torquemada de los manuscritos de Sahagun remitidos al cronista Herrera, que eran como las copias de D. Gayferos, porque estaban en mexicano. Por ignorancia de este idioma, solo pudo conseguir el Sr. D. José Gomez de la Cortina el manuscrito de Sahagun en castellano, habiéndosele desglosado, quizás por el que se lo vendió, el testo me-

xicano que tenia agregado. Para terminar esta clase de reflexiones, presentaremos el rubro que D. Antonio Valeriano puso en el principio de su historia de la aparicion, que á la letra dice: *Nicam mopehua, motecpana inqueuin yancuican huei Tlamahuzoltica Omoneciti in cenquizca itechpocli Santa Maria, Dios Inantzin, tozihuapilli Tlatocatzin in onca Tepeyacac motenehua: ó sea. Aquí comienza y se ordena como nuevamente apareció la Purisima Virgen Santa Maria, Madre de Dios, allá en Tepeyacac.*

Cuando el Sr. Alcocer escribió su disertacion, barruntó (he dicho) que el testo del P. Sahagun, ni era *legítimo*, ni era *convinciente* (página 92 y 97.) ¡Con cuánta mayor justicia no se habria persuadido de esta verdad, si hubiese tenido á la vista el manuscrito autógrafo que yo presento! Si el que adulteró el testo lo hizo porque en el lugar de Tepeyac hubo en tiempo de los antiguos mexicanos un templo dedicado á la diosa Tzenteónantzin, que quiere decir, la apreciable madre Nantzin que está en el cerro Tepetl, madre del verdadero dios Tzenteotl, y por esto le llaman invencion satánica, para paliar la idolatría bajo equivocacion de este nombre Tonatzin; sepa que en estos mismos lugares que en los dias de la gentilidad lo fueron de abominacion, se hallan colocados templos en que se expian aquellos crímenes horribles donde se derramó la sangre humana, ofreciéndose la víctima de propiciacion, que es Jesucristo, y por economía singular del cielo vemos repetirse en la misma Roma, pues en el mismo lugar donde se reunieron los ídolos de todas las naciones que subyugó á su imperio, se puso la iglesia de Santa María la Rotunda. Sucedió otro tanto en México, construyéndose su Catedral sobre el templo de Huitzilopuctli, y rellenándose sus columnas con los fragmentos de los ídolos, lo mismo que su pavimento, para consumir el triunfo de la Cruz sobre las ruinas de la idolatría. No es esta, por cierto, una mengua con que se afee y deslustre la Aparicion Guadalupeana; es una especie de galardón, y un título de honor para la religion de Jesucristo, así como lo es, que el patíbulo del esclavo hubiese sido el suyo, siendo autor de nuestra libertad, para consumir en él nuestra redencion.

Paréceme haber demostrado que el argumento negativo sobre que se ha fundado la impugnacion del Sr. Muñoz queda destruido, y mucho mas lo parecerá, cuando con la lectura de esta obra se vean

las equivocaciones en que ha incurrido, teniendo por legítimos y únicos, los manuscritos que franqueó al señor coronel Panes, y que yo he publicado incurriendo en el mismo error. Por lo mismo los recuso en todo lo que diga relación á la conducta de los primeros conquistadores y de sus partidarios enemigos de la gloria religiosa de los mexicanos, pues la historia me enseña que hasta tanto que cesaron las facciones y se tranquilizó esta América, ellos y su gobierno político obraron con decidido empeño de ocultar los crímenes de la conquista, propasándose hasta canonizarlos; y si no, muéstrenos las sentencias absolutorias que pudo dar el consejo de Indias en el proceso de residencia de Hernán Cortés formado por la primera audiencia, y en el de la causa instruida por la muerte de su primera muger legítima Doña Catalina Juarez, en que se mostraron partes acusadoras los deudos de esta; y finalmente, en el proceso que se mandó instruir por las horribles matanzas ejecutadas á sangre fría en la ciudad de Cholula. Sobre todo se echó un velo, se prohibió escribir por las leyes 1, título 12, libro 2 de la Recopilacion de Indias, y por la 1.^a, título 24 del mismo libro. Pero ¿qué digo? hasta las obras de Francisco Lopez de Gomara fueron prohibidas por el consejo, no obstante de que como capellan que fué de Cortés, y empeñado en escaltar sus glorias, procuró ocultar y disminuir muchos hechos de atrocidad, mas no obstante, no pocos se traslucieron en su historia de la Conquista. He aquí la causa porque aun hoy andamos tentaleando y entre tinieblas para averiguar ciertos hechos, y con gran pena.

Otra vez he dicho que el Sr. Muñoz no llegó á leer la disertacion del Sr. Uribe, publicada en México en 1801, y la de este en Madrid en 1794, pues si tal se hubiera verificado, presumo de su docilidad y buen sentido, que con su propia mano habria borrado cuanto tenia escrito. Causónos grave daño, nos turbó en la posesion pacífica de creer la aparicion por espacio de tres siglos, creencia que él llama *inocente*, y por la que á nadie se ofendia: abrió el portillo á la incredulidad, y sin duda contra su intencion hizo, que nuestro vulgo poco ilustrado, confundiese la creencia *piadosa* con la *dogmática*. Esta es la causa porque he formado esta humilde disertacion, que someto gustoso á la calificacion de los sábios, protestando retractarme, si me convencieren de error.—México, 13 de Marzo de 1840.

Carlos Maria de Bustamante.

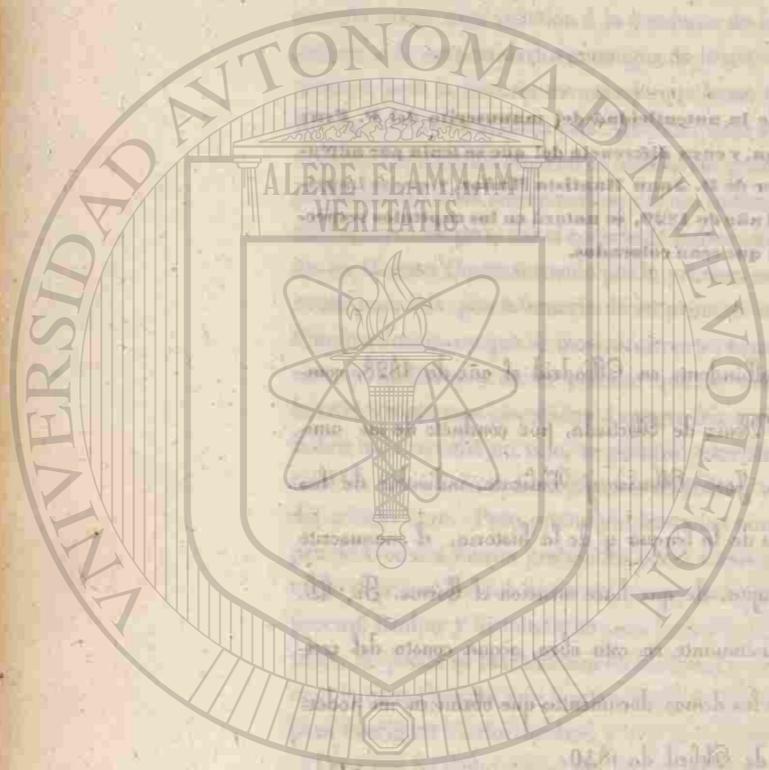
COMPROBANTE de la autenticidad del manuscrito del P. Fray Bernardino Sahagun, y cuya diferencia del que se tenia por auténtico, existía en poder de D. Juan Bautista Muñoz, y que se imprimió en México en el año de 1829, se notará en los capítulos respectivos por el orden en que sean colocados.

Certifico: que hallándome en Madrid el año de 1828, compare á D. Lorenzo Ruiz de Ortieda, por conducto de mi amigo y compañero D. José Brusco y Valiente, individuo de las Academias españolas de la lengua y de la historia, el manuscrito original del P. Sahagun, de que hace mencion el Excmo. Sr. D. Carlos Maria Bustamante en esta obra, segun consta del recibo del vendedor, y de los demas documentos que obran en mi poder.

México, 1.º de Abril de 1840.

José Gomez de la Cortina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



RELACION DE LA CONQUISTA

**RELACION DE LA CONQUISTA
DE ESTA NUEVA-ESPAÑA,**
como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes.

**Convertiése en lengua española, llana é inteligible, y bien enmendada
en este año de 1585.**

AL LECTOR,

Frax Bernardino de Sahagun.

UANDO escribí en este pueblo del Tlatilulco los doce libros de la historia de esta Nueva-España, (por los cuales envié nuestro señor el rey D. Felipe, que los tiene allá,) el nono libro fué de la conquista desta tierra. Cuando esta escriptura se escribió, (que ha ya mas de treinta años) toda se escribió en lengua mexicana, y despues se romanció toda. Los que me ayudaron en esta escriptura fueron viejos principales, y muy entendidos en todas las cosas así de la idolatría como de la república, y oficios della, y tambien que se hallaron presentes en la guerra quando se conquistó esta ciudad.

En el libro nono donde se trata esta conquista, se hicieron varios defectos, y fué que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista que fueron mal puestas, y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco enmendé este libro, y por eso va escripto en tres columnas. La

primera es el lenguaje indiano así tosco como ellos lo pronunciaron, y se escribió entre los otros libros. La segunda columna es enmienda de la primera así en vocablos como en sentencias. La tercera columna está en romance, sacado según las enmiendas de la segunda columna. Los que tienen este tratado en la lengua mexicana tan solamente, sepan que están enmendadas muchas cosas en este que va en tres columnas en cada plana. También me moví á enmendar este tratado, porque tengo propósito que en acabando el arte y vocabulario de la lengua mexicana, (en que ahora voy entendiendo) leer á nuestros religiosos el arte de esta lengua mexicana, y también el vocabulario, y esta conquista, leyendo la lengua propia mexicana como allí está escrita, y las faltas que lleva aumentadas en la segunda columna.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

CUANDO estas tierras (que están debajo de la tórrida-zona y la línea equinoccial) se descubrieron, muchas verdades se descubrieron que antes estaban ocultas. La una de ellas fué que antes todos pensaban que era inhabitable toda esta tierra que está debajo de la tórrida-zona hasta el polo antártico, y ahora por nuestros ojos vemos que el norte-ártico sirve á los navegantes hasta la línea equinoccial, y el norte-antártico sirve de allí adelante á los que navegan ácia él. Asimismo se afirmaba antes de agora, que el mar oceano (que se estiende del poniente adelante en respecto á España) no tenía cabo ni fin, y agora vemos que partiendo de San Lucar hasta las Canarias, de allí se sigue un golfo de anchísimo mar que llega hasta las islas de Sto. Domingo, y desde esta Nueva-España se embarcan en el puerto de Acapulco donde hay otro golfo tan grande como el arriba dicho, por el cual van hasta las Filipinas, siguiéndose los que navegan la mitad de este camino por el norte-ártico, y desde la otra mitad se rigen por el norte-antártico. Hay otro mar y muchas islas caminando ácia al norte antártico, del cual aun no se ha hallado cabo; y de esto hay mayor noticia por la parte del Perú y de las Charcas, según he oído. Háse también sabido de cierto, que la población del mundo comenzó de ácia aquellas partes donde está la gran Babilonia la vieja, y de allí se ha venido poblando el mundo hasta estas partes que se llama el nuevo órbe; y á la verdad, es la mitad del órbe que fué desde el principio criado. Parece también cosa cierta, que el paraiso terrenal está entre la tórrida-zona y el norte-ártico, en el cual nuestro padre Adán y nuestra madre Eva

primera es el lenguaje indiano así tosco como ellos lo pronunciaron, y se escribió entre los otros libros. La segunda columna es enmienda de la primera así en vocablos como en sentencias. La tercera columna está en romance, sacado según las enmiendas de la segunda columna. Los que tienen este tratado en la lengua mexicana tan solamente, sepan que están enmendadas muchas cosas en este que va en tres columnas en cada plana. También me moví á enmendar este tratado, porque tengo propósito que en acabando el arte y vocabulario de la lengua mexicana, (en que ahora voy entendiendo) leer á nuestros religiosos el arte de esta lengua mexicana, y también el vocabulario, y esta conquista, leyendo la lengua propia mexicana como allí está escrita, y las faltas que lleva aumentadas en la segunda columna.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

CUANDO estas tierras (que están debajo de la tórrida-zona y la línea equinoccial) se descubrieron, muchas verdades se descubrieron que antes estaban ocultas. La una de ellas fué que antes todos pensaban que era inhabitable toda esta tierra que está debajo de la tórrida-zona hasta el polo antártico, y ahora por nuestros ojos vemos que el norte-ártico sirve á los navegantes hasta la línea equinoccial, y el norte-antártico sirve de allí adelante á los que navegan ácia él. Asimismo se afirmaba antes de agora, que el mar oceano (que se estiende del poniente adelante en respecto á España) no tenía cabo ni fin, y agora vemos que partiendo de San Lucar hasta las Canarias, de allí se sigue un golfo de anchísimo mar que llega hasta las islas de Sto. Domingo, y desde esta Nueva-España se embarcan en el puerto de Acapulco donde hay otro golfo tan grande como el arriba dicho, por el cual van hasta las Filipinas, siguiéndose los que navegan la mitad de este camino por el norte-ártico, y desde la otra mitad se rigen por el norte-antártico. Hay otro mar y muchas islas caminando ácia al norte antártico, del cual aun no se ha hallado cabo; y de esto hay mayor noticia por la parte del Perú y de las Charcas, según he oído. Háse también sabido de cierto, que la población del mundo comenzó de ácia aquellas partes donde está la gran Babilonia la vieja, y de allí se ha venido poblando el mundo hasta estas partes que se llama el nuevo órbe; y á la verdad, es la mitad del órbe que fué desde el principio criado. Parece también cosa cierta, que el paraiso terrenal está entre la tórrida-zona y el norte-ártico, en el cual nuestro padre Adán y nuestra madre Eva

moraron no sé cuantos dias, y de aquellos dos se hinchó de gente todo el mundo, y en estas partes hubo gigantes de los de antes del diluvio, y han parecido acá huesos y toda la armazon de su grandeza, no sólo en esta Nueva-España, pero tambien en las provincias y reinos circunstantes. Teníase asimismo por cierto, que ninguna navegacion ó flota habia llegado á las partes de esta Nueva-España ni del Perú antes de este centenario que cumple mil y seiscientos años de la encarnacion de Cristo Ntro. Redentor; y agora se dice por muy cierto que la flota del rey Salomon llegó al Perú, y tambien á la isla de Santo Domingo á tomar oro para el edificio del templo. Esto se ha sabido por la especulacion del tercero libro de los reyes, donde se habla de la flota de Salomon que vino por oro á estas partes. Tambien se ha sabido por muy de cierto, que Ntro. Señor Dios (á propósito) ha tenido ocultada esta media parte del mundo hasta estos nuestros tiempos, que por su divina ordenacion ha tenido por bien de manifestarla á la iglesia romana católica, no con propósito que fuesen destruidos y tiranizados sus naturales, sino con propósito que sean alumbrados de las tinieblas de la idolatría en que han vivido, y sean introducidos en la iglesia católica, é informados en la religion cristiana, y para que alcancen el reino de los cielos, muriendo en la fé de verdaderos cristianos. A este negocio muy grande y muy importante, tuvo nuestro Señor Dios por bien de que hiciese camino y derrocarse el muro con que esta infidelidad estaba cercada y murada, el valentísimo capitan D. Hernando Cortés, en cuya presencia y por cuyos medios, hizo Dios nuestro Señor muchos milagros en la conquista de esta tierra, donde se abrió la puerta para que los predicadores del Santo Evangelio entrasen á predicar la fé católica á esta gente miserabilísima, que tantos tiempos atrás estuvieron sujetos á la servidumbre de tan innumerables ritos idolátricos, y de tantos y tan grandes pecados en que estaban envueltos, por los cuales se condenaban, chicos, grandes y medianos, para que agora de esta tierra coja Dios nuestro Señor gran fruto de ánimas que se salvan (segun su divina ordenacion *ab aeterno* señalada, afijada y determinada en su mente divina) como agora lo vemos por nuestros ojos, que por lo menos los niños bautizados que mueren en su inocencia cada dia y se salvan, son casi innumerables: de los adultos son muchísimos los que se salvan, (conforme nuestra santa fé) y de

cada dia las cosas de nuestra santa fé católica van adelante. Los milagros que se hicieron en la conquista de esta tierra fueron muchos. El primero fué la victoria que nuestro Señor Dios dió á este valeroso capitan y á sus soldados en la primera batalla que tuvieron contra los otomíes tascaltecas (que fué muy semejante al milagro que nuestro Señor Dios hizo con Josué, capitan general de los hijos de Israel en la conquista de la tierra de promision.) Hizo Dios otro milagro por este valeroso capitan y sus soldados, que imprimió tan gran temor en todos los naturales de esta Nueva-España, despues de esta primera victoria, y de otros estragos que se hicieron al principio de la conquista, que todos se hallaron cortados y desanimados que no sabian que se hacer, ni osaban acometer á los que venian. Tiénese por cosa muy cierta (considerados los principios, medios y fines de esta conquista) que nuestro Señor Dios regía á este gran varon y gran cristiano, y que él le señaló para que viniese, y que le enseñó lo que habia de hacer para llegar con su flota á esta tierra, que le inspiró que hiciese una cosa de mas que animosidad humana, y fué, que todos los navios en que vino él y toda su gente, los hizo barrenar y echar á fondo para que ninguno tuviese oportunidad de mirar atrás, habiendo comenzado aquel negocio que venia. En todo lo que adelante pasó, parece claramente que Dios le inspiraba en lo que habia de obrar, así como hacia en los tiempos pasados el Cid Ruiz Diaz, nobilísimo y muy santo capitan español en tiempo del rey D. Alonso de la mano horadada, que fué rey de España, y emperador y capitan de la iglesia romana. Tuvo instinto divino este nobilísimo capitan D. Hernando Cortés en no parar en lugar ninguno hasta venir á la ciudad de México, (que es metrópoli de todo este imperio) en la cual habiendo pasado muchas cosas despues que comenzó la guerra (como adelante se dirá) milagrosamente le libró Dios á él y á muchos de los suyos de las manos de sus enemigos. Asimismo le libró milagrosamente de una batalla, donde él y todos los suyos estuvieron á pique de perderse. Milagrosamente nuestro Señor Dios envió gran pestilencia sobre todos los indios de esta Nueva-España, en castigo de la guerra que habian hecho á sus cristianos, por él enviados para hacer esta jornada. Milagrosamente le envió favor para volver á la conquista despues de haber sido destrozado de sus enemigos, en la prosecucion de la cual muchas veces milagrosamente

le libró de las manos de sus enemigos que le tuvieron á punto de matarlo. Finalmente, habiendo salido con la victoria, hizo como cristianísimo varon y fidelísimo caballero á su rey, en que luego ofreció el precio de sus trabajos á su rey emperador D. Carlos V, y escribió al Sumo Pontífice que enviase predicadores del santo Evangelio para la conversion de esta gente indiana; lo cual sumamente pretendia nuestro Señor Dios en haber comenzado este negocio, como adelante se contiene en esta abreviada historia que se sigue.

Fray Bernardino Sahagun.

NOTA DEL EDITOR.

No puede negarse que la conquista de esta América, presta muchos motivos de admiracion y estupor al que la lee y medita detenidamente; pero no tanto que merezca la calificacion de milagrosa. Todo se hizo en ella por un orden natural. No es milagro que Hernan Cortés hubiese vencido con un puñado de españoles inmensas masas de hombres casi inermes desde la primera batalla en Tabasco. ¿Qué eran sus flechas y dardos comparados con los arcabuces, partesanas, artilleria y caballos de los castellanos? ¿Cómo podrian disputárselas con hombres acostumbrados á la guerra en la escuela de Carlos V que era el primer capitán de la Europa en su siglo? ¿Qué milagro es que hubiesen tenazmente persistido en la conquista de un pais de oro, cuando lo venian buscando ávidamente, cuando lo habian ya adquirido con mucha facilidad y ventaja al cambio de bujerias y baratijas de Castilla, que el año anterior habia hecho Juan de Grijalva en la costa de Veracruz, y cuando habian sido recibidos con obsequios de este precioso metal por Mochtezuma, el cual en vez de repelerlos con sus dones, antes por el contrario, los atraia mas y mas para su corte? ¿Qué milagro es que Hernan Cortés hubiese barrenado sus naves, cuando sabia, á no dudarlo, que si regresaba á la isla de Cuba era perdido, pues así lo habia prometido

hacer Diego Velasquez que lo habia enviado, y de cuya dureza estaba convencido, pues en cierto tiempo lo habia tenido preso con cadenas en la cárcel de Cuba, y de donde logró escaparse forzando las puertas y cerraduras? ¿Qué milagro es que hubiese consumado Cortés la conquista, seguido de mas de ciento y cincuenta mil indios auxiliares de Zempoala, Tlaxcala, y muchas provincias que se le habian unido á su tránsito para México; ya sea por ódio á la dominacion de Mochtezuma; ya por la húsma y cebo del pillaje de esta bella capital, que casi arrasaron hasta sus cimientos? ¿Qué milagro, es que no se hubiera contagiado con la epidemia de viruelas que asomó en este pais y trajo un negro de Pánfilo de Narvaez, cuando probablemente ya Cortés y los suyos las habrian pasado en Europa, y este contagio dispensa al que lo ha padecido una vez? En todo esto no hallo ninguna cosa maravillosa, sino muy natural y sencilla: admiro sí, una providencia del cielo, y que se haya valido de causas naturales para poner en ejecucion sus designios, sirviéndose de un hombre á quien por otra parte no puedo negarle prudencia, valor, prevision y conocimientos políticos superiores á su siglo. Bien podria ser que en el fondo de su corazon desease la estirpacion de la idolatría y abominaciones de un culto cruel y escandaloso; pero los medios de que se valió no fueron los acomodados á la ejecucion de un designio de esta naturaleza. La religion cristiana es de paz, y su Divino Autor la mandó anunciar por medio de las palabras acompañadas de obras virtuosas y no escandalosas. El evangelio prohíbe el robo, las matanzas, la fornicacion, y Cortés y los suyos se llevaron cuanto pudieron, y jamas despreciaron el obsequio de las bellas mexicanas que se les presentaron, y de las hijas mas hermosas de los reyes, con quienes se amancebaron á mansalva.

El P. Sahagun cree equivocadamente, que á los indios los castigó Dios con la epidemia, porque hicieron la guerra á los españoles. El cielo jamás castiga en los hombres el que cumplan con la primera ley que él mismo les ha impuesto, que es, defender su libertad, su patria y su independencia contra cualesquier agresor; ora sea cristiano, ora turco. En esto obraron santamente los mexicanos; así como Dios obró en justicia quitándoles su imperio si no eran dignos de ser independientes, porque él es el Señor absoluto de los reinos, y los dá y quita segun su santa voluntad. El P. Sahagun ecsistió en un siglo de fanatismo, en que estaba en boga la doctrina de las conquistas, así como comienzan á estarlo los

principios de la legitimidad de los principes de la santa-alianza; disculpémoslo por lo mismo, y esta clase de opiniones no sea motivo para que lo recusemos en cuanto al uso que merece como historiador de unos hechos que casi presencié, y que es el único que los refiere en la línea de historiador, no habiéndose atrevido ninguno otro de su época á hacerlo sin comprometerse con el gobierno español, como él lo estuvo, y se vió precisado á cercenar sus escritos, como podría conocerlo, (aunque él no lo dijera) el que se tomase el trabajo de cotejar esta historia con la que yo publiqué en México en 1829 en la imprenta de Galvan. Habíase echado muy artificiosamente un denso velo sobre la muerte del emperador Moctezuma, prevaleciendo por los amañes de los historiadores españoles la opinión de que sus vasallos le habían dado muerte; mas el P. Sahagun no solo deslinda que fué agarrado por los mismos españoles, sino que además nos cuenta el discurso que Hernán Cortés dirigió á estos para ejecutar tan horrible maldad, y en un exceso de despecho, viéndose tenazmente atacado y sitiado en su cuartel por los mexicanos. Para comprobacion de esta verdad, ecsiste aun la piedra que figura una tortuga en el museo de la universidad de México, y sobre la que cayó el cuerpo desnudo de este malhadado emperador, que recogieron los indios para darle sepultura en México. Nada hay oculto que tarde ó temprano no se revele, ha dicho Dios, y esto se ha verificado con respecto á este suceso, que llenará de escándalo al mundo culto, y sobre el que hablaremos con alguna estension en su respectivo lugar.

CAPITULO PRIMERO.

De las señales y pronósticos que aparecieron en esta Nueva-España antes que se supiese la fama de la gente española ni de su venida, por espacio de un año.

ANTES que llegasen los españoles á esta Nueva-España bien dos años, se vieron y aparecieron muchas señales en el cielo en la tierra, en el aire y en el agua, en especial uno, y es que apareció en el cielo una llama de fuego notablemente grande y resplandeciente. Era de figura piramidal como una grande hoguera, la cual comenzaba á aparecer á la media noche, y iba subiendo: de manera que á la salida del sol llegaba ella al puesto de Mediodia, y cuando el sol salia perdíase su resplandor hasta el medio de la otra noche que tornaba á aparecer. Esto duró por espacio de un año cada noche. Cuando la gente via salir esta llama, daban grandes gritos y voces sintiendo que era pronóstico de alguna cosa grande futura. El segundo pronóstico que aconteció fué en México, que sin saber como ni por qué, se encendió el templo de Vitzilipuctli (que es el principal dios de los mexicanos, y por consiguiente era el mayor templo de todos), y cuando comenzó á arder, parecia que las llamas salian del tuétano de las maderas: esto fué sin trueno ni relámpago, ni haber nublado en el cielo. Como vieron esto los tlaxiques que guardaban el templo, comenzaron á dar voces para que viniesen á apagar el fuego; y aunque vinieron muchos y echaban mucha agua, ninguna cosa aprovechó, mas antes con el agua ardia mas el fuego hasta que el templo se consumió. El tercero pronóstico fué, que el templo del dios llamado Xiuchteutli, que es el dios del fuego, se encendió sin

principios de la legitimidad de los principes de la santa-alianza; disculpémoslo por lo mismo, y esta clase de opiniones no sea motivo para que lo recusemos en cuanto al uso que merece como historiador de unos hechos que casi presencié, y que es el único que los refiere en la línea de historiador, no habiéndose atrevido ninguno otro de su época á hacerlo sin comprometerse con el gobierno español, como él lo estuvo, y se vió precisado á cercenar sus escritos, como podría conocerlo, (aunque él no lo dijera) el que se tomase el trabajo de cotejar esta historia con la que yo publiqué en México en 1829 en la imprenta de Galvan. Habíase echado muy artificiosamente un denso velo sobre la muerte del emperador Moctezuma, prevaleciendo por los amañes de los historiadores españoles la opinión de que sus vasallos le habían dado muerte; mas el P. Sahagun no solo deslinda que fué agarrado por los mismos españoles, sino que además nos cuenta el discurso que Hernán Cortés dirigió á estos para ejecutar tan horrible maldad, y en un exceso de despecho, viéndose tenazmente atacado y sitiado en su cuartel por los mexicanos. Para comprobacion de esta verdad, ecsiste aun la piedra que figura una tortuga en el museo de la universidad de México, y sobre la que cayó el cuerpo desnudo de este malhadado emperador, que recogieron los indios para darle sepultura en México. Nada hay oculto que tarde ó temprano no se revele, ha dicho Dios, y esto se ha verificado con respecto á este suceso, que llenará de escándalo al mundo culto, y sobre el que hablaremos con alguna estension en su respectivo lugar.

CAPITULO PRIMERO.

De las señales y pronósticos que aparecieron en esta Nueva-España antes que se supiese la fama de la gente española ni de su venida, por espacio de un año.

ANTES que llegasen los españoles á esta Nueva-España bien dos años, se vieron y aparecieron muchas señales en el cielo en la tierra, en el aire y en el agua, en especial uno, y es que apareció en el cielo una llama de fuego notablemente grande y resplandeciente. Era de figura piramidal como una grande hoguera, la cual comenzaba á aparecer á la media noche, y iba subiendo: de manera que á la salida del sol llegaba ella al puesto de Mediodia, y cuando el sol salia perdíase su resplandor hasta el medio de la otra noche que tornaba á aparecer. Esto duró por espacio de un año cada noche. Cuando la gente via salir esta llama, daban grandes gritos y voces sintiendo que era pronóstico de alguna cosa grande futura. El segundo pronóstico que aconteció fué en México, que sin saber como ni por qué, se encendió el templo de Vitzilipuchtli (que es el principal dios de los mexicanos, y por consiguiente era el mayor templo de todos), y cuando comenzó á arder, parecia que las llamas salian del tuétano de las maderas: esto fué sin trueno ni relámpago, ni haber nublado en el cielo. Como vieron esto los tlaxiques que guardaban el templo, comenzaron á dar voces para que viniesen á apagar el fuego; y aunque vinieron muchos y echaban mucha agua, ninguna cosa aprovechó, mas antes con el agua ardia mas el fuego hasta que el templo se consumió. El tercero pronóstico fué, que el templo del dios llamado Xiuchteutli, que es el dios del fuego, se encendió sin

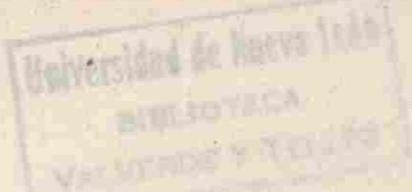
haber trueno ni relámpago (bien que habia nublado y lloviznaba.) Este templo estaba en el barrio que se llama Tezunmulco (*), y decíase.... *El sol ha encendido este templo, porque no hemos visto relámpago ni tampoco trueno.* El cuarto pronóstico aconteció de dia claro, y fué una cometa que cayó, la cual tenia tres cabezas y una cola muy larga: comenzó desde ácia el Poniente, é iba echando de sí centellas de fuego. De la novedad de este cometa, hubo grande espanto entre todos los que la vieron. El quinto pronóstico fué, que este lago que está entre México y Texcuco (sin haber aire ni otra ocasion) comenzó á hervir como una agua que se cuece á borbollones: creció el lago mucho en alto y en ancho, y las casas que estaban fundadas en él, ó cerca del, fueron muy golpeadas de las olas los cimientos, y algunas de ellas cayeron en todo, y otras en partes se arruinaron. Este movimiento del agua causó gran espanto en toda esta tierra. El sexto pronóstico que aconteció fué, que de noche se oyeron voces muchas veces como de una muger que angustiaba y con lloro decia.... ¡Oh hijos míos, que ya ha llegado vuestra destruccion! Y otras veces decia: ¡Oh hijos míos, ¿dónde os llevaré porque no os acabeis de perder? El séptimo pronóstico fué, que los pescadores que pescan en este lago que está entre México y Texcuco, y tambien cazan en él aves, cazaron una ave del tamaño de una grulla y de su color (cual no se había visto otra de su manera en este lago); la llevaron á la presencia de Mochtezuma, el cual por entonces estaba en unos palacios que se llamaban *Tlillancalmecatlé* (quiere decir, palacios teñidos de negro) y parece que como tenia otros palacios para alegrarse, ricamente edificados, este *Tlillancalmecatlé* tenia para recogerse en el tiempo de adversidad y tristeza. Llegaron á donde estaba, cuando ya el sol pasaba del Mediodía, y pusiéronle delante aquella ave. Tenia ésta en medio de la cabeza á manera de un espejo, en el cual se parecian los cielos y las estrellas, en especial aquella constelacion se parecia

(*) No sabemos hoy por qué rumbo de México quedaba. Se ha perdido la memoria de muchos lugares que nombra el autor.

que llamamos los Mastelejos. Como Mochtezuma vió este milagro de esta ave, espantóse mucho, y púsose á mirar al cielo donde ningunas estrellas parecian, y tornando á mirar en el espejo la cabeza del ave, vió gentes de guerra que venian de ácia el oriente á caballo, y que venian matando. Visto esto, mandó luego á llamar á los agoreros para que viesen aquello y le dijesen lo que significaba; y cuando ellos miraron y vieron lo que él vió, espantáronse, y cuando tornaron á mirar no vieron nada, y así no respondieron nada, porque el ave y todo lo demas habia desaparecido. El octavo pronóstico fué, que aparecieron muchas veces personas monstruosas como un cuerpo de hombres con dos cabezas, y otras cosas semejantes, y lo llevaron delante del mismo Mochtezuma, y en siendo vistas dél luego desaparecieron. Esta diversidad de novedades y agüeros espantosos significaron lo que despues pasó y aconteció en diversas plagas que sobre ellos vinieron, y aun tambien la lumbre de la fé que luego vino.

NOTA DEL EDITOR.

Los autores veraces y de buena critica, convienen en la certeza de estos pronósticos que precedieron á la conquista y ruina del imperio mexicano, y es mucho de estrañar de la exactitud del P. Sahagun, que omite referir la prodigiosa resurreccion de la princesa Papantzin, hermana de Mochtezuma, y de que dá testimonio el P. Clavijero y otros, como hecho incuestionable, habiendo sido la primera que se bautizó despues. Entre estos prodigios, algunos pueden llamarse naturales y ordinarios, como el crecimiento de las aguas de la laguna de México, que puede muy bien atribuirse á alguna reventazon de fuego del volcán inmediato de Popocatepetl, y de que nos presenta muchos ves-



tigios el mismo vaso de la laguna donde están los baños del Peñon, y otro mogote de tierra ferruminosa en la misma linea que yo he recorrido. Los setenta y cuatro cometas, cuyos periodos han regulado los astrónomos, son astros que se alejan y apróximán á la tierra en ciertas épocas, y de que la Providencia se vale para despertar la atención de los hombres, y hacerles que vuelvan sobre sus pasos y temen su ira terrible sobrecogiéndolos de pavor: naturales y muy frecuentes son los rayos y tempestades, y de los mismos se vale Dios para escitar un temor saludable á su justicia. Esta conducta del cielo es ordinaria, y la ha practicado para vaticinar á los hombres grandes acontecimientos y pre-disponerlos á que reciban el castigo con humildad y resignacion, para hacerlo fructuoso, pues nunca aparece Dios mas misericordioso que cuando se muestra justiciero. ¡Cuántas señales de esta naturaleza no precedieron en Jerusalem cuando iba á castigar en aquel pueblo delincuente su horrendo deicidio, y á cambiar toda la faz del universo por medio de la predicacion del Evangelio! No menor revolucion se iba á obrar entre los mexicanos, tanto moral como politica, anunciándoseles la Ley de gracia, y echando por tierra la abominable idolatría en que estaban encenagados. Aun un siglo despues de predicado en este pais el Evangelio se han visto estupendas maravillas, como la incontestable renovacion del Señor crucificado de Santa Teresa la Antigua, comprobada con un proceso legal y solemne. Al ver á Mochtezuma abrumado de pesares y hundido entre las paredes de su palacio de Tlillancalmecate, se me figura á Faráon aterrado con los vaticinios y prodigios de Moisés; y para hacérseme mas viva y esacta la comparacion, yo lo veo invocar á sus agoreros para consultarles sobre los prodigios que tenia á la vista, último recurso de los visionarios en sus conflictos y dudas que los aterran y no pueden deslindar.

CAPITULO II.

De los primeros navíos que parecieron en la mar de ácia la parte del Oriente y los vieron los indios que habitaban por aquellas costas de la Veracruz.

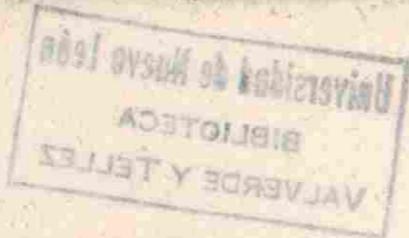
CUANDO los primeros navíos de España fueron vistos en esta tierra, los mayordomos y capitanes de Mochtezuma que habitaban en aquellas costas de la Veracruz, luego se juntaron y deliberaron entre sí de ir á dar esta nueva á su señor Mochtezuma, que estaba en la ciudad de México. El principal de ellos dijo: Para que llevemos buen recaudo de este negocio, parece-me que seria bueno que veamos qué cosa es con nuestros ojos, esto podremos hacer si fuéremos á ellos con título de venderles algunas cosas de lo que á ellos les es menester. Parecióles á los otros buen medio este, y luego tomaron todos cosas de comer y de vestir, y cargaron en canoas esto que habian de venderles, y fueron á ellos por el agua, y cuando llegaron á la capitana (á donde enderezaron sus canoas por razon del estandarte que en ella vieron,) luego en llegando hicieron su acatamiento y señales como venian de paz á vender las cosas de comer y vestir. Los españoles preguntáronlos de dónde eran y á qué venian, y dijéronles somos mexicanos: los españoles dijéronles, si sois mexicanos, decidnos, ¿cómo se llama el señor de México?: dijeron los indios: señores nuestros, el señor de México se llama Mochtezuma: entonces les dijeron los españoles, pues venis á vender algunas cosas que habremos menester, subid acá, y véamoslas, no tengais miedo ninguno, que no os harémos mal: esto dijeron por medio de intérprete que ellos traían, y luego subieron al navío, y llevaron consigo ciertas cargas de mantas ricas que habian traído, y desenvolviéndolas delante de los españoles, que les parecieron bien, y concertaron de comprárselas, y diéronles por ellas sartales de piedras

preciosas falsas, unas coloradas, otras verdes, otras azules, otras amarillas, y como á los indios les pareciesen que eran piedras preciosas, tomáronlas, y diéronles las mantas: (es verisimile que les dieron á comer y beber de lo que traían, y tambien tomaron de las cosas que ellos habian traido, como frutas y tamales) y despues de todo les dijeron: id con Dios y llevad esas piedras á vuestro señor, y decidle que no podemos ahora verle, porque nos volvemos á nuestra tierra, y vendremos otra vez, y llegaremos á verle á México. Con esto luego se partieron en sus canoas, y llegando á tierra se apercibieron y partiéronse para México á dar esta nueva á Mochtheuzoma, y viniendo con gran prisa en el camino hablaban entre sí de la manera de los navíos que habian visto, y de la manera de la gente, y segun su costumbre lo pintaron para mostrarlo pintado á Mochtheuzoma, y como hubieron llegado á los palacios de Mochtheuzoma, luego fueron conocidos como eran los capitanes y mayordomos de la costa de Zempoalla, y ellos dijeron á los porteros y guardas de como venian de prisa á hablar á Mochtheuzoma, los cuales luego le fueron á decir de como habian llegado sus mayordomos y capitanes que guardaban la costa de Zempoalla, y le querian ver y hablar; y como Mochtheuzoma oyó que venian todos ó los mas que guardaban la costa, sobresaltóse (como ya él andaba sospechoso de algunas cosas grandes que se esperaban) por razon de los pronósticos arriba dichos, dijo á sus porteros: ¿Qué, es verdad que han venido los capitanes de la costa todos juntos? Respondieron los porteros, señor nuestro, allí están fuera, mándelos vuesa magestad entrar y verlos ha. Luego dijo: Pues metedlos acá y véamoslos. Como hubieron entrado y llegado á la sala donde estaba Mochtheuzoma, de lejos se postraron y besaron la tierra: levantados que fueron, dijeron . . . Señor nuestro, merecemos la muerte por haber venido sin vuestra licencia; pero el negocio es tan árduo que lo sufre, y es el caso, que hemos visto los que aquí venimos, dioses que han llegado á aquella costa en grandes navíos, y les hemos hablado y conversado y co-

mido con ellos, y los dimos mantas ricas, y nos dieron en rescate dellas estas piedras preciosas que aquí traemos (luego le presentaron las mismas piedras falsas), y dijéronle. . . . Estas piedras nos dieron y nos dijeron: id y dadlas á vuestro señor Mochtheuzoma, y decidle que nos volvemos á nuestra tierra, y que otra vez volveremos y le veremos. Mochtheuzoma les dijo. . . . Vendreis cansados y trabajados, reposad y descansad, y mirad que no digais á nadie nada de lo que visteis y trujisteis, porque yo lo tomo en secreto, y tambien quiero que vosotros lo tengais en secreto, que yo os llamaré cuando me pareciere, para informarme mas de este negocio.

NOTA DEL EDITOR.

El laconismo y precision con que se esplica el P. Sahagun, no menos que la empalagosa repeticion de palabras mazorrales, por seguir fielmente ó copiar la relacion de los indios presenciales testigos de la conquista, me obliga á presentar el hilo de la historia á mis lectores, para no dejarles que desear; cumpliendo con esta obligacion que me he propuesto, digo: Que despues que Francisco Hernandez de Córdova descubrió á Yucatán el año de 1517, en el siguiente de 18 salió del puerto de Ajaruco (hoy la Habana) de orden de su gobernador Diego Velazquez, Juan de Grijalva, sobrino de éste con doscientos españoles en cuatro buques á continuar sus descubrimientos, y rescatar oro. Llegó á Veracruz, y observado por los indios gefes de la costa entraron estos en contestacion y rescate, dando cuenta al emperador Mochtheuzoma, como dice el P. Sahagun. No se atrevió á desembarcar y poblar, como quisiera, por las muestras de riqueza que daba la tierra, porque sus soldados huian de ocupar la tierra firme, escarmentados del mal re-



cibimiento que sus compañeros tuvieron poco antes en la costa de Yucatán, al mando de Francisco Hernández de Córdoba; otros deseaban regresar á Cuba, principalmente Pedro Alvarado, que lo acompañaba, porque estaba enamorado de una isleña. El regreso de Grijalva á la Habana con un rico rescate de alhajas de oro, encendió la codicia de Diego Velázquez, y lo animó á armar la expedición que al siguiente año confió al mando de Hernán Cortés. Grijalva puso el nombre de San Juan de Ulúa al punto donde hoy está ubicada la fortaleza de Veracruz, porque habiendo visto venir los indios los buques españoles, que jamás habían aparecido por allí, algunos que estaban en el islote donde se halla ubicada la fortaleza, sea por temor, ó por observarlos mejor desde allí, comenzaron á dar grandes voces á sus compañeros, diciéndoles con repetición.... Amololúa, Amololúa, que quiere decir, reuníos aquí, palabras que quedaron impresas en los oídos de los españoles; y como aquel día era de San Juan, le pusieron á aquel islote S. Juan de Ulúa, con que hasta hoy es conocido. Aquel lugar tenía nombre propio mexicano, y se llamaba Chalchiuhcucan ó lugar de conchitos, que sin duda arrojaba la resaca del mar, como se ve en la playa. Debo esta anécdota al Sr. Vázquez Ruiz, medio racionero que fué de Puebla, y antes cura de S. Juan de Ulúa, que me aseguró haberla leído en unos documentos antiguos del archivo de aquel castillo. Pudo muy bien ser que allí se hallasen los vestigios de sacrificios humanos que refiere el sabio P. Clavijero. Estos fueron los primeros españoles con quienes trataron los indios, y por lo que dieron á Mochtezuma el primer aviso, acreditándole su verdad con las cuentas rescatadas.

CAPITULO III.

De lo que proveyó Mochtezuma cuando hubo oído lo que dijeron los capitanes y mayordomos suyos que residían en Zempoalla.

DESPUES que Mochtezuma hubo entre sí considerado la nueva que le trujeron sus mayordomos y capitanes de la costa, luego hizo junta de todos los senadores y principales de su reino y córte, y les comunicó la embajada que trujeron, y les mostró las piedras que habían traído. Como hubieron oído los cónsules y senadores y principales de su consejo aquella embajada, y visto aquellas piedras que nunca las habían visto semejantes en grandor y parecer, comenzaron á hablar en el negocio por su órden, comenzando de los mayores hasta los menores que allí estaban, y despues de haber conferido el negocio con gran acuerdo, determinaron lo que convenia hacerse sobre ello, y fué, que fuesen señaladas personas hábiles y suficientes para que llevasen la determinacion deste consejo á los calpixques y capitanes de la costa, para que con gran diligencia velasen de noche y de día puestos en sus atalayas por toda aquella costa, para que en viendo los navíos que viniesen, luego volvieran á dar la nueva á Mochtezuma. Estuvieron las atalayas todo un año esperando con gran vigilancia lo que apareceria por la mar, y despues de un año (esto es, el año de mil quinientos diez y ocho) un día vieron venir por la mar la flota en que vinieron D. Hernando Cortés y Pedro Alvarado, y los demas capitanes que conquistaron esta tierra. Desque esto vieron los guardas de la costa, pintaron los navíos que habían llegado, cuantos eran, y la manera de la gente que en ellos venían; y habiendo hecho esto, luego con toda presteza vinieron á dar relacion á Mochtezuma, que residía en esta ciudad de México, mostrándole la pintura de los navíos que habían lle-

gado. Habiendo oido esta relacion Mochtezuma, emperador de estos reinos de esta Nueva-España, luego hizo junta de sus senadores y cónsules y los manifestó lo que pasaba, los cuales en su consejo determinaron que su grande emperador *Quetzalcoatl*, el cual habia ido por la mar ácia aquellas partes orientales (muchos años habia que lo estaban esperando) habia llegado; que con toda presteza fuesen á recibirle: luego fueron señalados cinco personas muy principales que le fuesen á recibir y le llevasen presentes de cosas ricas, el principal de todos se llamaba *Joalliothta*, y otro que era segundo á él se llamaba *Tepuztecatl*.

NOTA DEL EDITOR.

El sabio P. Mier ha manifestado en una bella disertacion, impresa en Londres en su Historia de la revolucion por causa de nuestra independenciam, comenzada en 1810, que Santo Tomás predicó en estas regiones el Evangelio, á quien tuvieron los mexicanos por el dios Quetzalcoatl ó del aire, el cual se ausentó de estos países por Goazacoalcos, prometiéndoles antes de su partida volver al cabo de algun tiempo á regirlos en paz y hacerlos felices. Los reyes (dice Clavijero) se creian vicarios de aquel númen, y depositarios de la corona que deberian cederle cuando se presentase. Aquella tradicion inmemorial, algunas circunstancias que observaron en los españoles conformes con las que su mitología atribuía á Quetzalcoatl; las extraordinarias dimensiones de sus buques comparadas con las de sus acallis ó canoas; el estrépito y violencia de la artillería, tan semejantes á las de las nubes, los indujeron á creer que no podía ser otro que el dios del aire el que se aparecía en las costas con el terrible aparato de relámpagos, rayos y truenos. Lleno

de esta creencia, mandó Mochtezuma á cinco personas de su córte que pasasen inmediatamente á felicitar aquella divinidad por su feliz llegada, en su nombre y en el de todo el reino, y á llevarle al mismo tiempo como homenaje, un rico presente. De tal manera creyeron los consejeros de Mochtezuma y él mismo, que Cortés era el dios Quetzalcoatl ó Santo Tomás, que entre los presentes que le envió fué una capa griega que usaban los obispos llena de cruces, y un báculo que habia dejado entre estos naturales. El P. Clavijero dice que fueron cinco los comisionados para este recibimiento: lo mismo se lee en la edicion del P. Sahagun, primera que publiqué en 1829, y los nombra, á saber, Joalliothta, Tepuztecatl, Tizaoa, Vevetecatl y Veicaznecatheca; mas en el manuscrito que copio solo nombra dos. He aquí la causa por que se prestó Mochtezuma á recibir tan generosamente á los que venian á despojarle de su imperio, y por cuyo medio los atrajo á su reino, atizándoles ó avivándoles la ávida codicia y sed rabiosa del oro que los devoraba y ponía espuelas á su deseo de llegar prontamente á México. Conoció al fin su error, pero no era tiempo de enmendarlo, y los esfuerzos y obstáculos que le quiso oponer fueron no solo inútiles, sino ridiculos, pues ya Cortés venia confederado con los de Zempoala y Tlaxcala. ¡Cuántos daños trae en los consejos de los reyes una creencia fabulosa, sobre todo, en materia de religion!

CAPITULO IV.

Como parecieron en la mar los navíos en que vino D. Hernando Cortés.

Como vieron los mayordomos y capitanes de Mochtheuzoma que guardaban la costa, que aparecieron otros navíos en la mar (que fué un año despues de los primeros) luego fueron á dar la nueva á Mochtheuzoma, y trujeron las pinturas de los navíos, como de los que en ellos venian para mostrar á Mochtheuzoma. Como fueron llegados á su presencia, luego hablaron y le mostraron las pinturas de los que habian visto en la mar, y luego Mochtheuzoma hizo junta de los senadores y personas graves de su reino, y les manifestó lo que de nuevo habia parecido en la mar, los cuales todos juntos confirieron entre sí de lo que convenia hacer en este caso, que todos convinieron en decir, que segun la relacion de los embajadores, aquel que habia llegado era Quetzalcoatl, el cual muchos tiempos antes habia ido por la mar á verse con el dios Sol que le habia enviado á llamar al reino de Tlapalla, y les dejó dicho que habia de volver, y que todos sus antecesores le habian esperado, y que no era posible sino que era él; por lo cual determinaron de enviar embajadores y personas muy principales para que le fuesen á recibir. Señalaron cinco personas principales para esto, y hacerle un gran presente: estos cinco fueron mandados por Mochtheuzoma ir á recibir á Quetzalcoatl, y fuéles dado el presente que habian de llevar, que fueron piezas de oro; y piedras, y joyas, y plumajes muy ricas (segun están nombradas y contadas en la primera columna de esta plana) (*) las cuales ellos envol-

(*) En el esordio de esta historia, dijo el autor que la habia escrito igualmente en mexicano; efectivamente estaba agregada á este manuscrito, pero como no lo entendieron los ladrones cuando lo robaron de la Academia de la historia de Madrid, solo compró el Sr. Cortina lo que estaba en castellano.

vieron en mantas ricas y las pusieron en petacas, y desque hubieron aderezado sus cargas y todo su fardage, fueron á despedirse de Mochtheuzoma, el cual les habló de esta manera que sigue: "Andad y cumplir vuestra embajada como os lo he mandado: mirad que no os detengais en ninguna parte, sino que con toda brevedad llegueis á la presencia de nuestro señor y rey Quetzalcoatl, y decidle: Vuestro vasallo Mochtheuzoma, que ahora tiene la tenencia de vuestro reino, nos envia á saludar á vuestra magestad, y nos dió este presente que aquí traemos." Luego se partieron estos embajadores, y con toda prisa llegaron á los navíos, y llegados que fueron á la capitana, procuraron por el señor y rey que iban á buscar, con los cuales hubo mucho dar y tomar, hasta que entendieron algo del negocio á que iban, y confabularon entre sí los españoles para que D. Hernando Cortés se ataviase como un príncipe, y en el alcázar de popa se asentó en una silla representando magestad.

NOTA DEL EDITOR.

Quando los españoles se presentaron en Veracruz, no ignoraba Mochtheuzoma los grandes estragos que habian hecho en la batalla de Tabasco; por ellos pudo muy bien conocer que no era él el dios Quetzalcohuatl el que allí venia, pues éste habia sido un genio bienhechor que á su regreso les prometió toda felicidad y ventura, de que estaban muy distantes estos genios del mal. ¿Cómo, pues, equivocó este monarca estas ideas? He aquí para mí una cosa inconcebible, y una ceguera sin par; he aquí la economía de la Providencia en orden á una conquista, de que por medios inicuos sacó Dios bienes á beneficio de la humanidad. Si Mochtheuzoma hubiera mandado con pena de muerte el que á es-

tos huéspedes fatales se les hubiese negado absolutamente toda clase de auxilios, sin duda que habrían perecido al rigor de un clima muy dañino y plagado de subandijas: negativamente les habría hecho una guerra destructora sin necesidad de poner un ejército en campaña; se habrían visto mucho los españoles para osar internarse á un país inmenso y desconocido; entonces los partidarios de Diego Velasquez que venían en la expedición de Cortés, y que ya murmuraban de su empresa, lo habrían hecho reembarcar; tal vez habría revivido en el corazón de Alvarado la llama de amor á su querida isleña, y punto concluido. ¡Filósofos! acompañadme en estas reflexiones, y ayudadme á adorar á la alta Providencia de un Dios inconcebible en sus designios. Por muchas tardes las hice yo en las playas de Veracruz cuando me paseaba á las márgenes del río de Tenoya, donde planteó su real Hernán Cortés, y donde hoy está situado el baluarte de Santiago. . . . Veía el hermoso volcán de Orizava, y aquella prolongada cordillera de montañas; tendía la vista sobre vastas llanuras, contemplaba aquel inmenso país poblado de gentes bravas y aguerridas, y me tornaba sin querer á Cortés, exclamando como Agesilao al columbrar la hueste de Epaminondas. . . . ¡Que hombre! ¡Que prodigio!! . . . Los españoles llegaron á Ulúa el día 22 de Abril de 1519, jueves santo á las doce del día.

CAPITULO V.

De lo que aconteció á los embajadores de Mochtezuma despues que entraron en el navío de Hernando Cortés.

DESQUE fueron llegados los embajadores de Mochtezuma á la orilla del mar, entráronse en canoas, y metieron todos sus cargas en ellas, y comenzaron á irse ácia donde estaban los navíos de D. Hernando Cortés, enderezando la canoa que guia-

ba ácia la capitana, donde estaba el estandarte. Los que se hallaban en los navíos todos estaban á la mira de lo que pasaba, y los de la capitana desde que llegaron cabe ella (*), preguntáronles de donde venían, y quienes eran: ellos respondieron que eran mexicanos y que venían de México á buscar á su señor y rey *Quetzalcoatl*, que sabían que estaba allí. Como los españoles hubieron oido aquella respuesta maravilláronse, y no les respondieron nada, y comenzaron á hablar ellos mismos entre sí con palabras bajas, diciendo: ¡qué quiere decir esto que dicen que saben que está aquí su rey y su señor dios, y que le quieren ver? Esta respuesta oyó D. Hernando Cortés con todos los demas, y comenzaron á conferir entre sí sobre estas palabras, y despues de mucho dar y tomar concertaron entre sí, que D. Hernando Cortés se ataviase con los mayores atavíos que tenía, y le aderezaron un trono en el alcázar de popa donde se sentase representando persona de rey, y estando de esta manera entrasen á verlo y hablarle aquellos indios mexicanos que venían en busca de *Quetzalcoatl*. Hecho esto, respondieron á los indios que fuesen muy bien venidos, que allí estaba el que ellos buscaban, y que le verían y hablarían. Habiendo oido esto los indios juntaron las canoas cerca de la capitana, y los de arriba les echaron aparejos para que subiesen. Luego subieron al navío y todas sus cargas juntamente con ellos, y las metieron dentro del navío. Como hubieron entrado ellos y sus cargas, asentáronse sobre cubierta, y D. Hernando Cortés estaba dentro del alcázar en su trono, que no parecia de la parte de afuera, y ellos se ataviaron y comenzaron á desempetacar lo que llevaban; y como los vieron así dispuestos para querer entrar á ver al que buscaban, dijéronles que entrasen á ver y á hablar á su dios y señor que buscaban, los cuales entraron en la pieza donde estaba D. Hernando Cortés, y todos llevaban en las manos el presente, y como le vieron todos se postraron en tierra y la besaron en señal de adoracion, y luego se levantaron y comenzó á hablar el que iba por princi-

(*) O junto á ella.

pal de todos ellos, diciendo: "Dios nuestro y señor nuestro, "seais muy bien llegado, que grandes tiempos ha que os esperamos nosotros, vuestros siervos y vasallos. Hános enviado á "saludar y recibir Mochtezoma, vuestro vasallo y teniente de "vuestro reino, y dice que seais muy bien venido, nuestro se- "ñor y dios, y traemos aquí todos los ornamentos preciosos que "usábades entre nosotros en cuanto nuestro rey y dios." Ha- biendo dicho esto, comenzaron luego á vestirle con aquellos ornamentos que llevaban. Pusiéronle en la cabeza una pieza hecha á manera de almete (*) en que había mucho oro y piedras preciosas y plumages, y pusiéronle un vestuario que se llama *xiculli*, que cubre desde la garganta hasta la cintura, y los medios brazos, de tela preciosa; pusiéronle luego un collar de piedras preciosas de mucho valor y hermosura: de esta manera lo fueron vistiendo desde la cabeza hasta los pies, de ornamentos sacerdotales de gran valor, y los otros ornamentos preciosos de Tezcatlipuca, y Tlalocatecutli, pusiéronlos á sus pies ordenadamente, como hacen cuando dan algún presente á alguna persona constituida en dignidad. Despues que esto hicieron, dijoles el capitán D. Hernando Cortés, ó alguno por él, ¿pues no traeis mas de esto para recibirme? El principal de ellos dijo . . . Señor nuestro y rey nuestro, esto nos dieron que trujésemos á vuestra magestad y no mas. Luego D. Hernando Cortés habló á los suyos en lengua castellana, y mandó que les tratasen de una manera muy humana y les pusiesen en el castillo de proa donde reposasen, y les diesen de comer las cosas de Castilla con toda cortesía y benevolencia. Cuando estos fueron entrados en el navío, todos los otros españoles vinieron del navío á ver lo que pasaba, y vieron el presente, y miraron los atavíos y personages que los trujeron. El día siguiente pusieron por obra los españoles de espantar aquellos pobres indios con aherrojarlos con grillos y cadenas, y con soltar los tiros de la artillería, y con desafiarlos para que peleasen con ellos, y así lo hicieron.

(*) Pieza de armadura antigua que cubria la cabeza.

NOTA DEL EDITOR.

El P. Clavijero en una nota niega la verdad de esta relacion, fundado en que Cortés salió del rio de Tabasco el lunes santo, y llegó al siguiente juéves á Ulúa. Los montes (dice) de Tochtlan y de Micltlan, desde donde se pudo ver la expedicion, no distan de México menos de trescientas millas, ni ésta de Ulúa menos de doscientas veinte: así, aunque se hubiese visto la expedicion el mismo día en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegasen el juéves á Ulúa. Analizémos esta dificultad con lo que la misma historia nos dice, segun el orden de los tiempos. La batalla de Tabasco, segun Gomara y su aprobante Chimalpain, se dió el viérnes 25 de Marzo de 1519. Cortés llegó á Ulúa el 22 de Abril, es decir, despues de un mes menos tres días; luego bien pudo preveer Mochtezoma su llegada con bastante anticipacion, así por los avisos que recibió de Tabasco, como porque en el mismo Ulúa habia estado el día 24 de Junio del año anterior, Juan de Grijalva, ofreciendo á los mexicanos que volveria. En virtud de este aviso, el monarca de México reencargó á todos los vigias y atalayas de la costa que estuviesen sobre aviso para darle noticia de cualquiera nueva aparicion de buques que hubiese en aquellas aguas. Todo esto lo indica hasta el fastidio el P. Sahagun, como ya hemos visto. Como vieron (dice en el capítulo cuarto) los mayordomos de Mochtezoma que guardaban la costa, que aparecieron otros navios en la mar, que fué un año despues. . . . luego dieron aviso, y trujeron las pinturas, así de los navios como de los que en ellos venian. . . . ¿Y estas pinturas no pudieron sacarse en el mismo Tabasco, y en todos ó algunos puntos por donde hacian esta navegacion costanera por el rio de Papaloapam ó de Alvarado, por donde transitaron estos buques, de modo que á su llegada

á Veracruz ya supiese el emperador su número, y el de sus gentes y caballos desembarcados en Tabasco? Reflexionemos que este era el gran cuidado que ocupaba á Moctheuzoma, y que era obedecido puntualmente hasta en sus deseos. Ultimamente, notemos la exactitud con que el P. Sahagun nombra á todos los individuos que formaban la comision; y como que para escribir esta historia habló con los principales señores mexicanos, y quizá con algunos de los comisionados que existian, no es posible suponerlo equivocado. El P. Sahagun escribió su historia, como dice en el principio de su doceno libro, despues de que muchos han escrito en romance la conquista, segun la relacion de los que la conquistaron, uno de estos fué Bernal Diaz.... Con que segun esto, el estaba seguro de la exactitud de su relacion, aunque difriese de la de los otros escritores. Yo tengo para mí que está desvanecida la observacion del P. Clavijero.

Cortés hace en este drama un papel muy ridículo. ¿Un hombre que viene á anunciar el Evangelio, disimula y se hace pasar por el dios Quetzalcoatl, recibe adoraciones como un nimen celeste, y concluido el acto de presentársele el regalo pregunta.... ¿Qué no mas esto traeis? Es lance que á la verdad le hace muy poco honor, que lo degrada y envilece, y que tal vez no lo referirian por lo mismo otros escritores españoles, por un resto de pudor. El P. Sahagun no tuvo esas consideraciones, porque su virtud y pobreza evangélica lo ponian fuera de combate; siempre habla la verdad el que la ama, el que desprecia las riquezas y solo espera la remuneracion de Dios, en cuyo caso estaba este bendito varon, que consagró su dilatada vida al servicio de Dios y bien de los hombres; no obstante su sinceridad, le acarreó persecuciones, como ya se ha dicho en el prólogo, y por lo que sus obras fueron remitidas á España, ocultándose para que no fuesen leídas, en el convento de Tolosa de Navarra.

CAPITULO VI.

Como volvieron á México los embajadores de Moctheuzoma que habianse ido á recibir á Quetzalcoatl.

DESPUES que los españoles hubieron importunado mucho á los embajadores de Moctheuzoma que peleasen con ellos de uno á uno, ó de dos á dos, para experimentar sus fuerzas y su destreza en el pelear (y no lo pudieron acabar con ellos) injuriáronlos, diciendo que eran cobardes y afeminados, y que se fuesen como tales á México, que ellos iban allá á conquistar á los mexicanos, y que allí moririan á sus manos, y que dijese á Moctheuzoma como su presente no les habia agradado y que yendo á México los robarian cuanto tenian y lo tomarian para sí. Dicho esto, los indios entraron en sus canoas, y comenzaron á remar muy apresuradamente. No vian la hora de verse lejos de ellos: iban incitando los unos á los otros que remasen fuertemente porque presto se alejasen y no les aconteciese algun otro daño. Con esta priesa llegaron á una isleta que se llama Xicalanco, donde comieron y reposaron un poco; de allí se partieron y llegaron al pueblo que se llama Tecpan-tlaiacac, que está en la ribera. De allí se partieron luego y llegaron á un pueblo que se llama Cuertlaxtla (está la tierra adentro) (*); allí comieron y dormieron, y á la mañana los principales de aquel pueblo los rogaban que reposasen aquel día allí, y descansasen; ellos les respondieron: "Señores, no podemos reposar, que vamos muy de prisa, que llevamos una embajada á nuestro señor Moctheuzoma de muy grande importancia y maravilla cual nunca se ha visto en estas partes, y es menester que ninguno otro lo sepa antes que él, y por eso vamos con gran prisa." Dicho esto luego se partieron. Iban tan turbados y apresurados, que en ninguna cosa recibian con-

(*) Hoy Cotasta, por donde antes estaba el camino real.

solacion, ni en el comer, ni en el dormir, ni les daba contento cosa ninguna: iban dando suspiros muchos y muy grandes, muy angustiados y afligidos por todo el camino. Cuando se hablaban unos á otros decian: "Hemos visto cosas tan espantosas y tan raras, que son indicio que han de venir sobre nosotros grandes mares de tribulaciones; pero señor Dios, ¿quiénes serán, ó de donde vendrán aquellos que nos han de conquistar á nosotros los mexicanos, que somos los mas poderosos, antiguos y temidos en todos estos reinos (*)? ¿Por qué causa vamos tan angustiados y atribulados, que nuestro corazón recibe gran pena? Indicio es esto de algun grande mal que se nos acerca." Llegados que fueron á México, fuéronse derechos á los palacios del rey, y hablaron á los guardas que guardaban su cámara: dijéronles: "Si duerme nuestro señor Mochtezoma, despertadle y decidle. . . . Señor, vuelto han los embajadores que enviasteis á la mar á recibir á nuestro dios Quetzalcoatl." Entraron las guardas á decir esto á Mochtezoma, y como lo hubo oido, dijo: "Decidlos que no entren acá, sino que se vayan derechos á la sala de la judicatura." Y luego mandó que aprestasen esclavos para degollarlos delante de los embajadores y rociarlos con su sangre. Usaban esta ceremonia cuando algun embajador grande venia de nuevo, y todo se hizo así.

NOTA DEL EDITOR.

Los capítulos cuarto y quinto de la edicion de esta obra, que publiqué el año de 1829, están muy alterados en aquel testo, como podrán verse. En el cuarto está el inventario de

(*) A esta pregunta ha respondido anticipadamente el profeta Jeremías en el capítulo 5 desde el verso 5 al 17: "Yo traeré sobre vosotros una nacion de le-
"jos: una nacion robusta y antigua; una nacion cuya lengua no entenderéis.
"Talará vuestros campos y mieses, y devorará vuestros hijos é hijas." ¡Infelices
mexicanos! ¡Con cuánta razon predeciais unas desgracias que poco despues pre-
senciásteis!

las piezas de oro, plata, perlas, rica plumería y otras cosas de que constaba el regalo de Mochtezoma á Cortés, que me parece muy exacto, pues conviene con lo que Chimalpain y Lopez de Gomara dicen en el capítulo 37, tomo 1º de la Conquista, refiriendo las piezas ricas que Cortés apartó para obsequiar á Carlos V, que llevó Francisco de Montijo á la corte, y con lo que disipó por algun tiempo las acusaciones de Diego Velasquez contra Hernan Cortés; ignoro por qué en el manuscrito que copio lo omitió el P. Sahagun. En el capítulo quinto de dicho manuscrito, dice este autor, que los españoles pusieron grillos y cadenas á los indios embajadores, los desafiaron para que peleasen con ellos, y así lo hicieron. Tambien se dice en aquella edicion que Cortés los mandó atar, y dar espadas y rodeletes para que peleasen con otros tantos españoles, á lo que respondieron que ellos no podían hacerlo, porque su señor no los habia mandado á pelear, sino á saludarlo; esta circunstancia de mandarlo Cortés se omite en el manuscrito, y otras muchas circunstancias no fáciles de detallar; mas en fin, resulta que los enviados se sacaron por pago de su buen servicio el ser ultrajados por los mismos á quienes fueron á beneficiar, y de lo que se quejaron al emperador de México cuando le dieron cuenta de su comision. Esto me hace preguntar, ¿qué casta de gente era esta tan bárbara, inhumana, incivil é ingrata, que de esta manera corresponde á la hospitalidad generosa con ultrajes de esta especie? ¿De qué otra clase de gentes ha escrito la historia una correspondencia igual, y un desafuero semejante, hecho á los embajadores de un gran príncipe, por cuya generosidad subsistian allí? El mismo Cortés no tuvo empacho de informar á Carlos V en sus cartas, que desde que llegó á Veracruz y tuvo idea de Mochtezoma, se propuso prenderlo y de hecho lo hizo, como refieren los historiadores. Tambien se mostraron descontentos los soldados de Cortés del gran regalo que acababa de recibir, y protestaron que luego que llegasen á México robarian á los

mexicanos; protesta que hicieron efectiva en la primera noche de su hospedaje, comenzando por la casa del emperador, donde se acuartelaron, saqueando las bodegas llenas de cacao y efectos preciosos, como lo confiesa Herrera, y que fué uno de los principales ladrones Pedro Alvarado, (como siempre lo fué.) Es pues preciso concluir, que esta era una banda de ladrones, asesinos, inmorales, y verdadera peste que el cielo mandó sobre este pueblo en castigo de su idolatría. Esta colluvie de hombres afectaban seguir la religion de Jesucristo oyendo misa, postrándose delante de la cruz, y tomando de aquí motivo para que su capellan, el P. Olmedo, les tratase de conquistar y explicar una religion que detesta lo mismo que ellos practicaban, pudiendo decirse de ellos lo que el Salvador de los fariseos: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon dista mucho de mí.

CAPITULO VII.

De lo que los embajadores que volvieron de la mar dijeron á Mochtezoma.

DESPUES que fué hecha aquella idolátrica ceremonia de rociar á los embajadores con la sangre de los que para esto habian muerto, el Sr. Mochtezoma sentóse en su trono ó silla de judicatura para oír la nueva que traían aquellos embajadores que él habia enviado á recibir á *Quetzalcoatl*, que segun su imaginacion habia llegado por la mar. Luego ellos en su presencia postrados besaron la tierra, (ceremonia idolátrica de adoracion) el principal de aquellos embajadores comenzó á hablar, dando relacion á Mochtezoma de lo que habian visto y oído, y padecido en los navíos donde pensaban que venia

Quetzalcohuatl, y dijo de esta manera: "Señor nuestro (*): Como hubimos llegado yo y estos señores que aquí estamos, á la orilla del mar, vimos dentro en la mar unas casas grandísimas de madera todas, con grandes edificios dentro y fuera, las cuales andan por la mar como las canoas que acá nosotros usamos para andar por el agua: dijéronnos que estas casas se llamaban navíos; son unos edificios admirables y muy grandes hechos para andar por la mar, que nadie de nosotros tendrá habilidad para contar en particular los diversos edificios que contienen estos navíos ó casas de agua. Procuramos luego de llegar con las canoas que llevamos, al principal navío ó casa de agua, donde vimos el estandarte que traían. Como hubimos llegado cerca, vimos mas de veinte navíos (†) y en cada uno de ellos venia mucha gente, y todos nos estaban mirando hasta que entramos en el navío principal. Entrados que fuimos, procuramos de ver al señor *Quetzalcoatl*, que buscamos para darle el presente que llevábamos. Allá dentro del navío en una pieza mostráronnos un señor sentado en su trono, del cual nos dijeron Ese es el que buscáis: luego nos postramos delante dél, adorándolo como á dios, y luego le dijimos lo que nos mandaste, y le compusimos con las joyas que nos diste, y lo demas que le presentamos y pusimos á sus pies. Diéronnos á entender que era poco aquello que llevábamos. Aquel dia nos trataron bien, y nos dieron de comer y beber de lo que ellos comen y beben, que es preciosa comida y bebida. Aquella noche dormimos en el navío, y á la mañana comenzáronnos á hablar en que querian ver nuestras fuerzas y manera de pelear, y que peleásemos con ellos de uno á uno, ó de dos á dos. Escusámonos deste negocio, y sobre él nos echaron hierros y sol-

(*) Notése la diversidad de la fórmula del tratamiento que ahora dan á Mochtezoma, del que dieron á Cortés creyéndolo el dios *Quetzalcohuatl* Señor, nuestro. Señor le dijeron los mexicanos, y estaban en los ápices de la etiqueta ó sea Tlatoani.

(†) El miedo multiplica los objetos: los buques solo eran once; la capitana de Cortés era de cien toneladas, tres de ochenta, y setenta los demas, eran pequeñas y sin cubiertas, y bergantines tal vez.

taron tiros de artillería, que nos espantaron mucho, y nos hicieron caer como muertos. Despues que volvimos en nosotros y nos dieron de comer, vimos sus armas y sus caballos y sus perros que los ayudan en la pelea, de lo cual nos espantamos mucho, y sería cosa prolija de contar cada cosa de por sí, de las que vimos. Dicen que vienen acá á conquistarnos y á robarnos, acá se verá todo: grandemente venimos espantados." Como hubo oido todo esto Moctheuzoma, espántose mucho, y mudáronsele las colores, y mostró gran tristeza y desmayo.

NOTA DEL EDITOR.

Paréceme esta relacion concebida en términos sencillos y de verdad, propia de un hombre que repentinamente ve objetos grandiosos por la primera vez, que ocupan su imaginacion y apenas acierta á explicarlos; no creo que en esto haya tenido lugar la ficcion. En cuanto al número de buques juzgo que bien podrian ser veinte, pues cada bergantín tiene su esquife para pescar, y probablemente todos estarían botados á la agua, para realizar el desembarco que comenzó el día 23, viérnes santo, y tanto mas lo creo, cuanto que entonces no habia muelle por donde realizarlo, y los buques menores necesitaban atracar mucho á tierra, y suplirse de la falta de pescantes que elevan grandes pesos, sobre todo para el desembarco de los caballos.

Entre los libros y piezas de manta que eran del señor coronel D. Diego García Panes, y que se regalaron al congreso de la union de México, por mano del diputado D. José Ignacio Esteva, y despues se pasaron diminutos (porque robaron algunos papeles y mantas los manipulantes) al museo de la universidad, he visto estampados los once buques de la expedicion de Cortés á su llegada á Ulúa, y la capitana que él montaba. Yo tuve esa obra prestada en Veracruz por los dependientes de la testamentaria del finado Sr. Panes,

y aun puse en ella algunas notas y advertencias para inteligencia de no pocos pasages oscuros; operacion que ejecuté en aquella ciudad en los meses de Marzo, Abril y Mayo de 1821. En ella se leen las memorias de D. Fernando Alva Ixtlilxochitl, que despues publiqué á espensas del gobierno federal en Enero de 1830, y agregué á la obra principal del P. Sahagun, y las relaciones del Sr. Lic. Veytia, originario de Puebla, y albacea del caballero D. Lorenzo Boturini, sobre cuyos escritos las formó, y han quedado inéditas en gran parte: digo en gran parte, porque yo redacté alguna de ellas en la obra que imprimí, intitulada, Texcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes, obra de mucho mérito, segun mi entender.

CAPITULO VIII.

Como Moctheuzoma juntó cuantos nigrománticos, encantadores, agoreros, embañadores, y hechiceros habia en todo su reino para que fuesen á encantar, enhechizar, y embair á los españoles para que no llegasen á México.

Como Moctheuzoma hubo oido la relacion que trujeron sus embajadores que fueron á recibir á Quetzalcoatl, entristeciéndose sumamente, y enviólos á sus casas: entróse en su recogimiento y estuvo allí gran rato muy pensativo y afligido. Finalmente, determinó de juntar á todos los senadores y personas graves y generosas, y á todos los sabios y personas prudentes de su córte y reino, para comunicarles las nuevas que los embajadores habian traído. Desque fueron juntos hizolos un parlamento muy sentido y muy elocuente (como en semejantes casos ellos usaban y como él acostumbraba á hablar, porque era muy sabio y muy retórico y de grande habilidad para

taron tiros de artillería, que nos espantaron mucho, y nos hicieron caer como muertos. Despues que volvimos en nosotros y nos dieron de comer, vimos sus armas y sus caballos y sus perros que los ayudan en la pelea, de lo cual nos espantamos mucho, y sería cosa prolija de contar cada cosa de por sí, de las que vimos. Dicen que vienen acá á conquistarnos y á robarnos, acá se verá todo: grandemente venimos espantados." Como hubo oido todo esto Moctheuzoma, espántose mucho, y mudáronsele las colores, y mostró gran tristeza y desmayo.

NOTA DEL EDITOR.

Paréceme esta relacion concebida en términos sencillos y de verdad, propia de un hombre que repentinamente ve objetos grandiosos por la primera vez, que ocupan su imaginacion y apenas acierta á explicarlos; no creo que en esto haya tenido lugar la ficcion. En cuanto al número de buques juzgo que bien podrian ser veinte, pues cada bergantín tiene su esquife para pescar, y probablemente todos estarían botados á la agua, para realizar el desembarco que comenzó el día 23, viérnes santo, y tanto mas lo creo, cuanto que entonces no habia muelle por donde realizarlo, y los buques menores necesitaban atracar mucho á tierra, y suplirse de la falta de pescantes que elevan grandes pesos, sobre todo para el desembarco de los caballos.

Entre los libros y piezas de manta que eran del señor coronel D. Diego García Panes, y que se regalaron al congreso de la union de México, por mano del diputado D. José Ignacio Esteva, y despues se pasaron diminutos (porque robaron algunos papeles y mantas los manipulantes) al museo de la universidad, he visto estampados los once buques de la expedicion de Cortés á su llegada á Ulúa, y la capitana que él montaba. Yo tuve esa obra prestada en Veracruz por los dependientes de la testamentaria del finado Sr. Panes,

y aun puse en ella algunas notas y advertencias para inteligencia de no pocos pasages oscuros; operacion que ejecuté en aquella ciudad en los meses de Marzo, Abril y Mayo de 1821. En ella se leen las memorias de D. Fernando Alva Ixtlilxochitl, que despues publiqué á espensas del gobierno federal en Enero de 1830, y agregué á la obra principal del P. Sahagun, y las relaciones del Sr. Lic. Veytia, originario de Puebla, y albacea del caballero D. Lorenzo Boturini, sobre cuyos escritos las formó, y han quedado inéditas en gran parte: digo en gran parte, porque yo redacté alguna de ellas en la obra que imprimí, intitulada, Texcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes, obra de mucho mérito, segun mi entender.

CAPITULO VIII.

Como Moctheuzoma juntó cuantos nigrománticos, encantadores, agoreros, embañadores, y hechiceros habia en todo su reino para que fuesen á encantar, enhechizar, y embair á los españoles para que no llegasen á México.

Como Moctheuzoma hubo oido la relacion que trujeron sus embajadores que fueron á recibir á Quetzalcoatl, entristeciéndose sumamente, y enviólos á sus casas: entróse en su recogimiento y estuvo allí gran rato muy pensativo y afligido. Finalmente, determinó de juntar á todos los senadores y personas graves y generosas, y á todos los sabios y personas prudentes de su córte y reino, para comunicarles las nuevas que los embajadores habian traído. Desque fueron juntos hizolos un parlamento muy sentido y muy elocuente (como en semejantes casos ellos usaban y como él acostumbraba á hablar, porque era muy sabio y muy retórico y de grande habilidad para

persuadir lo que queria.) En el fin de esta plática les preguntó que le dijese qué convenia hacer para el remedio de sus enemigos, y para que los que lo venian á destruir fuesen impedidos y no pudiesen salir con su propósito. La respuesta de esta pregunta comenzó desde los mas principales y sabios y graves que habia en la junta, y todos hablaron, y altercóse el negocio prolija y muy atentamente. Finalmente concluyeron, que se juntasen todos los encantadores y nigromantes, y que como tenian de costumbre fuesen á hacer el primer acometimiento y empleasen todo su saber y poder para hacer mal, impedir y espantar á los españoles para que viesen y no osasen llegar á México. Fueron juntos y congregados todos los nigrománticos y maléficos, á los cuales como Mochtezuma representase el negocio que estaba presente, los encargó con grande eficacia que fuesen á hacer su oficio contra los enemigos de la república que les venian á destruir, lo cual oido, el mas viejo y sabio de ellos, respondió con todo el aparato de retórica que ellos usaban, y finalmente concluyó con decir que harian con gran prontitud y diligencia y segun todo su poder y saber lo que su magestad mandara, y se despidieron dél. Apartándose estos nigrománticos de Mochtezuma, juntáronse todos y habláronse, y propusieron todos de destruir á los españoles, y muy confiados de la victoria fueron á verse con ellos en el lugar mas conveniente que les pareció para ejecutar este negocio, y sin que les viesen los españoles hicieron todos sus encantamientos y nigromancias, y embaimientos, y hechicerías que ellos usaban para destruir los españoles; y como estaba en el consejo divino otra cosa determinada, todo cuanto hicieron y dijeron, y negociaron con los demonios sus abogados y favorecedores, no valió nada, y se volvieron confusos y tristes á dar esta relacion á Mochtezuma, el cual les oyó, y se espantó mucho, y le cayó gran desmayo. Finalmente, con consejo de sus senadores y graves personas y prudentes de su corte mandó á sus calpixques, y capitanes, y hombres valientes que fuesen á recibirlos de paz, y los llevasen bastimentos y esclaves

vos para que sacrificasen delante dellos, y procurasen entender qué género de dioses eran aquellos que venian contra ellos. Fueron é hicieron los que les mandaron, lo cual visto por los españoles abominaron y detestaron aquellos mantenimientos rociados con sangre, y no quisieron comer dellos ni verlos. Como vieron esto los mexicanos, hablaron entre sí diciendo: "Estos dioses no son como los nuestros; dioses celestiales son, adorémoslos y aplaquémoslos, y luego determinaron entre sí de buscarles mantenimientos que les fuesen gratos de los mejores que ellos comian, así de pan, como de carne, como de frutas y raices, que ellos preciaban mucho, y se las presentaron y vieron que las recibieron y comieron dello de buena gana, de que se consolaron, y de allí adelante tuvieron por dioses á los españoles y á los negros que venian entre ellos tambien los tuvieron por dioses negros, y los llamaron *Teucacatzactli*. Como este negocio fué sabido por Mochtezuma, entendió que eran dioses celestiales los que venian, y mandó con gran diligencia á todos sus gobernadores y presidentes y oficiales de la república que con grandísima diligencia proveyesen y sirviesen con todo lo que quisiesen y fuese su contento, á los dioses celestiales que habian llegado, y así fué hecho todo el tiempo hasta que llegaron á México que los traían como en palmas, muy proveidos y regalados.

NOTA DEL EDITOR.

Muy tristes reflexiones nos hace formar el capítulo precedente. Un monarca sobrecogido de pavora con las predicciones de la naturaleza, y altamente engañado en sus esperanzas de tener en Cortés un dios benéfico prometido á sus mayores, y que lo primero que ocurre á nuestra imaginacion, y que al mismo tiempo nos dá sobrado motivo para bendecir la generosidad de Jesucristo es, que nos vino á alumbrar

con la luz del Evangelio para hacernos superiores á todo otro temor que no sea el de su juicio, en el último dia de los tiempos, y en el que él intervendrá como un generoso mediador entre un Dios airado, y un hombre delincuente. La teogonia mexicana formada de absurdos, semejantes á los de los egipcios, griegos y romanos, es desconocida al comun de nuestras lectores, y solo podrán formar idea de ella los que hubiesen leído lo que sobre la misma escribió el P. Sahagun en su obra grande que he publicado; por tanto calificarán á Mochtezuma y á toda la nacion mexicana por la mas bárbara de la tierra; mas yo les suplico mediten un momento sobre el grado de ilustracion en que entonces se hallaban los españoles, que era muy inferior, y casi casi se equivocaban con los mexicanos en ciertas prácticas y abusos muy mas criminales que las de los indios, puesto que ellos habian recibido la luz evangélica que las detesta y proscribe. Despues de tres siglos, todavia nos quedan no pocos restos de la credulidad española, y hoy mismo todavia hay en Paris algunas mugeres supercheras á quienes se les consulta sobre la buena ó mala ventura, y reciben paga por sus oráculos, teniendo no pocos consultores de hombres, que si no pasan por sabios, á lo menos la echan de ilustrados, y tal vez de incrédulos. Filangieri, autor de estos tiempos, ha dicho esta importante verdad. . . . "Los españoles mas bien necesitan del tribunal de la inquisición para que corrija su misma credulidad, fanatismo y supersticion, que para castigar su incredulidad." Desengañémonos: el mundo ha estado en tinieblas mientras no escuchó la doctrina del Evangelio. Finalmente, todavia señalan hoy los españoles ciertos dias de buena ó mala ventura siendo de esta clase el 21 de Enero, en que hasta las rameras mas disolutas de Cádiz se abstienen de mezclarse con los hombres, porque creen esponerse á parir monstruos. Aun ecsisten en Andalucía los gitanos, y con esto se ha dicho todo.

CAPITULO IX.

Del llanto que hizo Mochtezuma con todos los de su córte de que supo de sus embajadores como los españoles era gente muy fuerte, y valerosa.

DESQUE Mochtezuma supo de sus embajadores como los españoles eran tan valientes y esforzados, y lo representaron muy bien sus personas y sus obras, cayóle gran espanto y miedo: luego se le asentó que se habia de ver en grandes trabajos y afrentas, no solo él, pero tambien todo su reino ó imperio, y todos sus principales y vasallos. Movido deste sentimiento comenzó á llorar amargamente, y luego todos los que con él estaban, y de allí se derivó este lloro á todos los chicos y grandes de su reino; luego comenzaron por las plazas y por las calles á hacer corrillos y á llorar los unos con los otros los grandes males que en breve se esperaban, y que vendrian sobre ellos. Por las calles todos andaban cabisbajos y llorosos: por las casas los padres lloraban con sus hijos, diciéndoles: ¡Ay de mí y de vosotros, hijos míos, que grandes males habeis de ver y pasar! Lo mismo decian llorando las madres á sus hijos y hijas, con otras lástimas que el gran temor y tristeza les enseñaba á decir. Tambien los embajadores dijeron á Mochtezuma como el capitán de los españoles traía consigo una india que se llamaba Marina, nacida en esta tierra de México, que le servia de intérprete, para declararle lo que le decian en lengua mexicana; la cual tambien entendia la lengua española, y decia en lengua mexicana á los mexicanos lo que el capitán la decia. Luego Mochtezuma despues que volvió algo en sí, tornó de nuevo á encargar á todos los suyos que tuviesen gran diligencia en servir á los dioses que venian; y de esta manera habia por todas partes de los caminos gran frecuencia de mensageros

que iban y venian con nuevas de lo que pasaba y con bastimento para los españoles, que no cesaban de dia y de noche de discurrir por los caminos. Los españoles luego comenzaron á preguntar á los principales (que ya con ellos estaban) por Mochtheuzoma preguntándoles, ¿qué persona era? Respondieronlos los que estaban presentes que era hombre de perfecta edad, y que era hombre enjuto y de mediana estatura, y que en su cara representaba mucha gravedad y mucha prudencia y gran valor (*). Despues que Mochtheuzoma supo esta diligencia que los españoles hacian cerca de la calidad y manera de su persona, angustiábase grandemente y vacilaba consigo ¿qué haria de su persona? ¿si huiria, ó se esperaria, ó si se absconderia, ó qué haria? Estas vacilaciones las comunicó á sus principales, y todos ellos comunicaron esto á los encantadores y nigrománticos, y su parecer fué que se abscondiese, porque ellos le pondrian en seguro en uno de los lugares que ellos le dijesen; si queria ir á la casa del Sol, que ellos le llevarian, y si queria ir al Paraiso terrenal, ellos le pondrian en él; y si queria ir al Infierno, ellos le guiarian, y si queria ir á un lugar muy secreto y muy bueno que está cerca desta ciudad, que se llama *Cincalco* (†), que ellos le meterian allá. Mochtheuzoma dijo que se inclinaba á que le llevasen á aquella cueva de Cin-

(*) Tal lo representa el retrato de bella lámina que nueve años ha se sacó en Paris á solicitud mia, por mano del marqués del Apartado. Copióse del que tenia la familia de Santibañez, descendiente del emperador por lo Cano Mochtheuzoma, que compró el encargado de negocios de Norte-América Mr. Smith, en una almoneda (pues los estrangeros aprecian mas las antigüedades de los mexicanos que los mexicanos mismos.) Posteriormente se descubrió otro cuadro de lienzo igual al primero, que tenían volteado alrevez los indios de la Tecpan de Tlatelolco para que no lo conociesen los españoles y lo quemasen, pues la guerra la hicieron hasta contra los retratos, para olvidar la memoria de sus originales. Dicho cuadro lo posee hoy el señor D. Juan Escalante, como apoderado de los indios de las parcialidades de México. En oportuno lugar presentaremos el retrato político de este monarca desgraciado, cuya memoria recordamos con tristeza.

(†) Acaso esta cueva será la ultimamente descubierta en Cacahuamilpa al sur de México.

calco, y esta fama se divulgó por toda su córte; pero andando los negocios adelante mudó este parecer, y determinó varonilmente de esperar á todo lo que se ofreciese, por no poner mácula de cobardía y de poquedad en su persona real, y luego determinó de dejar las casas reales, y irse á morar y residir en sus propias casas, y así fué luego hecho.

NOTA DEL EDITOR.

Ya hemos indicado la predisposicion del ánimo de Mochtheuzoma para hundirse en la melancolía, y presentir que iban á llover sobre el males de toda especie: no será inoportuno advertir que le aquejaban desazones domésticas; que notaba en una gran parte de sus súbditos y aun deudos, disposiciones para sublevársele, aprovechándose de la ocasion que se les presentase de sacudir el yugo. Cortés astutamente y en secreto fomentaba la sedicion, y hecho el verdadero tipo que tuvo á la vista Miguel de Cervantes, era tambien el verdadero D. Quijote de la Mancha, que venia ofreciendo su proteccion á los oprimidos, y á desfacer por su espada los entuertos y desaguisados que el emperador de México les hubiese fecho; política que le surtió grandes efectos, como adelante veremos, y por lo que logró subyugar á los mexicanos por medio de los mexicanos mismos, mácsima que hoy siguen los estrangeros que han venido á subrogar á los españoles, contra quienes declaman altamente; siendo el resultado de esto, que los indios hoy quedan en lugar de burros, y los americanos descendientes de los españoles en lugar de indios, pero todos esclavos por sus arterias y amaños. ¡Vigilancia, mexicanos, vigilancia! Cese vuestro aspirantismo á los puestos principales, moderad vuestros deseos, ó decidios á ser algun dia esclavos de nuevos señores.

CAPITULO X.

Como los españoles entraron la tierra adentro, habiendo echado á fondo todos sus navíos, y del recibimiento paleado que les hicieron los otomíes.

La animosidad de D. Hernando Cortés, valeroso capitán de la conquista de esta tierra, se mostró en que hizo descargar todos los navíos, y luego echarlos á fondo, por quitar á todos sus soldados toda la ocasion de volver atrás en esta conquista. Hecho esto, comenzaron á entrar la tierra adentro puestos todos los que eran para pelear á punto de guerra, dejando con el fardage (para que lo guardasen) la gente que le pareció convenir. Como hubieron llegado á los términos de Tlaxcala, á una provincia que se llama Tecoaac, que quiere decir, lugar donde está la *gente fiera y belicosa*, porque estaban allí escogidos para la guarda de aquel reino de Tlaxcala grandísimo número de otomíes muy valientes y ejercitados en las cosas de la guerra; llevaban por guía á un mexicano que habian tomado de Zempoala que era Naoatlato, y sabia algo de la lengua española; este los guió ácia aquella parte donde estaba aquel ejército de soldados otomíes tlaxcaltecas, y no hay que dudar sino que los guió por allí, para que aquel ejército de otomíes matase luego á todos los españoles sin quedar uno, y aconteciolos al revés, que como los otomíes los salieron á recibir á punto de guerra, y como comenzaron á pelear los unos con los otros, los pobres otomíes como no conocian la fortaleza y destreza de pelear que tenian los españoles y la velocidad de los caballos, y la diversidad de las armas así ofensivas como defensivas que traían los españoles, recibieron luego gran daño por lo uno y por lo otro, y ellos como animosos y fieros, sin tener temor á la muerte que veían los iba tragando, no huyeron ni volvieron atrás, sino perseveraron en la batalla hasta

que no quedó hombre de ellos. Esto se concluyó en obra de dos horas poco mas ó menos. Luego esta nueva fué llevada á los señores de Tlaxcala (los cuales estaban bien confiados que tenian su reino muy bien murado con aquellos soldados otomíes), y oyendo como todos habian sido muertos sin quedar nadie, recibieron desta nueva grandísimo espanto, tanto que salieron de sí, y comenzaron á temblar de miedo. Los españoles como hubiesen descansado aquel dia del trabajo de aquella batalla, comenzaron á marchar otro dia ácia Tlaxcala. En este espacio los señores y principales y valientes hombres de Tlaxcala entraron en consejo consigo mismos para ver que les convenia hacer en este trance; dando y tomando gran rato, vinieron á concluir todos, que pues que aquella gente que venia habia hecho tan gran destrozo y matanza en sus fortísimos soldados en muy breve tiempo, no les convenia salirles de guerra sino que se diesen á ellos saliéndoles de paz, y ofreciéndoles bastimento con mucha humildad y reverencia, y así fué hecho, que salieron todos los principales y señores y hombres valientes sin ningunas armas y aderezados como de fiesta, llevando todos los bastimentos que les fué posible, y con gran reverencia y humildad ofrecieron su presente y sus personas á la voluntad del capitán D. Hernando Cortés. El capitán los recibió con gran voluntad, y se les mostró muy amigo, y tambien les ofreció la amistad de todo su ejército, y así se fueron todos juntos á la ciudad de *Texcalla* que entonces tenia este nombre, y despues acá le llaman *Tlaxcalla* como se llama ahora, y ellos se llaman *Tlaxcaltecas*.

NOTA DEL EDITOR.

Mottheuzoma no pudiendo recabar de Cortés que se retirase, pues le habia aumentado la gana de pasar á México con los presentes de oro, mantas y rica plumeria que le habia enviado, mandó retirar los socorros que hasta entonces

se le habian franqueado por Teudilli, y dejó á los españoles reducidos al extremo de buscar por sí mismos los alimentos precisos á la conservacion de sus vidas. Triste era por cierto esta situacion, y hacíala mucho mas el descontento que se mostraba en los partidarios de Velasquez que querian regresar á Cuba, y no era fácil contenerlos. Cortés á lo que se cree, se convino con sus amigos en secreto para que legitimasen su nombramiento de general, y consolidasen su autoridad para poderla desplegar pronto, y sin obstáculo: estos pues se presentaron y le pidieron solemnemente que continuase guiándolos para el mayor servicio del rey, no se negó á hacerlo; mas para efectuar sus deseos, hizo que se convocase una junta á la que asistió diciendo, que el empleo que desempeñaba en virtud del despacho del gobernador de Cuba era defectuoso, y quizas de ningun valor por lo cual lo resignaba en aquella junta que elegiria un comandante digno, bajo cuyas órdenes serviria de soldado raso; entonces en señal de la dimision de su empleo, puso sobre la mesa el despacho, entregó el baston, y se retiró. La junta se mostró altamente conmovida al oír su discurso, ni podia dejar de producir este efecto un razonamiento hecho por un hombre que sin duda era el mas sabio de los que estaban allí reunidos, que disfrutaba un gran prestigio por el modo con que se habia conducido, por su popularidad, y sobre todo, por una liberalidad bastante por sí sola á recomendarlo; sea por estas partes, ó por el influjo directo de sus partidarios sobre sus mismos enemigos, el cabildo de Veracruz le devolvió el mando, lo confirmó en él, y le concedió varias prerogativas, como la de apropiarse un quinto de todo el oro que pudiera reunirse despues de deducir la parte que al rey tocaba; prerogativa que le valió despues infinito, y por la que supo ganar la tropa que al siguiente año mandó contra él Diego Velasquez para despojarlo del mando. Quedó, pues, instalado el primer ayuntamiento de esta América, hecha la distribucion de los empleos concejiles, y consolidada la

autoridad de Cortés para la continuacion de la conquista. Con esta medida no estaba radicalmente curado el mal que él presentia, porque aun no se quitaba de todo punto el deseo de los amigos de Velasquez de regresar á Cuba; por otra parte, su escuadra estaba insegura en el mar por falta de puerto cómodo, y no sabia de donde proveerse de los viveres que necesitaba; á tamañas urgencias proveyó Cortés de una manera singular, ayudándolo visiblemente la Providencia del cielo. Sus centinelas avanzadas le presentaron cinco indios enviados por el cacique de Zempoala, que no habian osado acercarse por temor de los mexicanos, y le ofrecieron á su nombre asilo en aquel departamento: Cortés se aprovechó de esta oferta, y emprendió su marcha para aquel punto con cuatrocientos soldados por tierra; mandó que los buques le siguiesen costa á costa. El capitán Montijo destinado para el descubrimiento de algun puerto cómodo en ella, halló el de Quiahuitztlá (ó sea Chiavistlan) donde anclaron los buques, y allí se proyectó el establecimiento de una colonia y fortificacion á que se puso mano, siendo Cortés uno de los que trabajaron en ella. En Zempoala fué bien recibido del cacique, oyó sus quejas contra Mochtezuma, contra cuya tiranía declamó, y de lo que gustó mucho Cortés, protestando auxiliarlo en la rebelion que proyectaba. Bien presto se le presentó ocasion de ejecutarlo, porque á la sazón que trataba con el cacique sobre realizar esta proteccion, se presentaron unos recaudadores de tributos de Mochtezuma, y en pena de haberles dado hospitalidad á los españoles contra la voluntad del emperador, les escigieron cierto número de cautivos para sacrificar á sus falsos ídolos: Cortés mandó prenderlos, y este fué el primer acto de quijoteria que ejecutó en este país; despues les hizo poner en libertad para congraciarse con Mochtezuma. La traslacion de Cortés á Zempoala, país hermoso, y que tuvieron los españoles por un paraíso dándole esta denominacion, salvó sin duda la tropa de Cortés, pues ya habian muerto treinta y cin-

co españoles en el fatal clima de Veracruz, y presto habrían desaparecido todos si hubieran permanecido en él: también hizo otros actos de quijotería religiosamente, pues mandó derribar los ídolos de los zempoaltecas, esponiéndose al furor de aquel pueblo idólatra. Los españoles mismos le causaban desazones de gran monta; murmuraban de su elección por el cabildo, pues era sin conocimiento de los frailes Gerónimos que gobernaban con suprema autoridad las Indias; tal era el título con que querían legalizar su descontento; prendió Cortés á los sediciosos, y á poco les dió libertad; pero tornaron á sus inquietudes, quisieron alzarse despues con un bergantin para pasarse á Cuba á informar á Diego Velasquez de lo sucedido, matando al maestre, y entonces se enojó de veras (dice Chimalpain) é hizo ahorcar á Juan de Escudero, y á Cermeño, piloto: azotó á otros, y así puso término á la rebelion. Mandó reunir las mas ricas piezas de toda especie del regalo de Mochtezuma para obsequiar á Carlos V, y el ayuntamiento dirigió una esposicion al monarca, informándole de todo lo sucedido, y pidiendo la confirmacion de Cortés en su empleo, y nuevas mercedes para el mismo. Asimismo representó el ejército á favor de su general. Dicho regalo, poderes de Cortés á su padre, y testimonios de lo ocurrido, lo llevaron Alonso Hernandez de Portocarrero, y Francisco de Montijo, haciéndose á la vela en Julio de 1519, y absteniéndose de pasar por donde pudiesen caer en manos de Diego Velasquez.

No estaban aun realizados los designios de Cortés ecsistiendo los buques en bahía, porque podrian aprovecharse de ellos los partidarios de Velasquez, precisándolo á seguirlos; y como quien quita la ocasion quita el pecado, Cortés se conuino en secreto con algunos maestros para que los barrenasen y le dijesen que no podian servir aquellos buques, que ademas estaban comidos de broma con su estancia de tres meses en el puerto sin accion, y era preciso echarlos á pique echando fuera lo útil de ellos. Pareció muy bien esta me-

dida y se ejecutó en los primeros sin que se penetrase la confabulacion; mas ya fué entendida al ejecutar lo mismo en los restantes, por lo que comenzaron las murmuraciones; sin embargo se ejecutó el barreno en estos, dejóse uno solo espedito para que los que quisiesen embarcarse lo hiciesen, y Cortés conociese á los que deberian merecer su confianza: presentáronse no pocos, pero avergonzados de su misma resolucion se quedaron por no parecer cobardes, y entonces también lo mandó barrenar. He aquí á Cortés entre la victoria y la muerte; la primera coronó sus designios y lo colmó de honor que le concederán todas las edades, mientras se aprecie el valor entre los hombres; accion loable, y en la que tuvo no poca parte el despecho y temor de caer en las manos de un enemigo, de cuya saña y ruindad nadie podia dar mejor testimonio que el mismo Cortés que lo habia ya experimentado.

Cortés salió el 16 de Agosto de Zempoala, á cuya ciudad puso el nombre de Sevilla, por su frondosidad y belleza, y porque él no tenia otros objetos de comparacion que España, pues no habia visto mas mundo que aquella parte de la Europa, y no toda. No estuvo ocioso en aquel lugar, pues fortificó el puerto, en el que dejó, ciento cincuenta españoles para que tuviesen en brida á los que se le habian dado por amigos y podrian cambiársele, y contuviesen las agresiones de Diego Velasquez que ya barruntaba, porque habia hecho algunos prisioneros españoles que vinieron al mando de Garay que se hallaba rescatando oro en Pánuco, y por ellos entendió lo que al fin vió realizado al siguiente año. A la nueva poblacion puso por nombre la Villa-rica, la segunda fué la que hoy se llama la Antigua, y la tercera es la que hoy ecsiste cerca de Ulúa (*). Ojúpose así mismo

(*) Ignoro por que se mudó la primera de Quiahuitla: sé que la segunda se fundó en 1523 ó 24, y que se trasladó, porque la pequeña barra del rio no daba lugar ni fondeadero bastante para la descarga de los botes, distando mucho del Castillo; la actual se fundó en principios del siglo XVII, y la dió el título de ciudad Felipe III.

Cortés en federarse con toda la nacion totonaca y pueblos de la Sierra, cuya amistad le proporcionaba una retirada segura en caso de una desgracia. Cuatrocientos quince infantes, diez y seis caballos, algunos cañones de poco calibre y de campaña, doscientos indios de carga para el bagaje, cuarenta nobles totonacos, cuyos principales eran Teuch, Mamexi y Tamalli, y algunas tropas auxiliares, he aquí la fuerza con que Cortés marchó para Tlaxcala. Pudo haber sido derrotado si los otomies encargados de guardar la muralla que dividia el territorio de Tlaxcala y Zempoala no la hubiesen abandonado, quien sabe por qué causa; Cortés se admiró al verla y meditar sobre este abandono; dudó que camino tomaria, y creyó que era prudencia prestarse al dictámen de los zempoales, que le aconsejaron prefiriese el de Tlaxcala al de Cholula. Antes de entrar en el territorio de la república de Tlaxcala, pidió permiso á su senado, despachando por embajadores á unos nobles zempoaltecas; mas como tardasen ocho dias sin traer la respuesta, impaciente Cortés, se propuso abrir camino con su espada saliendo de Ixtacamaxtitlan, (nombre que todavia conserva, cuya posicion es militar, y muy parecida al famoso cerro colorado de Tehuacán, que tanto dió en que entender al gobierno español en la revolucion primera del año de 1810, y no se atrevió á atacar). En el senado de Tlaxcala se discurió el asunto con bastante sabiduria; regian entonces aquella república Xicotencatl, señor del cuartel de Tizatlan; Magiscatzin, señor de Ocotelolco, general de las armas de la república; Tlehuezolotzin, señor de Tepeticpac, y Citalpopocatzin señor de Quahuixtlan. Como los zempoales aconsejaban al senado que hiciese la paz con Cortés, Magiscatzin dijo que no se debía desechar aquel consejo, porque lo daban unos amigos fieles, y enemigos de los mexicanos: que segun sus tradiciones, los españoles parecia que eran los héroes que se les habian anunciado que debian llegar á aquel país: que los terremotos que poco antes se ha-

bian sentido, el cometa que en aquella sazón se dejaba ver, y otros semejantes sucesos extraordinarios de aquellos últimos años, eran indicios de acercarse el cumplimiento de la referida tradicion; que si eran inmortales los extranjeros en vano seria hacerles resistencia y oponerse á su entrada; nuestra oposicion (añadió) podia ocasionar daños gravísimos, y para Moctheuzoma seria motivo de maligno placer el ver introducidos por fuerza en la república á los que no queremos aceptar de buena voluntad. El odio que allí se tenia al emperador de México era general, y entrañado en todos los tlaxcaltecas que pocos años antes se vieron á punto de perder su libertad, pues en dos ocasiones cargaron todas las fuerzas del imperio sobre ellos, y se defendieron muy valerosamente; no se los tenia inferior Moctheuzoma, pues en uno de dichos ataques perdió la flor de sus tropas y oficiales, y entre estos á Tlacahuapantzin, su hijo muy querido; este sin duda fué el obstáculo que tuvo para no invocar á los tlaxcaltecas luego que supo la llegada de los españoles, pues si la confederacion se hubiese hecho entre ambas naciones no habria reembarcádose ni un solo español; leccion que nos enseña la necesidad de estar unidos todos los departamentos muy cordialmente para cuando ocurra un peligro comun. Xicotencatl oponiéndose á esta opinion dijo: "Nuestras leyes nos mandan dar acogida á los extranjeros, mas no á los enemigos que puedan ser perjudiciales al estado. Estos hombres que pretenden entrar en nuestra ciudad, mas parecen monstruos arrojados por el mar, no pudiendo ya sufrirlos en su seno, que dioses bajados del cielo, como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses los que buscan con tanta avidéz el oro y los placeres? ¿Y qué no debemos temer de ellos en un país tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares? Agravio hace al valor de la nacion quien la cree capaz de ser vencida por unos pocos extranjeros: si son mortales, las armas de los tlaxcaltecas lo harán ver al mundo; y si son in-

mortales, tiempo tendremos de aplacar con obsequios su enojo y de implorar con el arrepentimiento su perdon. Rechúcemos, pues, su demanda, y si quieren entrar por la fuerza, sea reprimida con las armas su temeridad. En medio de esta contrariedad de opiniones Temiloltecatl, uno de los senadores, sugirió un arbitrio que conciliase ambos dictámenes. Propuso (dice el P. Clavijero) que se enviase al gefe de aquellos estrangeros una respuesta cortés y amigable, concediéndole el permiso de entrar en el territorio de la república; pero que al mismo tiempo se diese orden á Xicotencatl el jóven, de salir con las tropas otomíes de la república á cerrarles el paso, y á probar sus fuerzas. Si quedamos vencedores (dijo) será inmortal la gloria de nuestras armas; si somos vencidos, echarémos la culpa á los otomíes, y darémos á entender que emprendieron la guerra sin nuestra orden (*).

Declarada la guerra con este artificio político, el día 31 de Agosto una gruesa partida de tlaxcaltecas se presentó á los españoles; la descubierta de aquellos formó un remolino viéndose atacada por los castellanos, y de tal manera menudearon golpes con sus macanas, que les mataron (dice Gomara) dos caballos de dos cuchilladas, y segun autores fidedignos que lo vieron, cortaron de cada golpe un pescuezo de caballo con riendas y todo. Denuedo tal, impuso mucho á los españoles, sintiendo grandemente esta pérdida por ser muy corta su caballería. El 5 de Septiembre se presentó muy denodado el ejército del jóven Xicotencatl en cinco trozos de á diez mil soldados cada uno. Mandó este gefe que se llevasen á los españoles trescientos pavos y doscientas canastas de tamales, para que bien abastecidos pudiesen entrar con brio en la batalla, y no dijese que el hambre los habia hecho rendir. De allí á poco destacó dos mil hombres

(*) Para entender este pasage, es necesario saber, que muchos otomíes se habian refugiado en Tlaxcala por sustraerse del dominio de los mexicanos, y que hacían servicios importantes á la república.

briosos que asaltasen el campamento español. Fué tan violento el asalto que forzaron las trincheras, y se mezclaron con los castellanos peleando cuerpo á cuerpo. El triunfo lo arrancó á los tlaxcaltecas una circunstancia extraordinaria. El hijo de Chichimecatl-teuchtlí que mandaba las tropas de su padre (dice Clavijero) habia sido injuriado de palabra por el arrogante Xicotencatl; indignóse de tal modo que lo desafió á singular combate: no pudo obtener la satisfaccion, y para vengarse de algun modo retiró del campo las tropas de su mando, é indujo á Tlahuejotzin á que hiciera lo mismo; no obstante esto, la batalla fué obstinada y sangrienta. Los españoles habiendo rechazado con valor á los asaltantes, marcharon en orden de batalla contra los tlaxcaltecas. Los estragos de su artillería no impedía que se llenasen prontamente los huecos que esta dejaba, pues estos se reemplazaban al momento; antes bien, con su firmeza é intrepidez habian puesto en confusion y derrota á los españoles, á pesar de los gritos y reconvenções de Cortés y de sus capitanes. Por último, despues de cuatro horas de recio combate, los españoles volvieron victoriosos á su campo, aunque los tlaxcaltecas no dejaron de molestarlos en el curso de aquel día. El lugar de la accion se llamaba Teoatzinco, es decir, lugar de la agua divina: dicenme que es el mismo lugar donde despues se apareció San Miguel, que conocen con el nombre de San Miguel del milagro, que celebra la iglesia de Puebla de los Angeles (*). Los españoles quedaron asáz tristes y melancólicos con estos reencuentros, habiaseles bajado un poco el orgullo de que venian reenchidos, murmuraban en corrillos en su campo del que los habia traído, y tenian á temeridad el continuar la guerra con unos enemigos tan decididos. Cortés salió á hacer la vela una noche (dice Gomara) y oyó que decian unos . . . Si el capitan quiere ser loco é irse donde lo maten, vayase solo, que nosotros no le seguimos . . . Oyó á otros decir . . . Qué habia de

(*) En 8 de Mayo.

suceder, lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se habia quedado allí muerto con todos los que fueron con él, por eso que no le siguiesen, sino que se volviesen con tiempo. . . . Entonces llamó dos amigos suyos para que oyesen estas conversaciones, y entró en cuidado. La prudencia dictaba no escasperar los ánimos castigando militarmente tales desmanes, y así los hizo reunir, y á todos dirigió un razonamiento que en aquella época bien podría pasar por un modelo acabado de alocuciones y proclamas, pues habla al corazón del soldado, y le muestra los males que le trae indefectiblemente la fuga en vez de los bienes que busca, cuando pretende recurrir á ella. No hay que volver (les dice) la cara al enemigo que no parezca huída y afrenta; no hay huída, ó si la quereis colorar con retirada, que no cause á quien la hace infinitos males, vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos como algunos piensan y desean, ¿hemos de estar por ventura jugando á ociosos y perdidos? No por cierto direis, que nuestra nación española no es de esa condicion cuando hay guerra y va la honra; pues ¿á dónde irá el buey que no are? ¿Pensais, quizá, que habeis de hallar en otra parte menos gente, peor armada no tan lejos del mar? Yo os certifico, compañeros, que andais buscando cinco pies al gato, y que no vamos á parte ninguna que no hallémos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos. Demos á Dios infinitas gracias, pues nunca desde que estamos en esta tierra nos ha faltado ni faltará que comer, beber y salud, amigos, dineros y honra; pues ya veis que os tienen por mas que hombres en este país, y por inmortales, y aun por dioses, como lo habeis visto si decirse puede; pues siendo tantos que ellos mismos no se pueden contar de la multitud que hay, y tan armados como vosotros decis, no han podido matar ni

siquiera uno de nosotros. Y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien quereis de ellas que no traer yerba ni ponzoña como los de Cartagena y Veraguas, y los caribes en las islas que hemos visto y otras, que han muerto mucho mas españoles rabiando con ella? . . . Por solo esto, no habeis de buscar otra tierra para guerrear. . . . La mar está desviada, yo lo confieso, y así ningun español hasta nosotros se alejó tanto de ella en Indias como nosotros que la dejamos atras mas de cincuenta leguas; pero ninguno ha merecido tanto como vosotros. De aquí hasta aquella famosa ciudad de México, donde reside el grande emperador Mochteuzoma, de quien tantas riquezas y embajadas habeis oido, no hay mas de veinte leguas, ya está lo mas andado; si llegamos, como espero en Dios, no solo ganaremos para nuestro rey rica tierra de mucho oro y plata, grandes reinos, infinitos vasallos, mas tambien para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, perlas, piedras y otros haberes, y sin esto, la mayor honra y fama que hasta nuestros tiempos ha visto, no digo nuestra nación, mas ninguna otra ganó igual; porque cuanto mayor es este rey tras que andamos, mayor será nuestra gloria, ¿porque no habeis oido decir que cuanto mas moros mas ganancia? Demas de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra fé católica como comenzamos, y como buenos y fieles cristianos ir desarraigando la idolatria, blasfemia tan grande de nuestro Señor Dios, quitando los sacrificios y comida de carne humana de hombres contra natura, y tan usada entre estos indios; y no solamente esto, sino escusar tantos pecados, que por la torpeza de ellos no los nombro; y así pues, no temais ni dudeis de la grande victoria que Dios por su gran misericordia nos favorecerá. . . .

He aquí un razonamiento sencillo, popular, formado al alcance é inteligencia del mas rústico soldado; razonamiento en que se ponen en movimiento todos los resortes del corazón humano con el honor militar, el temor de perder la vida

por la fuga, las comodidades de aquella, que hasta entonces habian traído los españoles, comiendo, bebiendo, disfrutando riquezas y prestigio; la esperanza de mayor premio y holganza; la ventaja en las armas por no haberlas congentes que envenenasen las flechas, y sobre todo el gran resorte de la gloria de la nacion española y la propagacion de la fé católica y ruina de la idolatria, con mejora y reforma de las costumbres. . . . Hasta los refranes y apotegmas comunes se usaron felizmente, para persuadir al soldado grosero en esta vez. Esto es proclamar, esto es mover el corazon y cambiarlo para hacer actos contrarios á lo que se habian propuesto ejecutar los soldados.

Me he detenido en hacer estas observaciones, porque estamos ya hostigados y estomagados con esas insulsas proclamas del dia, tegido de palabras huecas y altisonantes, que ponen en ridículo á sus autores, y como decia Napoleon (que las sabia hacer) son albardas que vienen á todas bestias). Animados los españoles con este razonamiento de su caudillo, se decidieron á continuar la empresa con el mismo aliento con que la habian comenzado, y superaron obstáculos capaces de arredrarlos porque tenian un carácter extraordinario, y que parecia sobre natural. Refiere Chimalpain, revisor de la historia de Gomara, que habiendo salido Cortés una noche á hacer un reconocimiento en la sierra, no habia andado una legua, estando la noche oscura y caminando sin tino, cuando dió de súbito en los caballos una manera de torzon que los derribaba en el suelo sin que se pudiesen menear; como cayó el primero y se lo dijese á Cortés, respondió. . . . Pues vuélvase su dueño con él al real: cayó luego otro, y dijo lo mismo; mas como cayesen tres ó cuatro, dijeron los compañeros que mirase era mala señal aquella, y que era mejor que se volviesen á esperar á que amaneciese para ver á donde y por donde iban, y el tornó á decirles, que no reparasen en agujeros, que Dios en cuya causa trabajaban era sobre natura; que no dejaria aquella

jornada, pues le parecia que de ella se le habia de seguir mucho bien aquella noche. Entonces hicieron alto y consultaron lo mejor, y fué, que volviesen aquellos caballos al real, y que los demas se llevasen de diestro, y prosiguieron su camino; mas presto estuvieron buenos los caballos sin haber sabido por qué cayeron. Es muy probable que los ventocarian algunos zorrillos, ó comerian cebolleja que allí abunda, y esto les causó aquel embarazo para caminar. Esta reflexion sube de punto, si se considera lo que otras veces hemos dicho, esto es, que los españoles eran tan crédulos en agujeros y patrañas en aquella época, como los mismos indios en su linea.

A pesar del descalabro sufrido por los tlaxcaltecas, el jóven Xicotencatl no perdía la esperanza de acabar con los españoles; creyó supersticiosamente que como hijos del sol, estos serian invencibles durante el curso de este ástro benéfico sobre nuestro hemisferio; pero que á semejanza de las flores que se marchitan en la noche por la falta de calor, los españoles serian vencidos si los atacase entre tinieblas. Para atacarlos, pues, con acierto, trató de imponerse del estado de la fortaleza de su real y puntos, para dar el asalto con tino, y mandó cincuenta espías, que aparentando presentarse á vender tamales y capulines (que los españoles llamaban cerezas) lo observasen todo, y le diesen puntual aviso; por su desgracia fueron notados por Teuch, uno de los nobles de Zempoala que acompañaban á Cortés, que le manifestó luego sus sospechas; llamó aparte algunos de estos cantineros, y les obligó con amenazas á declarar las intenciones de su general; oída su confesion, á todos los cincuenta espías les hizo cortar inhumanamente las manos, y los mandó á su campo, previniéndoles dijese á Xicotencatl que ya viniese de dia ó de noche lo hallaria pronto á defenderse. En la noche salió con parte de sus tropas Cortés á atacar el campo de los tlaxcaltecas, poniendo cencerros en los pretales á sus caballos, que armando gran ruidera pusieron

en fuga á sus enemigos, y en confusion á su gefe, el cual se retiró hasta Tlaxcala. Por este accidente, por las anteriores hostilidades, y haber quemado cinco ó seis caserios vecinos, haciendo ademas prisioneros á cuatrocientos que Cortés hizo dar libertad, el senador Magizcatzin volvió á inculcar su opinion á favor de la paz que habia propuesto, añadiendo á sus razones la experiencia de las acciones perdidas: oyóse en el senado con mas aprecio que la primera vez. Acordóse por fin la paz, y se nombró por mensajero de tan buena nueva al mismo Xicotencatl, que se rehusó á prestarse á su desempeño. Erale muy sensible á este ilustre guerrero presentarse humillado ante un gefe á quien casi tuvo vencido, y á quien solo su buena dicha pudo impedir que fuera el trofeo mas hermoso de su valor; pero obedeciendo á la suprema autoridad que se lo mandaba, hizo este sacrificio de su voluntad en las aras de la patria. Al esponer el objeto de su comision á Hernan Cortés, arrasados los ojos en lágrimas, le rogó mucho que mirase como nunca Tlaxcala conoció rey, ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. Este es el lenguaje de un hombre acostumbrado á ser libre y digno apreciador de este bien inefable; mas por desgracia de Tlaxcala, este fué un paso que la precipitó en la esclavitud de que huía, y que por evitarla habia hecho sacrificios de toda especie, y aun en aquella época carecia de la sal tan indispensable para la conservacion de la vida, por no entrar en comercio con los mexicanos sus enemigos. Desde aquel dia Tlaxcala fué condenada á ser el instrumento de la desolacion del Anahuac, y á quedar hoy tan yerma y desierta que no viendo el viajero mas que escombros y ruinas, pregunta admirado. ¿Dónde estuvo Tlaxcala??...

CAPITULO XI.

Como los españoles llegaron á Tlaxcala.

Los tlaxcaltecas que gran parte de la noche gastaron en concluir lo que les convenia hacer en aquel caso, luego de mañana se partieron para ir á recibir de paz á los españoles. Estos que habian hecho la noche cerca del lugar donde habian dado la batalla á los otomíes, viendo los muchos animales fieros que descendieron de aquellas montañas á comer los cuerpos de los muertos de que estaban cubiertos aquellos campos, recibieron mucho desasociado, y aun temor del ruido que hacian aquellas bestias fieras comiendo aquellos cuerpos muertos, y luego de mañana comenzaron á marchar ácia Tlaxcala. En medio del camino los tlaxcaltecas principales y señores, y soldados se toparon con ellos, pusieron las rodillas delante dellos, y besaron la tierra con mucha reverencia, y hablaronles con toda humildad, saludándolos por su buena venida. En esto gastaron buen rato en decir la parola para esto ordenada por algun retórico ó orador que para esto venia apercebido, y luego pusieron el presente que traían ordenado delante del capitán. D. Hernando Cortés oyó de muy buena voluntad su parlamento, y recibió el presente de comida y otras cosas que le dieron, y por sus intérpretes les dió á entender que se habia holgado mucho de su comedimiento, y del buen recibimiento que les hacian, de lo cual no les iria mal sino muy bien. Luego todos juntos se fueron á la ciudad de Tlaxcala, y los aposentaron en los mejores palacios que ellos tenian: aquí se hablaron largamente del pacífico reconocimiento, y firmaron y establecieron paz para todo el tiempo de adelante, y comieron todos juntos con mucho placer. Despues de la comida los principales y senadores se fueron á sus casas. Juntáronse todos en

en fuga á sus enemigos, y en confusion á su gefe, el cual se retiró hasta Tlaxcala. Por este accidente, por las anteriores hostilidades, y haber quemado cinco ó seis caserios vecinos, haciendo ademas prisioneros á cuatrocientos que Cortés hizo dar libertad, el senador Magizcatzin volvió á inculcar su opinion á favor de la paz que habia propuesto, añadiendo á sus razones la experiencia de las acciones perdidas: oyóse en el senado con mas aprecio que la primera vez. Acordóse por fin la paz, y se nombró por mensajero de tan buena nueva al mismo Xicotencatl, que se rehusó á prestarse á su desempeño. Erale muy sensible á este ilustre guerrero presentarse humillado ante un gefe á quien casi tuvo vencido, y á quien solo su buena dicha pudo impedir que fuera el trofeo mas hermoso de su valor; pero obedeciendo á la suprema autoridad que se lo mandaba, hizo este sacrificio de su voluntad en las aras de la patria. Al esponer el objeto de su comision á Hernan Cortés, arrasados los ojos en lágrimas, le rogó mucho que mirase como nunca Tlaxcala conoció rey, ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. Este es el lenguaje de un hombre acostumbrado á ser libre y digno apreciador de este bien inefable; mas por desgracia de Tlaxcala, este fué un paso que la precipitó en la esclavitud de que huía, y que por evitarla habia hecho sacrificios de toda especie, y aun en aquella época carecia de la sal tan indispensable para la conservacion de la vida, por no entrar en comercio con los mexicanos sus enemigos. Desde aquel dia Tlaxcala fué condenada á ser el instrumento de la desolacion del Anahuac, y á quedar hoy tan yerma y desierta que no viendo el viajero mas que escombros y ruinas, pregunta admirado. ¿Dónde estuvo Tlaxcala??...

CAPITULO XI.

Como los españoles llegaron á Tlaxcala.

Los tlaxcaltecas que gran parte de la noche gastaron en concluir lo que les convenia hacer en aquel caso, luego de mañana se partieron para ir á recibir de paz á los españoles. Estos que habian hecho la noche cerca del lugar donde habian dado la batalla á los otomíes, viendo los muchos animales fieros que descendieron de aquellas montañas á comer los cuerpos de los muertos de que estaban cubiertos aquellos campos, recibieron mucho desasociado, y aun temor del ruido que hacian aquellas bestias fieras comiendo aquellos cuerpos muertos, y luego de mañana comenzaron á marchar ácia Tlaxcala. En medio del camino los tlaxcaltecas principales y señores, y soldados se toparon con ellos, pusieron las rodillas delante dellos, y besaron la tierra con mucha reverencia, y habláronles con toda humildad, saludándolos por su buena venida. En esto gastaron buen rato en decir la parola para esto ordenada por algun retórico ó orador que para esto venia apercebido, y luego pusieron el presente que traían ordenado delante del capitán. D. Hernando Cortés oyó de muy buena voluntad su parlamento, y recibió el presente de comida y otras cosas que le dieron, y por sus intérpretes les dió á entender que se habia holgado mucho de su comedimiento, y del buen recibimiento que les hacian, de lo cual no les iria mal sino muy bien. Luego todos juntos se fueron á la ciudad de Tlaxcala, y los aposentaron en los mejores palacios que ellos tenian: aquí se hablaron largamente del pacífico reconocimiento, y firmaron y establecieron paz para todo el tiempo de adelante, y comieron todos juntos con mucho placer. Despues de la comida los principales y senadores se fueron á sus casas. Juntáronse todos en

su consistorio, y allí trataron entre sí de dar sus hijas á los españoles para confirmacion de las paces, y luego juntaron cantidad de doncellas hijas de los principales señores, las cuales bien aderazadas y dispuestas las presentaron á los españoles yendo con ellas sus padres y sus madres. El capitán y los demás españoles se gozaron mucho con aquel presente, y las dividieron entre sí. El día siguiente los señores y principales tlaxcaltecas luego de mañana fueron á visitar al capitán, y á los otros principales españoles. El capitán comenzó á preguntar á los señores tlaxcaltecas por la ciudad de México, y por la distancia que habia de allí hasta allá: respondiéronle, no es muy lejos, como tres días de camino, es muy gran ciudad, y los habitantes de ella son valientes hombres, y muy belicosos, y grandes tiranos. Esto dijeron los tlaxcaltecas porque los mexicanos eran sus enemigos, y porque los de Cholula eran también sus enemigos, metieron una cuña diciéndoles, que los de la ciudad de Cholula que moraban allí cerca dellos eran amigos de los mexicanos y enemigos suyos, y les hacian grandes daños con el favor de los mexicanos. Como hubo oido esto el capitán D. Hernando Cortés por medio de sus Naotlatos (*), dijo á los tlaxcaltecas, decidles que todos ellos los que aquí están presentes son mis hermanos y todos sus vasallos mis hijos, y todos sus enemigos son mis enemigos, y que yo los vengaré de ellos; y porque sepan que esto es verdad, decidles que se apañen luego de guerra, y que luego iremos todos contra aquellos que son sus enemigos (†). Habiendo concertado todo esto, dentro de pocos días se pusieron todos á punto de guerra, y comenzaron á caminar á Cholula los españoles y los tlaxcaltecas y los zempoaltecas, y llegando á Cholula comenzaron á pregonar (esto debió ser el día siguiente despues que llegaron)

(*) Naotlatos es lo mismo en castellano que farantes, ó intérpretes.

(†) Ténganse presentes todas estas circunstancias para la verdadera inteligencia de la matanza horrible de Cholula hecha por Cortés, convertido en D. Quijote de la Mancha; y también no se olvide el modo con que trató á los embajadores de Moctheuzoma, haciéndoles pelear, poniéndoles grillos, y ejecutando otras maldades propias de salteadores y gente ruin.

para que se juntasen todos los señores y principales y soldados, y la demás gente se juntaron en el patio de la mezquita mayor que era de *Quetzacoatl* que era muy grande y de grandes edificios. Desque se hubo llenado el patio de gente, los españoles se pusieron á las entradas del patio (que comunmente eran tres, una ácia el occidente, otra ácia el mediodía, y otra ácia el norte) Luego entraron los de á caballo por todas tres puertas, y comenzaron á alancearlos, y hicieron allí una gran matanza; y los que pudieron escapar de allí, y los que no habian venido, todos dieron á huir y desampararon el pueblo; todo lo que pasó fueron embajadores de los cholultecas á decirlo á Moctheuzoma: y como á traicion, les habian tomado y muerto á la gente principal. Habiendo hecho esta matanza, y robado todo lo que pudieron en el pueblo, luego comenzaron á marchar ácia México los españoles y tlaxcaltecas, y zempoaltecas, y iba un ejército espantoso; y cuando oyó Moctheuzoma lo que habia pasado, y la gente que iba contra él, comenzó á temer grandemente, y temblaba como un azogado, no solamente él, pero todo su reino oido las nuevas de lo que habia pasado y dela gente que iba, comenzaron á temer y temblar, y no sabian que se hacer.

NOTA DEL EDITOR.

La entrada de Cortés en Tlaxcala se verifico, segun Gomara el 18 de Septiembre de 1519, y segun Clavijero en 23 de dicho mes: su recibimiento fué alegre y satisfactorio á los españoles y tlaxcaltecas; Cortés hizo cantar una misa solemne de gracias, y recibió obsequios de toda especie, entre ellos trescientas jóvenes doncellas, inclusa una hija del senador Magiscatzin, que se mostró singularmente afecto á la persona del general. Algunos creen que despues de mostrar repugnancia, aceptó este obsequio por estrechar

mas y mas los vinculos de amistad con la república: repitiéronselo, regalándole cinco señoras de la primera nobleza, que hizo damas de Doña Marina, y que los tlaxcaltecas pretendieron mejorar su casta, naciéndoles hijos de hombres tan valientes. Mandólas bautizar, y la hija de Magiscatzin tomó el nombre de Elvira, y se dió al capitán Juan Velasquez de Leon; otra hija del viejo Xicotencatl se llamó Luisa Techquiuhatzin, y se dió á Pedro Alvarado; y las otras tres se dieron á los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, y Alonso de Avila. No hallo compatible con la moral cristiana, y que afectaban predicar, bautizar á estas jóvenes para entregarlas á una criminal prostitucion; pero aquellos españoles tenían su moral peculiar, y pertenecian al pueblo farisaico, de quien decia el Salvador que honraban á Dios solo con sus labios, pero su corazón estaba muy distante de él. El campo de Cortés era una sentina de hombres plagados de vicios vergonzosos, y con razon no pocos de ellos concluida la conquista, acabaron sus dias de frailes de S. Francisco, como asegura el P. Sahagun.

No se descuidó Cortés de hablar á los tlaxcaltecas sobre mudanza de religion, y aun habria repetido la calaverada de derribar sus ídolos, si el P. capellan Olmedo y otras personas prudentes, no se lo hubiesen impedido, mostrándole los inconvenientes que se seguirian de hacer esta fechoria á un pueblo numeroso y guerrero, que estaba bien avenido con sus dioses Camaxtle y Matlacueye, nimenes tutelares de aquella república. Cuidó de imponerse de las costumbres de aquel pueblo, admiró su policia y sus leyes, y vió ejecutar un terrible castigo contra un ladrón que robó á un español un poco de oro, y descubierto el robo, sufrió la pena de muerte con un terrible golpe de mano en la cabeza (*).

(*) Si esta se ejecutara en México con los innumerables ladrones que la pueblan y huelgan impunemente, no bastaria la porra de Hércules para castigarlos á todos.

En aquella sazón se habian presentado nuevos enviados de Mochtezuma á Cortés con nuevos regalos de parte del emperador; Cortés procuró tenerlos junto á su persona para que fuesen testigos presenciales de la conducta que observaban con él los tlaxcaltecas, é impusiesen de todo á su señor. Aguijoneado con el deseo de llegar á México, dispuso su partida, incorporando á su ejército un cuerpo de tropas de Tlaxcala, cuyo número no puede fijarse porque la variedad y discordancia que hay entre los escritores es notable en esta marcha. Dirigióse por Cholula, y su entrada en esta ciudad fué celebrada con aplauso por los habitantes de aquella ciudad, entonces muy populosa, rica y comerciante en loza y platería, y que además veían como los cristianos á Roma. En el cerro hecho á mano, que aun hoy se registra, y donde se venera una imagen de Ntra. Sra. de los Remedios, tuvo en otros tiempos templo el dios Quetzalcoatl, y de muchas partes iban á él en romería multitud de peregrinos. Gomara y su aprobante Chimalpain, hacen una descripción exacta del modo solemne y nunca visto con que Cortés fué recibido en Cholula saliendo (dice) á encontrar en escuadrones mas de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves ó rosas. Llegaba cada escuadrón como venia á dar á Cortés la enhorabuena de la venida y bien llegada, y apartábase para que llegara otro. Entrando ya por la ciudad (que es muy grande) salió infinita de la demás gente saludando á los españoles, y se quedaron espantados de verlos ir, y con tanto concierto y tal figura de hombres y de caballos: tras estos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos que eran muchos, vestidos de blanco como con sobropellices, y algunas cerradas por delante, los brazos de fuera, y por orlas madejas de algodón hilado. Unos traían cornetas de música, y otros huesos como pifanos de guerra: otros atabales con que hacian gran ruido de alegría que usan en sus fiestas: otros traían braceros con fuego: otros ídolos como en procesion

cubiertos, y todos cantando á su manera. Llegaron á Cortés y los otros españoles, y echaban cierta resina ó copalli que huele como incienso, é incensábanlos con ella. Con esta solemnidad tan grande y maravillosa los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una gran casa ó palacio, donde cupieron todos á placer, y les dieron aquella noche á cada uno un gallipavo (*), y á los amigos los de Tlaxcala, Zempoalan y del valiente señor Itacamartilan, los pusieron aparte muy honradamente, y proveyeron por mandado del capitán Cortés.

Parece que no cabe duda por este testo, de que los españoles recibieron de los cholultecas una hospitalidad generosa, y tanto, que les dieron á gallina por barba (según Gomara) pero si cabe en cuanto á creer que los de Cholula sugeridos por Mochtezuma fraguaron allí una conspiración contra Cortés, y por la que hizo en ellos una horrenda matanza que se hace llegar á seis mil hombres. El P. Clavijero la cree y la describe con la misma viveza que si la hubiera presenciado; pinta á Cortés con el rostro encendido en cólera hablando á los embajadores mexicanos que tenia presentes, procurando disculpar á Mochtezuma, á quien suponian los cholultecas autor de tal traición; finalmente, lo pinta llamando al cielo y á la tierra por testigos de que su perfidia armaba su brazo para una venganza tan opuesta á su índole. Permítame la respetable sombra del sabio Clavijero, que le diga que todo esto es cómico, y más digno de una novela de pasatiempo, que de una historia seria. Recurra al Ilmo. Sr. Casas, cuando dice que Cortés y los españoles obraron por mero capricho, porque no fué testigo ocular ni se halló presente; por tal principio justo será recusar al Abate Clavijero puesto que tampoco presencié esta catástrofe, y no pudo ver si á Cortés se le puso el rostro encendido en cólera ó amarillo. El P. Clavijero pide en una nota que se aleguen

(*) Gran acópio de Guajolotes se invirtió en tal obsequio, y todavía les pareció poco á estos glotonés de solemnidad.

algunos documentos. ¿Y no bastará la relacion del P. Sahagun formada sobre las de los indios principales y testigos sincrónicos de la conquista, y la de un escritor que se presentó en México... á los siete años despues de hecha, pisando todavía las cenizas calientes y los escombros de los destrozos que acababa de hacer el ejército español por donde fijó sus plantas? ¿Podrá negársele el asenso á un autor que ha mostrado su sabiduria en muchas de sus obras, que por espacio de mas de sesenta años se dedicó á escribir la historia de México, que rectificó sus escritos, y según su expresión, los pasó por varios cedazos; es decir, los depuró, dejándonos esta relacion cinco años antes de morir? No hizo otro tanto el P. Clavijero, ni ninguno de nuestros historiadores. ¿Qué fé daríamos á las historias si solo merecieran crédito los testigos oculares de ellas? Semejante recusación es propia de una persona sin crítica, é indigna de un sabio respetable como Clavijero. Por estas circunstancias yo tengo al P. Sahagun por un testigo casi presencial de estos hechos, y su testimonio pesa mucho sobre mi razon, cuanto no pesa el de Clavijero, que ecsistió doscientos y cincuenta años despues de este suceso. Notemos ya el tono de seguridad con que lo refiere: no oscila, no duda ni titubea al referirlo, y está cierto de lo que dice. El hecho fué tan injusto y escandaloso que no pudo menos de llamar la atención hasta de un gobierno, para quien era indiferente el derramamiento de la sangre de muchos millares de indios; de un gobierno que toleró que los españoles alimentasen á sus perros con carne de bellaco, es decir, con la carne de los indios que salian á cazar en montería, pues así los llamaban (bellacos); era común que las mugeres de los españoles pidiesen á sus vecinas prestado un cuarto de carne de bellaco, pues la pagará mi marido, decian, luego que salga á cazar; así se explicaban, como asegura el Sr. Casas. No obstante esta crueldad, despues de tomado México, algunos de los primeros frailes franciscanos fueron á Cholula á recibir una informacion

de este suceso que resultó averiguado tal como se ha escrito. ¿Pues qué, si Hernán Cortés hubiera tenido á mano las proezas de esta pretendida agresión y el cuerpo del delito comprobado, se hubiera promovido información para averiguarlo? No por cierto, pues sus enemigos no se lo habrían echado en cara. El P. Sahagún en la obra primera que escribió de la Conquista, y que le recogieron los españoles, aunque la escribió con timidez dice, que oídas por los españoles de los tlaxcaltecas las nuevas de Cholula, propusieron de tratarlos mal, como lo hicieron: despues dice: "Los cholultecas ni llevaron armas ofensivas ni defensivas, sino fueron desarmados pensando que no se haría lo que se hizo . . . de esta manera murieron mala muerte, es decir, muerte injusta, muerte traidora, muerte indebida." En el capítulo que hemos copiado, dice que los tlaxcaltecas, porque los de Cholula eran también sus enemigos, metieron (á los españoles) mucha cuña, diciéndoles que les harían grandes daños con el favor de los mexicanos, y como lo hubo oído Cortés dijo . . . "Decidles que todos los que aquí están presentes son mis hermanos, y todos sus vasallos mis hijos, y todos sus enemigos son mis enemigos, y que yo los vengaré de ellos; y porque sepan que esto es verdad, decidles que se aparejen luego de guerra, y que luego irémos todos contra aquellos que son sus enemigos" . . . Hé aquí la predisposición en que se hallaba Cortés para dañarles, la cual sin duda fomentaron, afizaron ó metieron cuña los tlaxcaltecas, para que la llevase á cabo; ora sea por su odio antiguo; ora porque procuraron que Cortés entrase con ellos en su ciudad para robarla y saquearla como lo hicieron. Cortés quería aumentar mucho en el concepto de los tlaxcaltecas, porque los necesitaba, y se le vino de rodada la ocasión de dárles gusto cometiendo esta horrible maldad: en su política estaba el dar este golpe escandaloso que aterrase á los mexicanos, y predispusiese á echar sobre sus cuellos el yugo de la servidumbre que meditaba. A pesar del

denso velo que los escritores españoles han procurado echar sobre este escandaloso suceso, la verdad ha salido hoy triunfante despues del largo espacio de tres siglos, y por medios que no podía preveer la astuta política del gobierno español inventando calumnias contra Moctheuzoma . . . Nada hay oculto bajo el sol que algún día no sea revelado. La serie de esta historia nos acabará de poner en claro estas verdades.

CAPITULO XII.

Como Moctheuzoma envió un principal de su corte disimulado, para que pensasen los españoles que era Moctheuzoma, y con él avió otros muchos principales de su corte con gran presente de oro, y piedras y plumages para que el capitán pensase que era el Moctheuzoma el que le iba á recibir, y salióle esta ficción al revés de lo que pensaba.

Como Moctheuzoma fué informado de los pasajeros que iban y venían del á los españoles, y de los españoles á él, como el capitán y todos los españoles traían gran deseo de verle y hablarle (y aunque ellos no traían pensamientos de prenderle ni matarle, él pensó que esto harían si le viesen) hizo por tanto una ficción, y fué que con consejo de sus senadores y viejos, escogieron un principal de su corte que tenía en el cuerpo y en la cara la semejanza de Moctheuzoma, al cual llamado le avisaron de lo que había de hacer, y le acompañaron con otros muy principales cortesanos, y les fué dado un gran presente de oro, y piedras, y plumages para que diesen á entender á los españoles que aquel era Moctheuzoma que iba á recibirlos en paz. Este negocio paliado se entendió antes que llegasen á la presencia del capitán D. Hernando Cortés, y desde que llegaron en presencia (que fué en el medio de las dos sierras volcán y nevada, en un llano que ellos llaman el patio) hecho

de este suceso que resultó averiguado tal como se ha escrito. ¿Pues qué, si Hernán Cortés hubiera tenido á mano las proezas de esta pretendida agresión y el cuerpo del delito comprobado, se hubiera promovido información para averiguarlo? No por cierto, pues sus enemigos no se lo habrían echado en cara. El P. Sahagún en la obra primera que escribió de la Conquista, y que le recogieron los españoles, aunque la escribió con timidez dice, que oídas por los españoles de los tlaxcaltecas las nuevas de Cholula, propusieron de tratarlos mal, como lo hicieron: despues dice: "Los cholultecas ni llevaron armas ofensivas ni defensivas, sino fueron desarmados pensando que no se haría lo que se hizo... de esta manera murieron mala muerte, es decir, muerte injusta, muerte traidora, muerte indebida." En el capítulo que hemos copiado, dice que los tlaxcaltecas, porque los de Cholula eran también sus enemigos, metieron (á los españoles) mucha cuña, diciéndoles que les harían grandes daños con el favor de los mexicanos, y como lo hubo oído Cortés dijo... "Decidles que todos los que aquí están presentes son mis hermanos, y todos sus vasallos mis hijos, y todos sus enemigos son mis enemigos, y que yo los vengaré de ellos; y porque sepan que esto es verdad, decidles que se aparejen luego de guerra, y que luego irémos todos contra aquellos que son sus enemigos"... Hé aquí la predisposición en que se hallaba Cortés para dañarles, la cual sin duda fomentaron, afizaron ó metieron cuña los tlaxcaltecas, para que la llevase á cabo; ora sea por su odio antiguo; ora porque procuraron que Cortés entrase con ellos en su ciudad para robarla y saquearla como lo hicieron. Cortés quería aumentar mucho en el concepto de los tlaxcaltecas, porque los necesitaba, y se le vino de rodada la ocasión de darles gusto cometiendo esta horrible maldad: en su política estaba el dar este golpe escandaloso que aterrase á los mexicanos, y predispusiese á echar sobre sus cuellos el yugo de la servidumbre que meditaba. A pesar del

denso velo que los escritores españoles han procurado echar sobre este escandaloso suceso, la verdad ha salido hoy triunfante despues del largo espacio de tres siglos, y por medios que no podía preveer la astuta política del gobierno español inventando calumnias contra Moctheuzoma... Nada hay oculto bajo el sol que algún día no sea revelado. La serie de esta historia nos acabará de poner en claro estas verdades.

CAPITULO XII.

Como Moctheuzoma envió un principal de su corte disimulado, para que pensasen los españoles que era Moctheuzoma, y con él avió otros muchos principales de su corte con gran presente de oro, y piedras y plumages para que el capitán pensase que era el Moctheuzoma el que le iba á recibir, y salióle esta ficción al revés de lo que pensaba.

Como Moctheuzoma fué informado de los pasajeros que iban y venían del á los españoles, y de los españoles á él, como el capitán y todos los españoles traían gran deseo de verle y hablarle (y aunque ellos no traían pensamientos de prenderle ni matarle, él pensó que esto harían si le viesen) hizo por tanto una ficción, y fué que con consejo de sus senadores y viejos, escogieron un principal de su corte que tenía en el cuerpo y en la cara la semejanza de Moctheuzoma, al cual llamado le avisaron de lo que había de hacer, y le acompañaron con otros muy principales cortesanos, y le fué dado un gran presente de oro, y piedras, y plumages para que diesen á entender á los españoles que aquel era Moctheuzoma que iba á recibirlos en paz. Este negocio paliado se entendió antes que llegasen á la presencia del capitán D. Hernando Cortés, y desde que llegaron en presencia (que fué en el medio de las dos sierras volcán y nevada, en un llano que ellos llaman el patio) hecho

su acatamiento segun costumbre, presentaron su presente al capitan ordenándolo á sus pies, lo cual él y todos recibieron con gran gozo. Despues desto, el capitan preguntó por sus intérpretes al principal que representaba á Mochtheuzoma si era él? El respondió que sí que él era su vasallo Mochtheuzoma: el capitan volvió á los tlaxcaltecas y zempoaltecas y preguntóles, ¿es este Mochtheuzoma vuestro rey? Respondieron, no señor, no es ese, que bien conocemos á Mochtheuzoma, y tambien conocemos á este que está aquí, que es un principal suyo que se llama *Tzioacpupuca*. Luego el capitan le habló por sus intérpretes reprendiéndole de la ficcion que habia hecho por mandado de su señor, y él se volvió avergonzado y confuso á Mochtheuzoma, y ellos gozaron del presente que llevaban, y prosiguieron su camino. Como este volvió á dar la relacion á Mochtheuzoma de lo que habia pasado con los españoles, crecióle á Mochtheuzoma el temor y imaginacion de lo que despues le aconteció; pero no cesó de buscar remedios para escaparse de las manos y presencia de los españoles, como se dirá en el capítulo que se sigue.

NOTA DEL EDITOR.

El P. Clavijero habla de esta embajada y del regalo que por ella recibió Cortés, que consistia en diez platos de oro de valor de algunos miles de pesos, mil y quinientos vestidos, y una gran provision de comestibles. Gomara dice que estos platos de oro tenian figura de jcaras labradas por estremo, por circunstancia de este obsequio añade, que Mochtheuzoma mandó cierto vino que ellos componen (los mexicanos) del mismo cacao, maiz y menjerges. Este sin duda era el que hoy llamamos chicha, licor embriagante pero de delicado gusto, sobre todo si en la confeccion entra la cebada, piña, canela y pimienta. Parece un delirio, ó tal

vez una conseja ridicula que Mochtheuzoma se hubiera valido de este arbitrio para engañar á los españoles; mas á mi juicio no lo es. El estaba afectado de temor desde la llegada de estos dañinos huespedes, sabia sus crueldades ejecutadas en Tabasco, en Veracruz con sus primeros enviados, en Tlaxcala amputándoles bárbara y atrozmente las manos á cincuenta espías que reconocian su campo, y últimamente en Cholula. Desde que conoció sus intenciones de destronarlo y haberlo á las manos, se afectó de pavor, y aun llegó casi á decidirse á ocultar en la cueva de Cincalco, por dictámen de sus agoreros. ¿Cuánto mas no se le aumentaria el pavor con la noticia de la matanza de Cholula? Sin duda que por ella se decidió á sustruarse de sus garras, y probar por medio de este ardid si Cortés pretendia aprisionarlo, creyéndolo ser el mismo en la persona de Tzioacpupuca muy parecido á la suya. Este medio habia surtido el efecto propuesto en otros tiempos en la persona de Netzahualcoyotl rey de Texcoco, perseguido por Maxtla, usurpador de su reino; permítaseme contar esta anécdota singular, que se halla en la historia del mas sabio y justo monarca que tuvo Texcoco ().*

Maxtla, temia mucho á Netzahualcoyotl, y deseaba deshacerse de él de cualesquier manera; valióse al efecto del hermano de este jóven príncipe que se habia hecho á su partido llamado Tlilmatzin, y le previno fuese sin demora á Texcoco donde vivia Netzahualcoyotl, que lo convidase á un saráo, prestando que lo hacia en celebridad de haber escapado de la persecucion de Maxtla. Netzahualcoyotl fingió aceptar el convite; pero sospechando que fuera una trampa para matarlo, consultó con sus amigos sobre lo que debia hacer: un respetable anciano llamado Huitzilihuitl, le dijo

(*) Puede leerse en el capítulo 18, pág. 87 del *Texcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes*, que publiqué en 1826, imprenta de D. Mariano Galvan.

que él conocia un labrador natural del pueblo de Ahuátepec que era muy afecto á su persona, el cual le era tan parecido así en las facciones del rostro como en el aire del cuerpo y metal de la voz que no era fácil cosa distinguirlo, mayormente siendo de noche el saráo, que se llamase á ver si quería esponer su vida por guardar la del príncipe: que si consentía en ello, se le instruyese en lo que debería hacer, y vestido con las ropas de Netzahualcoyotl acompañándole alguno de sus mismos criados asistiese al festin, y entretanto el príncipe se ausentase de la ciudad.

Hizóse como propuso Huitzilihuitl, esplayóse el ánimo del labrador, y convino sin dificultad en la propuesta, oyéndola tranquilamente, y con heroica fortaleza se ofreció luego á esponer su vida al peligro por salvar la de su señor, protestando hacer cuanto le dijeren, para representar su persona; heroicidad verdaderamente plausible, y tanto mas cuanto que recaía en sugeto de humilde esfera, en la que no podia atribuirse á los bríos de la nobleza, ni al entusiasmo del honor, cualidad inseparable de ella. Instruido de cuanto se le previno, y vestido del modo que el príncipe, y acompañado de sus criados, fué al festin al anochecer haciendo tan diestra y cómicamente su papel, que logró engañar á todos, y que le tuviesen por el verdadero príncipe.

Comenzóse el saráo, pidiéronle que entrase en el baile, condescendió en ello, y cuando estaban en lo mas fervoroso de él, al dar la vuelta el labrador, un capitán de Atzacapotzalco, llamado Xochicalcatl que estaba allí encubierto, levantando una porra le dió con ella en la cabeza tan fiero golpe, que cayó aturdido en el suelo; echó mano á la macana, le cortó con ella la cabeza, y partió sin detenerse á Atzacapotzalco á presentarla al tirano. Cesó el festin, todos quedaron confusos; los que eran sabedores del hecho disimularon serlo; y los que no lo eran, sorprendidos de un caso tan funesto, y creyendo que verdaderamente era muerto el príncipe Netzahualcoyotl. Divulgóse luego la noticia por toda

la ciudad, y se perdió la esperanza que tenían de su restablecimiento al trono.

El príncipe luego que se dispuso la ficción se partió para México, y así aunque luego se divulgó la noticia acudieron muchos á su casa no le hallaron en ella, y sus criados y confidentes callaban, y afectaban creer su muerte. Al día siguiente llegó muy ufano y de madrugada el asesino con la cabeza del labrador, y al verla Maxtla se llenó de regocijo por creerse libre de aquel competidor. Mandó para que perdiesen toda esperanza de remedio los señores mexicanos, que el ejecutor de tamaña maldad pasase á dar parte de este acontecimiento á Tlatelolco y al senado de México, llevando consigo la cabeza como comprobante de su verdad. Efectivamente llegó á México y se dirigió en derechura á la casa de Ixcóatl, hermano del difunto rey Chimalpopoca, que durante su gobierno habia sido Tlachocalcatl ó generalísimo de sus ejércitos, y de consiguiente la persona mas principal de la ciudad: hizole avisar que allí estaba un enviado de Maxtla que queria hablarle, mas á la sazón estaba con el príncipe Netzahualcoyotl, tratando precisamente de lo ocurrido en Texcoco. Mandóle entrar Ixcóatl; mas ¡cuanta fué la sorpresa de Xochicalcatl cuando vió al mismo número príncipe cuya cabeza creyó que llevaba debajo de la manta! Fué tal su asombro, que enteramente sorprendido no pudo articular palabra. Preguntóle Ixcóatl ¿qué queria? Mas como no diese respuesta, Netzahualcoyotl le repitió la misma pregunta; al cabo de un rato de suspension dijo á lo que iba, manifestando la cabeza del labrador y cotejándola con el rostro del príncipe, pero viéndolo vivo se llenó de estupor; entonces Netzahualcoyotl sonriéndose le dijo . . . “No tengo otra respuesta que dar á tus dudas, sino que digas á Maxtla lo que has visto: que vivo bueno y sano: que estoy bien enterado de sus traiciones; pero que tenga entendido que no logrará sus intentos porque soy inmortal, y en breve le haré conocer el poder de mi brazo.”

Este, sin duda, fué el tipo y ejemplar que tuvo á la vista el consejo privado de Moctheuzoma para persuadirlo á que imitase tal ejemplo; pero su enviado no pudo representar aquel papel, y se puso en ridiculo, jugándole Cortés la tñantada de tomarse el regalo y echarlo á pasear. ¡Desgraciado monarca, que para salvar su ecsistencia necesitó recurrir á tal arbitrio! Mejor le habria estado presentarse en campaña, morir como hombre de honor, y sobre todo, morir como rey salvando su pueblo y su alta dignidad.

En la primera edicion de la Conquista del P. Sahagun que publiqué, se halla alterado (como muchos) este capítulo, dice . . . "Preguntáronle al principal (enviado) si era Moctheuzoma, y dijo que sí; y dijéronle los tlaxcaltecas y zempoaltecas . . . Vete de ahí que mientes que no eres Moctheuzoma. ¡Piensas engañarnos? ¡Piensas que somos algunos necios? No nos podrás engañar, ni Moctheuzoma se nos podrá esconder por mucho que haga aunque sea ave, y aunque se meta debajo de la tierra no se nos podrá esconder, y luego con afrenta enviaron á aquel principal y á todos los que con él habian venido. A la verdad que esta pieza estuvo muy mal jugada.

CAPITULO XIII.

Lo que hizo Moctheuzoma despues que supo lo que habia sucedido de la fcción que hizo, y de lo que pasó entre Tezcatlipuca y los encantadores y nigrománticos que segunda vez envió contra los españoles.

Como supo Moctheuzoma que el ardid que habia hecho para engañar á los españoles habia sido descubierto, y por aquello se habian indignado los españoles contra él, y el presente que habia enviado no aprovechó de nada, sino que los españoles

se rieron dél; imaginó de hacer otra diligencia para que no llegasen á México, y fué que juntó todos sus principales y sátrapas que habia en su reino mas sabios que los primeros para que fuesen á hacer sus encantaciones y nigromancias; y así fué que juntos los principales y sátrapas con gran acuerdo practicaron entre sí sobre este negocio, y determinaron de enviar todos cuantos pudieron hallar, nigrománticos y encantadores para que fuesen á desvaratar y espantar á los españoles. Habéndolos juntado con gran solemnidad, los encargaron este negocio; lo cual habiendo ellos hecho entre sí se comunicaron de lo que habian de hacer, y se partieron con confianza que saldrian con aquella empresa amedrentados con las amenazas que les hizo Moctheuzoma. Partiéronse todos camino de Tlalmánaleco para verse con los españoles donde los topasen, y subiendo por la cuesta arriba por el camino por donde venian los españoles, topáronse con Tezcatlipuca (el cual era el principal de sus dioses) que venia de ácia donde venian los españoles y delante dellos algun trecho, el cual les apareció en hábito de un hombre de aquella provincia de Chalco que venia muy borracho y fuera de sí; no por el vino que habia bebido, mas por el furor y rábía que dentro de sí traía; y como hubo llegado junto aquel esquadron de nigrománticos y hechiceros paróse, y comenzó con grandes voces á reñirles. Traía ceñidos los pechos desde la cintura arriba con ocho vueltas de una soga de esparto, y díjoles, ¿para que vosotros volveis de nuevo acá? ¿Qué es lo que Moctheuzoma pretende hacer para vuestro remedio contra los españoles? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determinado de quitarle su reino y todo cuanto tiene y toda su honra por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos; no ha regido como señor, sino como tirano y traidor. Como oyeron estas palabras los nigrománticos y encantadores, humilláronse ácia él (conociendo ya quien era) y comenzaronle á rogar con palabras humildes, y otros dellos comenzaron á hacer un altar de piedras y tierra, y cubriéronle con yerbas y flores de las que por allí hallaron; pero él no cu-

ró nada de este regalo, sino procuró de proceder con mas furia en reñirlos y injuriarlos con mas altas voces, y con mas conato les dijo. ¿A qué habeis venido aquí traidores? No teneis remedio. Volveos y mirad ácia México, y vereis lo que ha de venir sobre ella antes de muchos dias. Luego se volvieron á mirar ácia México, y lo vieron arder en vivas llamas así los templos como las demas iglesias, y todos los colegios, y todas las casas principales y de gente baja, y allí se les representó la guerra de la destruicion de México. Como hubieron visto esto los nigrománticos y encantadores, se les derritió el corazon como si fuera de cera, y se les hizo un ñudo en las gargantas que no podian hablar; y habiendo pasado algun poco espacio el principal dellos comenzó á hablar diciendo. ... Nosotros no somos dignos de ver este prodigio, mas convenia que lo viera Mochtezuma, porque este que nos ha parecido es el dios *Tezcatlipuca*; y luego se desapareció y los nigrománticos y encantadores no osaron ir mas adelante, dejaron de hacer á lo que iban, y volviéronse luego á México. En esta coyuntura los alcanzaron los que habian ido á hacer el presente con la disimulacion arriba dicha, y todos juntos se volvieron á dar relacion á Mochtezuma de lo que pasaba. Como fueron llegados á su presencia aquel principal *Tzioacpupuca* díjole lo que le habia acontecido con los españoles, y los nigrománticos que allí estaban tambien le contaron lo que les aconteció con *Tezcatlipuca*. Oido Mochtezuma estas dos malas nuevas juntas, entristeciése grandemente, púsose cabisbajo en el trono en que estaba asentado, y no podia hablar, perdió la habla: hizozele un ñudo en la garganta; despues que se le pasó aquel accidente dijo (hablando con aquel principal *Tzioacpupuca* que estaba presente) ¿pues qué hemos de hacer señor nuestro pues que los dioses y sus amigos nos desfavorecen, y nuestros enemigos vienen prósperos, ya yo estoy determinado, y determinémonos todos de poner el pecho á todo lo que se ofreciere, no nos habemos de esconder, ni habemos de huir, ni habemos de mostrar cobardía: no pensemos que la gloria mexicana ha

de perecer aquí (*). Compadézcome de los viejos y viejas y de los niños y niñas que no tienen pies ni manos para defenderse, que de los demas ya tenemos determinado de morir por la defensa de nuestra pátria.

NOTA DEL EDITOR.

Los sanos principios de la moral no nos permiten creer la aparicion pretendida del dios Tezcatlipuca, y si creer que los hechiceros y nigromantes forjaron aquella patraña para alejar de sí la indignacion de Mochtezuma, el cual era como buen supersticioso, cruel, incesorable y terrible. Sábese que multiplicó en estos dias los sacrificios humanos para aplacar sus ñumenes; que pareciéndole pequeña la piedra del sacrificio comun, mandó hacer otra mucho mayor, que no permitió Dios que llegara á colocarse, que irritado con algunos que le vaticinaron desgracias por las extraordinarias señales que aparecian, les castigó de muerte é hizo derribar sus casas: que por igual motivo despreció y tuvo por loco al rey Netzahualpulli de Texcoco. ¿Qué mucho que por tales causas se le fingiesen esas visiones por los nigromantes? Sabemos por las Sagradas letras, que cuando Dios habló á su pueblo suscitádoles profetas que le vaticinasen su ruina y preparasen para la enmienda, escogió á los varones mas justos como Ezequiel, Isaías y otros, y jamas reveló sus arcanos á hombres malos y abominables, como los magos, hechiceros y embaidores.

Las consultas de Mochtezuma no solo fueron hechas á los agoreros y nigromantes, sino tambien á varios prínci-

(*) *¡Vive Dios angunstiado monarca, vive Dios que tu pronóstico se ha cumplido, no ha perecido la gloria mexicana! Si tu córte sucumbió fué por la perfidia de sus malos hijos, ellos la mancillaron, y ellos hoy nos amargan los dias. México se defendió con gloria, y de sus cenizas y ruinas nacieron vengadores de sus ultrajes.*

pes y senadores del imperio, y deudos inmediatos del emperador; Cacamatzin, rey de Texcoco, opinó que los españoles fuesen recibidos como embajadores, no así Cuillahuatzin, hermano de Mochtezoma, que previendo las desgracias que amenazaban á esta tierra, le dijo enfáticamente....

“Quieran los dioses que no admitais en vuestra casa á quien os eche de ella, y que cuando querais remediar el mal, ya no tengais medios ni ocasion de hacerlo.” El tiempo justificó la exactitud de este vaticinio; entonces respondió Mochtezoma lo que ya hemos dicho. ¿Qué hemos de hacer? nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros dioses mismos en vez de favorecernos amparan á nuestros contrarios.... Parece que con estas palabras se referia al hermano de Cacamatzin su enemigo, que habia ido á felicitar á Cortés, que era enemigo suyo porque habia auxiliado la colocacion en el trono de Texcoco á Cacamatzin, y por lo que el reino de Aculhuacan se habia dividido; hablo de aquel Ixtlilxochitl ahijado de bautismo de Cortés, cuyo nombre tomó, hombre detestable, el mayor enemigo de la felicidad de su patria, que despobló su reino por apoyar las pretensiones de los españoles á quienes acompañó en la Conquista de Guatemala, dejando á su posteridad tan infeliz, que sus nietos se lamentaban de no tener ni un cuartillo de maiz con que matar el hambre que les aquejaba. ¡Oh! si los padres de familia al comprometerse en empresas temerarias, reflexionasen sobre la suerte que preparan á sus hijos; cuántos se retraerian de obrar el mal!

CAPITULO XIV.

Como Mochtezoma cerró los caminos para que los españoles no entrasen en México.

DE todos los remedios que antiguamente usaban los indios en sus guerras, se pertrechó Mochtezoma para que los españoles no llegasen á México (escepto el perentorio que era el de venir á las manos con los españoles), por haber sabido lo que en este caso habia acontecido á los tlaxcaltecas, y tambien á los cholultecas, y en haberles caido en el embuste que hicieron en el recibimiento de entre las dos sierras. El postrero pertrecho que quedaba por inventar, era cercar los caminos que iban ácia México, habiendo pasado desta parte de las sierras, para lo cual mandó Mochtezoma que hiciesen vallados de las bocas de los caminos, y pusiesen muchos magueyes espesos y plantados en los caminos, para que los españoles llegados allí no pasasen mas adelante, sopena de muerte, porque tenian este uso antiguamente. Como los españoles les hubieron llegado á los caminos que estaban cerrados, desvarataron todos aquellos vallados, y arrancaron los magueyes, y echáronlos por ahí delante con gran risa y mofa, y tomaron su camino hácia el pueblo de Cuillaoac (*). Los dias que reposaron en Amaquemeca (†) juntaron los principales de Tlalmanalco y de todas aquellas serranias, y los tlaxcaltecas los hablaron para que se diesen de paz al capitan y á los españoles, trayéndoles á la memoria lo que estos habian hecho con ellos en entrando en su tierra, y que supiesen que estaban con ellos confederados para contra sus enemigos los mexicanos, y que se acordasen de los malos tratamientos que Mochtezoma les habia hecho, y de la gran carga de trabajos que les tenia puesta, y que se

(*) Hoy Tlahuatl segun algunos.

(†) Hoy Mecameca.

pes y senadores del imperio, y deudos inmediatos del emperador; Cacamatzin, rey de Texcoco, opinó que los españoles fuesen recibidos como embajadores, no así Cuillahuatzin, hermano de Mochtezoma, que previendo las desgracias que amenazaban á esta tierra, le dijo enfáticamente....

“Quieran los dioses que no admitais en vuestra casa á quien os eche de ella, y que cuando querais remediar el mal, ya no tengais medios ni ocasion de hacerlo.” El tiempo justificó la exactitud de este vaticinio; entonces respondió Mochtezoma lo que ya hemos dicho. ¿Qué hemos de hacer? nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros dioses mismos en vez de favorecernos amparan á nuestros contrarios.... Parece que con estas palabras se referia al hermano de Cacamatzin su enemigo, que habia ido á felicitar á Cortés, que era enemigo suyo porque habia auxiliado la colocacion en el trono de Texcoco á Cacamatzin, y por lo que el reino de Aculhuacan se habia dividido; hablo de aquel Ixtlilxochitl ahijado de bautismo de Cortés, cuyo nombre tomó, hombre detestable, el mayor enemigo de la felicidad de su patria, que despobló su reino por apoyar las pretensiones de los españoles á quienes acompañó en la Conquista de Guatemala, dejando á su posteridad tan infeliz, que sus nietos se lamentaban de no tener ni un cuartillo de maiz con que matar el hambre que les aquejaba. ¡Oh! si los padres de familia al comprometerse en empresas temerarias, reflexionasen sobre la suerte que preparan á sus hijos; cuántos se retraerian de obrar el mal!

CAPITULO XIV.

Como Mochtezoma cerró los caminos para que los españoles no entrasen en México.

DE todos los remedios que antiguamente usaban los indios en sus guerras, se pertrechó Mochtezoma para que los españoles no llegasen á México (escepto el perentorio que era el de venir á las manos con los españoles), por haber sabido lo que en este caso habia acontecido á los tlaxcaltecas, y tambien á los cholultecas, y en haberles caido en el embuste que hicieron en el recibimiento de entre las dos sierras. El postrero pertrecho que quedaba por inventar, era cercar los caminos que iban ácia México, habiendo pasado desta parte de las sierras, para lo cual mandó Mochtezoma que hiciesen vallados de las bocas de los caminos, y pusiesen muchos magueyes espesos y plantados en los caminos, para que los españoles llegados allí no pasasen mas adelante, sopena de muerte, porque tenian este uso antiguamente. Como los españoles les hubieron llegado á los caminos que estaban cerrados, desvarataron todos aquellos vallados, y arrancaron los magueyes, y echáronlos por ahí delante con gran risa y mofa, y tomaron su camino hácia el pueblo de Cuillaoac (*). Los dias que reposaron en Amaquemeca (†) juntaron los principales de Tlalmanalco y de todas aquellas serranias, y los tlaxcaltecas los hablaron para que se diesen de paz al capitan y á los españoles, trayéndoles á la memoria lo que estos habian hecho con ellos en entrando en su tierra, y que supiesen que estaban con ellos confederados para contra sus enemigos los mexicanos, y que se acordasen de los malos tratamientos que Mochtezoma les habia hecho, y de la gran carga de trabajos que les tenia puesta, y que se

(*) Hoy Tlahuatl segun algunos.

(†) Hoy Mecameca.

confederasen con los españoles) pues que ellos les pondrían en su libertad, y castigarían á Mochtezoma y á todos los mexicanos, porque á eso iban; lo cual oído por los de Tlalmanalco y de las provincias cercanas que allí estaban presentes, les pareció muy bien aquella traza, y fácilmente vinieron en ella, y luego hablaron al capitán D. Hernando Cortés, y se dieron por sus confederados. El los recibió con entera voluntad, y les mostró mucha benevolencia, y rogó que le ayudasen con las personas y bastimentos para contra los mexicanos. Habiendo tomado el camino para *Cuittlaoac*, llegados que fueron, enviaron á llamar á todos los principales que se llaman *chinanpanecas* (*), y habláronles de la manera que habían hablado á los montañeses ó serranos, y luego ellos vinieron en confederarse con los españoles. Desque hubieron reposado algún día los españoles en *Cuittlaoac*, partiéronse para Ixtapalapa, y llegados allí, enviaron luego á llamar á los señores de las cuatro cabezas, que son de Ixtapalapa, de Mexicatzingo, de Culhoacan, de *Vitzilupuzco* (†), y habláronles de la manera que habían hablado á los chinanpanecas, los cuales con facilidad se persuadieron y confederaron con los españoles. Con todo esto, ni Mochtezoma, ni ninguno de sus principales parecieron ni hablaron al capitán ni á los españoles: enviáronle empero bastimentos como solían. En los caminos de México no parecía persona por ellos, lo cual era señal de enemistad.

NOTA DEL EDITOR.

Es menester seguir la marcha de Cortés desde Cholula para México, porque hay algunas circunstancias y curiosidades dignas de notar. En Izcaltan (según Clavijero) pueblo de Huejotzinco, los señores de aquel estado salieron

(*) *Que cultivan las Chinampas de Xochimilco, S. Juanico y otros pueblos de la laguna.*

(†) *Hoy se llama Churubuzco, donde hay un convento de frailes Dieguinos, llamados Gilitos en Madrid.*

á cumplimentar á los españoles; les previnieron que desde aquel punto había dos caminos para la corte, uno abierto y cómodo que pasaba por unos barrancos, donde podía temerse alguna emboscada, y otro embarazado con una tala de árboles hecha á propósito, y que era sin embargo el más corto y seguro. Cortés lo mandó desembarazar, y tuvo razón en reírse su ejército de dichos embarazos que eran inútiles, pues no había tropas que los sostuviesen. Continuó su camino por entre grandes pinos y encinales hasta llegar á la cima de un alto monte llamado Ithualco, entre la sierra nevada llamada Ixtlacihuatl, ó la mujer blanca, y el volcán llamado Popocatepetl, ó cerro que humea; este lo había reconocido pocos días antes el capitán Diego de Ordaz aunque no descendió á él; pero tomó noticia de que en él había cantidad de azufre de que después se aprovechó Cortés ya conquistado México, y sacó cantidad de este ingrediente para elaborar pólvora, por medio del español Montaña, que subió hasta su cima, y reconoció su horrible cráter; empresa no menos útil que atrevida y digna de un hombre de extraordinario valor (). La cima de Ithualco es uno de los puntos más bellos y pintorescos de aquella gran montaña; desde allí observaron los españoles el bellissimo valle de México, pero con muy diversos sentimientos; unos se deleitaron con la hermosa perspectiva que ofrecían sus lagos, sus amenas llanuras, sus verdes montañas, y las hermosas ciudades que lo cubrían; en otros se reanimó la esperanza de enriquecerse con la presa de tan prósperos países; pero no pocos se estremecieron al contemplar la temeridad de arrosar tan graves peligros, y de tal modo se amedrentaron, que hubieran regresado desde allí á Veracruz, á no haberlos estimulado Cortés á seguir la empresa valiéndose de su*

(*) En 15 de Octubre de 1665 reventó este volcán, cuyas erupciones periódicas habían cesado, y estuvo arrojando cenizas cuatro días. A la llegada de los españoles vomitaba fuego el de Orizava, llamado *Citlaltepēc*, ó cerro de *a Estrella*, porque tal parecía de noche.

autoridad, y de las razones que les sugirió su buen ingenio. Fue tal el temor que los sobrecogió con aquella vista, (que segun dice Gomara) estuvo á pique de haber un motin, ¡ah! si entonces hubiera reinado el primer Mochtezoma ó el valiente Ixcoatl, yo aseguro que, ó no habrían llegado á este lugar, ó si hubiesen bajado á la llanura, todos habrían encontrado en ella su sepulcro!... Entonces, Troya nunc stares, Priamique arx, alta maneres! Quizolo así Dios, cansóse de abominacion é idolatría y... ¡Cielo! Yo adoro tus decretos!... Mientras esto pasaba, Mochtezoma olvidado de que la primera obligacion de un rey es defender su pueblo y afrontar á la muerte, y perecer con dignidad, moraba en su palacio destinado al duelo, ó ejercitándose allí en sus acostumbradas austeridades para grangearse la inútil proteccion de unos dioses que tenían en sus simulacros ojos y no veían, oídos y no lo oían, manos y no palpaban; ocupábase neciamente en mandar regalos al usurpador de su trono, para atraerselo con mas empeño á que consumara su salteo tan felizmente comenzado. ¡O supersticion! ó fanatismo, qué funesto eres cuando moras en el alcázar de los reyes! Desde aquella gruta, mansion horrible del genio del error, envió á Cortés otros cuatro personajes con un regalo y nuevos ruegos, para disuadirlo de su viaje, ofreciéndose con vileza á pagar anualmente un tributo al rey de España, y á dar al general cuatro cargas de oro, y una á cada uno de sus oficiales y soldados si volvian atrás de aquel punto donde se hallaban. El P. Clavijero dice, que siendo la carga ordinaria de un mexicano cincuenta libras ú ochocientas onzas, se puede conjeturar en vista del número de españoles que venian, que la contribucion que ofrecia Mochtezoma valia mas de seis millones de pesos.

De Ithualco se encaminó Cortés por Amecameca (*) y

(*) Los literatos mexicanos pronuncian este nombre con respeto por haber nacido en este pueblo Sor María Juana Inés de la Cruz, poetiza insigne, monja de San Gerónimo, y honor de nuestro Parnaso.

Tlalmanalco; en un cerrito contiguo al primer pueblo puso Cortés una cruz, y hasta hoy ecsiste un hermoso Santuario dedicado á Jesucristo muerto, y se llama el Sacro-Monte, poblado de hermosísimos y crecidos árboles: en ambos pueblos oyó quejas de sus naturales contra Mochtezoma, y recibió obsequios de oro, y algunas esclavas. De Tlalmanalco pasó á Ayotzinco donde estaba el puerto de los barcos de laguna, y temeroso de que los mexicanos le armasen una celada, sus centinelas estuvieron muy vigilantes y mataron algunos mexicanos que parece iban á observar por curiosidad. En Ayotzinco se aumentó la admiracion de Cortés por la visita que recibió de Cacamatzin, rey de Texcoco, pues se presentó con tal aparato de grandeza y servidumbre, que le hizo entender cual seria la de su tio el emperador de México; barríanle el suelo sus domésticos, y ocupó una de las salas de la habitacion, con tal decoro y dignidad, cual convenia al segundo monarca de este imperio; dió la enhorabuena á Cortés, y procuró hacerle desistir de su viaje á México, quien se escusó de ello, repitiendo las razones que otras veces habia dado á Mochtezoma por sus enviados... Si así es, dijo Cacamatzin, en la corte nos veremos, y se despidió. Pasaron los españoles á Cuiclahuac, y se admiraron de la belleza de aquel lindo país, de su frescura y jardines flotantes llamados chinampas, de sus edificios y torres que descollaban, de los pequeños barcos que giraban en la laguna, no menos que de la gente que los rodeaba, lo que le hizo estar sobre la vigilancia. En el camino de Itzapalapan se encontraron Cacamatzin y su hermano Ixtlilxochitl con quien habia dividido su reino, y por cuya causa eran enemigos tres años hacia; en él se reconciliaron. El primer principe estaba destinado por la suerte á ser una de las preciosas víctimas que inmoló la crueldad de Cortés, y el segundo para ser un apoyo y el brazo derecho de su tiranía. Este, segun el P. Clavijero, lo llevó á Texcoco, y allí le espuso sus pretendidos derechos al reino

de Acolhuacan, sus quejas contra su hermano Cacamatzin y contra Mochtezoma. Cortés le prometió ponerlo en posesion de la corona despues de haber terminado sus negociaciones con su tio; y sin detenerse, marchó á Itzapalapan. Respetó, como debo, la autoridad del P. Clavijero, pero él descansa en la autoridad de Bentancourt que es autor de segundo orden, y contra este testimonio presento el itinerario de Cortés, formado por el señor arzobispo cardenal de Lorenzana, editor de las Cartas de este caudillo, que inserté en el primer tomo de la historia de Gomara, página 117, quien nada dice de su llegada á Texcoco, sino de Tlahuac á Itzapalapan.

Esta ciudad, (hoy un desierto tristísimo y salitroso,) presentó á la vista de los españoles objetos muy agradables por su localidad, que era una pequeña península entre los lagos de Chalco al mediodía, y Texcoco al norte, y por sus bellos jardines á donde solia recrearse Mochtezoma. Sus salas y adornos bien manifestaban que la habitaba Cuillahuatzin hermano del emperador Mochtezoma, quien lo recibió con una elocuente felicitacion. Para recrear á sus huéspedes despues de la comida, los llevó al jardin en que habia un estanque muy grande de peces, cuyos vestigios todavía se conservan. Al dia siguiente, 8 de Noviembre, dia de los santos mártires coronados, marchó Cortés á México, y de ello haremos relacion en el capítulo siguiente, despues de presentar el texto del P. Sahagun.

CAPITULO XV.

Como los españoles salieron de Ixtapalapa, y llegaron á México.

Como la confederacion de los dichos en el capítulo pasado se concluyó en Ixtapalapa, el capitan D. Fernando Cortés con sus españoles concluyeron y determinaron de entrar en la ciudad de México á punto de guerra, y con banderas desplegadas, y dieron de esto noticia á todo el ejército, para que todos se pusiesen á punto de guerra, y á este propósito un dia luego de mañana comenzaron los maestros de campo y capitanes á ordenar su ejército, poniendo á los de á caballo en su orden, y á los de á pie en la suya, poniendo en su lugar á los arcabuceros, y en el suyo á los ballesteros, y así todos los demas, conforme al arte y uso del ejercicio militar; de manera que la vanguardia guiaba al ejército, y el bagage iba en el medio de la batalla, y la retaguardia iba en el postrero de la batalla, todos ordenados como quien habia de dar batalla á los mexicanos si saliesen de guerra contra ellos. Habiendo puesto el ejército en todo su concierto, comenzaron á mover de Ixtapalapa camino de México estendidas las banderas, y tocando los atambores con gran sorna y aparato para poner miedo á todos los que lo vian. Apenas se habia movido la retaguardia de Ixtapalapa cuando la vanguardia entraba ya por México. Luego enderezaron su camino ácia las casas reales, y llegando á ellas toda la artilleria hizo su salva. En todo este trecho no pareció señal de cosa de guerra, antes estaba México como despojado, que ni por los caminos parecia persona (*), y esto era señal, no de paz, sino de indignacion, y que se guardaba para su tiempo, y significaba la violencia que se les hacia en entrar en su ciudad contra su voluntad. No dejaron empero de ha-

(*) Nótense estas palabras subrayadas.

cerles obras de humanidad en dejarlos aposentar en su ciudad, y proveerlos de bastimentos, y salir el rey Mochtezuma á recibirlos como á gente forastera, y que no podia por entonces resestirlos; empero siempre tuvieron esta entrada por *violenta y tiránica*.

NOTA DEL EDITOR.

Solos doce renglones gasta el P. Sahagun en describir la llegada del ejército de Itztapalapa á México; ignoro por qué sería tan parco y lacónico en esta relacion, y solo hay de singular en ella, que en esta se omiten las circunstancias de que precedian algunos de á caballo, ó sean batidores de descubierta, y que llevaban tambien dos lebreles delante carleando, como dijo otra vez.

He visto en el cuadro en que está el antiguo retrato de Mochtezuma la entrada de Cortés en México, montado caballero, en un caballo blanco, que segun un manuscrito curioso, le llamaban el Molinero; Clavijero dice, que habiendo ido á un lugar llamado Xoloc, en el ángulo que hacen los dos caminos de Itztapalapa y Coyoacan, distante media legua de México, habia un muy buen baluarte con dos torrecillas, circundado por un muro de diez pies de alto, con parapeto y almenas, dos salidas y un puente levadizo. En este lugar situó Cortés su campo cuando asedió á México. Allí hizo alto, como era natural, para reconocerlo. En el mismo (dice Chimalpain) estuvo despues el hospital de San Antonio Abad. Este terreno ha servido despues para lugar de matadero de reses. Clavijero añade que allí se presentaron mas de mil nobles mexicanos vestidos uniformemente, y que al pasar por delante de Cortés le hacian el acostumbrado cumplimiento de tocar la tierra, y besarse la mano. Parece que Gomara tuvo empeño en persuadir que

acudieron muchos millares de indios á ver la entrada de Cortés, y el P. Sahagun en desmentir este aserto. . . . "Apenas, (dice el primero) podian andar los españoles con la apretura de la mucha gente que salia de todas partes á ver los españoles. . . . no sé quien se maravillase mas, si los castellanos de tanta muchedumbre de hombres y mugeres que aquella gran ciudad tenia, ó ellos de la artilleria, caballos, barbas y trages de hombres que nunca habian visto." En la contrariedad de estos dichos, prefiero el del P. Sahagun como casi testigo presencial, y porque creo que los mexicanos no podian ver de buen ojo á unos hombres contra quienes estaban altamente prevenidos por las crueldades que habian cometido en Cholula, por el desagrado que habia mostrado su soberano; y sobre todo, por estar ciertos de que les venian á quitar su libertad; el hombre procura ver los objetos que le agradan, y aparta naturalmente la vista de los que le desplacen. Estas aunque parecen pequeñas, siempre dicen algo con relacion á lo sustancial de la historia: los mexicanos no eran autómatas, amaban su patria, y odiaban á sus tiranos.

CAPITULO XVI.

Del recibimiento que Mochtezuma hizo á los españoles con su capitán, en la entrada de la ciudad de México.

Aunque Mochtezuma supo lo que habia pasado en Amecameca (*), y como se habian confederado con el capitán los de la serrania de Tlalmanalco, y como los españoles le habian abierto los caminos que él habia mandado cerrar, y supo tambien lo que habia pasado en Cuitlaoac, y de la confederacion

(*) Hoy Amecameca.

cerles obras de humanidad en dejarlos aposentar en su ciudad, y proveerlos de bastimentos, y salir el rey Mochtezuma á recibirlos como á gente forastera, y que no podia por entonces resestirlos; empero siempre tuvieron esta entrada por *violenta y tiránica*.

NOTA DEL EDITOR.

Solos doce renglones gasta el P. Sahagun en describir la llegada del ejército de Itztapalapa á México; ignoro por qué sería tan parco y lacónico en esta relacion, y solo hay de singular en ella, que en esta se omiten las circunstancias de que precedian algunos de á caballo, ó sean batidores de descubierta, y que llevaban tambien dos lebreles delante carleando, como dijo otra vez.

He visto en el cuadro en que está el antiguo retrato de Mochtezuma la entrada de Cortés en México, montado caballero, en un caballo blanco, que segun un manuscrito curioso, le llamaban el Molinero; Clavijero dice, que habiendo ido á un lugar llamado Xoloc, en el ángulo que hacen los dos caminos de Itztapalapa y Coyoacan, distante media legua de México, habia un muy buen baluarte con dos torrecillas, circundado por un muro de diez pies de alto, con parapeto y almenas, dos salidas y un puente levadizo. En este lugar situó Cortés su campo cuando asedió á México. Allí hizo alto, como era natural, para reconocerlo. En el mismo (dice Chimalpain) estuvo despues el hospital de San Antonio Abad. Este terreno ha servido despues para lugar de matadero de reses. Clavijero añade que allí se presentaron mas de mil nobles mexicanos vestidos uniformemente, y que al pasar por delante de Cortés le hacian el acostumbrado cumplimiento de tocar la tierra, y besarse la mano. Parece que Gomara tuvo empeño en persuadir que

acudieron muchos millares de indios á ver la entrada de Cortés, y el P. Sahagun en desmentir este aserto. . . . "Apenas, (dice el primero) podian andar los españoles con la apretura de la mucha gente que salia de todas partes á ver los españoles. . . . no sé quien se maravillase mas, si los castellanos de tanta muchedumbre de hombres y mugeres que aquella gran ciudad tenia, ó ellos de la artilleria, caballos, barbas y trages de hombres que nunca habian visto." En la contrariedad de estos dichos, prefiero el del P. Sahagun como casi testigo presencial, y porque creo que los mexicanos no podian ver de buen ojo á unos hombres contra quienes estaban altamente prevenidos por las crueldades que habian cometido en Cholula, por el desagrado que habia mostrado su soberano; y sobre todo, por estar ciertos de que les venian á quitar su libertad; el hombre procura ver los objetos que le agradan, y aparta naturalmente la vista de los que le desplacen. Estas aunque parecen pequeñas, siempre dicen algo con relacion á lo sustancial de la historia: los mexicanos no eran autómatas, amaban su patria, y odiaban á sus tiranos.

CAPITULO XVI.

Del recibimiento que Mochtezuma hizo á los españoles con su capitán, en la entrada de la ciudad de México.

Aunque Mochtezuma supo lo que habia pasado en Amecameca (*), y como se habian confederado con el capitán los de la serrania de Tlalmanalco, y como los españoles le habian abierto los caminos que él habia mandado cerrar, y supo tambien lo que habia pasado en Cuitlaoac, y de la confederacion

(*) Hoy Amecameca.

de los chinampanecas con los españoles; y aunque tambien supo lo que habia pasado en Itztapalapa, y que estaban de partida los españoles para entrar en México, no dejó de dar la última muestra de que no era su voluntad que los españoles entrasen en México. Y así mandó, que cuando los españoles moviesen de Itztapalapa para entrar en México, no pareciese persona viviente por el camino que va de Itztapalapa á México, ni en todo aquel espacio que hay entre Itztapalapa y México, ni á la mano derecha ni á la mano izquierda, ni de lejos ni de cerca. Hubo una soledad en todo aquel espacio, que fué cosa muy notable y significativa, que no queria que los españoles entrasen en su ciudad, lo cual fué platicado entre Mochtheuzoma y el señor de Texcoco, y el señor de los tecpanecas y todos los amigos de Mochtheuzoma y de sus senadores y principales y señores graves, y tambien se platicó (segun buena toda consecuencia deducido de lo público á lo secreto) que determinaron entre sí, que si los españoles porfiasen á entrar con aparato de guerra, no les saliesen ellos á defenderles la entrada, sino que los recibiesen dándoles á entender que los recibian á mas no poder, y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman de Xuluco) que va por cave las casas de Alvarado, ácia el hospital de la Concepcion, salió Mochtheuzoma á recibir de paz á D. Hernando Cortés, y á todos los españoles que con él venian, acompañado con los señores y senadores arriba dichos, y les dieron flores (como ellos acostumbran) y tambien un presente de oro y piedras: lo cual recibido de los españoles, Mochtheuzoma habló al marqués con gran reverencia y benevolencia, y desde D. Hernando Cortés hubo entendido por medio de sus intérpretes lo que habia dicho, respondió á Mochtheuzoma con muy amigables palabras, y quitándole el temor que ningun daño recibiria en su persona ni en su reino, y que él le informaria de la causa de su venida; habiendo entendido esto Mochtheuzoma y los que con él estaban, se fueron todos derechos á aposentarse á las casas reales.

NOTA DEL EDITOR.

Apenas puede referirse con mas claridad y sencillez, que lo ha hecho el P. Sahagun, el modo con que fueron recibidos de luto los españoles á su primera entrada en México; modo tal, cual convenia á la politica y circunstancias en que se hallaba por entonces el emperador Mochtheuzoma. Cortés, como he dicho, acababa de hacer en la ciudad de Cholula, sujeta al imperio de México una horrible matanza, que no bajó de seis mil hombres en sus pacíficos moradores, á la sazón misma en que estos se aprestaban para recibir á tan malos huéspedes, y proporcionarles toda comodidad y obsequio, y tanta hartura y abundancia, que en espresion de Chimalpain, daban un huajolote por barba, ó sea mejor dicho, un huajolote á cada español. Mochtheuzoma sabia ademas el convenio que habian celebrado los españoles con los tlaxcaltecas para derribarlo de su trono; y finalmente, la sublevacion que contra él venia haciendo Cortés por todos los pueblos de su tránsito á México, substrayéndolos de su dominacion, y acreciendo la fuerza española con sus mismos vasallos que se presentaron á insultarlo en su córte. Tales eran las disposiciones y circunstancias en que se hallaba Mochtheuzoma, rodeado de enemigos en lo interior y exterior de su imperio, y no pudiendo vengar en lo pronto tantos ultrajes, dictaba la prudencia y la politica recibir á los españoles con las apariencias de una paz que les hiciese entender que era forzada, y al mismo tiempo les impusiese é inspirase temores de que podian ser destruidos cuando los mexicanos volviesen sobre sí y recurriesen á sus fuerzas. ¿Por qué ni qué mejor indicante podria presentársele á Cortés de este justo temor, que el entrar por enmedio de una populosa ciudad sin que asomara á verlos por curiosidad ninguna persona, encerrados sus habitantes en sus casas, mostrando por este

hecho el odio de que estaban poseidos, y su disposicion para desarrollarlo? Conózcase por lo espuesto la inesactitud con que han referido los escritores españoles esta entrada, pretendiendo que fuese de júbilo y regocijo, pisando sobre alfombras de flores, en medio de la grito y aplauso de un pueblo inmenso. Cortés se vió sobrecogido, y llegando al punto del hospital de Jesus, (que el P. Sahagun llama de la Concepcion, donde lo recibió Mochtezoma) sintió tal congoja en su ánimo, que prometió á Dios fundar allí una iglesia si salia con felicidad de su empresa. Durante su primera estancia en México, mandó construir unas fustas ó bergantines en la laguna, que le proporcionasen una huida fácil en el caso de un acontecimiento desgraciado. Supuesto lo dicho, y siendo irrecusable en su relacion el P. Sahagun, como testigo casi presencial de este suceso, bien podemos decir que México no se arrancó de cimientos para recibir á Cortés; sino por el contrario, se afectó de pesadumbre, reconociendo en él un verdadero invasor que se presentaba á destruir el imperio de los aztecas, y á hacer esclavos á todos sus habitantes.

CAPITULO XVII.

De lo que pasó despues que entraron los españoles en las casas reales de México.

ENTRADO que hubieron los españoles en las casas reales, luego los aposentaron en los lugares y partes de las casas que convenian á las personas segun los grados de su valor (conjeturados ó conocidos), de manera que al capitan y á los principales españoles los pusieron en los mejores lugares de la ca-

sa, porque en esto son muy mirados los mexicanos, que á cada persona la sirven y estiman segun su valor, así en el aposento como en los manjares, y en lo demas del servicio. Por esta regla se rigieron en aposentar á todos los que vinieron, primero á todos los españoles, y despues dellos á los tlaxcaltecas, y á todos los demas indios aposentaron y sirvieron conforme á su valor, y á Mochtezoma y á sus principales siempre los tuvo el capitan en el segundo aposento junto al suyo (*), y esto por no tenerlos violentados, sino por tenerlos guardados de que no les hiciesen algun desacato los que le querian mal, como eran los tlaxcaltecas y otros sus enemigos. Este dia y la noche siguiente jugaron el artilleria por la solemnidad de haber llegado sin daño á donde deseaban; pero los indios como no usados á los truenos de la artilleria, ni al mal hedor de la pólvora, recibieron grande alteracion y miedo toda aquella noche. El dia siguiente el capitan D. Hernando Cortés hizo juntar á Mochtezoma y á sus principales tlaxcaltecas, y otra gente principal de los que con él venian zempoaltecas y Tlilicchustepecas en una pieza de la casa para esto conveniente, y allí sentado en su silla los habló á todos segun que en el dia antes lo habia prometido á Mochtezoma, cuando en el camino le habló, dijoles de esta manera: "Señores, hermanos y amigos, sabed que yo y mis hermanos los españoles, que aquí estamos, hemos venido de ácia el Oriente donde somos naturales, y nuestra propia tierra se llama *España*: es un reino muy grande y de gente muy valerosa y fuerte: tenemos un gran señor que es nuestro rey y emperador, el cual se llama Carlos V. deste nombre. De su licencia andamos discurriendo (†) por todas estas tierras occidentales, y entrando en esta Nueva-España, venimos al reino de nuestros herma-

(*) Es menester que se tengan presentes estas palabras que he subrayado para su debido tiempo, y sacar de ellas consecuencias muy importantes que destruyen lo que hasta aquí han escrito los españoles en quanto á la prision de este emperador.

(†) Así sabia Carlos V. de la expedicion de Cortés, como yo del dia en que me he de morir.

nos y amigos los tlaxcaltecas, los cuales en su ciudad real, que se llama Tlaxcala, nos recibieron con mucha humanidad, y hicieron con nosotros amistad y hermandad, y despues de otras cosas y buenos tratamientos, se nos quejaron de que vosotros los mexicanos los haceis grandes agravios y grandes daños, y les dais guerras muy continuas; de manera que ni gozan de la paz, ni de la seguridad de sus personas, y tierras, y haciendas, sino que siempre les poneis en grandes trabajos. Habiendo oido esto yo y mis compañeros los españoles, juntamente con ellos hemos venido aquí á vuestra ciudad, para saber dellos y de vosotros quien tiene la culpa destes daños y desasosiegos para poner remedio en ellos, y que vivais en paz, y os trateis como hermanos y prójimos; y hasta saber esto y hacer esta paz, estaremos aquí con vosotros como con señores y amigos; y esto se irá haciendo poco á poco sin ningun alboroto ni maltratamiento de los unos ni de los otros." Dió fin á esta su plática muy católica el señor capitán D. Hernando Cortés, y procuró luego que por boca de sus intérpretes todos los presentes las entendiesen muy bien; y como todos las hubieron entendido, todos dieron gracias de que él venia con tan buenas intenciones, y se holgaron mucho de su venida (*).

NOTA DEL EDITOR.

Todo cuanto se ha escrito por todos los historiadores de la Conquista en orden á muchos sucesos posteriores á la entrada de Cortés en México, lo ha echado á tierra el P. Sahagun en el capítulo precedente, y mostrado por la sencillez y seguridad con que lo ha escrito, que es un romance inventado por Cortés, sostenido por su prestigio y nombradía, y seguido crédulamente por los historiadores posteriores á su tiempo, que descansaron en el testimonio de los primeros como Gomara. Todos hemos comido perpera, comen-

(*) Bien puede preguntarse á Cortés: *¿Quis te constituit iudicem aut divisorem inter nos?*

zando por dicho Gomara y acabando por el P. Clavijero, y creído en fábulas, aniles y patrañas, hasta que se nos ha quitado el vendaje de los ojos por uno de aquellos medios extraordinarios de que se vale la Providencia, como he indicado en la introduccion de esta obra, para que nada quede oculto.

Es fuera de toda duda que Moctheuzoma hospedó á Cortés en el palacio de su padre Axayacatl, donde hoy se están labrando unas casas nuevas en la estampa de Santa Teresa la Antigua y pertenecen á las monjas de la Concepcion. Que hallándose ya acuartelado el ejército español en aquel edificio, Moctheuzoma fué á cumplimentar en él á Cortés. Dúdase si desde este momento quedó allí preso, ó si su arresto se verificó despues de pasados seis dias de estar los castellanos en México.

El P. Sahagun dice en su primera historia, publicada por mí... "De que los españoles llegaron á las casas reales, luego le detuvieron (á Moctheuzoma) consigo, nunca mas le dejaron apartar de sí.... Y tambien detuvieron consigo á Itzcuahtzin gobernador de Tlatelolco, y á los demas los dejaron ir"... Que tales fueron las intenciones de Cortés él mismo lo dice á Carlos V. en su carta fecha en Segura de la Frontera (ó sea Tepeaca) á 30 de Octubre de 1520: "Dije á vuestra real magestad (son palabras de Cortés) que tenia noticia de un gran señor que se llamaba Muteczuma.... y que confiando en la grandeza de Dios y con esfuerzo del real nombre de vuestra alteza, pensaba irle á ver donde quiera que estuviere.... y aun me acuerdo que me ofrecí en cuanto á la demanda de este señor á mucho mas de lo á mí posible. Porque certifiqué á V. A. que lo habria preso ó muerto, ó súbdito á la corona real de vuestra magestad.... y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Zempoal." He aquí el ánimo decidido, y el dolo malo de Cortés de asegurar la persona de Moctheuzoma, y echada por tierra aquella baraunda de disparates, patra-

ñas y quimeras con que se ha forjado por los castellanos la historia de esta Conquista, y que ha apoyado la legislación de Indias, prohibiendo que se escribiese cosa alguna de ellas, sin previa revisión y aprobación de los señores de dicho consejo. El P. Clavijero cree que desde Cholula sabía Cortés y traía reservada en su pecho la noticia de la muerte de Juan Escalante, y esta es una nueva prueba de que ya desde entonces venía Cortés con la dañada intención de apoderarse del emperador. Eso de que pensando sobre su suerte se desvelaba, y que agitado de funestos pensamientos una noche casualmente descubrió una puerta recién tapeada, la mandó abrir, y halló el tesoro de su padre de Mochtezoma, me parece una solemne mentira. El robo de aquella casa se hizo desde la primera noche que lo ocuparon los españoles, siendo el primer ladrón Pedro Alvarado. El cronista Herrera lo refiere, y por circunstancia añade, que el capitán Ojeda se llevó un gran chasco, porque encontrándose unas bolsitas curiosamente hechas (como las que hoy venden con marmajita) y creyéndolas reenchidas de algunas cosas preciosas, vió ¡qué burla! que contenían piojos muertos, de los que tributaban los indios al emperador, y que se les escijun á los vagabundos para no tenerlos ociosos. El escritor de corazón mexicano no puede recordar esta serie de bajezas y atropellamientos sin indignarse, principalmente si nota el contraste que presenta la generosidad de Mochtezoma, con la ruindad de ánimo de Cortés. Aun los escritores españoles como Gomara que dan valía á la historia fabulosa de la prisión de Mochtezoma por la muerte de Juan de Escalante, convienen en que en el momento mismo de presentársele Hernán Cortés á intimidarle el arresto, el emperador le iba á regalar una hija suya, como lo hicieron los tlaxcaltecas y Magiscatzin, con la que se llamó Doña Elvira (*). Ni esta acción de benevolencia, ni la

(*) También lo dice Cortés en su primera carta á Carlos V.

hospitalidad generosa que recibía Cortés, ni las riquezas de que lo había colmado aquel magnánimo monarca, bastaron para contener su perfidia; antes parece que con tan nobles acciones recibía pábulo para consumarla. Si algún español se indignare al oír estas reflexiones, yo le suplico que me diga con sinceridad, ¿qué fué lo que sintió en el fondo de su corazón cuando vió la escandalosa perfidia con que fué llevado Fernando VII. á Bayona para ser despojado de su trono, cuando él y su augusta padre habían hecho toda clase de sacrificios por conservar la amistad de Napoleón? ¡Ah! pero si quiera este tenía un título que cohonestase su perfidia con la proclama que el príncipe de la Paz había dirigido á la nación para armarla, creyendo que no triunfase en Jena, y que unido con la coalición del Norte, pudiese esta dar por tierra con el gigante de la Europa; mas aquí, ¿con qué título coloraba Cortés sus procedimientos? Yo no lo encuentro, ¡vive Dios! y solo veo que la eterna Justicia, despues de tres siglos, castigó en los reyes de España, lo que en su nombre había hecho Cortés con Mochtezoma; ellos fueron medidos con la misma medida que lo había sido el emperador de los aztecas, y por esto al saber un mexicano tan escandaloso y ruin procedimiento, no pudo menos de exclamar.... ¡Sombra de Mochtezoma, ya estais vengada!!....

CAPITULO XVIII.

Como los soldados saquearon tambien las propias casas de Mochtezoma.

MUCHAS veces los capitanes permiten un daño menor por no incurrir en otro mayor, y desta manera el capitán D. Hernán Cortés permitió que sus soldados saqueasen las casas reales de México, y las casas propias de Mochtezoma por no incur-

ñas y quimeras con que se ha forjado por los castellanos la historia de esta Conquista, y que ha apoyado la legislación de Indias, prohibiendo que se escribiese cosa alguna de ellas, sin previa revisión y aprobación de los señores de dicho consejo. El P. Clavijero cree que desde Cholula sabía Cortés y traía reservada en su pecho la noticia de la muerte de Juan Escalante, y esta es una nueva prueba de que ya desde entonces venía Cortés con la dañada intención de apoderarse del emperador. Eso de que pensando sobre su suerte se desvelaba, y que agitado de funestos pensamientos una noche casualmente descubrió una puerta recién tapeada, la mandó abrir, y halló el tesoro de su padre de Mochtezoma, me parece una solemne mentira. El robo de aquella casa se hizo desde la primera noche que lo ocuparon los españoles, siendo el primer ladrón Pedro Alvarado. El cronista Herrera lo refiere, y por circunstancia añade, que el capitán Ojeda se llevó un gran chasco, porque encontrándose unas bolsitas curiosamente hechas (como las que hoy venden con marmajita) y creyéndolas reenchidas de algunas cosas preciosas, vió ¡qué burla! que contenían piojos muertos, de los que tributaban los indios al emperador, y que se les escijun á los vagabundos para no tenerlos ociosos. El escritor de corazón mexicano no puede recordar esta serie de bajezas y atropellamientos sin indignarse, principalmente si nota el contraste que presenta la generosidad de Mochtezoma, con la ruindad de ánimo de Cortés. Aun los escritores españoles como Gomara que dan valía á la historia fabulosa de la prisión de Mochtezoma por la muerte de Juan de Escalante, convienen en que en el momento mismo de presentársele Hernán Cortés á intimidarle el arresto, el emperador le iba á regalar una hija suya, como lo hicieron los tlaxcaltecas y Magiscatzin, con la que se llamó Doña Elvira (*). Ni esta acción de benevolencia, ni la

(*) También lo dice Cortés en su primera carta á Carlos V.

hospitalidad generosa que recibía Cortés, ni las riquezas de que lo había colmado aquel magnánimo monarca, bastaron para contener su perfidia; antes parece que con tan nobles acciones recibía pábulo para consumarla. Si algún español se indignare al oír estas reflexiones, yo le suplico que me diga con sinceridad, ¿qué fué lo que sintió en el fondo de su corazón cuando vió la escandalosa perfidia con que fué llevado Fernando VII. á Bayona para ser despojado de su trono, cuando él y su augusta padre habían hecho toda clase de sacrificios por conservar la amistad de Napoleón? ¡Ah! pero si quiera este tenía un título que coonestase su perfidia con la proclama que el príncipe de la Paz había dirigido á la nación para armarla, creyendo que no triunfase en Jena, y que unido con la coalición del Norte, pudiese esta dar por tierra con el gigante de la Europa; mas aquí, ¿con qué título coloraba Cortés sus procedimientos? Yo no lo encuentro, ¡vive Dios! y solo veo que la eterna Justicia, despues de tres siglos, castigó en los reyes de España, lo que en su nombre había hecho Cortés con Mochtezoma; ellos fueron medidos con la misma medida que lo había sido el emperador de los aztecas, y por esto al saber un mexicano tan escandaloso y ruin procedimiento, no pudo menos de exclamar.... ¡Sombra de Mochtezoma, ya estais vengada!!....

CAPITULO XVIII.

Como los soldados saquearon tambien las propias casas de Mochtezoma.

MUCHAS veces los capitanes permiten un daño menor por no incurrir en otro mayor, y desta manera el capitán D. Hernán Cortés permitió que sus soldados saqueasen las casas reales de México, y las casas propias de Mochtezoma por no incur-

rir en la desgracia y disgusto de sus soldados; aunque dió gran desabrimiento y desconsuelo á los mexicanos, y aun se puso á riesgo de padecer falta de sus bastimentos cotidianos. Como vieron los mexicanos el destrozo y desbarato que se habia hecho en las casas reales como en las propias de Mochtezoma, turbáronse en gran manera, y ausentáronse de la presencia del capitán y de Mochtezoma, y de toda la córte, y escondiéronse en sus casas y en diversos lugares, por tener conjetura que el negocio no habia de parar allí, sino que habian de matar y robar á muchos mas de los que habian robado; y desta manera hubo gran quiebra en la provision de las cosas necesarias, y comenzó á faltar todo lo necesario para comer y beber, así de la gente como de los caballos y los perros que traían consigo para pelear, los cuales eran muchos, y hacian gran ayuda á los españoles por estar muy industriados en el negocio de pelear, por la cual causa tuvieron necesidad de mandar á los indios amigos que juntamente con los mexicanos fuesen á buscar bastimentos y á tornar y á ordenar la órden que antes se tenia en proveer de todas las cosas necesarias á la república; y para hacer esto, fué necesario dar ocasion de hartas injusticias y violencias, y daños que sucedieron, hasta tornar á concertar el estado de la república como antes estaba, y aun padeciéronse hartas necesidades de hambre, y de enfermedades que de aquí recrecieron.

NOTA DEL EDITOR.

Inútil es inculcar aquí lo que es la virtud de la hospitalidad, y lo que ella liga á los hombres y los empeña y compromete á una gratitud eterna: no hay nacion que no la haya respetado, y todas han dicho anatema á los que la han violado. En el sin duda incurrieron los españoles en esta vez, y su caudillo jamas borraré la mancha que echó so-

bre su memoria, permitiendo á sus soldados robar la casa donde era tratado con todo respeto y abundancia. Mochtezoma habia consumido una gran parte de sus tesoros por obsequiar á estos huéspedes y sus caudillos, y si fué generoso y franco en prodigárselos, no lo fué menos en disimular este nuevo ultraje cuando llegó á saberlo. Buena prueba presenta de esta verdad el historiador español Herrera, cuando reconoce en Pedro de Alvarado uno de los principales ladrones de este salteo, y refiere el modo con que le dió noticia de él Cortés á Mochtezoma. Las bodegas de cacao, que entre los mexicanos servia de moneda, como hoy todavía se usa en el mercado de Oaxaca para comprar la verdura, la fruta y otros artículos, todo fué saqueado por los españoles.

No es disculpable la condescendencia de Cortés con sus soldados para no contenerlos en estos desmanes, que podrian traerle muy fatales consecuencias. Su autoridad ya no era precaria, y estaba consolidada desde que le nombró general en jefe el ayuntamiento de Veracruz; entonces supo usarla para contener el motin de sus soldados; entonces supo tambien usarla para reprimirlos; supo ahorcar á dos, y mandar azotar á otros de los sediciosos, porque se trataba de su seguridad y ecsistencia que cuidó de conservar. ¿Por qué no la usó en esta vez, tratándose de su honor y del de su hueste, que debió mirar como la alhaja mas apreciable? El robo se ejecutó igualmente en otras casas de Mochtezoma, y aun fuera de México, pues comisionó á unos españoles para que pasasen á Texcoco á ecsigir de aquel monarca todo el oro que tuviera, como dice en sus memorias Ixtlilxochitl: mandósele una gran petaca llena de este metal precioso, y pareciéndole muy poco, porque estaba hidrópico de riquezas, y era como Tántalo insaciable, pidió segunda vez, y sus soldados estropearon altamente á los indios que las llevaron, y por poco los ahorcan, creyendo que los iban á matar, pues no entendian la lengua mexicana, y creyeron que lo que

hablaban en este idioma se encaminaba á este fin. Finalmente, para asegurar sus presas, se apoderó de las personas mas principales del imperio, como del rey de Tlacopam, de los señores de Itztapalapan y Coyoacan, hermanos los dos de Mochtezuma; de dos hijos de este mismo rey, de Itzquauhtzin, señor de Tlatelolco, de uno de los sumos sacerdotes de México, y de muchos otros personajes de la mas alta gerarquía, segun Clavijero. Ignóranse, (añade) las circunstancias de todos estos arrestos; mas es de presumir que los prenderia uno á uno, cuando iban á visitar á Mochtezuma. Finalmente, no se escaparon de ser presa de estos bandoleros las princesas mas ilustres del imperio, en quienes cebaron su lujuria brutal, y cuando se vieron sitiados en el cuartel por los indios á quienes habian provocado á la venganza de tan exquisitos modos, los remataron á puñaladas, como veremos en su lugar oportuno, ya que no tuvieron esperanza de salvarse.

Estos enormes vicios parecerán á algunos ecsagerados por una fantasia estravagante, y para alejar esta idea, tomaré los coloridos de este cuadro de la paleta misma de un autor español que lo trazó cerca de tres siglos antes que yo: este es Francisco Lopez de Gomara, que en el capítulo 110 que trata del oro y joyas que Mochtezuma dió á Cortés, despues del mucho que le habia enviado por medio de repetidas embajadas, dice así: "Pasados algunos dias despues que Mochtezuma y los suyos dieron la obediencia al emperador Carlos V., le dijo Cortés los muchos gastos que este monarca tenia en guerras y obras que hacia, y que seria bien contribuyesen para todos, y comenzasen á servir en algo, por donde convenia enviar por todos sus reinos á cobrar los tributos en oro, y haber que habian y daban los nuevos vasallos, y que diese tambien él algo si tenia". Mochtezuma dijo que le placia, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos á la casa de las Aves, que era donde estaba el tesoro y riqueza suya. Fueron allá muchos, vieron asáz

oro en planchas, tejuelos, joyas, y piezas labradas que estaban en una sala, y dos recamaras que les abrieron... y espantados de tantas riquezas los españoles, no quisieron, ó no osaron tocarla sin que primero Cortés las viese; y así lo llamaron y el fué, y con consentimiento del rey tomólo, y llevólo todo á su aposento... Sigue despues una especie de inventario de las alhajas mas esquisitas que allí se hallaron. En el capítulo 113 se cuentan las pesquisas que hizo Cortés para buscar oro y puertos en el imperio que le asegurasen su ecsistencia, su retirada, y sus conquistas.

Me he detenido mas de lo que quisiera en estas observaciones, porque entiendo que el gobierno pasado de Madrid pretestó para no reconocer la independenciamexicana que esta nacion le era deudora de gastos que no hizo para la conquista, y queria que por indemnizacion de ellos se le acudiese con una crecida contribucion anual de grandes sumas de millones, habiéndose procurado antes averiguar de las demas repúblicas por medio de sus agentes en Paris, con cuanta cantidad podrian contribuir para comprar su independenciamexicana, llevándose en esto el objeto de que sus contribuciones sirviesen de fondo para emprender una reconquista en el caso de resistirnos á la oprobriosa esaccion de tal tributo; arbitrio ageno de un siglo de luces, y en el que los conquistados pueden defender palmo á palmo el suelo que ocupan con armas iguales, y con mayor valor que el que mostrarian nuestros agresores. Si aun dudan los gobernantes españoles si México debe algo á la España, podrán registrar en los libros de la Contratacion de Sevilla las sumas de oro que allí se recibieron de estos paises, y creo que por lo respectivo á Costa-Firme, encontrarán registrada, entre varias, una partida de seiscientas libras de perla fina solo en este artículo. Leanse las Cartas de Cortés á Carlos V., y aun en ellas se verá el mucho oro de México que mandó á la corte y gastó en armamento. Luego que ocupó Cortés á México, á pesar de que á su salida perdió

mucho oro, por lo pronto recobró doscientos mil pesos, y por averiguar el paradero de lo demas, dió tormento á Quauh-timotzin, emperador de México, y despues lo ahorcó.

CAPITULO XIX.

De lo que aconteció en ausencia del capitan D. Hernando Cortés cuando fué á recibir á Diego Velasquez, siquier á Pánfilo de Narvaez y dejó en su lugar á Pedro de Alvarado, siquier Jorge de Alvarado.

BUENAS intenciones y buenos propósitos mostró el capitan D. Hernando Cortés para con Dios y para con los indios desta Nueva-España (*), pero como se ofreció no sé que ocasion de apartarse Adan de Eva, tuvo la serpiente oportunidad de trabar pláticas con Eva, y desta manera fué Dios ofendido, y lo arriba capitulado se desvarató, y desta manera Eva dando crédito á la serpiente con apetito de saber mas y de valer mas, hizo un resbaladero por donde Adan y ella con todos los indios y españoles cayeron en grandes trabajos y en grandes males y ofensas de Dios; así que por solicitud de aquel Alvarado que quedó en lugar del capitan, se concertó entre él y los españoles, y Mochtezoma y los indios que fuese hecha una fiesta muy solemne á honra de *Vitzilupuchtli* donde ascondió y manejó la matanza de los indios que se hizo en el patio de *Vitzilupuchtli* donde murió muy gran parte de los principales mexicanos, y innumerables soldados y gente comun de los indios, y se perpetuó y agravó cuidadosamente la enemistad entre los indios y los españoles, la cual no se pudo fenecer, sino despues de muchas grandes desgracias que acontecieron á los españoles y muchas mayores á los indios, y la muerte á

(*) Si no mostró mas que las ya referidas, fueron bien malas.

Mochtezoma, y la vuelta al capitan D. Hernando Cortés con victoria de sus émulos. Este desgarro puso á punto de morir á todos los españoles y indios tlaxcaltecas, y de los demas amigos, y al capitan que estuvo por dos ó tres dias á punto de ser preso y cautivo de los indios; y si Dios milagrosamente no mostrara su favor á los españoles, todos se perdieran. Cuando volvió el capitan con la victoria de los que habian venido contra él, se halló á Alvarado y á todos los demas españoles y indios amigos muy necesitados, cercados en las casas reales con muchos fosos por todo el rededor, de manera que ningunos bastimentos les podian entrar, sino que morian de hambre sin poder salir por ninguna parte, cuando el capitan D. Hernando Cortés (habiendo sabido la estrechura en que estaban los suyos) vino con gran prisa, y como asomó á la vista de la ciudad de México, parecióle que estaba toda yerma, que no parecia persona por todos los caminos, ni casas, ni plazas, ni nadie le salió á recibir, ni de los suyos, ni de los enemigos, y fué esto señal de indignacion y enemistad por lo que habia pasado. Entró el capitan donde estaban los suyos con todos los demas que él trahía de nuevo, y allí confabularon cerca de lo que habia pasado, y de la manera que estaban, y de lo que convenia hacer para salir de aquel tan gran peligro en que todos estaban.

NOTA DEL EDITOR.

Este capítulo no puede entenderse por solo el testo del P. Sahagun, sino que es preciso recurrir á la historia que de los acontecimientos que apunta nos dan los mismos escritores españoles; ocupacion por cierto no menos penosa que indispensable, como lo es la relacion de una carniceria brutal é inicua, en que se hollaron los fueros de la naturaleza, de la religion y de la política.

La salida de Cortés de Cuba á despecho de su mandante Diego Velasquez, el desprecio con que habia visto sus órdenes; los progresos que hacia en la conquista; la fama voladora que por dó quier ecsaltaba su nombre, y lo que es mas, la codicia de percibir una parte del oro que adquiria Cortés, en que creia tener parte segun sus estipulaciones con este, y de que habia mandado á España por medio de los procuradores Montijo y Portocarrero; escitaron fuertemente la rábia de Velasquez, y se decidió á organizar una expedicion la mayor que se habia visto en aquellas islas; constaba esta de once buques grandes, llamados entonces navíos, siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, mas de quinientos marineros, doce piezas de artilleria, y abundantes provisiones de guerra, al mando de Pámfilo de Narvaez, quien veía á Cortés como vasallo rebelde, y traidor á su soberano. Los padres Gerónimos que gobernaban en justicia y moderacion aquellas islas por disposicion del cardenal Ximenez de Cisneros, regente de España, desaprobaban saltamente dicha expedicion previendo sus resultados; y para impedirle en su objeto de venganza, interpelaron á Diego Velasquez para que se abstudiese de obrar contra Cortés, por medio del oidor Lúcas Vazquez de Ayllon; mas no solo no se abstuvo de obrar como pensaba, sino que cometió el desafuero de arrestar á este magistrado, el cual vino con la expedicion despues. Grande fué el conflicto en que se halló Cortés cuando recibió la noticia de la llegada de esta armada, que él no esperaba, pues como habia mandado varios destacamentos de soldados para reconocer las minas y solicitar puertos seguros que le proporcionasen riquezas y modo de asegurarse una retirada en un contratiempo, tenia diseminada su fuerza, y necesitaba dejar alguna en México que asegurase la persona de Mochtezuma, y custodiase el oro y alhajas que habia acoopiado. Por otra parte, él habia decaido en el concepto de los indios de la costa que tuvieron órdenes de Narvaez de

no reconocerlo por gefe, y entendió que Mochtezuma todo lo sabia y se hallaba en correspondencia secreta con Narvaez, á quien habia mandado algunos regalos, lisonjeándolo este con que venia á ponerlo en libertad y establecerlo en su trono. Adoptó pues el partido de dejar en México ciento cuarenta españoles al mando de Alvarado, y salió de aquí á principios de Mayo de 1520, con solo setenta españoles, camino de Cholula, donde se unió con el capitán Velasquez que volvia de Goazacoalcos en demanda de un puerto cómodo. Recibió en Cholula víveres de Tlaxcala, pero no cuatro mil hombres que habia pedido al senado, segun Clavijero, aunque un manuscrito de D. Carlos Sigüenza y Góngora, que he leído en la Universidad de México, dice que se le auxilió con alguna tropa. Cortés á fuér de militar habia calculado muy bien que carecia de armas con que resistir el impetu de la caballeria de Narvaez; acordóse de que los indios de Chinantla trabajaban muy bien el cobre, y mandó al español Tobilla, trajese de ellos trescientas lanzas, armándolas en palos bien largos para servirse de ellas en sazon oportuna; entretanto no se durmió en negociar con Narvaez, escribiéndole cartas muy lisonjeras, y sacándole partidos muy ventajosos para consumir la obra de la Conquista; varios de sus soldados penetraron el campo de su enemigo, pero no con las manos vacias, sino con cadenas, alhajas y tejuelos de oro (*) con que ganaban su afecto: por esto dice Bernal Diaz del Castillo con la franqueza de un soldado. . . . Que los que se le presentaban bravos, se retiraban de su lado para el campo de Narvaez convertidos en corderos. Así es que dentro del círculo de los mayores y mas íntimos amigos de este, se hizo partidarios que trabajaban en su obsequio eficazmente, como Juan Velasquez de Leon, pariente inmediato de Diego Velasquez, que fué el que mas lo sostuvo delante de Narvaez, y este aun

(*) Léase en Herrera el pasage de un negro chocarrero á Cortes, lib. 10, pág. 255.

tuvo la debilidad de hacer una reseña de su tropa, para persuadir la facilidad con que podría vencer á un enemigo que despreciaba. Cortés no perdía un instante de tiempo, ni se daba punto de reposo; avanzaba con rapidez sobre su enemigo acuartelado en un grande adoratorio de Zempoala, cuyas ruinas todavía ecsisten, y aun se conserva parte de la escalera por donde subió Cortés. Sabida su aproximación, salió una legua fuera de su campo para aguardarlo; pero como sobreviniere una tormenta, se retiró á él creyéndose tan seguro en su cuartel, rodeado de artillería y en punto dominante, como incapaz á Cortés de intentar cosa alguna en su daño. Cortés, que como buen escribano que había sido antes de conquistador, era muy afecto á las fórmulas forenses, le espidió un despacho en forma á Gonzalo de Sandoval para que lo prendiese: con esta fórmula creyó legalizar un procedimiento que no necesitaba de esta circunstancia; aceptólo su querido Sandoval, (*) á quien llamaba hijo por amor; aprovechóse de las tinieblas de la noche, y una de sus avanzadas tomó vivo á un soldado de los de Narvaez que estaba de escucha, éste voló al campo gritando arma, arma, que viene Cortés: por el soldado de Narvaez supo la disposición del campo, y avanzó rápidamente, aunque no tanto que en el espacio de media hora no se hubiese puesto en movimiento la tropa de Narvaez; entró sin ruido, dió el cierra y á ellos, (que era la voz de combate.) Sandoval subió con cuarenta soldados, quedándose con veinte Cortés para defender la entrada; Narvaez quiso defenderse, pero con tanta pachorra, que estándose poniendo una cota de maya, y diciéndole que llegaba Cortés, respondió: Dejadle venir, que viene á verme. En este momento un soldado español, llamado Juan Sanchez Farfan, de un bote de pica le derribó al suelo, le sacó un ojo, y se apoderó de su persona y estancia. Entonces viéndose mal parado, y que le

(*) Con el carácter de alguacil mayor.

echaban grillos, dijo á Cortés... Tened en mucho la ventura de tener presa mi persona... "Lo menos que yo he hecho en esta tierra (respondió Cortés) es haberos prendido... Sin embargo de esto, en los demas departamentos se hizo alguna resistencia, por la que, segun Gomara, murieron diez y seis soldados de Narvaez, y dos de Cortés, que mató un tiro de cañon. Creyeron aquellos que seria mucha la fuerza que conducía un hombre que había acometido tal empresa; y sea por miedo, ó por cálculo, todos se rindieron al ser de dia. Cuando llegó Tobilla con sesenta soldados venidos del presidio de Veracruz, ya fué fuera de tiempo.

De este modo terminó Cortés una campaña, en la que le iba la vida, el honor militar, la hacienda adquirida, y la conquista comenzada. En esta vez reunió la prudencia con la sagacidad y el valor. Esta lección enseñará á los gefes lo importante que es aprovechar hasta los minutos segundos, en los momentos peligrosos. Portóse ademas con generosidad con los vencidos, y su carácter popular le hizo amigos á hombres que parecían enemigos irreconciliables. El mismo Pedro de Maluenda que venia de mayordomo de Narvaez, recogió su hacienda y cuanto traía; Narvaez fué conducido preso á la fortaleza de Veracruz donde estuvo algunos años, y no perdió ocasion de vengarse de Cortés.

CAPITULO XX.

De la matanza que hicieron los españoles en los indios mexicanos, cuando estaban ocupados en los loores y cantares de Vitzilipuctli su dios, en el mismo patio del idolo.

(Esto acaesó Domingo 27 de Mayo de 1520 de pascua de Pentecostas.)

El mayor mal que uno puede hacer á otro, es quitarle la vida estando en pecado mortal: este mal hicieron los españoles á los indios mexicanos, porque los provocaron siendo infieles á honrar á sus idolos para tomarlos encerrados en la fiesta de

tuvo la debilidad de hacer una reseña de su tropa, para persuadir la facilidad con que podría vencer á un enemigo que despreciaba. Cortés no perdía un instante de tiempo, ni se daba punto de reposo; avanzaba con rapidez sobre su enemigo acuartelado en un grande adoratorio de Zempoala, cuyas ruinas todavía ecsisten, y aun se conserva parte de la escalera por donde subió Cortés. Sabida su aproximación, salió una legua fuera de su campo para aguardarlo; pero como sobreviniere una tormenta, se retiró á él creyéndose tan seguro en su cuartel, rodeado de artillería y en punto dominante, como incapaz á Cortés de intentar cosa alguna en su daño. Cortés, que como buen escribano que había sido antes de conquistador, era muy afecto á las fórmulas forenses, le espidió un despacho en forma á Gonzalo de Sandoval para que lo prendiese: con esta fórmula creyó legalizar un procedimiento que no necesitaba de esta circunstancia; aceptólo su querido Sandoval, (*) á quien llamaba hijo por amor; aprovechóse de las tinieblas de la noche, y una de sus avanzadas tomó vivo á un soldado de los de Narvaez que estaba de escucha, éste voló al campo gritando arma, arma, que viene Cortés: por el soldado de Narvaez supo la disposición del campo, y avanzó rápidamente, aunque no tanto que en el espacio de media hora no se hubiese puesto en movimiento la tropa de Narvaez; entró sin ruido, dió el cierra y á ellos, (que era la voz de combate.) Sandoval subió con cuarenta soldados, quedándose con veinte Cortés para defender la entrada; Narvaez quiso defenderse, pero con tanta pachorra, que estándose poniendo una cota de maya, y diciéndole que llegaba Cortés, respondió: Dejadle venir, que viene á verme. En este momento un soldado español, llamado Juan Sanchez Farfan, de un bote de pica le derribó al suelo, le sacó un ojo, y se apoderó de su persona y estancia. Entonces viéndose mal parado, y que le

(*) Con el carácter de alguacil mayor.

echaban grillos, dijo á Cortés... Tened en mucho la ventura de tener presa mi persona... "Lo menos que yo he hecho en esta tierra (respondió Cortés) es haberos prendido... Sin embargo de esto, en los demas departamentos se hizo alguna resistencia, por la que, segun Gomara, murieron diez y seis soldados de Narvaez, y dos de Cortés, que mató un tiro de cañon. Creyeron aquellos que seria mucha la fuerza que conducia un hombre que habia acometido tal empresa; y sea por miedo, ó por cálculo, todos se rindieron al ser de dia. Cuando llegó Tobilla con sesenta soldados venidos del presidio de Veracruz, ya fué fuera de tiempo.

De este modo terminó Cortés una campaña, en la que le iba la vida, el honor militar, la hacienda adquirida, y la conquista comenzada. En esta vez reunió la prudencia con la sagacidad y el valor. Esta leccion enseñará á los gefes lo importante que es aprovechar hasta los minutos segundos, en los momentos peligrosos. Portóse ademas con generosidad con los vencidos, y su carácter popular le hizo amigos á hombres que parecian enemigos irreconciliables. El mismo Pedro de Maluenda que venia de mayordomo de Narvaez, recogió su hacienda y cuanto traía; Narvaez fué conducido preso á la fortaleza de Veracruz donde estuvo algunos años, y no perdió ocasion de vengarse de Cortés.

CAPITULO XX.

De la matanza que hicieron los españoles en los indios mexicanos, cuando estaban ocupados en los loores y cantares de Vitzilipuctli su dios, en el mismo patio del idolo.

(Esto acaesó Domingo 27 de Mayo de 1520 de pascua de Pentecostas.)

El mayor mal que uno puede hacer á otro, es quitarle la vida estando en pecado mortal: este mal hicieron los españoles á los indios mexicanos, porque los provocaron siendo infieles á honrar á sus idolos para tomarlos encerrados en la fiesta de

y solemnidad que hacian, y desarmados gran cantidad dellos, y matarlos sin saber ellos por qué. Como el gran patio del ídolo *Vitzilupuchtlí* (dios de los mexicanos) estuviese lleno de gente principal, y de sacerdotes y soldados, y otra gente en gran número, todos ocupados en los cantares idolátricos de aquel su ídolo á quien hacian fiesta: los españoles salieron de repente todos puestos á punto de guerra, y tomaron las puertas del patio para que nadie pudiese salir, y entraron armados; pusieron-se junto á las paredes del patio por todo el interior dél. Los indios pensaban que iban á mirar la manera de su danzar y tañir, bailar y cantar, y procedieron en su fiesta y cantares de manera de danza y solemnidad; y estando así, los primeros que comenzaron á pelear, arremetieron con los que tañian el son á los que danzaban y cantaban, y cortáronles las manos y las cabezas y cayeron allí muertos, y luego todos los demas españoles comenzaron á cortar cabezas, y piernas, y brazos, y desbarrigar indios; unos hendidas las cabezas, otros cortados por el medio, otros barrenados por las barrigas; unos de ellos cayeron luego muertos; otros llevaban las tripas arrastrando, y huían hasta caer. Los que acudian á las puertas para salir, allí los mataban los que estaban guardando las puertas; otros saltaban las paredes del patio; otros se subian al Cú; otros viendo que no tenían otro remedio, echábanse sobre los muertos como si estuvieran muertos, y desta manera se escaparon algunos. Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrian arroyos della por el patio como agua cuando mucho llueve. Del derramamiento de sangre y de los intestinos, estaba un gran lodo en el patio, y tan gran hedor, que era cosa espantosa y de gran lástima. Ya que casi todos estaban caidos y muertos, andaban los españoles buscando los que se habian subido al Cú, y los que se habian escondido entre los muertos, y mataban á cuantos hallaban vivos. Como salió la fama por el pueblo de lo que pasaba, comenzaron á dar voces y gritos para que viniesen con armas todos los que eran para tomarlas contra los españoles, dando noticia de lo que hacian, y luego acu-

dió mucha gente con sus armas, rodelas, arcos y saetas y dardos de muchas maneras, y espadas como ellos las usaban, y comenzaron á pelear con los españoles con tanta furia, que los hicieron retraer á las casas reales donde estaban aposentados.

NOTA DEL EDITOR.

He aquí un hecho de atrocidad escandalosa, uniformemente contestado por todos los escritores, tanto españoles como regnícolas; nadie duda de él, ni de sus circunstancias de ferocidad; Gomara y Chimalpain lo refieren con una precision que no deja lugar á ninguna clase de dudas: Entró adentro (dice) con mas de cincuenta españoles, tomó las puertas cada una con diez (españoles) y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. ¿Qué pudo moverlo á obrar de este modo? He aquí una duda voluntaria que han suscitado los que han pretendido canonizar la Conquista hasta en sus menores ápices. ¿Quién era Alvarado? ¿Cómo definiremos á este monstruo de la Iberia, lanzado sobre este suelo infortunado, para llenar de sangre, lágrimas y desolacion á sus infelices habitantes? Alvarado (dice el P. Clavijero cuando describe el carácter de los conquistadores) era un jóven bien formado, agilísimo, rubio, gracioso, festivo, popular, dado al lujo y los pasatiempos: sediento del oro que necesitaba para mantener su ostentacion, y segun afirman los primeros historiadores, poco escrupuloso en el modo de adquirirlo; inhumano ademas y violento en su conducta. Herrera, como otra vez he dicho, lo tiene por el principal ladron de las bodegas de cacao del palacio de Mochteuzoma, á poco de haber recibido la hospitalidad generosa en él. Despues de esto, el P. Clavijero en una nota, pág. 94, tomo 2, reprueba el que el P. Sahagun y el Sr. Casas atribuyan este arrojito de Alvarado á su codi-

cia; mas yo no puedo creerlo, (añade) sin pruebas convincentes. Gomara y las Casas siguieron á Sahagun, y este á los informes de los mexicanos, que como enemigos de los españoles, no son dignos de fé en este caso. ¿Y Gomara, preguntó, no era un español canónigo de Sevilla? ¿Y Clavijero no cree á Hernán Cortés en sus relaciones y las presenta como testo de su historia en muchas partes? ¿Y Cortés no es recusable en mucho de lo que dice porque habla en causa propia, y no ha de ser imparcial consigo mismo? De lo que pasa en nuestras casas ¿á quién darémos asenso sino á los que viven en ella?.... Esto lo veo escrito por un varón sapientísimo, y no puedo dejar de decir: Sed ratio fugit magnum virum. ¿Quién no paga su tributo al error? Homero después de haber velado, ¿no dá de cuando en cuando sus cabezadas? No es posible conservar la calma y sangre fría al referir este suceso, origen único, y secundo de cuantas desgracias sobrevinieron después en la conquista de México: yo hago juez de él á los españoles mismos, (como he dicho antes) y vuelvo á preguntarles. ¿Qué sentisteis el 2 de Mayo de 1808, cuando visteis arrebatar de Madrid á vuestros reyes por aquellos mismos franceses á quienes dispensabais, como Moctheuzoma á los castellanos, la hospitalidad mas generosa? ¿No levantasteis hasta los cielos vuestros clamores, mirando fusilar vuestros hijos en el Prado sin causa ni justicia? ¿La memoria de este suceso no os irrita aun, y el 2 de Mayo no es para vosotros un día de duelo y de recuerdos tristes?

Es probable que los tlaxcaltecas insulfasen á Alvarado para cometer esta maldad por entrar á la partija del despojo; ya por su antigua enemistad, ya para apoderarse de sus adornos. No fué menor crimen en lo moral el que cometió permitiendo que en este baile se tributasen actos de adoración idolátrica á Vitzilopuchtli, un hombre que dizque venia á contribuir á la propagacion de un Evangelio que jamas observó. Nótese que Cortés nada cuenta á Carlos V.

de este hecho atrocísimo, por el que se impidió que la conquista se hiciese sin sacar la espada de la vaina, y por el que después pereció tanta gente en México, como en el sitio de Jerusalem por los romanos, á juicio de Torquemada.

CAPITULO XXI.

De la manera que comenzó el odio y la guerra entre los españoles y mexicanos estando ausente D. Hernando Cortés, y según la relación de los españoles.

DESPUES que los españoles se vieron muy acosados de los mexicanos, se entraron en las casas reales, fortalecieron y barrearónse (*) lo mejor que pudieron para que los indios no pudiesen entrarles, y desde dentro comenzaron á pelear tirando con las ballestas, y con los arcabuces, y con la artillería, y tambien con piedras desde las azuteas para ojear á los indios que trabajaban de romperles el muro, y para entrarles por fuerza en su fuerte; y habiendo oportunidad conveniente, hablaron entre sí, y tambien con Moctheuzoma y con los que con él estaban, y determinaron de echarle unos grillos. En este tiempo los mexicanos se ocuparon en hacer las ecsequias de los que habian sido muertos en el areito (†) y después dél, y en esto tardaron algunos dias antes que tornasen á dar guerra á los españoles. Fué grande el llanto de los indios sobre los muertos, porque habian muerto muchas personas de cuenta, así sacerdotes como caballeros y personas de dignidad de la república, y así hicieron en diversos lugares los enterramientos, y hicieron diversas ceremonias según la calidad de los que sepultaban. Un dia después que habian hecho las ecsequias, y se

(*) Barrear, lo mismo que atrincherarse.

(†) Areyto, lo mismo que baile.

tornaron á juntar para combatir á los españoles, tuvieron consejo entre sí los españoles y los indios que con ellos estaban, y determinaron que Mochtezoma y otro principal de Tlatelulco que se llama *Itzquauhtzin*, se mostrasen por la azotea y hablasen de paz á los mexicanos para que no les combatiesen. Para hacer esto salieron estos dos principales á la azotea, con los cuales salieron algunos de los españoles armados, y con sus rodela para ampararlos y arrodelarlos para que no los matasen los de abajo. Como se hubieron asomado, comenzó á hablar *Itzquauhtzin* en persona de Mochtezoma para que mirasen lo que hacian, porque su señor que estaba allí presente les rogaba que no curasen de pelear porque no les iria bien dello, y por ser los españoles tantos y tan valientes que no podrian prevalecer contra ellos, y él estaba ya preso con hierros, y que si peleasen contra los españoles temia que ellos le matarian. Como esto oyeron los mexicanos, comenzaron un murmullo entre sí, significativo de gran disgusto y braveza, y uno de ellos comenzó á decir, ¿qué es lo que dice ese bellaco de Mochtezoma bardoja de los españoles (*bardoja* *) de los españoles) y luego todos comenzaron á dar grita y tirar dardo contra ellos, y los españoles que con ellos estaban amparábanlos con sus rodela para que no les hiriesen, y comenzaron á pelear por todo el rededor de la casa, y los españoles con Mochtezoma y con *Itzquatzin* bajaronse de la azotea y pusieron cerco los indios á todas las casas reales, y guardaban con gran diligencia que ningun bastimento les entrase, y con esto mataron los de afuera á todos aquellos que entendian que les metian bastimento ó armas, y así murieron muchos sin culpa, solamente por sospechar que iban á meterles bastimentos ó armas, ó á llevarles algunas mensajerias ó á traerlas, y por cualquiera señal que entendian que alguno era de la parte de los españoles

(*) No encuentro esta palabra en el Diccionario; en los manuscritos de D. Carlos Sigüenza y Gongora [que ayer 7 de Octubre de 1833 registré en la biblioteca de esta Universidad de México] leí que á Mochtezoma lo denostaron llamándole bujarrón ó sodomita, quizás esto quiso decir el P. Sahagún.

ó les favorecia por cualquiera via, luego lo achocaban y daban grita diciendo. . . . ¡Mueran, muera los traidores! y muchos fueron muertos, que ni hacian ni iban con intencion de hacer cosa semejante; y por esta causa todos cuantos servian de comida ó de cualquiera otra cosa á los españoles, y á los que con ellos estaban, se ausentaron y escondieron de temor de la muerte. Estuvieron de esta manera cercados los españoles ocho dias que ningunos bastimentos les entraron, y los de fuera en este tiempo hacian fosos y albarradas en rededor de las casas reales para que nadie entrase ni saliese, y por todas partes cerraron los caminos fuertemente con fosos y vallados.

NOTA DEL EDITOR.

Tres siglos han pasado para que se presenten á los mexicanos del siglo XIX las importantes verdades que contiene el precedente capítulo, y otras muy mas terribles del que se le sigue. Siempre un crimen llama á otro, y jamás se cometen aisladamente. El monstruo de Alvarado no se contentó con destrozár, á guisa de tigre, la nobleza mexicana como hemos visto, sino que se propasó despues á poner grillos y cadenas á Mochtezoma, como lo hacian los españoles con los mismos oficiales del ejército si en algo delinquieran; y si eran indios, los entregaban á los perros para que los despedazasen, teniendo el ejecutor de esta sentencia el extremo de una cadena en la mano, mientras el perro feroz daba la muerte al miserable, asiéndolo por el cuello y atado el reo de manos (*). Todos los escritores españoles

(*) El que dudase de esta verdad, ocurra á la biblioteca de la Universidad, donde se le presentará este espantoso cuadro de pintura mexicana en papel de palma, resto del antiguo museo de Boturini que ha quedado allí, pues todo lo demas de él se llevó á la secretaria del vireinato, y parte se entregó al Sr. Arzobispo Lorenzana para que agregase algunos mapas á las Cartas de

y los americanos que han escrito marchando sobre su testo, han dicho que Moctheuzoma subió al balcon ó azotea como otro Pilatos, para hablar á la canalla de Jerusalem, y calmar su sedicion contra el Santo de Israel; que lo hizo por mandato ó súplica de Cortés: que conmovido el populacho le perdió el respeto, le insultó, le dió una pedrada en la sien, y una herida en el vacio, de la cual murió. Sobre esta patraña se han edificado grandes castillos; se ha hablado del bautismo de Moctheuzoma (y yo el primero) siguiendo los documentos que se han presentado en autos de esta real audiencia, y las reales cédulas ganadas por Cortés para fundar el mayorazgo de Moctheuzoma con arreglo á las leyes de Castilla, y el primero que se fundó en México sobre el supuesto de que lo nombró tutor de sus tres hijas, y mandó que las bautizasen (*); mas todo este coloso ha venido abajo con unos cuantos rasgos de Pluma del P. Sahagun.... Alvarado puso hierros á Moctheuzoma (†) y se valió de él para que cesase la guerra, hablando al pueblo por medio de Itzcauhztzin. Sigue describiendo el empeño de sitiar las casas reales, y el de impedir la introduccion de víveres, dando muerte á los que por parciales lo hiciesen, todo con admirable exactitud y naturalidad; distingue este periodo de tiempo en que Alvarado se defendió en el fuerte ó casas reales, del en que llegó Cortés, y despechado de que no podía concluir la guerra por las exhortaciones de Moctheuzoma, no solo concibe el proyecto de vengarse en él matándolo, sino que exhorta á los españoles con una arenga á que eje-

Hernan Cortés, que publicó en México, y no mas que quiso, pues se quedó en intencion. No es á propósito un obispo español para esta clase de operaciones. Sus notas son tan insulsas é inoportunas como ridiculas; á cada paso cita un testo de la Sagrada Escritura, que viene al caso, como pedrada en ojo de boticario, y canoniza las mayores maldades de Cortés, como actos de heroica santidad.

(*) Léanse impresas estas cédulas en dichos manuscritos de la Universidad á que se han agregado.

(†) Cuando todavía no llegaba Cortés de Zempoala.

cuten lo mismo con los demas príncipes que se hallaban prisioneros en la casa, de cuyo asesinato hablan, principalmente del de Cacamatzin rey de Texcoco; pero callan el de Moctheuzoma que corrió la misma suerte. Véamos amplificadas estas ideas con el testo del siguiente capítulo, el cual por su sencillez no necesita mayor comentario.

CAPITULO XXII.

Como llegó la nueva á México de que ya venia D. Hernando Cortés habiendo vencido á Pámfilo de Narvaez, y venia la vuelta de México.

DESQUE los indios mexicanos hubieron encerrado en su fuerte á los españoles y los cerraron para que nadie pudiese salir del fuerte, los españoles procuraron de hacer saber á D. Hernando Cortés el peligro y necesidad en que estaban, y á este propósito escogieron indios de entre los tlaxcaltecas y zempoaltecas (hasta de diez ó doce) y secretamente les instruyeron de lo que habian de hacer, y los enviaron de uno en uno por diversas partes, y en diversos tiempos para que fuesen con toda presteza á hacer saber al capitán D. Hernando Cortés á la costa lo que pasaba, y destos que salieron para llevar esta nueva los mas dellos cayeron en las manos de los mexicanos, y los mataron. Llegaron al capitán D. Hernando Cortés como dos ó tres que no cayeron en las manos de los mexicanos, no juntos, sino cada uno por sí, no en un dia, sino en diversas horas, y informaron á D. Hernando Cortés de lo que pasaba en México. Cuando le llegó esta nueva ya él habia vencido á Pámfilo de Narvaez, y tomádole su gente toda, y toda la municion que traía, y como oyó lo que pasaba acá en México, recibió gran pena, y secretamente sin decir nada de lo que pasaba, se partió para venir á México, con gran prisa y con todo el des-

y los americanos que han escrito marchando sobre su testo, han dicho que Moctheuzoma subió al balcon ó azotea como otro Pilatos, para hablar á la canalla de Jerusalem, y calmar su sedicion contra el Santo de Israel; que lo hizo por mandato ó súplica de Cortés: que conmovido el populacho le perdió el respeto, le insultó, le dió una pedrada en la sien, y una herida en el vacio, de la cual murió. Sobre esta patraña se han edificado grandes castillos; se ha hablado del bautismo de Moctheuzoma (y yo el primero) siguiendo los documentos que se han presentado en autos de esta real audiencia, y las reales cédulas ganadas por Cortés para fundar el mayorazgo de Moctheuzoma con arreglo á las leyes de Castilla, y el primero que se fundó en México sobre el supuesto de que lo nombró tutor de sus tres hijas, y mandó que las bautizasen (*); mas todo este coloso ha venido abajo con unos cuantos rasgos de Pluma del P. Sahagun.... Alvarado puso hierros á Moctheuzoma (†) y se valió de él para que cesase la guerra, hablando al pueblo por medio de Itzcuahtzin. Sigue describiendo el empeño de sitiar las casas reales, y el de impedir la introduccion de víveres, dando muerte á los que por parciales lo hiciesen, todo con admirable exactitud y naturalidad; distingue este periodo de tiempo en que Alvarado se defendió en el fuerte ó casas reales, del en que llegó Cortés, y despechado de que no podía concluir la guerra por las exhortaciones de Moctheuzoma, no solo concibe el proyecto de vengarse en él matándolo, sino que exhorta á los españoles con una arenga á que eje-

Hernan Cortés, que publicó en México, y no mas que quiso, pues se quedó en intencion. No es á propósito un obispo español para esta clase de operaciones. Sus notas son tan insulsas é inoportunas como ridiculas; á cada paso cita un testo de la Sagrada Escritura, que viene al caso, como pedrada en ojo de boticario, y canoniza las mayores maldades de Cortés, como actos de heroica santidad.

(*) Léanse impresas estas cédulas en dichos manuscritos de la Universidad á que se han agregado.

(†) Cuando todavía no llegaba Cortés de Zempoala.

cuten lo mismo con los demas príncipes que se hallaban prisioneros en la casa, de cuyo asesinato hablan, principalmente del de Cacamatzin rey de Texcoco; pero callan el de Moctheuzoma que corrió la misma suerte. Véamos amplificadas estas ideas con el testo del siguiente capítulo, el cual por su sencillez no necesita mayor comentario.

CAPITULO XXII.

Como llegó la nueva á México de que ya venia D. Hernando Cortés habiendo vencido á Pámfilo de Narvaez, y venia la vuelta de México.

DESQUE los indios mexicanos hubieron encerrado en su fuerte á los españoles y los cerraron para que nadie pudiese salir del fuerte, los españoles procuraron de hacer saber á D. Hernando Cortés el peligro y necesidad en que estaban, y á este propósito escogieron indios de entre los tlaxcaltecas y zempoaltecas (hasta de diez ó doce) y secretamente les instruyeron de lo que habian de hacer, y los enviaron de uno en uno por diversas partes, y en diversos tiempos para que fuesen con toda presteza á hacer saber al capitán D. Hernando Cortés á la costa lo que pasaba, y destos que salieron para llevar esta nueva los mas dellos cayeron en las manos de los mexicanos, y los mataron. Llegaron al capitán D. Hernando Cortés como dos ó tres que no cayeron en las manos de los mexicanos, no juntos, sino cada uno por sí, no en un dia, sino en diversas horas, y informaron á D. Hernando Cortés de lo que pasaba en México. Cuando le llegó esta nueva ya él habia vencido á Pámfilo de Narvaez, y tomádole su gente toda, y toda la municion que traía, y como oyó lo que pasaba acá en México, recibió gran pena, y secretamente sin decir nada de lo que pasaba, se partió para venir á México, con gran prisa y con todo el des-

pojo; y cuando D. Hernando Cortés con su ejército estuvo á la vista de México, y supieron los mexicanos como venia muy pujante, es verisimile que ya habian elegido otro señor entre sí, á quien todos obedeciesen en lugar de Mochtezoma (el cual estaba ya preso) y el electo habia mandado que cuando llegase el capitan á México, todos los mexicanos se escondiesen, y no pareciese persona viviente por todos los caminos, ni por todos los rededores, para dar á entender con esto que ellos estaban de guerra y muy ofendidos de los españoles que él habia dejado. Esto causó gran admiracion en todos los que venian; pero no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los españoles acorralados. Venian todos muy cansados y muy fatigados con mucho deseo de llegar adonde estaban sus hermanos. Los de dentro cuando los vieron recibieron singular consolacion y esfuerzo, y recibieronlos con la artilleria que tenian, saludándolos y dándoles el parabien de su venida. Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos en gran cópia puestos á punto de guerra, que no parecia sino que habian salido debajo de tierra todos juntos, y comenzaron luego á dar grita y pelear, y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artilleria que de nuevo habian traído, y con toda la gente que de nuevo habia venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios con la artilleria, arcabuces y ballestas, y todo el otro artificio de pelear. Visto esto, comenzaron los indios por el temor de la artilleria viendo los que morian á cada paso, á ponerse de lado, algunos de ellos, y otros á echarse en tierra, y otros á esconderse como podian al tiempo del disparar del artilleria. Perseveró esta batalla sin cesar tres ó cuatro dias; y como los mexicanos vieron el daño que recibian, concertaron entre sí de encastillarse en un Cú muy grande, y muy alto que estaba cerca del fuerte de los españoles, y subiéronse allí todos los que pudieron, toda gente escogida, toda gente muy diestra en el pelear, y subieron arriba grandes maderos y mucha cópia de armas, para dende allí ofender á los españoles, y que no les pudiesen ellos empecer

tanto con la artilleria y arcabuceria. Visto esto por los españoles, salió un escuadron dellos todos á punto de guerra, y ordenados como convenia para tomar aquella fuerza. Como hubieron llegado á las gradas del Cú, comenzaron á subir por las gradas arriba, y los de arriba comenzaron á echar por las gradas abajo maderos gruesos, y piedras, y otros maderos para defender la subida, y de todo lo que arrojaban sobre los españoles ninguna cosa les empecia (*). Finalmente, llegaron á lo alto del Cú (†) donde comenzaron á pasar por las espadas y por las alabardas á todos cuantos se les ponian delante, y muchos de los indios se arrojaron por las gradas abajo viendo que todos cuantos herian los españoles caían luego muertos. Los que se echaban por las gradas abajo iban á caer en las manos de los españoles que estaban al pie del Cú, que luego los mataban, y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojar del Cú abajo desde lo alto, los cuales todos morian despeñados, quebrados brazos y piernas, y hechos pedazos, porque el Cú era muy alto, y otros los mismos españoles los arrojaban de lo alto del Cú; y así todos cuantos allá habian subido de los mexicanos murieron mala muerte. Los españoles habiendo hecho esta victoria, y cojido el despojo que les pareció bien, tornáronse á su fuerte, y los indios comenzaron á recojer todos los cuerpos muertos, y sus parientes vinieron y comenzaronlos á llevar para enterrarlos, haciendo gran llanto sobre ellos, porque toda era gente escogida y noble los que allí murieron.

NOTA DEL EDITOR.

Obtenida la victoria sobre Narvaez, Cortés tenia muchos pensamientos que realizar para asegurar su existencia en la tierra, siendo el principal la traslacion de la ciudad de

(*) O dañaba.

(†) Entiéndase templo.

Veracruz cerca de Ulúa, y la ocupacion de otros puntos literales; pero todos sus proyectos se le desvanecieron, sabiendo la estrechez en que se hallaba Alvarado en su cuartel, y los recios ataques que recibia, en que habian muerto tres españoles, Valdibia, Juan Martin Narices, y Peña; era este un jóven á quien amaba singularmente Mochtezuma, con quien se divertia y solazaba, y que habia logrado tal ascendiente sobre su corazon, que obtenia de él cuantos favores le pedia. Dejó Cortés cien hombres en Villa-Rica, y á buen recaudo á Narvaez y otros españoles marcados de irrequietos y facciosos: mandó que se le reuniesen en Tlaxcala, y que se reuniesen con él los que habia mandado á Gozacoalcos, y que adelantándose á esta ciudad Juan Marquez y Alonso de Ojeda le aprontasen víveres para marchar sin demora á México. Todo se ejecutó como lo habia mandado; en el camino recibió nuevos avisos de los aprietos de Alvarado, por medio del español Santos Fernandez: entró en Tlaxcala, donde fué recibido y felicitado por su victoria; hizo allí reseña de su tropa, y halló mil infantes, y cien caballos; llegó á Texcoco donde se detuvo cuatro dias, y á donde llegaron en una canoa de México los castellanos Santa Clara, y Pedro Hernandez, que le reprodujeron cuanto ya sabia de Alvarado para activar su marcha. Salió Cortés de Texcoco, é hizo alto en Tepeaquilla, donde hoy está el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe, y al dia siguiente, que fué el 24 de Junio, dia de S. Juan, entró en México. Bien pronto conoció el estado de la ciudad hostil y terrible; halló los puentes quebrados, quemados los cuatro bergantines ó fustas que habia hecho para escaparse por la laguna en un conflicto, y lo que es mas, halló que reinaba un silencio profundo y melancólico en toda la ciudad, por cuyas calles y plazas no parecia persona alguna. Al llegar Cortés al palacio, Mochtezuma se le presentó á recibirlo y felicitarlo por su regreso; pero sea porque lo habian agraviado contra él las relaciones é informes que habia

oído de los amigos de Alvarado, ó porque su próspera fortuna lo hubiese envanecido, él no quiso hablarle, y se retiró á su departamento, dejándolo desairado. Altamente ofendido quedó de esto el monarca, y cierto que no merecia ni por su dignidad, ni por la hospitalidad generosa que le habia dado, un desaire semejante; esta es una de las manchas que en todos tiempos menguarán la buena memoria de Cortés que jamás supo respetar la dignidad régia, sino en la persona de Carlos V.

Presto conoció Cortés la necesidad en que estaba de entenderse con Mochtezuma á quien esquivaba. Los víveres se habian casi agotado, los soldados estaban á media racion, y no habia de donde proveerse sino del mercado, ¿mas como podria este hacerse en aquel estado de revolucion, y cuando el principal empeño de los mexicanos era hacer morir de hambre á los españoles? Ocurrió para esto á Mochtezuma, quien le hizo ver el estado de nulidad é impotencia á que se veía reducido; acordose por fin que saliese á dar las órdenes para el caso, uno de los grades personajes que estaban igualmente presos, y al efecto se puso en libertad á Cuclahuatzin hermano del emperador, y señor de Itzapalapa; apenas se vió este libre, cuando puso en ejercicio su autoridad y ascendiente sobre los mexicanos, y como general antiguo que era de sus armas, comenzó á dirigir las operaciones de la guerra; hizola terrible porque sabia mandar; á poco derrotó á los españoles á su salida, y por muerte de Mochtezuma fué nombrado su sucesor en el trono, muriendo despues víctima de la desoladora plaga de viruelas que el negro Francisco Eguia, marinero de la escuadra de Narvaez introdujo en Zempoala á su llegada. Este es uno de los grandes gages y obsequios que este malhadado país recibió de tan dañinos huéspedes, y que se arrebató al sepulcro muchos centenares de miles de mexicanos (*). Al se-

(*) Un soldado del batallon de Zamora nos trajo en 1812 la fiebre amarilla que no conociamos, y que tambien hizo horribles estragos en este continente. Fué el último regalo. ¡Muchas gracias!....

gundo día de la llegada de Cortés á México, se presentaron los mexicanos en gran número á batir el fuerte, y obligaron á Cortés á hacer varias salidas para quemar las casas, desde cuyos terrados recibia gran daño, y á cegar varias acequias y fosos que lo rodeaban. Su ingeniero Martin Lopez construyó una especie de Castillos portátiles y fáciles de mover, que entonces llamaban mantas, formados de tablonces con troneras y ruedas para moverse; pero este arbitrio fué de poca utilidad, porque arrojaron sobre ellos enormes cantos con que los destruyeron; ocuparon, como dice el P. Sahagun un Cú, de donde fueron desalojados los mexicanos: Cortés fué herido en una mano en una de estas escursiones, y habria sido sacrificado al dios de la guerra, si no acude á su socorro su compadre Andres de Duero en la calle de Tacuba y lo liberta; el ataque era incansante en el fuerte y parte del muro estaba derribado; españoles muertos habia no pocos, y muchos heridos; por tanto, la situacion de los castellanos era muy comprometida. Veremos sus resultados en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXIII.

De como Moctheuzoma y el señor de Tlatelulco y de Texcuco fueron hallados muertos fuera del fuerte, que los mataron los españoles del fuerte, y los echaron fuera.

ARRIBA se dijo como los españoles (antes que volviese D. Hernando Cortés) sacaron á los principales de México y Texcuco ó del Tlatelulco para que mandase á los que combatian á los españoles que cesasen, y que si no cesaban les iria muy mal dello. Estos señores dichos hablaron á los soldados para que cesasen, y no diesen guerra á los españoles. Oido esto por los soldados, no solo no quisieron apaciguarse, pero crecióles

la ira y el coraje, y injuriaron muy mal á los mismos señores y á los españoles, y luego comenzaron á dar grita y á pelear, dando á entender que ya tenian determinado de acabarlos á todos; y despues que llegó el capitan D. Hernando Cortés de vuelta de la costa del mar, mostráronle la ira, y la determinacion que tenian de acabarlos á todos en que nadie les salió á recibir, y todos se escondieron de su presencia; y como se hubo entendido este su mal propósito con la perseverancia que hacian en la guerra que les daban tambien los españoles, se les subió la cólera, y el capitan D. Hernando Cortés habló á todos los españoles desta manera: "Ya los mexicanos y todos sus amigos están determinados de matarnos á todos; pues nosotros todos con nuestros amigos los indios determinemos de defendernos, si no pudieremos menos hacer en nuestra defensa, matemos á ellos, y los tomemos su señorío, y los hagamos esclavos nuestros, porque estos bellacos indios todos son idolátras y adoran á los diablos por dioses, y no serán poderosos sus dioses para librarlos de nuestras manos; y aunque nosotros somos menos que ellos, y estamos en su tierra, tengamos esperanza en Dios nuestro Señor que él nos ayudará, y nos los dará en las manos, porque solo Dios es Todopoderoso." Desta manera se determinaron los españoles á morir ó vencer valerosamente, y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion; y lo primero que hicieron fué, que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas, y les hicieron saber su determinacion, y que dellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á su manos. Dijéronles: "No es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos." Y dizque les hubieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azuteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba *Tortuga de piedra*, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga; y desque supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan

gundo día de la llegada de Cortés á México, se presentaron los mexicanos en gran número á batir el fuerte, y obligaron á Cortés á hacer varias salidas para quemar las casas, desde cuyos terrados recibia gran daño, y á cegar varias acequias y fosos que lo rodeaban. Su ingeniero Martin Lopez construyó una especie de Castillos portátiles y fáciles de mover, que entonces llamaban mantas, formados de tablonces con troneras y ruedas para moverse; pero este arbitrio fué de poca utilidad, porque arrojaron sobre ellos enormes cantos con que los destruyeron; ocuparon, como dice el P. Sahagun un Cú, de donde fueron desalojados los mexicanos: Cortés fué herido en una mano en una de estas escursiones, y habria sido sacrificado al dios de la guerra, si no acude á su socorro su compadre Andres de Duero en la calle de Tacuba y lo liberta; el ataque era incesante en el fuerte y parte del muro estaba derribado; españoles muertos habia no pocos, y muchos heridos; por tanto, la situacion de los castellanos era muy comprometida. Veremos sus resultados en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXIII.

De como Moctheuzoma y el señor de Tlatelulco y de Texcuco fueron hallados muertos fuera del fuerte, que los mataron los españoles del fuerte, y los echaron fuera.

ARRIBA se dijo como los españoles (antes que volviese D. Hernando Cortés) sacaron á los principales de México y Texcuco ó del Tlatelulco para que mandase á los que combatian á los españoles que cesasen, y que si no cesaban les iria muy mal dello. Estos señores dichos hablaron á los soldados para que cesasen, y no diesen guerra á los españoles. Oido esto por los soldados, no solo no quisieron apaciguarse, pero crecióles

la ira y el coraje, y injuriaron muy mal á los mismos señores y á los españoles, y luego comenzaron á dar grita y á pelear, dando á entender que ya tenian determinado de acabarlos á todos; y despues que llegó el capitan D. Hernando Cortés de vuelta de la costa del mar, mostráronle la ira, y la determinacion que tenian de acabarlos á todos en que nadie les salió á recibir, y todos se escondieron de su presencia; y como se hubo entendido este su mal propósito con la perseverancia que hacian en la guerra que les daban tambien los españoles, se les subió la cólera, y el capitan D. Hernando Cortés habló á todos los españoles desta manera: "Ya los mexicanos y todos sus amigos están determinados de matarnos á todos; pues nosotros todos con nuestros amigos los indios determinemos de defendernos, si no pudieremos menos hacer en nuestra defensa, matemos á ellos, y los tomemos su señorío, y los hagamos esclavos nuestros, porque estos bellacos indios todos son idolátras y adoran á los diablos por dioses, y no serán poderosos sus dioses para librarlos de nuestras manos; y aunque nosotros somos menos que ellos, y estamos en su tierra, tengamos esperanza en Dios nuestro Señor que él nos ayudará, y nos los dará en las manos, porque solo Dios es Todopoderoso." Desta manera se determinaron los españoles á morir ó vencer valerosamente, y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion; y lo primero que hicieron fué, que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas, y les hicieron saber su determinacion, y que dellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á su manos. Dijéronles: "No es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos." Y dizque les hubieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azuteas fuera de la casa, en un lugar que se llamaba *Tortuga de piedra*, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga; y desque supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan

principales habian sido muertos por las manos de los españoles, luego tomaron sus cuerpos, y tomaron sus cenizas y las pusieron en lugares apropiados á sus dignidades y valor; lo cual acabado despues de muchos lloros comenzaron á proseguir su guerra. Duró esta batalla cuatro dias con sus noches, y porque tenian costumbre de no pasar de cuatro dias en la batalla, cesaron, y por ocho dias no pelearon mas; pero los españoles estaban cercados por todas partes. En este espacio determinaron de salir del fuerte secretamente y á punto de guerra, y llegaron hasta un lugar que se llama *Macatzintamalco* cerca de Chapultepec, á tomar los bastimentos que pudiesen haber, y los de dentro hicieron cinco ó seis puentes levadizas de madera para pasar las albarradas y fosos con ellas; volvieron al fuerte los que habian salido, y todos se aprestaron para salir de noche secretamente cuando les pareciese mas conveniente tiempo.

NOTA DEL EDITOR.

La claridad con que el P. Sahagun se ha explicado en el precedente capítulo, la sencillez y orden con que ha preparado su relacion en los otros, no dan lugar á dudar sobre la verdad de los hechos que refiere, y modo con que fué muerto Mochtezoma y otros príncipes mexicanos por su mandado; mas el lector, principalmente el que está dotado de sentimientos de humanidad y religion, no puede menos de confundirse y preguntar. ¿Como pudo Cortés corresponder con tanta ingratitud á los favores de tan generoso bienhechor y fiel amigo? Mas esta duda fácilmente se disipa estudiando su carácter por los hechos que de él mismo nos presenta la historia de la Conquista, y sobre lo que pasaremos ligeramente: por ellos se conocerá este hombre, y no por ideologías.

Cumplidos cuarenta y seis dias de estar en México Cortés, (dice D. Fernando Alva Ixtlilxuchitl en su relacion décima tércia que publiqué en México por suplemento á la obra del P. Sahagun en la imprenta de Galvan en 1829 ().) Cortés rogó á Cacamatzin que diese licencia á ciertos españoles que los queria enviar á su ciudad de Texcoco para verla con algunos caballeros criados suyos, porque los de la ciudad no les maltrataran. Cacamatzin se holgó mucho de esto, y así mandó á dos hermanos suyos que fuesen con ellos, que el uno era Nezahualquentzin, y el otro Tetlahuezatiztin, y que los regalasen mucho, y no los enojasen en cosa ninguna, y que les diesen una caja ó petaca grande de dos brazos de largo y uno y medio de ancho, y un estado de alto de piezas y joyas de oro para ellos y para su capitan, los cuales ya que llegaban á la albarrada para embarcarse junto á los palacios de Nezahualcoyotzin, alcanzólos un criado de Mochtezoma que les enviaba á rogar que procurasen con brevedad de despachar aquellos españoles, y les diesen todo el oro que quisiesen, porque quizá con esto su capitan le soltaria, y se volverian á sus tierras. Uno de aquellos españoles como vió hablar á Nezahualquentzin con el criado de Mochtezoma, entendió que trataban de matarlos, dió de palos á este infante, y lo llevó preso á Cortés, el cual sin haber hecho cosa digna de castigo ni ofensa, le mandó ahorcar públicamente, de lo cual se enojó mucho el rey Cacamatzin, y si no fuera por Mochtezoma que le rogaba con lágrimas que no hiciesen cosa ninguna, sucederian algunas desgracias, y así disimuló Cacamatzin cuanto pudo, y envió con estos españoles, que eran por todos veinte, á otro hermano suyo llamado Toepaczuchitzin para dar el recado que los españoles pedian, y así les dieron la petaca llena, y se volvieron á México. Cortés dijo que era poco oro visto el*

(*) Su título es, *Horribles crueldades de los conquistadores de México y de los indios que los auxiliaron para subyugarlo á la corona de Castilla.*

tesoro que le habian traido, y que le enviaran mas, y le trajeron otra arca llena.

Ahora bien; un hombre que tan sin causa manda ahorcar públicamente en México á un príncipe de Texcoco, á presencia de Moctheuzomá . . . cuando vivia en paz, y disfrutaba el mejor tratamiento en su córte y palacio, ¿qué haria cuando se veía rodeado de peligros sin ninguna esperanza de salir de ellos, y á punto de perecer? ¿Qué haria en momentos de despecho, y subida la cólera (como dice el P. Sahagun) y cuando toda su política la hacia consistir en dar terribles golpes de crueldad para imponer y aterrorizar á los indios? ¿Se mostraria humano en estas circunstancias? ¿Se acordaria de la gratitud, de la hospitalidad generosa, y de aquellas otras virtudes que ligan á los hombres, y por las cuales ahogan sus sentimientos de venganza? ¿Cuál fué la que tomó despues de Quauhtimotzin sino ahorcarlo juntamente con otros príncipes que le acompañaron en la expedicion de Ibueras y Honduras, y ahorcarlos con tanta sinrazon como que en muchas noches no pudo conciliar el sueño á pesar de que su ánimo avezado á la crueldad ya se habia ensordecido á los clamores de la conciencia? Pues de hombre que obra de esta suerte, bien podrá pensarse lo peor licitamente. No será inoportuno advertir que Ixtlilxochitl escribió sus memorias de mandato del gobierno español de México, y que si no se imprimieron, tampoco se reprobaron, ni recibió castigo alguno de una autoridad que ademas estaba empeñada en escaltar la gloria de Cortés, y de todos los conquistadores. ¿Cuánto importa esta reflexion!

Que antes de la fuga de estos de México se le quitó la vida á varios príncipes mexicanos presos en el cuartel de los españoles, es un hecho en que están contestes algunos historiadores (dice Clavijero) y que los mandó á un sitio llamado Tehuayoc ó lugar de la tortuga. ¿Por qué no le cabria igual suerte á Moctheuzoma cuando se hallaba en el mismo caso que los demas como Itzquauhtzin señor de

Tlatelolco, y aun peor, porque era el monarca de México, y de cuya voluntad creía Cortés que pendia el que él y los españoles se salvaran? Por lo respectivo al valiente Cacamatzin se sabe hasta el número de puñaladas que le dieron para matarlo: D. Fernando Alvarado Tezozomóc dice, que fueron cuarenta y siete (*), porque como era belicoso, se quiso defender de los españoles é hizo tantas bravezas que con estar preso (es decir atado á una cadena) fué necesario todo lo referido para quitarle la vida. Nada en mi opinion de lo que despues hizo Cortés en obsequio de las hijas de Moctheuzoma fundándolas un mayorazgo, desmiente la crueldad que usó con su generoso padre: practico en tiempo de paz en que tenia asegurada la conquista, y cuando estaba en tiempo de pasar por hombre justo, embrollar las acusaciones que sus enemigos le suscitaron en el juicio de residencia, sobre que echó la córte un denso velo por los respetos de los señores obispos Fuenleal y Zumárraga, bajo cuya proteccion se puso Cortés. Sus esposiciones á la córte de España sin duda tuvieron mucho de fabulosas, y el rey y el consejo se fundaron en ellas para otorgar sus solicitudes; á buen seguro que espondria lo que pudiera mancharlo.

Bien entendió la córte de España lo vergonzoso que fueron estos procedimientos de los conquistadores, y trató de ocultarlos para que la posteridad nada supiese de las infamias de esta conquista, cuya noticia prohibió por una ley y que se imprimiese cosa alguna relativa á ella, sin previo escámen y aprobacion del consejo; causa porque no vió la luz la obra del P. Clavijero en Castellano, y por lo que necesitó ponerla en toscano, habiendo sido denunciada (á lo que se dice) desde Italia, por un jesuita español, íntimo amigo suyo, y aun comensal. No nos admirémos, pues, de que otros escritores hayan guardado silencio en esta parte, pues aun

(*) Tambien lo dice Gomara, tom. 1, pág. 291, edicion de México.

el mismo Lopez de Gomara, panegirista perpetuo de Cortés, y su capellan en España, que escribió en Sevilla, y publicó su obra á poco de haber muerto este conquistador, sufrió el que se la prohibiese el consejo de Indias, porque una ú otra vez se descuidó en decir algunas cosas que no hacian honor á su reputacion en fuerza de la verdad de la historia.

Sin pretender penetrar los arcanos del cielo, hallo que la Justicia eterna castigó condignamente á Mochtezoma por haber sorprendido pérfida y cautelosamente en su palacio á su sobrino Cacamatzin rey de Texcoco, cuando se preparaba á vengar el honor y decoro del imperio mexicano, que su tio habia deturpado, entregándose indignamente en manos de los españoles, y poniendo á su disposicion su suerte y la de su patria. En cuanto á las buenas prendas que adornaban á este malhadado príncipe, no puedo dejar de reproducir el grande y bello elogio que la hermosa pluma del cronista Herrera le tejió en el lib. 10, Decada 2ª, tom. 1º, págnas 267 á 268. Sin embargo, es menester sentir mucho que hubiera usado la supercheria de mandar un enviado á Cortés, que fingiese ser su misma persona, la cual le hizo caer en mal concepto para con los mismos españoles, y esto influyó en el desprecio que desde entonces hicieron de su persona y dignidad. Un monarca representa á una nacion, y su comportamiento debe ser muy circunspecto, aunque por usarlo sea necesario perder la vida; porque si la falsia y el engaño, aun en materias leves, es un defecto en un particular, ¡cuánto mas lo será en un soberano, en quien se suponen reunidas todas las virtudes de su pueblo?

Tiempo es ya de que notemos la enorme diferencia que se advierte en este capítulo del P. Sahagun, para que conozcamos la alteracion que han padecido sus obras, pasando por manos infieles, y que conozcamos la justicia con que me rehuso á creerlo en cuanto á la negativa del mismo autor acerca de la Aparicion Guadalupana; cosa que muy fácilmente podrá entenderse, cotejando lo que escribió acerca de

la muerte de Mochtezoma, y se lee en la historia que publicó en 1829, con lo que ahora dice en este capítulo. En aquel se explica del modo siguiente. "Después de lo arriba dicho, cuatro dias después de la matanza que se hizo en el Cú, hallaron los mexicanos muertos á Mochtezoma, y al gobernador de Tlatelulco echados fuera de las casas reales, cerca del muro donde estaba una piedra labrada como galápago, que llamaban Teoayoc, y después que conocieron los que los hablaron que eran ellos, dieron mandado y alzaronlos de allí, y llevaronlos á un oratorio que llamaban Calpulco, y hicieronlos allí las ceremonias que solian hacer á los difuntos de gran valor, y después los quemaron como acostumbraban hacer á todos los señores, y hicieron todas las solemnidades que solian hacer en este caso; al uno de ellos que era Mochtezoma, lo enterraron en México, y al otro en Tlatilulco: algunos decian mal de Mochtezoma, porque habia sido muy cruel: los de Tlatilulco lloraban mucho su gobernador porque era muy bien quisto. Después de algunos dias que estaban cercados los españoles, y que cada dia les daban guerra, un dia salieron de su fuerte algunos de ellos, y cogieron de los maizales mazorcas de maiz y cañas de maiz, y tornáronse á su fuerte."

He aquí á Mochtezoma muerto sin saber cómo ni quien lo mató, y por qué causa; pero el manuscrito inédito que ahora publicamos, nos descubre este misterio de grande iniquidad. ¿No es cosa estraña que un historiador de tanta virtud y nombradía, ocultase la causa de la muerte del primer personaje de su historia, y modo con que se desenlazó este funesto drama? ¿Sería creible de su virtud y honradez, no menos que de aquella su veracidad en referir los sucesos, y por lo que lo persiguieron los mismos frailes sus hermanos, y el gobierno le arrebató sus escritos y los ocultó donde jamás pudieran leerse, que ocultase un suceso de tanta importancia.... Y lo que es mas, la causa que lo motivó? No lo dudemos, una mano pérfida y atrevida, y

enemiga de nuestras glorias adulteró estos escritos, y por eso dijo muy bien el P. Sahagun presintiendo esta supercheria.... "Que en su historia primera se habian puesto cosas que no debian ponerse, y se callaron otras que no debian callarse".... Entre estas, sin duda tuvo lugar la ocultacion de la Aparicion Guadalupeana, que deberia avergonzar á los castellanos còetaneos de este gran suceso religioso. Si yo me propusiera notar capítulo por capítulo, y señalar sus diferencias, é intentase analizar la diversidad de estilos que se notan en ambas historias, necesaria formar un grueso volumen.

Creo haber demostrado la esactitud de mi juicio crítico en esta parte. Concluyo diciendo, que Cortés fué el asesino de Mochtezuma, y el que tal vez regentó este infame regicidio. Dios le habrá tomado cuenta severa de tan infando crimen, lo mismo que del de Quauhtimozin á quien dió crueles tormentos en Coyoacan, y despues ahorcó con otros reyes en la expedicion de las Irueras. El gobierno de España dió por blason á Cortés las cabezas de estos reyes, con lo que aprobó este hecho que á él lo deshonoraba. Cuando careciésemos de estos comprobantes que denuncian á Cortés por autor de tal maldad, él mismo nos presenta un dato que lo confirma, en la carta á Carlos V. de que ya hemos hecho mencion en otra nota, presentando su testo.

CAPITULO XXIV.

Como los españoles y los indios tlaxcaltecas, y los demas que con ellos estaban huyeron de México de noche.

Los capitanes valerosos muestran su valor y su industria en las mayores necesidades, y así el valeroso capitán D. Hernando Cortés, mostró su animosidad y industria, á un tiempo que

él y los suyos estaban á punto de perderse acorralados y cercados dentro de su mismo fuerte, y sin esperanza de ningun socorro sino de solo Dios. Esforzado con esta esperanza y con su valeroso ánimo, habló á todos los suyos que se aparejasen para salir de aquel peligro en que estaban, así en lo temporal como en lo espiritual. Dijoles tales cosas acerca destos dos puntos, que los que estaban desesperados de su vida y aun de su salvacion, fueron movidos á confianza de salvar sus vidas y sus almas, y hicieron alegremente todos lo que él les persuadió que hiciesen en lo espiritual y en lo corporal; de manera, que aparejados con confianza de poder salir, y salvar sus vidas pasando por medio de sus enemigos innumerables á la hora que él les dijo que saliesen con confianza y con esfuerzo, salieron por donde el mandó, y por el concierto que el puso en la manera de proceder por su camino. Esto fué á la media noche, y salieron todos con gran orden y con gran silencio, comenzando á proceder por su camino, llevando las puentes levadizas consigo. El primero foso que toparon pasáronle con las puentes: este lugar se llama *Tecpantzinco*. Habiendo pasado este foso, una muger que iba á tomar agua dél, viólos como iban en silencio, y todos ordenados, y luego dió voces llamando á los mexicanos para que saliesen contra sus enemigos que secretamente se iban huyendo. A la voz de esta muger despertó una de las velas que guardaban, que era un hombre con otros que estaban encima de una torre ó Cú de *Vitzilopuchli*, y mirando, vió como iban todos los españoles fuera del fuerte, y comenzó á dar voces que se oyeron entre todos los mexicanos para que acudiesen á cerrar el camino á sus enemigos que se iban. Luego por el agua y por la tierra comenzaron á venir en canoas y á pie gran multitud de soldados, y comenzóse á trabar la batalla entre los españoles y los mexicanos, y el capitán D. Hernando Cortés comenzó á discurrir por el medio los suyos desde la retroguardia hasta la vanguardia peleando y esforzando á los suyos con voces muy amorosas y estimulativas. Desque llegaron los españoles á un foso

mas ancho que los otros, que se llama *Tolteacali*, (*) por la gran prisa que les daban de ambas partes del camino, comenzaron á caer en aquel foso, y cayeron tantos, que de españoles, y de indios, y de caballos y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros: de manera que todos los del bagaje quedaron allí ahogados, y los de la retroguardia pasaron sobre los muertos. Los españoles que aquí quedaron muertos fueron *trescientos*, y de los *tlaxcaltecas* y otros indios amigos fueron mas de dos mil. A la salida del alba llegaron á un barrio que se llamaba *Puputla* (†) y el capitán D. Hernando Cortés y los españoles y indios con gran prisa iban marchando por el camino que va ácia *Tlacuba*, y los indios mexicanos tras ellos dándoles grita, y tirándoles dardos y saetas y piedras. Aquí en este camino murieron dos hijos de Moctheuzoma, el uno se llamaba *Chimalpupuca*, y el otro *Tlaltecatzí*, los cuales iban guiando á los españoles. Pasando de allí, llegaron á un arroyo que se llama *Tepzolac*, y de allí subieron por una cuesta que se llama *Acueco*, donde estaba un lugarejo de otomies, que se llama *Otoncapulco*, y ahora se llama *Santa María de los Remedios* (‡). Allí hicieron alto los españoles y se fortalecieron, y los vecinos que allí moraban los salieron de paz, y los proveyeron de bastimentos: allí comieron y descansaron, y toda la gente mexicana se habia vuelto á recoger el despojo de los que habian caido en aquel foso grande que arriba se dijo, donde cayó gran muchedumbre de gente con todo el bagaje.

(*) Estos nombres se han perdido, hoy se conoce todo este terreno por la ribera de S. Cosme poblada de casas de campo al Occidente de México.

(†) Hoy Popotla, cerca de Tlacopam ó Tacuba.

(‡) Ayer 8 de Octubre la he venerado en la Catedral donde está.

NOTA DEL EDITOR.

Parece que han tomado grande empeño los mas de los historiadores de la conquista de México en deplorar la pérdida y derrota que Cortés sufrió en esta noche memorable, que segun Clavijero, fué la del 1.º de Julio de 1520, olvidándose de los infinitos daños que acababa de hacer á los mexicanos. Esta malandanza la debió Cortés al crédito que dió á un español llamado Botello que la echaba de astrólogo y adivino, sin embargo de que preciaba de no creer en sus predicciones. Decidirse á salir por entre peligros en medio de la oscuridad de la noche, en un país desconocido, y lleno de lagunas y pantanos, cuidados con suma vigilancia por los indios que los poblaban, y que podian hacer la doble guerra de agua y tierra; es un error militar y defecto imperdonable aun en un cabo de escuadra de nuestros dias. La luz es tan necesaria para pelear, que con razon aplaude Homero aquellas espresiones de un héroe de la antigüedad, que en un exceso de entusiasmo exclamó diciendo.... ¡Gran Dios, mándanos la luz, y despues aunque peles contra nosotros!

Grande debió de ser el conflicto en que se halló Cortés para tomar una resolucion tan desesperada, y por la que perdió entre los mexicanos, por no poco tiempo, su reputacion militar, la gran ciudad en que mandaba, y sobre todo, los ricos tesoros que habia hacinado por medios no muy lícitos, y que los historiadores, como Herrera, valían en setecientos mil ducados; suma enorme para aquellos tiempos. Cortés abrió en este dia á sus soldados una escena, que si hubieran tenido alguna filosofia habrian temblado: mandó á su camarero Juan Guzman que pusiese á su disposicion todo el oro, alhajas, plumas y mantas ricas, para que tomase cada uno lo que gustase de ellas, sin preveer el peligro y consecuen-

cias de esta ocupacion, é impulsados por una ávida codicia, tomaron cuanto pudieron cargar, y esto fué su ruina. Matólos el oro, (dice Gomara) pero murieron ricos; ironía picante y la mas jocosa que pudiera decirseles. El orden de esta marcha de muerte fué el siguiente. La vanguardia se confió á los capitanes Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones con doscientos españoles y veinte caballos: la retaguardia á Pedro Alvarado, Cristobal de Olid, Diego de Ordaz y Juan Velasquez de Leon: en el centro iban los prisioneros, gente de servicio, el bagaje á las órdenes de Cortés con cien infantes, y cinco caballos; las tropas auxiliares de los indios que componian mas de siete mil hombres se dividieron en tres cuerpos del ejército; emprendieron la marcha por la que hoy es calle de Tacuba, y todo sucedió como lo ha referido el P. Sahagun, de quien solo distero en cuanto al número de muertos, pues creo con Clavijero que fueron cuatrocientos y cincuenta españoles, y cuarenta y seis caballos; murieron igualmente los prisioneros, un hermano, un hijo y dos hijas de Mochtezuma, y Doña Elvira, hija de Magiscatzin, senador de Tlaxcala; perdióse toda la artillería, que calculo en diez y ocho piezas chicas, incluso doce de las tomadas á Narvaez, los manuscritos de Cortés, y lo que le fué mas sensible, los capitanes Velasquez de Leon, Amador de Lariz, Francisco Morla, y Francisco de Saucedo. La pluma del P. Clavijero nos presenta á Cortés en Popotla sentado sobre una piedra, no ya para descansar de la fatiga de la noche, sino para llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. El lugar y las circunstancias no demandaban otra cosa, y sin duda era el mas propio para resolver cual fué mayor de estas tres calaveradas, ¿la de Alvarado en romper la guerra á los mexicanos por robarlos; la de Cortés en salir de noche por lugares que no conocia, ó la de los mexicanos en haberse detenido en recoger sus despojos y en no haberlos acabado en el alcance, haciendo por esta negligencia inútil su triunfo, y por la que perdieron al siguiente

año su libertad? Por fortuna de Cortés, y castigo de los mexicanos, salvó Alvarado y otros, y tambien los farautes ó intérpretes. El primero ha dejado la nombradía de primer ladrón de los mexicanos, y agilísimo payaso de maromero: todavia ecsiste el Puente del Salto de Alvarado, y al pasar yo por él, recuerdo la memoria de sus bellaquerias.

CAPITULO XXV.

Como los vecinos del pueblo que se llama Teucalhuacan, salieron á recibir de paz y con bastimentos al capitan y sus españoles, cuando fueron espelidos de México, en el barrio que se llama Otacapulco, que ahora es Santa María de los Remedios.

COMO nuestro Señor Dios es infinitamente sabio, y bueno, todas las cosas que hace son buenas y muy acertadas, el cual eterno ordenó en qué tiempo, y por quiénes habian de ser descubiertos los habitadores destas Indias occidentales, y por quienes habian de ser cultivados en las cosas de su santa fé católica. Habiendo llegado este tiempo por él ordenado y señalado en su mente divina para que esta gente idólatra y entenebrecida en las obscuridades de la gentilidad fuese alumbrada en lá fé católica, y aquellos que fueron enviados al descubrimiento desta tierra, como no fueron hereges, ni moros, ni turcos, ni judíos, ni gentiles, mas fueron cristianos católicos, obedientes á la santa iglesia romana, españoles y gente la mas limpia en las cosas de la fé católica que hay en estos tiempos; y por ser católicos cristianos estaban obligados por el voto de su bautismo de hacer cristianamente todo lo que convenia al servicio de nuestro Señor Dios y al buen tratamiento de sus prójimos (aunque infieles); y si esto hicieran ellos como católicos cristianos, nuestro Señor Dios no permitiera que les viniese el desman grande que les vino, pues estuvieron á punto de perderse todos si nuestro Señor Dios, por su gran mise-

cias de esta ocupacion, é impulsados por una ávida codicia, tomaron cuanto pudieron cargar, y esto fué su ruina. Matólos el oro, (dice Gomara) pero murieron ricos; ironía picante y la mas jocosa que pudiera decirseles. El orden de esta marcha de muerte fué el siguiente. La vanguardia se confió á los capitanes Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones con doscientos españoles y veinte caballos: la retaguardia á Pedro Alvarado, Cristobal de Olid, Diego de Ordaz y Juan Velasquez de Leon: en el centro iban los prisioneros, gente de servicio, el bagaje á las órdenes de Cortés con cien infantes, y cinco caballos; las tropas auxiliares de los indios que componian mas de siete mil hombres se dividieron en tres cuerpos del ejército; emprendieron la marcha por la que hoy es calle de Tacuba, y todo sucedió como lo ha referido el P. Sahagun, de quien solo distero en cuanto al número de muertos, pues creo con Clavijero que fueron cuatrocientos y cincuenta españoles, y cuarenta y seis caballos; murieron igualmente los prisioneros, un hermano, un hijo y dos hijas de Mochtezuma, y Doña Elvira, hija de Magiscatzin, senador de Tlaxcala; perdióse toda la artillería, que calculo en diez y ocho piezas chicas, incluso doce de las tomadas á Narvaez, los manuscritos de Cortés, y lo que le fué mas sensible, los capitanes Velasquez de Leon, Amador de Lariz, Francisco Morla, y Francisco de Saucedo. La pluma del P. Clavijero nos presenta á Cortés en Popotla sentado sobre una piedra, no ya para descansar de la fatiga de la noche, sino para llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. El lugar y las circunstancias no demandaban otra cosa, y sin duda era el mas propio para resolver cual fué mayor de estas tres calaveradas, ¿la de Alvarado en romper la guerra á los mexicanos por robarlos; la de Cortés en salir de noche por lugares que no conocia, ó la de los mexicanos en haberse detenido en recoger sus despojos y en no haberlos acabado en el alcance, haciendo por esta negligencia inútil su triunfo, y por la que perdieron al siguiente

año su libertad? Por fortuna de Cortés, y castigo de los mexicanos, salvó Alvarado y otros, y tambien los farautes ó intérpretes. El primero ha dejado la nombradía de primer ladrón de los mexicanos, y agilisimo payaso de maromero: todavia ecsiste el Puente del Salto de Alvarado, y al pasar yo por él, recuerdo la memoria de sus bellaquerias.

CAPITULO XXV.

Como los vecinos del pueblo que se llama Teucalhuacan, salieron á recibir de paz y con bastimentos al capitan y sus españoles, cuando fueron espelidos de México, en el barrio que se llama Otacapulco, que ahora es Santa María de los Remedios.

COMO nuestro Señor Dios es infinitamente sabio, y bueno, todas las cosas que hace son buenas y muy acertadas, el cual eterno ordenó en qué tiempo, y por quiénes habian de ser descubiertos los habitadores destas Indias occidentales, y por quienes habian de ser cultivados en las cosas de su santa fé católica. Habiendo llegado este tiempo por él ordenado y señalado en su mente divina para que esta gente idólatra y entenebrecida en las obscuridades de la gentilidad fuese alumbrada en lá fé católica, y aquellos que fueron enviados al descubrimiento desta tierra, como no fueron hereges, ni moros, ni turcos, ni judíos, ni gentiles, mas fueron cristianos católicos, obedientes á la santa iglesia romana, españoles y gente la mas limpia en las cosas de la fé católica que hay en estos tiempos; y por ser católicos cristianos estaban obligados por el voto de su bautismo de hacer cristianamente todo lo que convenia al servicio de nuestro Señor Dios y al buen tratamiento de sus prójimos (aunque infieles); y si esto hicieran ellos como católicos cristianos, nuestro Señor Dios no permitiera que les viniese el desman grande que les vino, pues estuvieron á punto de perderse todos si nuestro Señor Dios, por su gran mise-

ricordia, y por salir con su propósito de convertir á esta gente no lo remediara. Arriba se dijo el desastre grande que nuestro Señor Dios permitió viniese sobre ellos por sus pecados en aquella acequia de México, que se llamaba *Toltecaacaloco*, en la cual acequia quedaron muertos y ahogados mas de trescientos españoles, y muchos mas indios y indias de los amigos, y todos sus caballos, y todo su fardaje quedó allí plantado. Escapóse el capitán con otros muchos españoles, mas en número que los que se ahogaron; y yendolos guiando dos hijos de Mochtezuma, el uno señor de Tlacuba, y el otro de Atzacapuzalco, fueron derechos por el camino de Tacuba todos los españoles con su capitán y algunos indios amigos, y los mexicanos les fueron dando caza, hasta que hicieron alto en aquel barrio que se llama *Otoncapulco*, y en este trecho los indios enemigos mataron á los hijos de Mochtezuma que iban guiando á los españoles y á otros indios. En este lugar parece que milagrosamente nuestro Señor Dios movió á los de un pueblo que estaba allí cerca, que se llama *Teucalhuyacan* y fueron cargados de bastimentos, recibidos de paz, y los proveyeron de todo lo necesario, admitiéndolos con mucha humanidad y amistad. Durmieron aquella noche en un lugar que se llamaba *Acueco*, donde estuvieron con harto temor y sobresalto, temiendo que los mexicanos habian de ir tras ellos con gran cõpia de gente para acabarlos. Pasaron allí una noche muy trabajosa y con mucha tristeza, por haber sabido que muchos de sus hermanos los españoles quedaban muertos y ahogados, y toda su hacienda perdida, y todos los amigos cativos y muertos, y ellos en gran peligro de acabar allí sus dias en tanta penuria y deshonor. Algunos de cansados y fatigados se echaron á dormir por esos suelos, los demas velaron toda la noche, y estuvieron esperando el fin de su vida, y rogando á Dios que tuviese por bien misericordia de sus animas por sentirse muy cargados de culpas (*) y muy rodeados

(*) Confesion sincera, y no secretas, sino públicas, escandalosas y de grandísimo reato.

de enemigos, y esperándolos por momentos. Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recojer los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquel acequia, y los caballos, y otras béstias, y todo lo echaron en unos piélagos que estaban allí cerca, de manera que quedó limpia el acequia de todo lo que allí habia caído, y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.

NOTA DEL EDITOR.

El sábio P. D. José Antonio Alzate, en su gaceta de literatura, de 2 de Octubre de 1792, á la pág. 495, tom. 2, reimpression de Puebla, nota el equivoco en que incurrió su amigo el P. Clavijero, diciendo que Cortés se fortificó en Otoncapolco, en donde al presente se halla el célebre y magnífico templo de nuestra Señora de los Remedios, ó del Socorro. El Santuario (dice el P. Alzate) se halla en una loma, no en un cerro: en ella por su naturaleza no pudo hallarse piedra ni madera para fortificarse; por el contrario, en Otoncapolco se ven las ruinas de una antigua fortaleza, poco distante del templo de los Remedios, pues solo dista tres cuartos de legua; en ella sin duda se establecieron los españoles. Presume, por tanto, el P. Alzate, que allí hay una fortificacion antigua, que aunque no sea como la famosa de Xochicalco que describió en suplemento á su gaceta, merecerá muy bien que se observe, y hagan escavaciones por el gobierno.

Descansando en la esactitud con que el P. Sahagun refiere y nombra todos los lugares de la antigüedad mexicana, y por lo que no debe despreciarse ni un ápice de lo que refiere, creo podremos decir que Cortés se hospedó en la fortaleza de Acueco, inmediata á la loma donde hoy está el Santuario de nuestra Señora de los Remedios.

CAPITULO XXVI.

Como los españoles llegaron al pueblo de Teucalhuycan, y allí se confederaron con los indios y recibieron dellos buen tratamiento, y bastimentos, y compañía para el camino.

PORQUE nuestro Señor Dios sabe todas las cosas que fueron, y son y serán, no puede errar en la disposicion y órden del perfecto regimiento de todo lo criado, y desta manera podemos decir, que nuestro Señor Dios es tan acertado en todo lo que hace, que en ninguna manera puede errar, y en ninguna manera se puede engañar. El haber castigado á los españoles por sus pecados, fué muy justamente hecho, y el no permitir que todos fuesen acabados, y que hubiese quien los favoreciese, fué sapientísima y clementísimamente ordenado, para que el propósito que él tenia de hacer misericordia con estos idólatras, convirtiéndolos á su santa fé católica, procediese de la clemencia que usó con los españoles, que mereciendo ser todos acabados por sus pecados, perdonó á los que eran necesarios para la conversion destos idólatras servidores del diablo; y como sabidor de todas las cosas, tenia sabido lo que habia de suceder á los españoles por sus pecados. Mucho tiempo antes dió órden, porque aunque muriesen muchos no acabasen todos; y esto fué que ordenó que los otomíes de Tlaxcala estuviesen poblados acá entre los mexicanos, para que en el tiempo de la mayor necesidad los favoreciesen y acariciasen para que no pereciesen todos. Esto hicieron los otomíes de Tlaxcala con sus amigos en este pueblo de *Telcauhuyacan*. Allí recibieron muy buen tratamiento los españoles, y se confederaron con ellos, y tomaron dellos lo que tenían necesidad para llevar bastimentos y para ayudarse dellos, y en lo que restaba del para hasta allegar á Tlaxcala. Habiendo tomado es-

te refresco los españoles en este pueblo, otro dia de mañana comenzaron á marchar por su camino adelante ácia Tlaxcala y llegaron al pueblo de Tepützotla (*), y aposentáronse en aquel pueblo donde mejor les pareció: allí fueron bien recibidos, y tomaron lo necesario para ir adelante, y dormieron allí aquella noche. A la mañana almorzaron todos, y comenzaron á caminar para el pueblo de Citlaltepec (†), y los moradores de aquel pueblo no los osaron esperar, desampararon el pueblo y fuéronse á los montes y á las cuevas y concavidades donde se pudieron esconder, y dejaron todas sus haciendas en sus casas: dormieron aquella noche los españoles, de mañana almorzaron todos, y partiéronse y fueron al pueblo que se llama *Xoloc*: los moradores deste pueblo hicieron lo mismo que los de Citlaltepec. Hicieron noche en este pueblo los españoles, y á la mañana partiéronse, y llegaron á un monte que se llama *Aztaquemeca*, y en la falda dél hay un pueblo que se llama *Cacamulco*: allí se aposentaron los españoles, y hicieron noche. Los moradores deste pueblo hicieron lo mesmo, que desampararon el pueblo y se fueron á los montes á abscondirse. Habiendo llegado á este pueblo los españoles, llegaron tambien á las faldas destemonte los mexicanos que iban en su seguimiento, muy pujantes en número, y muy confiados que no se les podria escapar hombre de ellos: alojáronse en las faldas deste monte, que ellos llaman *Tona*, que quiere decir *nuestra madre*.

NOTA DEL EDITOR.

Dichose há, que por haberse entretenido los mexicanos en recoger los despojos de los españoles vencidos, no cuidaron de perseguirlos para consumir su triunfo, dejáronlos por lo mismo marchar en paz para Tlaxcala en retirada, has-

(*) Hoy Tepetzotlan, colegio correccional de clérigos. Fué noviciado de Jesuitas.

(†) Entiéndase Zumpango, cuyo cerro se dice de Citlaltepec, ó de la estrella.

ta ponerles despues un ejército que les impidiese su entrada en el territorio de aquella república. Esta peregrinacion fué penosísima por casi total falta de viveres, que necesitaban suplir, alimentándose con capulines ó cerezas (como aun les llaman en Oaxaca) y los indios auxiliares de Tlaxcala con yerbas. Gomara dice que el hambre llegó al extremo de comer un español los hígados de un difunto, accion que incomodó tanto á Cortés que quiso ahorcarlo: este general habria sido mas clemente y mirado si hubiera tenido igual hambre. En Tepotzotlan se quedó oculto un hijo de Mochtheuzoma; ora sea por no sufrir las mismas necesidades; ora, por temor de correr la suerte de su malhadado padre y hermanos muertos en la acequia: estos príncipes (dice un historiador) fueron llevados para servir de vehículo á los españoles, y que por los respetos de su padre se abstuviesen de ofenderlos. Despues dicho príncipe fué bautizado en México en la capilla de Señor San José, y lo apadrinó Rodrigo de Paz.

CAPITULO XXVII.

De como los mexicanos despues de haber recogido el despojo de su victoria fueron tras los españoles, y los alcanzaron en un monte que se llama Aztaquemeca.

EL gran diablo y capitan de todos los diablos, llamado Satanás, el cual reina en esta Nueva-España (*) á todo su placer y voluntad, cuando vinieron los españoles á aquesta tierra, recibió gran desabrimiento, porque por las señales que habian precedido á su venida, tenia conjetura de que nuestro Señor Dios habia determinado de quitarle estos reinos en que reinaba, y por tanto, como alcanzó aquella victoria contra los españoles

(*) Ténome que todavía reine, y que hay muchos lugar-tenientes suyos. ¡Como campea el candor del P. Sahagun en estas líneas!...

recibió gran contento (*); y aunque los indios no tenían propósito de ir contra ellos, él los sugirió y estimuló para que fuesen ellos con todo el poder que tenían y los acabasen todos de matar. Estimulados del espíritu maligno los mexicanos, recogieron toda la gente que fué posible, para que armados y aparejados á punto de guerra, fuesen tras ellos y los acabasen. Fueron con toda la prisa que pudieron muy gran copia de gente muy bien aderezados, con determinacion de no dejar piante ni mamante de los españoles, y de todos sus amigos. Alcanzaronlos en las faldas de un monte que se llama *Aztaquemeca*, que es en los términos ó cerca de los términos de *Otumba*, alojándose los indios mexicanos aquella noche que llegaron en las faldas del monte, que están ácia la parte del Occidente. Hicieron allí noche, sin dar á entender como habian llegado, aunque los españoles bien lo sintieron; pusieron los mexicanos sus centinelas toda la noche para que no se les fuesen secretamente de noche los españoles. Luego en amaneciendo despues de haber almorzado los españoles, tomaron su camino ácia Tlaxcala, y ya que habian apartádose un buen trecho de aquel monte, los que velaban y atalayaban desde encima del monte comenzaron á dar voces á los mexicanos diciendo: ¡Ah mexicanos! ¡Qué haceis, que ya vuestros enemigos se van huyendo? Lo cual oido, todos los que estaban alojados en las faldas del monte comenzaron á dar grita, y á salir con gran ímpetu en pos de los españoles. Como vieron estos aquel diluvio de gente de guerra que descendió de aquel monte y por los lados, cesaron de caminar, y comenzaron á ponerse en órden para hacerles caza, y así les presentaron la batalla antes que llegasen á ellos. Los mexicanos, que eran muchos, y venian con gran ímpetu y con deseo de desbaratarlos, cercáronlos por todas partes, y tomándolos en medio, comenzaron á herir en ellos estando así cercados de todas partes, y matábanlos como moscas,

(*) Sin ser diablos, todavía hoy lo reciben los americanos, y ven en este triunfo de sus hermanos la mano de la Divina Justicia, que castigaba aquellos bandoleros, que sin duda traían al gran diablo de todos los diablos.

y ellos á porfia los unos muertos, llegaban otros de refresco. Estaban los españoles como una goleta en el mar combatida de las olas por todas partes. Duró este terrible conflicto por mas de cuatro horas, en el cual murieron muchos de los mexicanos, y casi todos los amigos de los españoles, y algunos de ellos mismos. Llegado el medio dia, con el intolerable trabajo de la pelea, los españoles comenzaron á desmayar. Viendo esto el capitan D. Hernando Cortés, con grande ánimo comenzó á animar á los españoles diciéndoles: "¡Oh hermanos! ¿qué haceis? ¿cómo no os esforzais? ¿Por qué desmayais, y os dejais matar como puercoos destes malditos idolátras?" . . . Diciendo estas palabras con voz alta y muy lastimera, estando á caballo, miró ácia todas partes donde estaban los enemigos peleando, y vió encima de un otero al capitan de los mexicanos adornado con muchos plumajes ricos, y esforzando á los suyos con grande ánimo, y luego llamó á uno de á caballo de los suyos para que fuese con él, y ambos rompieron por el real de los enemigos, y llegaron donde estaba aquel capitan acompañado de otros capitanes y soldados valientes, y llegados, alzaron al capitan, y á otros algunos de los que estaban con él, y los demas comenzaron luego á huir, y toda la demas gente. Como vieron esto, cesaron de pelear y comenzaron á huir con tan grande y mayor ánimo que de antes peleaban. Quedaron los españoles con la victoria, y todos sus enemigos con gran brevedad se desaparecieron, y desto nos informaron algunos de los españoles que se hallaron en esta mesma batalla, y despues tomaron el hábito de S. Francisco, y dellos yo, Fr. Bernardino de Sahagun, oí esta relacion que aquí está escripta.

(*) Cuando no hubiera muchos escritores de ella, yo la daria crédito, por salir de la pluma, de un hombre veraz, sincero y religioso, testigo casi ocular y sincróno de todo lo que escribe.

NOTA DEL EDITOR.

La batalla de Otumba, dada segun Clavijero en 8 de Julio de 1520 en la llanura de Tonanpoco, fué sin duda una de las mas brillantes victorias que obtuvieron los españoles con los mexicanos, y en que Cortés mostró tanto valor como inteligencia militar, adquirida por el estudio hecho del modo de combatir con los mexicanos, y demuestra á toda luz cuan necesaria es la ciencia á par que el valor en los generales. Perdida toda la artilleria en la salida de México, se vieron los castellanos precisados á batirse cuerpo á cuerpo y dilatar su frente lo mas posible para cubrir sus flancos con la escasa y maltratada caballeria que les habia quedado, por haber sido preciso traer á las ancas los muchos heridos que los acompañaban. No fué este aquel brillante ejército de doscientos mil combatientes que se figura Solís en su delirante imaginacion para loar á su protagonista Cortés con las espresiones y hermosas frases del castizo lenguaje español que poseía á maravilla, sino una reunion numerosa de las tropas de Otumba, Teotihuacan y Calpulalpan, pues ni aun habia habido el tiempo necesario para la organizacion de tan crecido ejército: los mexicanos no eran tan numerosos como los enjambres de mosquitos de sus lagunas, y la imaginacion afectada de pavura solo era capaz de figurárselos. Cuatro horas de un combatir cruel y tenaz, poca esperanza daban de salvacion á hombres aquejados de hambre y pesadumbre; en tal conflicto, herido Cortés de antemano en la cabeza de una pedrada, mandó á Sandoval, Olid, Alvarado y Avila que le cubriesen la espalda, y acompañado de Juan de Salamanca que cabalgaba en una yegua jovera, penetró hasta el punto donde estaba el general Cihuacatzin sentado sobre unas ricas andas, ornado con un penacho de hermosas plumas, y trayendo el pendon real,

ó Tlahuizmatlaxopili, que era una red de oro puesta en la punta de una lanza que se había atado fuertemente al cuerpo, y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza para sobresalir y ser visto de todos. Los mexicanos jamas abandonaban el campo mientras no se perdía esta sagrada señal de reunion; conducta observada por los valientes Suizos, contándose de un alfez de esta nacion que en un conflicto de guerra, antes que rendir la bandera la hizo trizas y se mascó y tragó sus fragmentos. Muerto el general se dispersó aquel ejército. Lopez de Gomara hace un justo elogio del valor de Cortés en esta jornada, diciendo: "Nunca hombre peleó como él ni los suyos, pues este caudillo con su persona los libró á todos." Ni merece menor elogio la española María de Estrada, muger de un soldado cristellano, pues armada con una lanza dió muestras de gran valor. Gomara difiere del P. Sahagun en cuanto al itinerario de Cortés, y no me parece despreciable, porque habló con este en Sevilla, y por sus relaciones formó su historia, como yo lo he hecho á falta de documentos oficiales, por las de muchos llamados insurgentes cuando escribí mi Cuadro histórico de la revolucion de 1810.

CAPITULO XXVIII.

De el tiempo en que los españoles estuvieron en México en paz y amistad de los indios, y el tiempo en que estuvieron en su enemistad y odio.

LLEGARON los españoles á esta Nueva-España el año de 1519, á veinte y dos dias del mes de Julio. Estuvieron en paz y gracia de los indios todo el mes de Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre y Enero, que es el primero mes del año de 1520. También estuvieron pacíficos todo el mes de Febrero y Marzo. En el mes de Abril, en la fiesta que se llama *Tox-*

catl, donde solian hacer fiesta á *Vitzilupuchilli*, y tambien en ella mataban un mancebo criado para aquello, á honra de *Tetzcatlipuca*; en esta fiesta hicieron los españoles la matanza en los indios, por cuya ocasion comenzó el odio y la guerra entre los españoles y mexicanos. Vinieron los negocios de la guerra, que habiendo vuelto D. Hernando Cortés de la costa con victoria y aumento de gente, armas y caballos, y prosiguiéndose la guerra, vinieron los indios á encerrar al capitan D. Hernando Cortés con todos sus españoles en las casas reales donde estaban aposentados, de tal manera, que no tenían esperanza ninguna de su vida, sino que salieron de noche huyendo por entre sus enemigos, como arriba queda dicho, con el riesgo que se vió. Todo el tiempo que los españoles estuvieron en México fueron doscientos cincuenta dias, y los dias que fueron amigos fueron noventa y cinco; y despues que se publicaron por enemigos, estuvieron cuarenta dias. En este tiempo estuvieron cercados en las casas reales, y entonces mataron á Mochtezoma (*) y al señor de *Texcuco*: de allí se siguió luego su huida, y el daño que en ella les aconteció, como está arriba dicho. Los que de allí escaparon, fueron huyendo hasta aquel Peñol que se llama *Aztaquemeca*, donde hubo aquella batalla, en que por milagro de Dios vencieron los españoles y huyeron todos los mexicanos; de aquí continuaron su camino los españoles hasta Tlaxcala, y en este mismo año comenzó la pestilencia de las viruelas, de la cual murieron innumerables.

NOTA DEL EDITOR.

Todos los historiadores están contestes en que Hernan Cortés llegó á *Utiá* el 22 de Abril de 1519, dia de la cena del Señor á *Juêves Santo*, dia de S. Sotero, y así es yerro

(*) No puede explicarse mas claro este concepto. El P. Sahagun le llama al gato gato, y al picaro mal hombre. Con razon fueron sepultados sus escritos por Felipe II. para que nadie los viese.

de pluma del P. Sahagun decir que fué el 22 de Julio. Cuando sobre esto hubiera alguna duda, no podriamos resolverla por la relacion de Cortés á Cárlos V. en su primera Carta, pues solo poseemos la segunda, que copiando las que dió á luz el Sr. Lorenzana, acaba de reimprimirse en Nueva-York en 1828, sin las estampas de los tributos que se pagaban á Moctheuzoma, y seria necesario recurrir al tomo 3 de la Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XVI, obra del Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, en que (se dice) haberse insertado las Cartas inéditas de Cortés.

Equivocóse igualmente el P. Sahagun en el periodo de paz que hubo entre los españoles y mexicanos. La guerra se tiene por declarada entre las naciones desde que una es agresora de la otra sin causa, ejecutando actos de hostilidad, ya en los bienes de sus súbditos, ya en la persona de su monarca. Se ha visto que apenas se hospedaron los españoles en el palacio de México, cuando quitaron luego la libertad al emperador Moctheuzoma, haciéndolo morar con ellos mal de su grado; de consiguiente la guerra debe tenerse por declarada desde el dia 8 de Noviembre de 1519; tal es mi opinion, y será la de todo hombre que reconozca en Moctheuzoma la persona de un monarca legítimamente constituido, y tanto mas, cuanto que su eleccion se hizo por un cuerpo ó colegio electoral con arreglo á la constitucion de su estado. Desengañémonos: lobos y corderos jamas pudieron estar juntos. Ricos y ladrones no pueden vivir en paz.

CAPITULO XXIX.

De las fiestas que hicieron á sus dioses los mexicanos despues que vinieron de la guerra que con los españoles habian tenido cerca de Otumba.

DESPUES de recogido el campo, los españoles prosiguieron el camino hasta Tlaxcala: en todo él no tuvieron controversia ninguna con nadie, seguros llegaron hasta Tlaxcala, y los mexicanos volviéronse á su ciudad y á sus casas, con pensamiento que ya los españoles se habian despedido para irse á sus tierras (pues que habian perdido sus haciendas y sus amigos, y casi la mitad de todos los españoles, y que no osarian mas volver segun iban destrozados, y heridos, y fatigados) y así hicieron junta solemne para elegir señor, y determinar lo que convenia hacer, conforme á los negocios que se ofrecian. Lo primero fué que eligieron por su señor á un hermano menor de Moctheuzoma, que se llama *Cuztlavatzi* (*), y los senadores (cuatro que siempre estaban al lado del señor en todos los negocios) fueron aquí tambien elegidos. Despues destos, los sátrapas y sacerdotes hablaron al señor y su senado, diciendo con gran aparato de retórica (como ellos siempre lo solian hacer) que lo primero que convenia hacer, era hacer gracias, y ofrendas, y servicios á sus dioses por tan grandes beneficios como dellos habian recibido en todo el progreso de la guerra. El señor con sus senadores, se persuadieron luego que aquello era lo que convenia hacer, y así luego todos se dispusieron á hacer grandes fiestas á sus dioses, y á remendar, y limpiar todos sus templos, y á adornarlos ricamente con todos sus ornamentos, y á hacer sacrificios y ofrendas en sus presencias, y á loarlos con nuevos cantares. Entretanto que esto hicieron los mexicanos, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposando cerando sus heridas, y llorando sus pérdidas y deshonras. Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas, y todas puestas de luto

(*) ó *Cuztláotzin*, pues varia este nombre el autor.

de pluma del P. Sahagun decir que fué el 22 de Julio. Cuando sobre esto hubiera alguna duda, no podriamos resolverla por la relacion de Cortés á Cárlos V. en su primera Carta, pues solo poseemos la segunda, que copiando las que dió á luz el Sr. Lorenzana, acaba de reimprimirse en Nueva-York en 1828, sin las estampas de los tributos que se pagaban á Moctheuzoma, y seria necesario recurrir al tomo 3 de la Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XVI, obra del Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, en que (se dice) haberse insertado las Cartas inéditas de Cortés.

Equivocóse igualmente el P. Sahagun en el periodo de paz que hubo entre los españoles y mexicanos. La guerra se tiene por declarada entre las naciones desde que una es agresora de la otra sin causa, ejecutando actos de hostilidad, ya en los bienes de sus súbditos, ya en la persona de su monarca. Se ha visto que apenas se hospedaron los españoles en el palacio de México, cuando quitaron luego la libertad al emperador Moctheuzoma, haciéndolo morar con ellos mal de su grado; de consiguiente la guerra debe tenerse por declarada desde el dia 8 de Noviembre de 1519; tal es mi opinion, y será la de todo hombre que reconozca en Moctheuzoma la persona de un monarca legítimamente constituido, y tanto mas, cuanto que su eleccion se hizo por un cuerpo ó colegio electoral con arreglo á la constitucion de su estado. Desengañémonos: lobos y corderos jamas pudieron estar juntos. Ricos y ladrones no pueden vivir en paz.

CAPITULO XXIX.

De las fiestas que hicieron á sus dioses los mexicanos despues que vinieron de la guerra que con los españoles habian tenido cerca de Otumba.

DESPUES de recogido el campo, los españoles prosiguieron el camino hasta Tlaxcala: en todo él no tuvieron controversia ninguna con nadie, seguros llegaron hasta Tlaxcala, y los mexicanos volviéronse á su ciudad y á sus casas, con pensamiento que ya los españoles se habian despedido para irse á sus tierras (pues que habian perdido sus haciendas y sus amigos, y casi la mitad de todos los españoles, y que no osarian mas volver segun iban destrozados, y heridos, y fatigados) y así hicieron junta solemne para elegir señor, y determinar lo que convenia hacer, conforme á los negocios que se ofrecian. Lo primero fué que eligieron por su señor á un hermano menor de Moctheuzoma, que se llama *Cuztlavatzi* (*), y los senadores (cuatro que siempre estaban al lado del señor en todos los negocios) fueron aquí tambien elegidos. Despues destos, los sátrapas y sacerdotes hablaron al señor y su senado, diciendo con gran aparato de retórica (como ellos siempre lo solian hacer) que lo primero que convenia hacer, era hacer gracias, y ofrendas, y servicios á sus dioses por tan grandes beneficios como dellos habian recibido en todo el progreso de la guerra. El señor con sus senadores, se persuadieron luego que aquello era lo que convenia hacer, y así luego todos se dispusieron á hacer grandes fiestas á sus dioses, y á remendar, y limpiar todos sus templos, y á adornarlos ricamente con todos sus ornamentos, y á hacer sacrificios y ofrendas en sus presencias, y á loarlos con nuevos cantares. Entretanto que esto hicieron los mexicanos, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposando cerando sus heridas, y llorando sus pérdidas y deshonras. Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas, y todas puestas de luto

(*) ó *Cuztláotzin*, pues varia este nombre el autor.

y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian con los españoles, y quedaban allá todos muertos: no es menos (cierto) sino que deste llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes. En este medio los tlaxcaltecas se juntaron para ver que hacian, pues los españoles habian perdido la empresa que habian tomado, y la mayor parte de la gente tlaxcalteca que con ellos habian ido, habia sido muerta y despojada. Comenzaron á hablar en este negocio todos los principales y señores con profundo acuerdo: despues que todos hubieron hablado, los pareceres salieron discordes; unos decian que los matasen, pues que fácilmente lo podian hacer (segun ellos estaban tan caidos). Otros dijeron, que no era bien hacer tal crueldad y alevosía con gente tan necesitada, y con quien habian hecho tan solemne amistad; deste parecer fué un Xicotencatl que era la principal cabecera de Tlaxcala; pero otro muy principal, que era de la segunda cabecera, contradijo este parecer, y respondióle el Xicotencatl con palabras pesadas, poniendo en él las manos le echó de los estrados abajo: luego otros se levantaron, hicieron paz entre ellos, y concluyeron que los recibiesen y acariciasen como amigos y hermanos. En este tiempo la pestilencia de las viruelas se enseñoreó fuertemente de los mexicanos, donde murió el señor dellos. A la sazón desembarcó un capitán español, llamado Francisco Hernandez, y se fué luego á Tlaxcala con toda su gente y municion de artilleria, y cópia de caballos, de lo cual todos los españoles que estaban afligidos recibieron gran consolacion y esfuerzo, y todos se animaron, y juntaron, y determinaron de volver contra sus enemigos los mexicanos, y luego platicaron con los tlaxcaltecas lo que habian determinado, y que convenia en todo caso hacer unos bergantines, los cuales llevasen acuestas hasta ponerlos en Texcuco á lengua del agua en madera.

NOTA DEL EDITOR.

La victoria de Cortés sobre los mexicanos en Otumba no puso su ánimo en tranquilidad, porque nuevas inquietudes acudieron á turbarlo. Habian dado los tlaxcaltecas pruebas de una amistad sincera, pero eran bárbaros, gente con quien no podia tenerse confianza; él venia derrotado, habia perdido el prestigio de inmortal (si acaso lo consideraron tal algunos de aquellos pueblos) y el hombre en el infortunio no cuenta con amigos; la amistad de los mexicanos era indispensable á los tlaxcaltecas, porque la sal, el algodón, y otros artículos indispensables de la vida, solo los mexicanos podian proporcionárselos; por tales motivos dudaba Cortés como seria recibido en aquella república, y la experiencia justificó en parte sus temores. Por tanto, redobló su vigilancia desde entonces, y fué el primer soldado de su ejército, partiendo con todas las fatigas de la campaña. Pasó por la famosa fuente llamada Tlatcapan donde refrescaron sus soldados harto fatigados, y que estaba en los lindes de México y Tlaxcala: pasó despues á Hueyotlipan donde fué bien recibido de los tlaxcaltecas, y descansó tres dias. En este pueblo fué recibido por los senadores y principales de la república con un grueso de tropas que venia á su socorro; presentóse á Mexiscatzin vestido de luto por la muerte de su hija Doña Elvira que pereció á la salida de México; esta política, y el haber regaládole el pendon ganado en Otumba, y algunas de las alhajas ó despojos á varios particulares, sin duda afirmaron su afecto. A su llegada á Tlaxcala se representó una escena no menos dolorosa que interesante por las mugeres de los soldados de aquella nación que perecieron en México, y con muchas lágrimas le pidieron vengase sus vidas; así lo prometió hacer en sazón oportuna. En estos dias se dejaron ver en Tlaz-

cala ciertos embajadores de México con varios regalos de parte del nuevo rey Cuiclahuatzin, que venian á reconciliarse con la república, y con la pretension de apartarla de la amistad con los españoles, ecshortando á su gobierno á que acabase con aquel resto miserable de hombres para consolidar la paz y seguridad de todo este continente. La pretension era justísima, y estaban en favor de ella los intereses de ambos estados; el punto se discutió con bastante reflexión; discordaron los votos; pero Maxiscatzin, que era el príncipe del senado, y tenia el mayor ascendiente sobre aquella corporacion, logró que se respondiese al fin por la negativa, habiéndose suscitado una especie de tumulto ó conmocion en el pueblo, que obligó á salirse secretamente á los enviados para salvar su vida. El jóven Xicotencatl apoyó la pretension de los mexicanos, y del calor de la disputa resultó, que Maxiscatzin osase ponerle las manos y arrojarlo por las gradas del tribunal abajo. Sus compañeros pusieron paz entre ambos, el negocio se trató en secreto, pero no tanto que lo ignorase Cortés y diese gracias á Maxiscatzin; algunos dicen que el senado mandó prender á Xicotencatl, y que Cortés interpuso sus respetos para que se le diese libertad, como lo consiguió. Esta medida fué meramente política, pues Cortés siempre fué su enemigo, y despues marchando de Tlaxcala para poner el sitio de México, por cierta querrela de poca monta, ó pretesto miserable, lo hizo ahorcar. ¡Qué presto arroja la hipocresia su máscara! Tlaxcala selló con sus propias manos su esclavitud, desconoció sus intereses, cambiólos por una vergonzosa venganza: sus hijos, ó dígase mejor, los tristes restos que han quedado de aquella generacion, al ver su corto número, su dispersion, las tristes ruinas de aquella hermosa ciudad reducida hoy á nulidad, y sobre todo, el odio con que son notados de los demas pueblos de este continente, deben maldecir la memoria de sus mayores. ¡Plega al cielo que jamás pierdan de vista este triste ejemplo los que hoy destrozan

las entrañas de nuestra patria, dividiéndola en facciones y partidos!

Durante la estancia de Cortés en Tlaxcala, murieron ocho españoles de resultas de las heridas en campaña, y tambien murió Maxiscatzin de viruelas, pero hecho cristiano por el bautismo que le confirió el P. Juan Diaz, capellan del ejército español: Cortés fué su padrino, y se le puso el nombre de Lorenzo; bautizáronse igualmente el viejo Xicotencatl, y se llamó Vicente; Tlehuejolotzin, tomó el nombre de Gonzalo, y Cytlalpopoca el de Bartolomé; fueron asimismo bautizados otros tlaxcaltecas; pero reincidieron en la idolatría por no estar intimamente convencidos de la verdad del cristianismo; esta operacion necesita gracia del Espíritu Santo, tiempo, paz, y buena doctrina acompañada del ejemplo; circunstancias todas que en aquella época turbulenta no era fácil reunir. Gomara dice, que al tiempo de partirse Cortés para México, habia dejado en Tlaxcala veinte mil pesos en oro, mantas y cosas de pluma que no podia llevar consigo. Cortés á su regreso de la espedicion contra Narvaez, mandó que se le remitiese todo con cincuenta españoles y cinco caballos de custodia; Maxiscatzin mandó con este convoy á un hijo suyo, pero todo fué tomado por una partida de mexicanos, y ademas muertos los conductores. Súpose este acontecimiento desgraciado para Cortés, porque segun dice Herrera, se halló escrita esta razon en la corteza de un árbol. . . . Por aquí pasó el desdichado Juan Yuste con sus desdichados compañeros, con tanta hambre, que por pocas tortillas de maiz, dió una barra de oro que pesaba ochocientos ducados. A pesar de todo esto, Cortés no perdía de vista la conquista de México, y todas sus medidas en Tlaxcala se encaminaban á este fin, lo cual entendido por sus soldados, murmuraron altamente, y pasaron su demasia al extremo de notificarle por medio de un escribano, que por entonces nada hiciese, sino que regresase á Veracruz. Mucho sintió Cortés esta mala disposicion de sus soldados, y como

la primera vez, les dirigió un razonamiento con que logró calmarlos, y continuó dictando otras providencias oportunas para la empresa, como despues veremos.

CAPITULO XXX.

De la pestilencia de las viruelas y sarampion que vino sobre los indios de esta Nueva-España, despues que los españoles salieron huyendo de México, y de como se comenzó la guerra contra los mexicanos el año de 1520.

DESPUES de los trabajos ya dichos que acontecieron á los españoles en el año de 1519 entrante el año 1520, comenzó la pestilencia de las viruelas, y sarampion, y vegigas, tan fuertemente, que murió grandísima cantidad de gente en toda esta Nueva-España. Esta pestilencia comenzó en la provincia de Chalco, y duró sesenta dias. Desta pestilencia fueron muertos entre los mexicanos el señor que poco antes habian elegido, que se llama *Cuztlaotzin*, y murieron muchos principales, y muchos soldados viejos y valientes hombres, en quienes ellos tenían muro para en el hecho de la guerra. Durante esta enfermedad, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposados y curados; y habiendo tomado á las y ánimo por razon del socorro que les habia llegado, y de la matanza de gente que hacia la pestilencia, teniendo por cierto que los favorecia Dios, y estando ya confederados con los tlaxcaltecas, y entendiendo en dar orden á todo lo necesario para volver contra los mexicanos, comenzaron á labrar los bergantines de que tenían necesidad para darles guerra por el agua. Cortaron toda la madera que era menester, (que la habia muy buena en aquellos montes) y los maestros que para esto habia entre ellos, dieron traza como se labrasen todas las piezas que eran necesarias para hacer un buen bergantin; y de allí tomaron los indios la traza de la madera que se habia de labrar para diez ó doce

bergantines, y comenzaron todos á entender en este negocio, hasta acabar de tener labradas todas las piezas que eran menester para todos los bergantines, y no los armaron, sino tomaron toda la madera á cuestras, y así los españoles como los indios, hechos un ejército (cosa muy de ver en la cantidad y en los aparejos que llevaban) comenzaron á marchar hasta la ciudad de Texcoco, y pusieron la madera que llevaban á la lengua del agua, y comenzaron á clavar las piezas, las unas con las otras; lo cual hecho, las brearon con su breá segun que se suelen brear los navíos, y otros hacian los otros menesteres necesarios, y metieron en los bergantines la artilleria y armas que suelen usar en las guerras navales. Entre que estas cosas se hacian en los bergantines, el capitán procuró de hacer concierto y amistad con el señor de Texcoco (el cual se llamaba *Tecocoltzi*) para ayudarse dél en la guerra, y no solamente en Texcoco hizo alianza, pero tambien con los de Chalco, y con los chinampanecas y tecpanecas, tomando por medianeros á los texcucanos; y como hubieron aparejado todas las cosas necesarias para acometer la guerra, hicieron capitanes á los que convenia para pelear por el agua, y á los que convenia pelear por tierra. El capitán D. Hernando Cortés tomó la parte donde habia mas peligro y mas afrenta, que fué ponerse en Cuyoacan, y desde allí comenzó á conquistar los mexicanos por tierra, y á Pedro de Alvarado púsole por la parte del Tlaltelulco, para que por allí comenzase á conquistar á los tlaltuilcanos, y así comenzaron por el agua y por la tierra á pelear.

NOTA DEL EDITOR.

En los fastos de los hombres emprendedores y aventureros, Cortés debe ocupar un lugar muy distinguido; fué hasta cierto período, en que la fortuna voluble le volteó la espalda, como adelante observaremos. La fama de sus hechos y de la riqueza adquirida, voló por todas las islas descubiertas

y pobladas por los españoles, y atraídos por el interés individual de hacer fortuna, ó de vender á buen precio sus mercaderías, muchos se presentaron en Veracruz con armas y caballos, y engrosaron su fuerza, con la que emprendió nuevas conquistas, contando con el apoyo principal de los tlaxcaltecas; pero antes de hacer uso de ellos, renovaron el juramento de obediencia á la corona de Castilla, y pactaron dividir con él las conquistas que hiciesen. Otorgóse escritura de este convenio, que Cortés hizo ilusoria, pues concluida la expedición de México, y prevalido de la prepotencia que se adquirieron, los españoles, comenzó á sacar gruesos destacamentos de Tlaxcala, que mandó á los puntos mas distantes para colonizar, como en Villalta de Oaxaca, y Tlaxcala del Potosí, Parras &c. Y enflaquecida de esta manera aquella nación, no pudo reclamar el cumplimiento de lo pactado. Representóse aquí el apólogo de la cabra y la zorra en el pozo, ó el de la compañía del león y el cordero; digna recompensa de hombres que se prestaron indignamente á ser los instrumentos de una agresión la mas inicua que presenta la historia. Los españoles han tenido buen cuidado de ocultar esta escritura; pero de su otorgamiento dan indicios los escritores de la Conquista, y aun Francisco Gomara. Este monumento lo será de su barbarie; otorgar escritura en lengua española á unos mexicanos (pues tales eran los tlaxcaltecas que hablaban este idioma) unos hombres que no se entendían sino con gran dificultad por medio de sus intérpretes, no sabiendo ni leer ni escribir el castellano los tlaxcaltecas, es un fenómeno de ignorancia y barbarie, reservado á esta raza de conquistadores. Cortés emprendió desde entonces subyugar á los de Quechola, Itzocan, Tepeyac, ó sea Tepeaca, y otros pueblos sujetos á los mexicanos, de quienes estaba quejoso, porque le habían matado á algunos españoles que transitaban de Veracruz á México. En Itzocan (hoy Izucar) puso un rey, según le pareció, y llenó todos los números de un verdadero Qui-

jote haciendo tuertos y mezclándose en los asuntos domésticos de aquellos infelices, como pudiera hacerlo el mismo Tamérlan: los tlaxcaltecas le acompañaban muy gustosos en todos sus salteos y correrías, porque iban á la partija de lo que robaban: si hemos de creer al cronista Herrera (Decada 2^a, lib. 10) en la batalla que los españoles y tlaxcaltecas unidos dieron á los de Zacatepeque, amigos de los de Tepeaca, hicieron tal mortandad, que sin contar los asadores de palo, que eran infinitos, hubo cincuenta mil ollas de carne humana que se cenaron los tlaxcaltecas. . . . "Los españoles, (dice) lo pasaron mal tres dias que allí se detuvieron; es regular que así fuese, porque no estaban acostumbrados á comer piernas de indios, eran de gusto algo mas delicado, aunque no mas templados, pues cada castellano come como tres indios." Este solo rasgo de pluma, y de la pluma de tal cronista, modelo de historiadores españoles, que escribía sobre los mas exactos documentos que le ministró su gobierno, consultando siempre á la gloria de España; me dá mas clara idea de lo horroroso de la conquista, que todas las declamaciones vehementes del señor obispo Casas. Asociarse con tales Canibales antropófagos, dividir con ellos las presas. . . . y venir á predicar el evangelio. . . . son cosas que no caben en mi pobre cabeza; solo Cortés y los suyos pudieron avenirlas boníticamente, y formarse su sistema peculiar de religion contra la doctrina misma de su fundador.

Cortés estableció un camino militar de Tlaxcala á Veracruz, y en Tepeaca puso un asiento de españoles que llamó Segura de la Frontera, y estableció una que él llama fortaleza, y está en medio de la plaza del pueblo, y que los poblanos llaman el Rollo de Tepeaca: entrábase por una portezuela ó agujero (que han tapeado) para hacer fuego por arriba; es un torreón que parece sirvió de modelo á un brigadier llamado D. Fernando Millares, gefe expedicionario del año de 1814, que fundó otro igual en el Plan del

Río, camino de Veracruz, y se rajó casi al concluirse, y el rey gastó en él crecidas sumas (*).

Mientras tanto, Cortés hacia sus escursiones sobre los pueblos pertenecientes al gobierno de México, en esta capital se tomaban medidas vigorosas para la defensa, superando muchos obstáculos de diversas especies. En la corte había algunos sospechosos aun de la familia de Moctheuzoma de ser parciales de Cortés, y esto motivó los recelos y desconfianzas precursoras de una guerra civil, y que turban la paz mas que los enemigos exteriores. ¡Ojalá y no habláramos en esta materia amaestreados por la experiencia! Por otra parte, la peste de viruelas que apareció en estas comarcas el mismo día de la batalla de Otumba, hacia en México horribles estragos, siendo víctima de ella el nuevo emperador Cuitlahuatzin: esta fué una fortuna para Cortés, porque este le habria hecho la guerra con mas sabiduría que su sobrino Quauhtimotzin la hizo despues, aunque no se le puede tachar de cobardía. Cortés soñaba con Cuitlahuatzin, y tenia razon, porque él lo destrozó á su salida de México, y no podia olvidar el chasco que se llevó, cuando teniéndolo preso en el palacio de Moctheuzoma, lo puso en libertad para que fuese á mandar que se hiciese mercado en México, y él fué á encargarse del ejército. Supo Cortés su muerte muchos días despues de ocurrida, y le plació en gran manera: los tlaxcaltecas no podian pasar á México sin que fuesen conocidos y tratados como espías, pagando con la vida, y así nadie queria ir; mas Cortés tuvo alguna luz del estado de la capital, por la corta declaracion que dió ya moribundo un capitán mexicano prisionero en un ataque; esto acaso le hizo activar sus providencias.

(*) Las tropas de Santa-Anna lo quemaron en 1821 y todavía aparecen sus ruinas.

CAPITULO XXXI.

De como á la lengua de la agua en Texcuco los españoles pusieron en perfeccion los bergantines, con los cuales conquistaron á los mexicanos, y del desafío para comenzar la guerra, en que D. Hernando Cortés atribuye á los mexicanos la traición del comienzo de la guerra, y muerte de Moctheuzoma.

EL capitán D. Hernando Cortés habiendo puesto los doce bergantines á gesto con todos sus pertrechos y aparejos, antes que comenzasen la pelea naval, hizo sondar en su presencia toda la laguna que está entre México y Texcuco para saber donde habia bajos, ó donde habia algunos peligros, ó donde habia profundidad de agua bastante, ó algun tropiezo, para que habiendo comenzado la guerra naval, tuviesen sabido lo que habia en todo el trecho por donde habian de navegar; y para hacer este negocio mas convenientemente, mandó llevar todos los bergantines de una parte de la laguna (que está en los términos de México, y se llama *Acachinanco*) y tambien él mismo fué con ellos, y desde allí comenzaron á sondar toda la laguna. Habiendo hecho esta diligencia desde este dicho lugar, el capitán envió á llamar al señor de México y á sus principales sobre su fé de caballero, que no recibirian daño ninguno, que solamente les queria hablar y darles las razones del por qué les queria dar guerra, con que primeramente oyesen la razon muy justa que tenia para hacer este negocio, y para que entendiesen que ellos eran los culpados en este caso, y no los españoles, sin que hubiese dobléz ni ficcion, ni tiranía en lo que él pretendia en hacerles guerra. El señor de México con sus principales y capitanes, vinieron á oír lo que D. Hernando Cortés les queria decir por el agua en canoas, y el capitán se entró en un bergantin, y se apartó de los otros bergantines con algunos capitanes que consigo llevó, y llegándose cerca dellos, comenzóles á hablar con su intérprete y dijo:

Río, camino de Veracruz, y se rajó casi al concluirse, y el rey gastó en él crecidas sumas (*).

Mientras tanto, Cortés hacia sus escursiones sobre los pueblos pertenecientes al gobierno de México, en esta capital se tomaban medidas vigorosas para la defensa, superando muchos obstáculos de diversas especies. En la corte había algunos sospechosos aun de la familia de Moctheuzoma de ser parciales de Cortés, y esto motivó los recelos y desconfianzas precursoras de una guerra civil, y que turbaban la paz mas que los enemigos exteriores. ¡Ojalá y no habláramos en esta materia amaestreados por la experiencia! Por otra parte, la peste de viruelas que apareció en estas comarcas el mismo día de la batalla de Otumba, hacia en México horribles estragos, siendo víctima de ella el nuevo emperador Cuitlahuatzin: esta fué una fortuna para Cortés, porque este le habria hecho la guerra con mas sabiduría que su sobrino Quauhtimotzin la hizo despues, aunque no se le puede tachar de cobardía. Cortés soñaba con Cuitlahuatzin, y tenia razon, porque él lo destruyó á su salida de México, y no podia olvidar el chasco que se llevó, cuando teniéndolo preso en el palacio de Moctheuzoma, lo puso en libertad para que fuese á mandar que se hiciese mercado en México, y él fué á encargarse del ejército. Supo Cortés su muerte muchos días despues de ocurrida, y le plació en gran manera: los tlaxcaltecas no podian pasar á México sin que fuesen conocidos y tratados como espías, pagando con la vida, y así nadie queria ir; mas Cortés tuvo alguna luz del estado de la capital, por la corta declaracion que dió ya moribundo un capitán mexicano prisionero en un ataque; esto acaso le hizo activar sus providencias.

(*) Las tropas de Santa-Anna lo quemaron en 1821 y todavía aparecen sus ruinas.

CAPITULO XXXI.

De como á la lengua de la agua en Texcuco los españoles pusieron en perfeccion los bergantines, con los cuales conquistaron á los mexicanos, y del desafío para comenzar la guerra, en que D. Hernando Cortés atribuye á los mexicanos la traición del comienzo de la guerra, y muerte de Moctheuzoma.

EL capitán D. Hernando Cortés habiendo puesto los doce bergantines á gesto con todos sus pertrechos y aparejos, antes que comenzasen la pelea naval, hizo sondar en su presencia toda la laguna que está entre México y Texcuco para saber donde habia bajos, ó donde habia algunos peligros, ó donde habia profundidad de agua bastante, ó algun tropiezo, para que habiendo comenzado la guerra naval, tuviesen sabido lo que habia en todo el trecho por donde habian de navegar; y para hacer este negocio mas convenientemente, mandó llevar todos los bergantines de una parte de la laguna (que está en los términos de México, y se llama *Acachinanco*) y tambien él mismo fué con ellos, y desde allí comenzaron á sondar toda la laguna. Habiendo hecho esta diligencia desde este dicho lugar, el capitán envió á llamar al señor de México y á sus principales sobre su fé de caballero, que no recibirian daño ninguno, que solamente les queria hablar y darles las razones del por qué les queria dar guerra, con que primeramente oyesen la razon muy justa que tenia para hacer este negocio, y para que entendiesen que ellos eran los culpados en este caso, y no los españoles, sin que hubiese dobléz ni ficcion, ni tiranía en lo que él pretendia en hacerles guerra. El señor de México con sus principales y capitanes, vinieron á oír lo que D. Hernando Cortés les queria decir por el agua en canoas, y el capitán se entró en un bergantín, y se apartó de los otros bergantines con algunos capitanes que consigo llevó, y llegándose cerca dellos, comenzóles á hablar con su intérprete y dijo:

“Señores mexicanos, ya estamos determinados yo y mis españoles, y mis amigos los de Tlaxcala para daros guerra (dónde habian de acontecer cosas graves y temerosas de oír.) Esta guerra ha tenido principio de enojos de cosas que no están bien entendidos de vuestra parte, y quereinos culpas en lo que no tenemos culpa, habiendo sido nosotros los injuriados y afrentados, y maltratados de vosotros, y muertos muchos de los nuestros, y robadas todas *nuestras* haciendas sin razon y sin justicia, (en diciendo una pausa destas, el capitán mandaba luego á su intérprete que se lo dijese en su lengua). Sabed, señores míos, y sé que no lo ignorais, que mi venida á esta ciudad, como yo os lo dije, no fué para tomaros vuestra ciudad ni haceros guerra, sino para averiguar las quejas y agravios, y malos tratamientos de que os acusaron: vine á esta ciudad como visteis, y hablé en este caso lo que visteis, para que en espacio de algunos dias entendiésemos la verdad de los negocios de que fuisteis acusados. Este negocio no se pudo llegar al cabo, ni proceder en él como era menester, porque me vinieron á llamar de parte de otros españoles que habian venido de nuevo á la costa del mar; y fuéme necesario dejar lo que habia comenzado, y ir con la mayor parte de mi gente á recibir á los españoles que me venian á buscar, y dejé en mi lugar á otro capitán para que estuviese aquí con los españoles y tlaxcaltecas que aquí yo dejé, y hablé á Mochtezuma y á todos los principales mexicanos, para que entre tanto que yo volvia, estuviesen en toda paz y amistad, y desta misma manera hablé al capitán que yo dejé, y á todos los españoles, y á nuestros amigos los de Tlaxcala, para que hubiese toda paz y sosiego hasta que yo volviese, y desto muchos de los que estais presentes sois testigos de vista y de oídas. Después que yo me partí de éste, á pocos dias decis que el capitán que yo dejé, que es Pedro de Alvarado, que está aquí, á traición, *y sin habersele dado ninnguna ocasion*, os acometió de guerra en una fiesta que hacíades á vuestro dios Vitzilopuchtlí, y que allí mató y destruyó toda la flor de los mexicanos, y luego antes

que los españoles se recogiesen, acudió tanta gente de guerra mexicana contra ellos, que les fué necesario recojerse á su fuerte y encerrarse en las casas reales, donde yo los habia dejado, y esto señal fué que el negocio desta guerra habia comenzado de sobre pensado. Para imputar la culpa deste negocio á mi capitán y á mis españoles, comenzasteis á publicar que ellos á traición os habian acometido sin que tuviesen ninguna ocasion de hacer lo que hicieron; y esto no es así, porque venido que fuí yo, inquerí luego deste negocio como habia pasado, y hallé que vosotros estabades concertados de en mi ausencia en esta fiesta matar á todos los que yo habia dejado, así españoles como indios; como supieron esto muy de cierto, adelantáronse el capitán y los españoles á hacer lo que hicieron, y fué *bien hecho*. También nos achacais la muerte de Mochtezuma, y no es verdad, por que antes que yo viniese de la costa, por mandado de D. Pedro de Alvarado salió á las azoteas á mandar á los mexicanos que cesasen de pelear (aunque iban arrodelándole y guardándole los españoles) no solamente no le quisisteis obedecer; pero deshonrasteis á él y á nosotros los españoles, y le tiraisteis de pedradas, de manera que le heristeis, y murió de las pedradas que de vosotros recibió, y no solamente no cesasteis de pelear mandandolos vuestro señor; pero comenzasteis á pelear mas fuertemente contra los españoles, y quitasteis los bastimentos, y cuando yo vine morian de hambre; y sabiendo que yo venia, y viéndome entrar por vuestra ciudad, no hubo hombre que me hablase, ni me quisiese ver. Yo como entré donde estaban los españoles muy maltratados, ni vuestro señor, ni ninguno de vosotros me quiso ver ni saludar, y mandandoos que cesasedes de dar guerra, y nos dieseis bastimentos, no lo quisisteis hacer, sino añadisteis mayor diligencia, así en pelear, como en quitarnos y matar á los que nos daban algunos bastimentos escondidamente; de manera que tuvimos necesidad de salir huyendo, y de noche, de donde estabamos, y salir como podimos, con muertes de muchos españoles y indios amigos, y con ro-

barnos cuanto teníamos, y nos fuisteis dando caza hasta los términos de Otumba, donde de tal manera nos acosasteis de todas partes, que si no fuera por milagro de Dios allí nos matarades como deseabades. Todas estas cosas y otras muchas que callo, hicisteis contra nosotros, como gente idólatra, y cruel, y agena de toda justicia y humanidad; y por tanto, os venimos á dar guerra como á gente bestial y sin razon, de la cual no cesaremos hasta que vengamos nuestras injurias, y echemos por tierra á los enemigos de Dios, idólatras, que no tienen ley de proximidad ni de humanidad para con sus prójimos. Esto se hará sin falta alguna.

NOTA DEL EDITOR.

Para ponerse el lector en aptitud de entender este capítulo, uno de los mas interesantes del P. Sahagun, y de que no se hace mencion en su historia impresa; es preciso tomar el hilo de los acontecimientos que precedieron al comenzamiento de la conquista de México, ó digase mejor, de la expedicion naval. Cortés siempre confió en su fortuna, y jamás perdió la esperanza de enseñorearse de México; dando, pues, por realizada la conquista, dió cuenta á Carlos V. de todo cuanto habia hecho hasta entonces, y de lo que meditaba hacer en adquiriendo la posesion total de la tierra, de la escelencia de sus diversos climas, del terreno y provincias que hasta entonces tenia subyugadas á la corona de Castilla; y concluyó pidiendo se le enviasen religiosos para la propagacion de la ley evangélica, ganados, semillas, armas, y municiones que ofreció pagar de su cuenta, y para el mejor desempeño de tan importante comision, nombró á Alonso de Mendoza, quien ademas llevó recomendaciones para la corte, del ayuntamiento de Tepeaca, que elogiaba la conducta del conquistador. Para mayor seguri-

dad de que se recibirian en la corte sus esposiciones, las dirigió tambien por medio de la audiencia de Santo Domingo, á la que suplicó permitiese embarcar á cuantos españoles quisiesen para engrosar sus fuerzas, con tal que no fuesen hombres viciosos y enredadores. Para asegurar el camino de Veracruz á México, hizo prender á cuarenta indios de los que habian salteado á los españoles, en quienes se notó una estruordinaria serenidad para recibir la muerte. Encerráronlos en un gran patio (dice Herrera) para matarlos, desnudáronse muy gustosos la ropa que tenían, hicieron un gran baile, cantando y encomendando sus almas á sus dioses, y con mucha alegria aguardaron la muerte que se les dió degollándolos. Este acto de atrocidad pudo colorearse con el nombre de justicia, por las muchas atrocidades que ellos habian cometido con los españoles que hubieron á las manos; pues hechos prisioneros los engordaban, desnudos los garrochaban como toros, despues los mataban, y hecha tasajos su carne, la repartian entre sus amigos, diciéndoles que la comiesen pues era sabrosa. ¿Mas qué barniz de justificacion podrá darse á la ustion que hacia Hernando Cortés en la frente á los prisioneros que hacia en guerra lícita, marcándolos por esclavos de un rey que en las instrucciones dadas á los conquistadores de las Américas, les prohibia hiciesen esclavos á los indios, como lo comenzó á practicar Cortés desde la guerra de Tepeaca, dándolos despues en encomienda, ó á los mismos españoles ó á los indios aliados suyos?

El encargado de la construccion de los bergantines fué el ingeniero Martin Lopez. Despues de haber cortado los tlaxcaltecas toda la madera que se les pidió, segun las trazas de dicho ingeniero, de su famosa sierra Matlacueye (*). Hizo traer Cortés toda la herramienta y jarcia de los ber-

(*) En la que se ve el cerro nevado, llamado hoy la Malinche de que es parte, y cuya vista pintoresca está enfrente de Puebla por el rumbo del Norte.

gantines que echó á pique á su llegada de Cuba, de que hemos hablado; recurso ingenioso y que con razon aplauden los escritores. Divididas en piezas aquellas naves, fueron llevadas en hombros de indios hasta la laguna de Texcoco en la que hoy todavia se registran las ruinas del muelle donde se botaron al agua, y que están en tierra seca, pues la laguna se ha retirado cerca de una legua. La brea para calafatear esos buques se sacó de los pinos de la sierra de Tlaxcala; pero faltaba sain, aceite ó grasa para mezclarle, y no habia cerdos ni chivatos de donde tomarlo, y así se echó mano.... ¡tiembla la pluma al decirlo! del unto de los cadáveres de los indios.... ¡Pobré humanidad, cuanto te compadezco! ¿Qué número de infelices seria necesario que muriesen para practicar esta operacion (*)?

La expedicion de México llenó de gozo á los tlaxcaltecas; ora sea por la parte que segun lo estipulado debian tener en ella; ora, por vengar la muerte de sus compañeros á la salida de México. Cortés no perdía momentos, y se aprovechaba de la menor circunstancia para escitar su valor, y lo mismo hacia el joven Xicotencatl para mostrar su deseo que no vió realizado, porque los españoles le quitaron la vida cuando dirigia un trozo del ejército á Texcoco, y se deshicieron de este enemigo que como á tal miraban. Cortés hizo reseña de su ejército, y segun Gomara, constaba de novecientos infantes españoles, ochenta y seis de á caballo, ciento diez y ocho con escopetas y ballestas, los demas con picas, rodela y alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía; tambien llevaban algunos coseletes y muchas corazas y jacos. La artilleria constaba de cuatro cañones gruesos de fierro colado, quince pequeños de bronce, y doce quintales de pólvora con muchas balas. Colocó un cañon en cada bergantin, y los demas se distribuyeron en las divisiones que marcharon por tierra. Cortés se dejó ver á caballo

(*) Esta anécdota la cuenta el historiador español Gomara, no es forjada en mi cerebro. Cap. 18, tom. 2, pág. 46, edicion de México, ó sea Chimalpain.

en esta parada, proclamó á sus soldados, asegurándoles que todo lo necesario para la expedicion lo tenia prevenido: "Lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por la salud y victoria, pues es suya la guerra".... ¡Tales fueron sus espresiones!

En esta ocasion hizo publicar Cortés unas ordenanzas que formó para el arreglo y esacta disciplina de su ejército, y que procuró se observasen con puntualidad; dirigianse singularmente á impedir los robos. Mandó, (dice Herrera) azotar á uno, porque tomó cierta ropa á un indio, ahorcó dos negros suyos porque tomaron á otro una gallina y dos mantas; él se reservaba robar un imperio, y con él, como ladron en grande, no tenian eficacia estas leyes.... Da veniam corvis vexet censura columbas. ¡O con cuanta justicia hizo igual reflexion el barquero á Alejandro de Macedonia!

Al siguiente dia hicieron su reseña los tlaxcaltecas adornados á su usanza. Precedian á sus masas la música militar de cornetas, caracoles, y otros instrumentos de viento: seguian los cuatro gefes de la república armados de escudo y espada, y adornados con bellos penachos de dos piés de alto. Llevaban los cabellos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y orejas, y en los pies calzados de gran valor. Seguitanles cuatro escuderos armados de arco y flechas, y en pós los cuatro estandartes de la república, cada cual con su insignia propia, hecha de plumas. Despues empezaron á pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes peculiares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos ó mas hombres, y seguian las tropas armadas de espada y rodela, y al fin las armadas de pica (*). Reseña tan brillante, digna de cantarse por la lira de Homero, no puede menos de escitar recuerdos muy dolorosos y meditaciones muy profundas á

(*) Segun Herrera y Torquemada, los flecheros eran sesenta mil, los picaderos diez mil, los de espada y escudo cuarenta mil, total, ciento diez mil.

un mexicano pensador. Si la sombra de Maxiscatzin, autor principal de la funesta liga de españoles y tlaxcaltecas se hubiera paseado por el medio de tan numerosa hueste, separada de su cuerpo mortal, sujeto á pasiones vergonzosas de odio y ambicion, no podria menos de entristecerse y de hundirse en la tumba, diciendo. . . . ¡Ah! En breves dias, opresores y oprimidos, todos quedareis reducidos á una vergonzosa esclavitud!! . . . No permita el cielo, protector de nuestra independencía, que algun ambicioso estrangero halle otros tantos tlaxcaltecas que apoyen sus pretensiones de reconquista, cuantos son los enemigos del sistema que hemos adoptado; ellos serán infinitamente inferiores á aquellos en número, pero muy más terribles en su venganza!

El numeroso ejército tlaxcalteca, en que iban reunidos los de Cholula y Huejocingo, no sabió todo reunido para Texcoco, por la gran dificultad que habia de mantenerlo. Al partir de Tlaxcala, que fué el 28 de Diciembre, Cortés reiteró á sus gefes lo que otras veces les habia dicho, esto es, que iba determinado á no volver sino victorioso de los mexicanos; y que si habia algunos que no fuesen gustosos, que se quedasen. Los señores de Tlaxcala le dijeron, que antes se ahogarian en la laguna de México, que volver sin la victoria: que en cuanto á los bergantines que quedaban allí construyéndose, se trabajaria con empeño, como si él estuviera presente. Despidióse entonces del senado, y al son de la música militar, y desplegadas las banderas, comenzó su marcha, siendo testigo de ella un pueblo numerosísimo, que levantando las manos en señal de su aprobacion y contento, hacia votos por su prosperidad, diciendo algunos en su idioma. . . . ¡Mirad como van los fuertes á quebrantar la soberbia de los mexicanos! Dios os dé la victoria: las mugeres especialmente decian. . . . ¡Nuestros ojos os vean volver vivos!!

El itinerario de Cortés, segun Gomara, fué el siguiente: De Tlaxcala á Tsmelucan, á Riofrio, á Texcoco. Al llegar á la cima de las montañas, contemplaron los españoles

el hermoso valle de México, parté con júbilo por ser aquel el término de sus deseos, y parte con disgusto por el recuerdo de sus pasados desastres; la memoria de estos, afectó muchos ánimos, que despues se esplicaron en los términos que lo hicieron en el arenal de Veracruz á su llegada, cuando Cortés se decidió á marchar á México, como en breve veremos. Parece que el genio del error presidia en el consejo del emperador de México: es verdad que el nuevamente electo y su antecesor, habian tomado providencias de toda especie para salvar la capital de la invasion que la amenazaba; ya, alistando numerosos cuerpos de tropa que se disciplinaban frecuentemente; ya, proveyéndose de víveres; ya, en fin, perdonando los tributos á los pueblos que no podrian pagar durante la invasion; pero estas medidas solo sirvieron para retardar los males, mas no para impedirlos; los mexicanos no conocian el genio astuto y emprendedor de Cortés, que nunca era mas temible que cuando se hallaba en los mayores conflictos, ni tampoco la ventaja de sus armas sobre las suyas, y los grandes recursos con que contaba; por tanto les parecia que quedaria cortado en su marcha si la emprendia por un camino, al parecer suave y llano, pero sembrado de escollos, prefiriéndolo á otro que le presentaron lleno de asperezas, y por las que lo preferiria para no ocuparse en desembarazarlo; mas cuanto se engañaron en esto! Cortés destinó mil tlaxcaltecas que en momentos lo allanaron todo, y transitando por él, los dejaron burlados; entonces los mexicanos se contentaron con escaramusear con algunas partidas de guerrilla que desaparecieron con la muerte de algunos mexicanos. Los españoles, sin interrumpir su marcha, vieron venir hácia ellos cuatro personajes de paz que traían una banderilla en una barra de oro del peso de cuatro marcos, y presentándola á Cortés de parte de su soberano Coanocotzin, rey de Texcoco, le ofrecieron hospedaje en aquella ciudad. Cortés lo aceptó mostrando benevolencia, pero ecsigió que le volviesen el oro que habian tomado

á cuarenta y cinco españoles á quienes dieron muerte, con trescientos tlaxcaltecas y cinco caballos en el pueblo de Zoltepec, y cuyos cadáveres habian colgado como trofeos en un templo de Texcuco, con sus armas y sus trages, y los caballos con sus arneses. A esto respondieron los enviados, que aquella matanza no se debía imputar á su señor, sino á los mexicanos que la mandaron ejecutar á los de Zoltepeque; que ellos harian toda diligencia para que se les restituyese lo robado. Entró Cortés de paz en Texcuco, pero á la noche siguiente, el rey se escapó á México en una canoa, temiendo que Cortés se apoderase de su persona, como habia hecho con sus hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin, é Ixtlilxochitl. Dictábalo así la prudencia y un triste desengaño. A imitación del rey de Texcuco se despobló la ciudad, y sus hijos vagaban por las montañas ó en otros lugares de seguridad y asilo. Hospedóse cómodamente Cortés en los palacios del rey Netzahualpilli, y en breve se le presentaron á dar obediencia los caciques inmediatos de Huexótlá, Coatlinchan y Atenco, conducta que desaprobó Quauhtimotzin: apoderáronse de los enviados y pusieron en manos de Cortés, á quien dijeron, que su venida se habia dirigido á que aquellos caciques interpusiesen sus respetos, como que eran sus amigos, para que hubiese paz entre españoles y mexicanos; fingió creerlos y los dejó en libertad, pero previniéndoles dijese al emperador, que se guardase de causar hostilidades á los españoles y á sus aliados.

Erigido Cortés en autócrata, y árbitro soberano de los pueblos de este continente, dió por vacante el trono de Texcuco, y lo proveyó en Ixtlilxochitl que se hallaba á la sazón en Tlaxcala; como este personage va á hacer un gran papel en la historia, convendrá aumentar la idea que en otro lugar hemos dado de él. Según el P. Clavijero, era entonces de veinte y tres años de edad, habia osado disputar el trono á su hermano Cacamatzin, contra quien habia levantado un ejército, obligádolo á dividir el reino de Aculhuacan,

provocando á su tío Mochtezuma que habia protegido á su hermano; habia hecho la corte á los españoles desde su llegada, y no se sabe por qué se hallaba en compañía de Cortés, y si su existencia en Tlaxcala era por arresto ó afición singular á los españoles; en fin, Ixtlilxochitl era el hombre que le convenia tener á su lado al conquistador, es decir, un enemigo de su patria, un maniquí é instrumento ciego hasta de sus caprichos; en suma, un pícaro en toda la estension de la palabra: tal fué Ixtlilxochitl, y por tal lo denuncian sus hechos, como despues veremos. Este malvado príncipe, en quien no creo hubiese sinceros deseos de ser cristiano, (pues el que maquina contra su propia nacion no puede tener sentimientos religiosos,) tal vez por agradar á Cortés, é imitar á los senadores de Tlaxcala, recibió el bautismo, apadrinándolo Cortés, y tomó el nombre de Fernando.

Texcuco, donde estaba el cuartel general de los españoles, era el centro de las operaciones militares, y tanto mas, cuanto que de allí debia zarpar la espedicion marítima. Para que pudiera verificarse, se abrió allí un canal de milla y media bastante profundo, el que segun Gómara, (cosa increíble) trabajaron, dice Clavijero en una nota, pág. 150, tomo 2, cuatrocientos mil indios (*). Era dicha zanja (son palabras de Gómara) de media legua larga, ancha doce pies y mas, y de dos estadios de honda donde menos, que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ahondó para caber los bergantines; así iba por toda ella por los lados en estacado, y encima un valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenían, y así se tardó en construir cincuenta dias, y trabajaban en ella mas de ocho mil indios diarios de Texcuco, y de los demas pueblos amigos. Allí tambien se hizo la maquina para botarlos. Tanta prosperidad de Cortés fué turbada por un incidente bien amargo, pues que siempre se mezclan

(*) En la edición que yo hice de este autor, no consta ni se lee tal cosa, ni pudo caber tal despropósito en cabeza humana.

los gustos con los pesares. Unos soldados españoles, afectos al gobernador Diego Velasquez, convinieron secretamente, sin duda por el miedo de los peligros que les amenazaban, en quitar la vida á Cortés, Alvarado, Sandoval, Tapia, y á los que eran mas adictos al general. No solo estaba ya señalado el tiempo y modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas las personas á quienes deberian darse los principales cargos; pero los denunció uno de los cómplices en la conjuracion. Mandóse prender á Juan de Villafañá cabeza del motin, y confesado su delito, fué ahorcado á una de las ventanas del cuartel. Cortés disimulando, atribuyó á malignidad del reo la complicidad que atribuía á muchos. Entonces Cortés nombró una escolta de soldados fieles y valientes que cuidasen dia y noche su persona. Ocurrió tambien otro suceso que iba á comprometer á Cortés con sus aliados de Tlaxcala, y de que salió bien, porque le acompañaba la fortuna borracha y caprichosa. Concluidos los bergantines en piezas, desde Tlaxcala á Texcuco fueron llevados á la laguna por Alvarado y Olid con sus tropas. Acompañaban á Alvarado el general Xicotencatl y un primo de este, llamado Pilteuelli, el cual en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, sin el menor miramiento á los respetos de Xicotencatl. El capitan Ojeda procuró apaciguar á los de aquella pendencia, pero Xicotencatl se dió por ofendido de este ultraje, sin embargo de que al herido se le permitió regresar á Tlaxcala á curarse, y no hallando el general de Tlaxcala modo de vengarse del ultraje, abandonó ocultamente el ejército y se marchó para su tierra. Alvarado dió parte á Cortés de este suceso, quien mandó á Ojeda que arrestase á Xicotencatl, y luego que lo tuvo en su poder, lo mandó ahorcar públicamente, á pretexto de llamarlo su desertor. Este ruidoso acontecimiento, que debió conmover el ejército de los tlaxcaltecas, por dicha de Cortés produjo un efecto contrario, pues los llenó de terror, é hizo que en lo de adelante observasen mas estrechamente

la ordenanza militar. Cortés se valió de aquel pretexto para deshacerse de un hombre á quien de antemano aborrecia, tanto por haberlo batido cuando invadió á Tlaxcala, como por haber sostenido las pretensiones de Cuiclahuatzin que pedía se deshiciesen los tlaxcaltecas de los españoles cuando se presentaron derrotados en Tlaxcala. Cortés no sabia perdonar sus injurias personales, era tan cruel como vengativo. Mientras tanto se aprestaban los bergantines en Texcuco, Cortés cuidó de hacer un reconocimiento de los pueblos inmediatos á la capital; ya, para sacar recursos de ellos; ya, para conocer su posicion que ignoraba, pues jamás los habia visto; y ya para situar las divisiones de su ejército, de modo que pudiesen obrar de consuno, poniéndose en contacto unas con otras. Antes de poner mano á ello, fortificó su cuartel general de Texcuco, donde tenia una retirada segura, y allí dejó á Sandoval con una fuerza de trescientos castellanos y muchos indios; tomó doscientos de aquellos y un grueso de tlaxcaltecas con muchos nobles de Texcuco, y se dirigió á Iztapalapan, lugar que recordaba por haber pertenecido á su mayor enemigo Cuiclahuatzin, que tan mal parado lo habia puesto. Entró en este lugar, que casi encontró desierto, pues sus moradores se habian retirado á unas islas situadas en la laguna; ocupábanse los de Cortés en saquear las casas, y casi celebraban su triunfo, cuando su júbilo se trocó en espanto, porque los de Iztapalapan soltaron el agua de los diques, operacion que si la hubieran hecho cuatro horas despues, todos habrian ahogado; sin embargo, sufrieron esta suerte algunos tlaxcaltecas, y perdieron la mayor parte de lo que habian robado. Murieron dos castellanos y un caballo, y muchos fueron heridos; Cortés dice que murieron mas de seis mil indios. A la mañana siguiente cargaron sobre los españoles los mexicanos, y se retiraron harto disgustados á Texcuco, pues les atacaban reciamente por agua y tierra, aquejados de frio y hambre. Consolóse Cortés á la mañana siguiente, pues vinieron á

confederarse con él los de Otumba. Los de Chalco quisieron también confederarse, y para apoyar su pretension, les mandó á Sandoval con veinte caballos y doscientos españoles e indios auxiliares. Este capitán español tuvo necesidad de batirse con un buen ejército de mexicanos que le salió antes de que entrase en Chalco, duró la acción dos horas, y el triunfo quedó por los españoles. Los tlaxcaltecas que convoyó Sandoval para que llevasen á su tierra lo que habían robado, fueron desvaratados por los mexicanos, y perdieron lo robado. Cortés dividió el estado de Chalco entre dos hijos de su cacique que acababa de morir de viruelas, y cumplió con la última voluntad de este, que lo nombró tutor de entrambos, aconsejándoles que se confederasen con él. Irritados los mexicanos contra los chalqueños, les amenazaron de nuevo, ocurrieron á Cortés que no pudo auxiliarlos, pero hallaron apoyo en los de Huejocingo y Quauhquecholan con quienes los unió, y unos y otros se defendieron de los mexicanos.

No menos que á Iztapalapan, tenía Cortés presente á los habitantes de Zoltepeque, por la mortandad de españoles que le habían hecho, y robo del oro que conducían, como ya hemos dicho, y así mandó á Sandoval que los hostilizase; ellos abandonaron sus casas, viendo venir sobre sus cabezas aquella tempestad; pero la venganza se ejecutó en muchos que fueron pasados á cuchillo, y otros hechos esclavos. Esta correría la ejecutó Sandoval con doscientos castellanos y quince caballos cuando partió para Tlaxcala á conducir los bergantines que estaban acabados. El primer buque de estos, y que sirvió de modelo á los otros doce, fué probado en el río de Zahuapam de Tlaxcala, conocido hoy por el río de Atoyac de Puebla, que pasando por la Mixteca para desaguar en el de Zacatula, se llama también el Río Mixteco; y es muy hermoso, abundante de peces, y de buena ribera, que he visto. Hernán Cortés celebró la llegada de estos buques de una manera, que prueba la grande con-

fianza que tenía de conquistar á México por medio de ellos. La conducción, (dice el P. Clavijero) se hizo con el mayor aparato y júbilo de los tlaxcaltecas, pareciéndoles ligera carga aquella que debía contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil indios llevaban á hombro las velas, y todos los demás objetos necesarios al transporte: dos mil llevaban los viveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por sus caudillos Chichimecatl, Teuchtlí, Axótecatl, y Tzotepil; mas al poner el pie fuera de los confines de la república Sandoval, (dice Gomara) dispuso que por ser la tablazon y ligazon cosa muy pesada, marchase la tropa tlaxcalteca con estos objetos á retaguardia para salvarlos de una sorpresa: esta orden disgustó mucho á los tlaxcaltecas que se jactaban de valientes, y decían que en todas las acciones de guerra ellos habían ocupado los puestos mas arriesgados á ejemplo de sus mayores; de modo que Sandoval necesitó apelar á los ruegos para contentarlos, y también condescender con Chichimecatl, y otorgó á su demanda; pundoñor que no es compatible con la indiferencia con que los tlaxcaltecas vieron prender y ahorcar al gran general Xicotencatl, primer jefe de la república en lo militar. Vistióse Cortés para el acto del recibimiento de lujo, y se dejó ver muy galán y bien acompañado, y no iban menos los tlaxcaltecas, pues se adornaron con sus mejores ropas, penachos y divisas militares, cosa de ver. Seis horas, dice Herrera, tardó la tropa auxiliar para entrar en Texcuco, é hicieron cuatro dias de marcha desde Tlaxcala á esta ciudad (*). El saludo de felicitación que dió á los españoles Chichimecatl con grandes voces, fué.... ¡Ea cristianos! ¡Tlaxcala, Tlaxcala!.... ¡España, España!!.... A que respondían los españoles: ¡Castilla, Tlaxcala! Cortés abrazó á Chichimecatl, quien tuvo la bajeza de arrodillar-

(*) Clavijero dice, que tardaron tres horas; prefiero el dicho de Herrera, pues ejército tan numeroso y ordenado, necesitaba de todo este espacio de tiempo.

se y besar la mano al general español. Sin descansar del viaje, rogó á este que lo emplease en alguna expedición contra los mexicanos, y accedió á ello. En principio de la Primavera de 1521 se puso en marcha Cortés con veinte y cinco caballos, seis piezas de artillería, trescientos cincuenta españoles, y treinta mil tlaxcaltecas, y parte de los nobles de Texcuco, de quienes desconfiaba. En la llanura, andadas cuatro leguas, se encontraron con un escuadrón de mexicanos en el llano de Tecama, cuyo pueblo saquearon. Cortés prohibió que los tlaxcaltecas cautivasen las mugeres: al día siguiente marchó para Xaltocán, cuyos habitantes se creían seguros de ser atacados, por estar rodeado aquel lugar de fosos y acequias, defendiéndose además con flechas y piedras; mas al fin vencieron los obstáculos los tlaxcaltecas, y penetraron á la ciudad; pasó Cortés adelante, y Chimalpán nota que este gefe halló sobre la portada de una casa por armas ó divisa una tarántula, que en lengua mexicana se dice Tocatl y Xal-araña, y que por todo esto se llama el pueblo Xaltocán. Pasó despues al de Quauhtitlan, que halló despoblado. De esta ciudad, dice Cortés, que era hermosa, hoy es un pueblo miserable que se sostiene con el tráfico de la arriería de Tierradentro, y solo subsisten las antiguas pirámides en sus inmediaciones dedicadas á las estrellas de que habla el baron de Humboldt en su ensayo, y otros escritores de la antigüedad mexicana. De allí pasó Cortés á Tenayocan y Atzacapotzalco, donde no halló resistencia hasta Tlacopam (ó Tacuba) punto desde donde el conquistador se propuso entablar negociaciones con México, ó cuando no, saber cual era el estado de esta capital; mas los de Tacuba lo atacaron con impetu, y pelearon muy bien por largo rato, y se retiraron despues por el daño que les hacia la caballería y armas de fuego. Alojóse en una casa de los arrabales aquella noche; los tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la población. El ejército permaneció allí seis dias, en que hubo sus duelos y retos entre los

tlaxcaltecas y tecpanecas, combatiéndose con valor extraordinario. Denostábanse mutuamente, y tambien decian no pocos desahogos á los españoles que mostraban el encono que tenían contra ellos; algunos de estos razonamientos nos han dejado los escritores. Decíanle á Cortés, ¿te parece, cristiano (*), te parece que ahora van las cosas como antes? ¿Piensas que reina hoy en México un Moctheuzoma sacrificado á tus caprichos? Entra, entra en la corte, y en breve serás sacrificado á los dioses con los tuyos. . . . Dijoles un castellano, ¿que por qué hablaban tanto estando encerrados y sin comida? . . . Cuando esta nos faltase, dijeron los indios, os comeríamos á los tlaxcaltecas y á vosotros, y les arrojaron tortillas de maiz en señal de que tenían víveres. Las acciones que allí se dieron fueron terribles, y todos estuvieron á punto de perecer, porque se empeñaron en perseguir á unos mexicanos que salieron á insultarlos para atraerlos al peligro. Aquel lugar estaba inmediato á los fosos que con tanta pérdida pasaron Cortés y los suyos en la noche triste; viéronse de pronto atacados por los lados del camino, estuvieron en gran conflicto, y hubo cinco españoles muertos y muchos heridos. Disgustado Cortés del mal éxito de esta escursión se retiró á Texcuco, oyendo grandes denuestos. Clavijero dice, que los tlaxcaltecas pidieron licencia á Cortés para retirarse con los despojos á Tlaxcala y se las concedió, punto en que no está de acuerdo con Herrera, cuyas palabras son las siguientes: "Como Cortés vió á los tlaxcaltecas muy enjoyados de los despojos (cosas que por su pobreza jamas traían,) dijo á Ojeda y á su compañero Marques. . . . Pese á vosotros, catadlos y tomadles el oro, y dejadles la ropa. No se los dijo (añade) á los sordos, porque luego lo hicieron, y hallaron mas de tres mil pesos: y á otro dia pareció que se habían ido diez mil tlaxcaltecas. El siguiente dia se hizo otra cata, y se fueron otros tantos; y al tercero dia faltó la

(*) Parece que lo decian por antifrasis. ¿Cuánto importa esta palabra cristiano que él desmentía con sus obras!

tércia parte de ellos, que se presumió llevar mas de cincuenta mil pesos y mas de doscientos mil ducados de ropa: y porque se iban no les quitaron las joyas de allí adelante y á los señores no se cataba, y así no se fué ninguno (*). Este era el ejército de Tlaxcala, una horda de ladrones; en aquella mala compañía andaban todos á quienes se robaba primero. Con razon se retiró Cortés asaz mosqueado á su cuartel de Texcuco. Estaban acabados los bergantines por este tiempo, y Cortés activaba por su pronta expedicion para botarlos al agua, operacion tan difícil como su traslacion hasta el muelle de Texcuco, que por su singularidad y asombro que causó á los indios bien merece referirse. A lo que da á entender Herrera, refiriéndose á la relacion de Martín Lopez, ingeniero de Cortés y autor de esta empresa, la gran zanja que se hizo, y en que trabajaron ocho mil indios diarios, distaba media legua de la laguna; en un arroyo de poca agua (†) fueron haciendo de trecho en trecho presas para llevarlos con ingenios por ellas; mas estando amarrados, se levantó una gran borrasca de agua y viento, que á no acudirse con grandísima diligencia, se habrian hecho pedazos unos con otros. Hallóse piedra en la parte de la última presa, y con picos y almadenas ó (mazos de hierro chatos) se hizo un deslizadero, para que soltando la presa, aunque con gran furia, sin peligro del gran salto, los bergantines, el uno tras del otro, diesen en la laguna. Para presenciar y solemnizar este acto, se dijo misa del Espíritu Santo (‡), confesó y comulgó Cortés y todos sus soldados, el capellan bendijo los buques, hizo una plática sobre el ser-

(*) Herrera, Decad. 2, lib. 1, pág. 11.

(†) Todavía ecsiste este arroyo que he pasado por él.

(‡) Estos españoles estaban animados del mismo espíritu que los caballeros de las cruzadas de Palestina, que por recobrar el Santo Sepulcro, cometian toda clase de violencias con los habitantes de aquellas regiones. Aun reina el espíritu de tan falsa piedad, pues se bendicen las pulquerias y tabernas de México, lugares de abominacion, en los que habita Dios nuestro Señor en fuerza de su inmensidad.

vicio que hacian á Dios, y la santa intencion que en negocio tan de su servicio debian tener, y como lo habian de ejecutar. Dada la señal, soltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro, y apartándose por la laguna desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artilleria, respondió la del ejército, cantóse el Te-Deum, y se hicieron muchas demostraciones de alegria. Efectivamente trece buques como estos, llevados á hombros en el espacio de veinte leguas, fabricados en tierra donde no habia aparejo ni esperiencia ninguna de los materiales, será asunto de admiracion en todas las edades. No la escitará menos el modo con que fueron trasladadas dos piezas grandes de artilleria de fierro, que en Villarica habia dejado una nave de Jamaica. Cortés comisionó para que las trajera á Alonso de Ojeda, que marchó con cinco mil tlaxcaltecas; púsolas en unos lechos de madera desmontándolas, y las cámaras las colocó en otros (lechos) (*), de manera que cada lecho lo llevaban veinte indios remudándose á trechos. Este servicio importantísimo se lo remuneró Cortés haciéndolo general de ciento ochenta mil indios que habia en el campo, cuya lengua entendia perfectamente Ojeda, y tenia mucho arte para tratarlos. Era tambien proveedor del ejército, y les aguantaba con admirable paciencia las picardias y sátiras que le decian cuando recaudaba los víveres.

Las tropas mexicanas puestas en movimiento para impedir el asedio de la capital, no menos que para castigar á los pueblos, que uniéndose á los españoles, engrosaban sus filas, obligaron á los de Chalco á pedir auxilio á Cortés; destinó este á Sandoval para que se los diese con trescientos españoles y veinte caballos, y gran número de indios amigos; pero como hallase que tenian en bastante número

(*) Me parece que este pasage de Herrera se entenderá fácilmente, acordándose que entonces la artilleria tenia diferente construccion de la del dia, pues se dividia y cargaban los cañones por la culata, como se vió el año de 1810, en que se hizo uso de los falconetes que trajo Cortés.

tropas de Huezotcinco y Huaquechola, y sabiendo que el mayor peligro estaba en Huatepeque, se dirigió á este pueblo al Sur de Chalco; dos gruesos cuerpos de mexicanos lo atacaron, á quienes derrotó por el crecido número de aliados que le seguían. Entróse en Huatepeque para descansar y curar los heridos; mas allí fueron atacados los españoles que rechazaron á los mexicanos, y siguieron en su alcance largo trecho.

Supo Sandoval que los mexicanos ocupaban una áspera montaña en Ayacapixtla, les ofreció la paz, que rehusaron; los auxiliares temían dar el asalto por la aspereza de la montaña, y desmesuradas peñas que desde ella les lanzaban. No obstante, Sandoval emprendió el ataque y obtuvo la victoria, haciendo tan cruel matanza, que un arroyo inmediato se tiñó con la sangre mexicana; sin embargo, tuvo alguna pérdida, pues allí murió Gonzalo Dominguez: la sed atormentó mucho á los españoles en esta jornada que tuvieron por una de las mas terribles de la conquista, y según Gomara, no podían beber el agua de un arroyo inmediato porque corría mezclada con sangre.

Mucho sintieron los mexicanos esta desgracia, porque confiaban altamente en la fortaleza y localidad del Peñón, y con el mayor secreto mandaron en dos mil canoas veinte mil hombres sobre los de Chalco, en quienes hicieron un gran destrozo, porque los tomaron cansados y descuidados; sin embargo, recobrados de la sorpresa marcharon sobre los mexicanos, y en Chalco Atenco, les dieron una acción en que quedaron victoriosos. Sandoval no fué remunerado de Cortés por su valor en Ayacapixtla, pues atribuyó á negligencia suya el que los de Chalco hubiesen sido atacados otra vez por los mexicanos; no quiso ni aun oírle sus descargos, sino que lo hizo salir nuevamente con los soldados mas esforzados para sostener á sus aliados; y cuando llegó, todo estaba concluido en bien y gloria de estos. Parece que

temió Cortés que alguna desgracia de la guerra desacreditase la reputacion de sus armas, y para dejarla bien puesta, dejó á Sandoval en Texcuco con el cuidado de los bergantines y de la plaza, y con veinte mil aliados, treinta caballos y trescientos españoles marchó para Tlalmanalco, y de allí para Chimalhuacan Chalco, donde se engrosó con otros veinte mil hombres. Tomando el camino de Huatepeque, en un peñón vió Cortés una multitud de mugeres y niños, y abajo otra de soldados que con gritos y silvos se burlaban de su ejército; hizo punto de honor el atacarlos y lo emprendió por tres partes; mas una tempestad de piedras y dardos pronto le hizo conocer lo difícil de la empresa, y mas que un ejército mexicano venia por la espalda para acometerle cuando mas empeñada estuviere la acción. Desistió, por tanto de su empeño primero, volteó caras, y sin dificultad hizo abandonar el campo á sus enemigos. No fué tan venturoso con los que atacó en el otro Peñol, pues le hicieron ocho muertos y muchos heridos. Habia unas casas no muy distantes de este punto donde durmió Cortés la noche de aquel día, al siguiente se propuso atacar otro Peñol inmediato, pensando (dice Gomara) recobrar la reputacion que el día anterior perdió. Empeñóse en el ataque, caminando por delante de su hueste; pero á proporcion que subia, sus enemigos se le escapaban hácia otro Peñol que tenían contiguo; mas los españoles lo flanquearon, y ocupándolo, fijaron en su cima el pendon castellano. Los indios imploraron perdon, que Cortés les otorgó por ganar fama de clemente.

Pasó de allí al pueblo de Huastepec, y se aposentó en la casa del cacique, cuya magnificencia nos describe Herrera diciendo, que estaba situada en una huerta que tenia dos leguas de circuito, por medio de la cual corría un río, pobladas las riberas de muchas arboledas, y de trecho en trecho aposentos con jardines de diversas flores y frutas, y habia diferentes casas, sementeras y fuentes. Habia, además,

en diversos peñascos labrados (*) cenadores, oratorios y miradores con sus escaleras en la misma peña. De este bello lugar pasó Cortés á Yauhtépeque, donde no lo espero mucha gente de guerra que habia; siguióla hasta Xiatepeque donde se mató mucha, y se tomaron muchas mugeres, y como el cacique no acudia á presentarse, se le puso fuego al pueblo: ¡tal era esta guerra de esterminio! Pasó despues Cortés hasta las inmediaciones de Quauhnahuac, (hoy llamada la villa de Cuernavaca) ciudad amena, y capital de la nacion Tlahuica, distante diez y seis leguas de México al mediodia; su situacion era muy fuerte, pues de un lado la rodeaban montes escabrosos, y de otro un barranco bastante profundo, por el cual corría un arroyo; por tanto no era atacable; mas como su fecundidad fuese tanta, que las ramas de sus árboles de afuera se cruzasen y enlazasen con los de adentro, ellas sirvieron de puente para que pasase un soldado tlaxcalteca, y á su imitacion otros varios, que amedrentó á los de la ciudad, los espantó y huyeron á los montes: los españoles quemaron parte de ella; despues se presentó el cacique con los principales de Cuernavaca, á quienes procuró dejar contentos. Al tercero dia marchó el ejército hácia el monte grande, llamado de Ajuzco, y llegó á unas estancias que se llamaban Quaubxomolco. Esta montaña es una de las mas elevadas que hay sobre el nivel del mar, considerada la elevacion que sobre el mismo tiene México; en un tiempo fué un volcán de fuego, cuyo cráter se conserva aun, y se ve una gran lava que corrió en torrente hasta el mar del Sur, y unos llaman el Mal-país, y otros el Pedregal; gran parte del año conserva la nieve de que se cubre en invierno, y aquella cumbre es el punto de vista mas delicioso que pudiera imaginarse para observar los valles de México, Toluca, campiñas de Puebla y volca-

(*) Parece que esto es lo que hoy llamamos riscos, en que antiguamente se incrustaban conchas, chichicles, y otras preciosas piezas de loza fina en los jardines, y que apenas hay uno ú otro en las casas antiguas.

nes de Toluca, Popocatepetl, la Sierra-Nevada y Citaltepetl, ó sea el volcán de Orizava, que otros llaman Poyauh-tecatl. Descendió Cortés con su ejército á la ciudad de Xochimilco, ciudad grande, la mayor despues de la de México en su valle, situada á las orillas de la laguna dulce de Chalco, cuyo vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios, y singularmente bellos sus jardines flotantes ó chinampas, de donde tomó el nombre de Xochimilco, que significa jardin ó campo de flores. Tenia (dice Clavijero que la describe) como la capital, muchos canales ó fosos, y á la sazón, por miedo de los españoles, se habian construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al ejército, alzaron los puentes para dificultar la entrada. Cortés dividió el ejército en tres trozos para atacar por otros tantos puntos; pero en todos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, sino despues de un terrible combate de media hora, en que fueron muertos dos españoles y muchos heridos; pero superados estos obstáculos, entraron en la ciudad persiguiendo á los que la defendian, los cuales se retiraron á las canoas para seguir combatiendo hasta morir. Oíanse voces de paz, lo que hizo dudar á Cortés que haria, si suspenderia ó no el ataque, mas al fin entendió que era un ardid para suspenderlo, juntar sus hatillos, y ocultarse con ellos en los cañaverales de la laguna, ó aguardar el socorro que esperaban de México. Cesó por fin el ataque, ocupóse la ciudad, pero apenas comenzaban á respirar los castellanos, cuando un gran número de mexicanos formados en orden de batalla por el mismo camino que aquellos habian traido, los atacan y reducen al mayor conflicto. Cansóse el caballo que montaba Cortés, y necesitó defenderse á pié con la lanza, de sus enemigos, y su muerte era casi inevitable; mas su fortuna le deparó á un caballero de Tlaxcala, llamado Ocelotzin que lo salvó de las fauces de la muerte (*), y continuó peleando.

(*) Sobre este hecho se han escrito arañías: dicen algunos que Cortés

Al fin fueron vencidos los xochimilcas, cuyo valor describe Gomara diciendo: "Que eran tan valientes, y se defendian con tal ánimo, que pusieron en grande aprieto á los de á caballo, sin temor ninguno, con la espada ó macana, y daban las cuchilladas tan bravas que abrian como si fueran granadas; de modo que los castellanos se espantaban, y no osaban llegar á estos tales que traían macanas cortadoras, y muchas veces en este campo peleaban con rodela y macanas con los amigos tlaxcaltecas y tescucanos, donde morian de una parte y otra." En esta ocasion murieron algunos españoles, y casi todos fueron heridos, incluso Cortés, y los principales capitanes como Alvarado y Olid. Cuatro españoles que cayeron prisioneros, fueron conducidos á la capital, y sin tardanza sacrificados: mandáronse sus brazos y piernas á varios pueblos para escitar el valor de sus habitantes. Cortés habria tambien muerto, pero los indios quisieron tomarlo vivo, para tener el bárbaro placer de inmolarlo á Vitzilopuchtlí. Tomado Xochimilco, el emperador Quauhtimotzin hizo un razonamiento á la nobleza mexicana para la continuacion de la guerra, y mandó armar un ejército de doce mil hombres para pelear por tierra, y otro para continuar las hostilidades por la laguna, lo que se ejecutó con tanta prontitud, que apenas habian descansado los españoles del dia anterior, cuando las centinelas les avisaron de su venida. Cortés dividió en tres trozos su ejército, dejó guarnicion en los cuarteles, y mandó que veinte caballos con quinientos tlaxcaltecas pasasen al traves por el ejército enemigo para ocupar una altura, y que allí aguardasen sus órdenes para obrar. Dióse la accion fuera de Xochimilco, y en sazon oportuna mandó cargar á los mexicanos por la espalda con los caballos y quinientos tlaxcaltecas, como lo hicieron matando igual número de ellos. creyó que habia sido S. Pedro, porque en aquella época se hacia intervenir á la divinidad aun en las acciones mas inicuas, y todo sucedia por arte de mágico. Gomara, aunque español nombra á Ocelotzin.

mexicanos. Los que se quedaron de custodia en los cuarteles, estuvieron en gran peligro porque les cargaron reciamente. Finalmente, despues de tres dias de continuos ataques, Cortés prendió fuego á los templos y casas, reunió sus tropas en el mercado que estaba fuera de la ciudad, y se puso en marcha; creyeron los de Xochimilco que era efecto del miedo, los atacaron por retaguardia, y se retiraron vencidos.

Como el principal objeto de las escursiones de Cortés fué hacer un prolijo reconocimiento de las inmediaciones de México para plantear el asedio, pasó de Xochimilco á Coyoahuacan (hoy Coyoacan) entonces ciudad populosa, y hoy pueblo de recreo de algunas familias acomodadas de esta capital, y la halló despoblada. Marchó á reconocer el camino que desde allí iba á reunirse con el de Iztapalapa, y encontrando una trinchera defendida por los mexicanos la mandó atacar; hubo gran resistencia con la infanteria castellana, en que fueron heridos diez de esta. Subió á dicha trinchera, y vió el camino de Iztapalapa cubierto de enemigos, y la laguna de millares de canoas: volvió á Coyoacan y entregó sus templos y casas á las llamas. De allí marchó á Tacuba molestado por los mexicanos que atacaron el bagaje, y en uno de los encuentros corrió peligro su persona cogidos dos criados suyos, y sacrificados en México. Esta desgracia le atormentó el espíritu, y mucho mas cuando desde el átrio del templo mayor de Tacuba, contempló en compañía de otros españoles aquel mismo camino por donde pocos meses antes habia perdido tantos fieles amigos, y compañeros, temiendo se repitiese igual escena si se le frustraba la empresa. Aconsejábanle algunos que desde allí comenzase las hostilidades; pero no le pareció consejo prudente, y regresó á Texcoco por Tenayocan, Citlaltepeque y Acolhuacan. En Texcoco encontró aumentado su ejército con nuevas partidas de españoles llegados á la husma de sus victorias, y fué recibido con aplausos. En la revista

que pasó, halló novecientos infantes, ochenta y seis caballos, entre la infantería ciento diez y ocho ballesteros y escopeteros, y los demas piqueros y rodeleros, tres cañones de hierro gruesos, quince chicos de bronce, diez quintales de pólvora, y muchas balas. En cada bergantín colocó una pieza, y los tripuló á todos segun su tamaño. Hizo publicar de nuevo las ordenanzas que habia formado, fingió una falsa alarma, y quedó gustoso al ver que cada cual acudió prontamente á su puesto sin confusion; emplazó á los huejotzincas, tlaxcaltecas y otros auxiliares para que se hallasen en Texcuco dentro de diez dias: tardaron tres en su entrada; tal era el acópio de hombres: recibió las protestas de morir ó vencer en la demanda por los capitanes Alvarado, Olid y Alonso de Avila, y satisfecho de ellas, distribuyó la hueste del modo siguiente. Reservó para sí trescientos soldados con los que él entraria en los bergantines. A Alvarado dió treinta caballos, y ciento cincuenta infantes de espada y rodela, diez y ocho ballesteros y escopeteros, dos cañones, y mas de treinta mil indios, con orden de situarse en Tacuba. A Cristobal de Olid treinta y tres caballos, diez y ocho ballesteros y escopeteros, ciento sesenta infantes, dos piezas, y cerca de treinta mil indios, con orden de situarse en Coyoacan. A Sandoval, treinta y tres caballos, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta infantes, y la gente de Huejocingo, Cholula y Chalco, que serian mas de cuarenta mil hombres: estos debian destruir á Iztapalapa, (*) tomando asiento donde mejor les pareciese, juntándose primero con la guarnicion de Coyoacan, y pasando adelante por una calzada de la laguna con espaldas de los bergantines, para que despues entrando Cortés con ellos con mas comodidad, y menos riesgo, pudiese Sandoval alojarse donde mejor le pareciese.

(*) ¿Destruir á Iztapalapa? (preguntará alguno) Sí, porque era propiedad de Cuzlahuatzin que derrotó á Cortés.... ¡He aquí su carácter vengativo como hemos visto!

En cada bergantín iban veinte y cinco castellanos con su capitan, y seis escopeteros y ballesteros. La expedicion salió de Texcuco á 22 de Mayo de 1521 (*); y entretanto que Cortés hacia zarpar estos buques para México, le llegaron mensageros de Tizapan, Mexicalcingo y Nauhtlan, ciudad litoral del seno mexicano, situada mas allá de la colonia de Veracruz, á prestar obediencia, en nombre de sus señores al emperador Carlos V.

En la expedicion que en socorro de los de Chalco hizo Sandoval, tomó prisioneros á cuarenta nobles mexicanos, que despues Cortés puso en libertad, para que persuadiesen á Quauhtimotzin á que se entregase á España, medida que no surtió efecto alguno; no se contentó con esto Cortés, sino que despues mandó otros dos prisioneros nobles, para que dijesen lo mismo, llevando por credencial una carta que no podian entender los mexicanos. Su corazon no descansaba en esta parte, él queria dar un colorido de justificacion y de legalidad á una de las agresiones mas inicuas que se han hecho en el mundo, y que mas deshonoran y envilecen á la especie humana. Por otra parte, sin duda queria Cortés obrar con las prevenciones que para casos tales hacian los reyes católicos á los conquistadores para hacer recaer la responsabilidad y perjuicios que resultasen por la resistencia que los americanos hiciesen á tan injustos salteadores. Los hombres perversos siempre buscan fórmulas y pretextos para engañar á Dios, y calmar los clamores de la conciencia, fiscal tenaz é importuno acusador de nuestras malas obras, al modo que Pilatos se lavó las manos, protestando en la fuente de la inocencia, que no tenia parte en el derrama-

(*) Capitanes del ejército, Jorge Alvarado, Andrés de Tápia, Pedro de Ircio, Gutierre de Badajoz, Antonio de Monjarréz, Hernando de Lerma. Capitanes de los bergantines: Juan Rodriguez de Villafuerte, Juan Jaramillo, Francisco Verdugo, Francisco Rodriguez Magariño, Cristobal Flores, García de Holguin, Antonio Carbajal, Pedro Barba, Gerónimo Ruiz de la Mota, Pedro de Briones, Rodrigo Morejon, Antonio Sotelo, y Juan de Portillo.

miento de la sangre del Santo de Israel; siendo así que por su sentencia fué inmolado en el patíbulo afrentoso de la cruz, y sin la cual habria vivido en el orden de los sucesos naturales, pues tenia autoridad y guarnicion romana bastante para poner en brida á la canalla de Jerusalem que en asonada pidió la muerte del Salvador.

Esta larguísima nota ha sido necesario poner, para llenar la gran laguna que el P. Sahagun nos deja, cuando refiere en el capítulo 31 el razonamiento que Cortés dirigió por medio de sus intérpretes á Quauhtimotzin para cortar la guerra, cuyos resultados temia, por el escarmiento que le dieron los mexicanos en la memorable noche triste.

El Abate Clavijero, en la tercera nota, pág. 156, tom. 2, de la edicion de Londres, se esplica del modo siguiente: "El P. Sahagun (dice) que por medio de ciertos personajes prisioneros, Cortés convocó al rey y á la nobleza de México á un sitio del lago llamado Acachinanco, y copia la arenga que les hizo, esponiéndole los motivos de la guerra.... Mas esta reunion ni es verdadera ni verosímil.... Cortés (añade) no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los mexicanos."

Esta, y no otra, es la razon que dá el P. Clavijero para negar un suceso referido por un testigo casi ocular de todo lo que cuenta, oído de los testigos presenciales de la conquista, exacto en mengua de un español en cuyas glorias se interesaba, y de quien siempre ha hablado, no solo con elogio, sino con mucho respeto, como los escritores sagrados del famoso Gedón. Bernardino de Sahagun, laborioso franciscano, (dice el P. Clavijero, pág. 18, tom. 1, noticia de los escritores de la historia antigua de México,) habiendo estado mas de sesenta años empleado en la instruccion de los indios, supo con la mayor perfeccion su lengua y... su historia. Hombre pues de tales tamaños, de continua dedicacion al estudio de la historia de este país, de una morali-

dad tal, que segun se esplica el mismo Betancourt en su Menologio seráfico, pág. 113, desde sus tiernos años fué muy observante, recojido, muy dado á la oracion, por lo cual tuvo con él comunicacion muy estrecha el P. Fray Martin de Valencia, á quien mereció muchas veces verlo en estásis arrobado.... ¿Un hombre, que perseguido por los españoles por lo que habia escrito de sus crueldades, rectificó la verdad de sus relaciones, copiando esta en el año de 1585, es decir cinco años antes de morir, merece que casi casi se le diga que miente? Si á esta clase de escritos negamos la fé humana, yo tendré sobradísima razon para negársela tambien al P. Clavijero, y á todos los que se hallan en su caso, lo cual seria una temeridad.

¿Pero cuál es la razon suficiente porque se niega la verdad de este suceso, y hasta la verosimilitud de que hubiese asi ocurrido?... Oigámosla... Porque Cortés siendo muy minucioso en sus relaciones, no se la hizo á Carlos V; mas yo pregunto: ¿estas relaciones son como las confesiones sacramentales, en las que nada, nada debe callar el hombre, porque habla á un Ser que penetra hasta nuestros riñones y no puede ser engañado?... Neguemosle la autoridad á los evangelistas porque no nos refrieron tantos hechos de Jesucristo, que si se hubieran escrito, segun dice S. Juan, no cabrian en el mundo. Fernando Cortés no tuvo valor para referir á Carlos V. hechos de que le resultaba mengua en su fama, y cargos en el juicio de residencia, no fué tan mentecato ni pródigo de su honra y vida; hablaba lo que convenia, y callaba lo que le convenia callar. Los cargos que hizo á Quauhtimotzin son falsos, injustos, destructores de todos los principios sociales, anárquicos, y la profesion de ellos lo habria hecho ver en la corte de Felipe II. como un monstruo de que habria procurado deshacerse aquel suspicaz monarca, y verdadero príncipe de Maquiavelo. Para negar esta verdad, es preciso negar tambien todas las anteriores relaciones de los sucesos que precedieron al sitio de

México, y en las que el P. Sahagun y Clavijero están conformes. Este poema no es una fábula, como ni este un hecho aislado: es una parte de aquel todo con quien está íntimamente conecionado. No creo que me engañaría si dijera, que uno de los principales motivos que el gobierno español tuvo para ocultar de la vista de toda la nacion esta obra, es este mismo suceso del que no se hace mencion en la historia de la conquista del P. Sahagun que imprimí, y copió fielmente el señor coronel de arilleria D. Diego Garcia Pánes, copiada de la que le franqueó el cosmógrafo D. Juan Bautista Muñoz como consta de su atestacion, hecha en Madrid en 25 de Octubre de 1793.

Tengo, pues, para mí, que es verdadera la relacion del P. Sahagun, y muy propia del carácter de Cortés, y miro este documento como una pieza del terrible proceso y juicio que Dios habrá hecho al conquistador por la sangre mexicana que por su causa derramó, y que pide venganza á su eterna justicia.

CAPITULO XXXII.

De como los españoles partieron con los bergantines de Acachinnco, y desbarataron todas las canoas que vinieron contra ellos por la laguna.

DESQUE el capitán D. Hernando Cortés hubo acabado de hablar á los mexicanos, y ellos aceptaron la guerra confiando en la victoria pasada, luego se volvió á su gente, y tocaron los atambores y pifanos, y desplegaron las banderas para comenzar la batalla, y ir muy poco á poco hácia la ciudad. Entonces todas las canoas de pelea de los mexicanos movieron contra los bergantines, y comenzaron á pelear los unos contra los otros, y en breve tiempo desbarataron todas las canoas, y mu-

chas dellas se anegaron, y se ahogaron en ellas muchos de los mexicanos: otras huyeron y no osaron hacer mas guerra á los bergantines. Viendo los españoles que ya no tenian que hacer por el agua contra las canoas, fuéronse derechos á tierra para combatir las casas y los caminos donde habia gran muchedumbre de gente de los mexicanos guardando los caminos, y defendiendo las albarradas que habian hecho, á los cuales los de los bergantines con el artilleria ojearon, y mataron muchos dellos, y derrocaron las albarradas. Viendo los mexicanos el daño que hacian en ellos con el artilleria, muchos se escondieron detras de las albarradas y no osaban parecer, y otros huian, de manera que quedaron los caminos todos barridos de gente. Como la gente popular que estaba á la mira, vieron el daño que hicieron los bergantines por agua y por tierra, comenzaron á huir para salvar á sus personas, y á sus hijos, y mugeres, sin llevar ninguna cosa de sus haciendas. Los indios amigos de los españoles comenzaron á robar por todas aquellas casas; así como vieron los mexicanos el daño que se hacia con los bergantines por el agua, comenzaron con gran prisa á cerrar los caminos del agua para que no pudiesen entrar por entre las casas, los españoles como vieron cerrados los caminos y allanada la tierra, comenzó á entrar la gente de á caballo por la ciudad, y la gente de á pie iba derrocando las casas, y haciendo camino á los de á caballo, y los mexicanos comenzaron á huir á lo interior de la ciudad. Algunos de los tlatlulcanos se acogieron á las casas de Mochenzoma, que se llamaban *Quauhquiaoc*. Tenia este nombre aquella casa, porque delante de la portada de la casa estaban dos águilas grandes, labradas de piedra (*), y así se llamaba la casa *de las águilas*. De allí salieron contra los de á caballo, y uno de á caballo dió una lanzada á un tlatlulcano que le pasó de parte á parte, y sacó la lanza: en esto pasó el caballo, y él alargó la lanza hácia atras por que no la pudo sacar de presto: en esto arremetieron

(*) Existen sus fragmentos en el museo de la Universidad con otras piezas, como la tortuga sobre que cayó el cadáver desnudo del monarca Mochenzoma.

México, y en las que el P. Sahagun y Clavijero están conformes. Este poema no es una fábula, como ni este un hecho aislado: es una parte de aquel todo con quien está íntimamente conecionado. No creo que me engañaría si dijera, que uno de los principales motivos que el gobierno español tuvo para ocultar de la vista de toda la nacion esta obra, es este mismo suceso del que no se hace mencion en la historia de la conquista del P. Sahagun que imprimí, y copió fielmente el señor coronel de arilleria D. Diego Garcia Pánes, copiada de la que le franqueó el cosmógrafo D. Juan Bautista Muñoz como consta de su atestacion, hecha en Madrid en 25 de Octubre de 1793.

Tengo, pues, para mí, que es verdadera la relacion del P. Sahagun, y muy propia del carácter de Cortés, y miro este documento como una pieza del terrible proceso y juicio que Dios habrá hecho al conquistador por la sangre mexicana que por su causa derramó, y que pide venganza á su eterna justicia.

CAPITULO XXXII.

De como los españoles partieron con los bergantines de Acachinnco, y desbarataron todas las canoas que vinieron contra ellos por la laguna.

DESQUE el capitán D. Hernando Cortés hubo acabado de hablar á los mexicanos, y ellos aceptaron la guerra confiando en la victoria pasada, luego se volvió á su gente, y tocaron los atambores y pifanos, y desplegaron las banderas para comenzar la batalla, y ir muy poco á poco hácia la ciudad. Entonces todas las canoas de pelea de los mexicanos movieron contra los bergantines, y comenzaron á pelear los unos contra los otros, y en breve tiempo desbarataron todas las canoas, y mu-

chas dellas se anegaron, y se ahogaron en ellas muchos de los mexicanos: otras huyeron y no osaron hacer mas guerra á los bergantines. Viendo los españoles que ya no tenian que hacer por el agua contra las canoas, fuéronse derechos á tierra para combatir las casas y los caminos donde habia gran muchedumbre de gente de los mexicanos guardando los caminos, y defendiendo las albarradas que habian hecho, á los cuales los de los bergantines con el artilleria ojearon, y mataron muchos dellos, y derrocaron las albarradas. Viendo los mexicanos el daño que hacian en ellos con el artilleria, muchos se escondieron detras de las albarradas y no osaban parecer, y otros huian, de manera que quedaron los caminos todos barridos de gente. Como la gente popular que estaba á la mira, vieron el daño que hicieron los bergantines por agua y por tierra, comenzaron á huir para salvar á sus personas, y á sus hijos, y mugeres, sin llevar ninguna cosa de sus haciendas. Los indios amigos de los españoles comenzaron á robar por todas aquellas casas; así como vieron los mexicanos el daño que se hacia con los bergantines por el agua, comenzaron con gran prisa á cerrar los caminos del agua para que no pudiesen entrar por entre las casas, los españoles como vieron cerrados los caminos y allanada la tierra, comenzó á entrar la gente de á caballo por la ciudad, y la gente de á pie iba derrocando las casas, y haciendo camino á los de á caballo, y los mexicanos comenzaron á huir á lo interior de la ciudad. Algunos de los tlatlulcanos se acogieron á las casas de Motheuzoma, que se llamaban *Quauhquiaoc*. Tenia este nombre aquella casa, porque delante de la portada de la casa estaban dos águilas grandes, labradas de piedra (*), y así se llamaba la casa de las águilas. De allí salieron contra los de á caballo, y uno de á caballo dió una lanzada á un tlatlulcano que le pasó de parte á parte, y sacó la lanza: en esto pasó el caballo, y él alargó la lanza hácia atras por que no la pudo sacar de presto: en esto arremetieron

(*) Existen sus fragmentos en el museo de la Universidad con otras piezas, como la tortuga sobre que cayó el cadáver desnudo del monarca Motheuzoma.

otros tlatilulcanos, y asieron de la lanza, y él por no dejar la lanza, saltó del caballo y cayó en tierra, y allí le achocaron los tlatilulcanos (*). Visto esto los españoles, arremetieron de presto á favorecer aquel que habia caído del caballo á la puerta de aquella casa que se llama *Quauhquioac*, de donde habian salido los tlatilulcanos, y allí se escondieron tras unas columnas que allí estaban levantadas para algun edificio que se hacia. Estaban estas columnas cuatro de una parte y otras cuatro de la otra, de manera que eran ocho, y como vieron á los españoles, huyeron, y tambien los que estaban sobre los tlapancos dieron á huir. Los españoles sacaron de los bergantines una pieza gruesa de artilleria, y pusieronla en un carrerton para aprovecharse de ella contra los enemigos. Estaban algunos mexicanos sobre el Cú de *Vitzilopuchtili*, como quien está en una torre, fortalecidos y tocando su atambor ó *teponaxtili*. Subieron luego dos españoles, y comenzaron á herir con ellos, y echáronlos del Cú abajo, y no quedó nadie. En este tiempo llegaron las canoas y los que en ellas venian (que eran valientes soldados) y otros hombres valientes, que ellos llaman *quaquachicti*, dejaron las canoas á los remeros, y acudieron á pelear contra los españoles: los que iban viendo delante de los españoles dieron voces á los que venian de refresco por detras de los españoles, llamándolos que se diesen prisa. Como vieron los españoles que por detras les daban guerra, y los de adelante volvian contra ellos, halláronse en medio de los enemigos, y acosados por detras y por delante, y así los españoles de á caballo volvieron la rienda y rompieron por la parte de atrás, y pasaron huyendo por medio de los enemigos: ellos alanceaban á los que por delante se les ofrecian, y los enemigos de una parte y de otra del camino les echaban dardos, y saetas, y piedras; así huyendo se recogieron los españoles á donde tenian asentado su real, que se llama

(*) Este pasage, segun tradicion, sucedió en la calle del Indio triste junto á la casa de *Mochtezuma*, y perpetuaron su memoria, erigiendo una estatua que representaba á un indio setando en actitud triste, de donde tomó el nombre: la he visto en el museo de la Universidad.

ma *Xoloco*, que es cave el matadero, y cave las casas de Alvarado (*), y los de los bergantines se tornaron adonde tenian su real, que se llama *Acachinanco*. Perdieron entonces los españoles el tiro grueso que habian sacado de los bergantines, porque se los tomaron los enemigos al tiempo que huían.

NOTA DEL EDITOR.

Consiguiente al desafio ó intimacion de la guerra que Cortés hizo á Quauhtimotzin, y este aceptó con la dignidad y decoro de un monarca, se rompieron las hostilidades y se dió la batalla naval que era imposible ganaran los mexicanos por la desigualdad de sus armas con las españolas. Entiendo que la relacion de Gomara y otros, es incompatible con la del P. Sahagun, pues la del primero supone que precedió un ataque de Cortés sobre México, y la del segundo, que despues de hecha la intimacion, que le salió infructuosa á Cortés, se hizo el rompimiento, comenzando por el ataque de las canoas por los bergantines, el cual casi al momento que comenzó concluyó, pues sobreviniendo un viento terral inesperado, tomaron los españoles el barlovento sobre los mexicanos, y con él, el humo que daba sobre estos y la gran ventaja de la artilleria y mosquetes sobre las flechas, muy luego echaron á pique gran número de canoas, y causaron tan horrible estrago, que la laguna quedó teñida de sangre como años antes lo habia sido en la famosa batalla de Poyauhtlan. Todo pudo suceder muy bien, es decir, el ataque de las canoas y el de las inmediaciones de la ciudad por tierra, puesto que las divisiones españolas estaban situadas en disposicion de obrar simultáneamente.

(*) Es decir, por la plazuela y pulqueria que hoy llaman del *Arbol*, por el barrio de S. Antonio Abad, donde aun se llaman casas de Alvarado, y se presentan paredes de piedras cuadradas de fábrica antigua.

Este triunfo proporcionó muchas ventajas á los españoles, puede llamársele (como dice Gomara) la llave de aquella guerra, porque quedaron señores de la laguna, acorralaron á los mexicanos, y los precisaron á defenderse dentro de la ciudad. A esta sazón, viendo Alvarado y Cristóbal de Olid el estrago que hacia Cortés con los bergantines, entraron en la calzada, tomaron algunos puentes y albarradas que se defendieron vigorosamente. Cortés pasó á la calzada de Iztapalapa con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas, es decir, la fortificación de Xoloco donde está la iglesia de S. Antonio Abad, que ganó con mucho trabajo, pues se defendían muy bien: asió la artillería sobre la calzada que hizo gran daño, porque estaba llena de gente, y mayor hubiera sido si no se hubiera volado un repuesto de pólvora que luego hizo Cortés poner del campo de Sandoval, situado en Coyoacan, por cincuenta españoles que la trajeron. Esta distribución de las fuerzas, y el ataque dado en este día á Xoloco, parece el más oportuno para que asegurase el campamento de Acachinanco, que no lo habría estado quedando las posiciones enemigas á la vista, é inmediatas.

La primera operación que practicaron Alvarado y Olid dirigiéndose hácia Tacuba, fué pasar á romper el acueducto de Chapultepec para quitar el agua á los mexicanos. Tan importante empresa no pudieron ejecutar sin gran resistencia de estos, pues previendo esta medida militar, habían hecho muchos preparativos por agua y tierra; apesar de ellos fueron vencidos, y los tlaxcaltecas les hicieron siete ú ocho prisioneros, y mataron veinte hombres. Quisieron después Alvarado y Olid apoderarse de algún foso; pero les cargó tanta multitud de mexicanos y lanzaron tantos dardos sobre los españoles, que mataron ocho de estos, é hirieron más de cincuenta, retirándose con gran dificultad á Tacuba, á donde llegaron avergonzados. (Tales son las expresiones del P. Clavijero.)

CAPITULO XXXIII.

De como la gente popular mexicana de miedo de la guerra, desampararon su pueblo y huyeron á los montes, y otros pasaron al Tlatilulco.

Los indios de Tenochtitla (México), como vieron lo que pasaba en la guerra de los españoles por agua y por tierra, muchos dellos acogieron al Tlatilulco con sus haciendas, porque allí pensaban de estar más seguros, por vía de la gente que es más belicosa que los defendiera, y por vía del sitio ser más fuerte para defenderse. Entraron en el Tlatilulco los hombres y las mugeres de Tenochtitla con gran llanto y con muchas lágrimas, así de los hombres como de las mugeres y niños que llevaban consigo á cuestas. Los tlatilulcanos los recibieron de muy buena voluntad en su pueblo, y los albergaron y acariciaron, y les consolaron de palabra, diciendo: que ellos morirían por su defensa, que no tuviesen miedo ninguno, y así se partieron muchos de la gente de guerra de Tlatilulco, y se fueron á Tenochtitla á pelear contra los españoles. D. Pedro de Alvarado movió su gente de donde estaba alojado, y vino contra los tlatilulcanos, á los cuales halló muy bien aparejados, y todos puestos á punto de guerra contra él. Comenzaron á pelear los unos con los otros reciamente, así por agua como por tierra, y pelearon todo aquel día sin poder hacer volver atrás á los tlatilulcanos de la raya de su sitio. D. Pedro de Alvarado con los suyos, allá hácia la noche, se volvieron á sus tiendas bien cansados de pelear todo el día, y descontentos de que no pudieron hacer mella ninguna en los tlatilulcanos. El día siguiente no volvieron á la pelea los españoles ni sus amigos; entraron en consejo de lo que habían de hacer al día siguiente para tornar á la pelea: determinaron para otro día de llevar cinco bergantines de armada, y así lo hicieron, y pusieronlos en un lugar de agua, que se llama Nonoalco,

donde está ahora una iglesia de S. Miguel, para pelear contra los enemigos (*). El día siguiente, despues que hicieron su junta para determinar lo que se habia de hacer, metieron los cinco bergantines en aquel barrio de Nonoalco armados y llenos de españoles á punto de guerra todos, y salieron al campo con pensamiento que luego saldrian los tlatilulcanos á pelear con ellos, y nadie salió contra ellos, todos estuvieron quedos en su orden. En esta sazón salió un indio valiente (parecia otro Goliath) con su rodela y con su cota de algodón, y tres piedras valientes, una en la mano derecha y otras dos en la manija de la rodela, y arremetió hácia los españoles, y tiró las piedras que llevaba, y con ellas derrocó dos ó tres españoles; los demas viendo las fuerzas y tiros que hizo aquel indio, retrujeronse hácia los bergantines, entrándose por el agua adelante, porque la otra gente acudió sobre ellos, y bien mojados metiéronse en los bergantines los españoles. Este indio, el cual se llamaba *Tzilacatzin*, iba en traje de otomite, de la

(*) *Todavía existe, y la garita de Nonoalco, punto que en 1821 se fortificó con parapetos. El lugar donde estuvieron los bergantines está sembrado de maiz y cebada, es punto de vista bellissimo por la hermosa ribera de San Cosme, Chapultepec, Tacubaya y Alameda. Veense bosques de olivares y fresnos en gran copia desde la alameda. El suelo de Santiago Tlatelolco, y toda la campiña de Ntra. Sra. de los Angeles, está sembrado de fragmentos, no solo de flechas de Obsidiana, sino de navajones gruesos y filosos, y aun yo tengo regatones de aquella clase de espadas que terminan en punta, y están istriadas, cuya herida era incurable. Conócese que en aquel campo se dieron acciones reñidísimas, por estos restos. El viajador curioso y sensible no puede ver aquellos objetos sin enternecerse; sobre todo, si fija la vista en el puente del Clérigo donde fué hecho prisionero Quauhtimotzin. La vista de Santiago es hoy muy triste, porque está rodeado de fábricas y mogotes de saltierra, que allí se elabora. Muchas veces me he presentado en aquel lugar, y me parecia ver al bendito P. Sahagun reconociéndolo cuidadosamente, para dejarnos estos preciosos apuntes, ó que le oía esponer algun pasage del Evangelio, de los muchos que comentó con un zelo apostólico para instruir á los neófitos. . . . ¡Ah! los sábios, los virtuosos jamás mueren, existen, y son acatados en todas edades. Cien veces he besado la firma de Fray Bernardino Sahagun, con que concluye el manuscrito autógrafa que copio; lo he estrechado contra mi corazón, y pedido al cielo que en la mansión de los justos me deje conocer á este genio bienhechor. Su retrato está copiado en la Academia, y preside el Museo mexicano.*

manera que los otomíes se cortan los cabellos y se arman en la guerra, y que arremeten á los enemigos sin tener temor á ninguno. Como atontados los indios amigos de los españoles mostraron haberse espantado dél, y procuraron de matarle con los arcabuces, ó con saetas, y de esta vez escapóse que no le pudieron hacer daño ninguno. Esta vez comenzaron los tlatilulcanos á pelear con los españoles ya que el indio no pareció mas allí, y en las otras escaramuzas que tuvieron aquel indio *Tzilacatzin* salia disfrazado, una vez de una manera, y otra vez de otra; de manera que sin conocerle hacia daños en los amigos, y los españoles no caían en él para tirarle. Otro día adelante tornaron los españoles con los bergantines á escaramuzear con los tlatilulcanos, y abordaron los bergantines cerca de las casas para saltar en tierra sin mojarse, y por tierra vinieron muchos tlaxcaltecas y otros amigos de los españoles, y comenzaron de pelear con los tlatilulcanos por el agua y por tierra. Aquí murieron de ambas partes cantidad de indios; pelearon un día entero hasta la noche. Aquí parecieron otros dos indios, valientes tlatilulcanos, que sin ningun temor se arrojaban contra los enemigos, y los herian y derrocaban. El uno dellos se llamaba *Tzoyetzin*, y el otro se llamaba *Temuctzi*; habiendo peleado todo este día, los españoles se recogieron á su real, y los amigos tlaxcaltecas y otros se fueron tras ellos.

NOTA DEL EDITOR.

Otra vez se ha dicho que el objeto principal de la invasion de México, á mas de la capital, fué la invasion de Iztapalapa, ciudad que mandó reducir á cenizas Cortés por medio de Sandoval, y que por poco no deja ni los cimientos de ella, el cual tuvo su quebranto en el camino, pero logró derrotar á los mexicanos. Noticioso Cortés de su marcha, y de un gran foso nuevamente abierto en el camino, le

mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La división de Sandoval se dirigió á Coyoacan, y él en persona pasó con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó, (dice Clavijero) estaban los españoles peleando con los mexicanos, mas el cansancio del viaje y de la acción de Mexicalcingo, no fueron parte á impedirle el que la tomase en el encuentro. Combatió con su acostumbrado valor, y recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los mexicanos no eran comparables con la pérdida que sufrieron aquel día, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos días no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual, los españoles pasaron seis en continuos reencuentros, pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad pegando fuego á muchas casas. En sus correrías descubrieron un canal grande y profundo por el cual podían entrar y salir fácilmente en México, circunstancia de que despues sacaron importantes ventajas.

Alvarado por su parte apretaba cuanto podia á los mexicanos apoderándose en frecuentes refriegas de algunas trincheras y fosos en el camino de Tacuba; tuvo en estas peleas algunos muertos y muchos heridos. Observó que por Tepeaquilla (hoy Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe al Norte) se introducian continuamente socorros á la ciudad, y que por allí podrian evacuarla en caso apurado: hizo así presente á Cortés, quien mandó á Sandoval con ciento diez y ocho infantes y gran número de aliados á ocupar aquel punto y cortar toda comunicacion con los enemigos. Desde entonces ya no la hubo entre México y tierra firme. En este estado determinó Cortés entrar al día siguiente en la ciudad con mas de quinientos españoles, y mas de ochenta mil aliados, dejando diez mil de estos con alguna caballeria en su real. Sandoval y Alvarado debian entrar al mismo tiempo cada uno por su camino con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hom-

bres. Marchó Cortés en su direccion con su numeroso y bien ordenado ejército, y flanqueado por los bergantines, y á poca distancia halló un foso ancho y profundo, y una trinchera de diez piés de ancho. Opusieron valerosamente los mexicanos á su paso; mas rechazados por los bergantines, se adelantaron los españoles, alcanzando á los enemigos hasta la ciudad donde los detuvo otro foso, y otra trinchera. El impetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron á su defensa, sus gritos espantosos, y la multitud de flechas, dardos y piedras que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los españoles; pero habiendo finalmente echado de la trinchera á los que la ocupaban con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el ejército, y continuó su marcha, tomando otros fosos y trincheras hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar de los estragos que en ella hacia un cañon que se fijó á la entrada, no se atrevian los españoles á acometerla; hasta que el mismo general echándoles en cara su ignominiosa cobardía, los impulsó y dió ánimo. Amedrentados los mexicanos con tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, y en el fueron perseguidos y atacados; pero de improviso lo fueron los españoles á retaguardia por otras tropas mexicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuje ni dentro del templo ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el cual habian entrado, dejando el cañon abandonado. A su retirada, los españoles dieron fuego á las mayores y mas hermosas casas del camino de Ixtapalapa, aunque no sin gravísimo peligro, por el impetu con que los mexicanos los atacaban á retaguardia, y daño que les hacian desde las azoteas.

El P. Clavijero pondera lo mismo que el P. Sahagun las proezas del valiente tlatelulcano Tzillacatzin; y siendo cierto que la destreza con que abatió á los españoles echando á tierra á uno con cada piedra que les tiraba, los hizo

reembarcar en los bergantines, poniendo en confusión y brieda á los indios auxiliares; es menester decir, sin nota de esageracion, que un solo indio puso miedo á un ejército apoyado en un cuadro de españoles acostumbrados á vencer y con armas de superior calidad y ventajas. A este si puede aplicársele el dicho de Solís, hablando del valor que mostraron los castellanos en la batalla de Otumba.... "Ni daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe."

CAPITULO XXXIV.

De como los chinampanecas venieron á ayudar á los mexicanos: conviene á saber, los de Xuchimilco, y los de Cuicllaóac (*), y los de Iztapalapa de mala (†).

Los indios de la laguna, que se llamaban chinampanecas, conviene á saber, los xóchimilcanos, los de Cuicllaóac (‡) y los de Iztapalapa conjeturaron, que si fuesen á ayudar á los mexicanos en aquella necesidad, podrian aprovecharse mucho de lo que robasen, y de los esclavos que captivasen; y así se juntaron los principales destes pueblos, y se ofrecieron al señor de México y á los principales del Tlaltilulco que querian ayudarles por sacarles de aquella necesidad que tenían. Habiendo oido este ofrecimiento el señor de México y los principales del Tlaltilulco, hicieronles gracias por tan buen comedimiento, y luego les dieron dones en señal de amistad, y dijéronles: "Señores nuestros, y amigos nuestros, pues que así quereis hacernos esta merced, id enhorabuena, y poneos en el puesto que os mandará el maese de campo, y pelead varonilmente." Lue-

(*) Cuicllaóac, hoy se llama Tlahua.

(†) Se suple fe, que falta en el texto autógrafa.

(‡) Hoy se ocupan los de este pueblo en pescar pescado blanco y se coge de gran tamaño.

go los llevaron donde habian de estar. Puestos que fueron en su plaza comenzaron á dar grita y á pelear contra los enemigos de los mexicanos, y los xóchimilcanos comenzaron á hacer lo mismo peleando desde las canoas, y luego comenzaron á robar á la gente mexicana que estaba en sus casas guardando sus haciendas, y sus hijos y mugeres, y á los que se defendian los mataban, y á las mugeres, hijos é hijas captivaban, y los maniataban y ponian en sus canoas para llevarlos á sus casas. Los mexicanos que vieron lo que pasaba, dieron voces, en especial los capitanes para que se advirtiese en la traicion que hacian los chinampanecas. Oidas estas voces, los que peleaban por el agua de los mexicanos, y los del Tlaltilulco que tambien peleaban por el agua en el barrio de *Nonoalco*, acudieron todos en las canoas, y comenzaron á matar á los xóchimilcanos y á los otros chinampanecas, y captivaron muchos dellos, y los sacrificaron á sus dioses, y les quitaron la presa de gente que tenían aligados y atados en sus canoas, y todo el otro robo que habian hecho. Cuando estas cosas pasaban entre los mexicanos y los chinampanecas, los españoles y los indios sus amigos se recogieron á sus reales, holgándose ver revueltos los unos con los otros (*), y esperaban que el negocio fuese mas adelante por descansar y repararse algun dia, entretanto que ellos se descalabrasen. Los mexicanos captivaron á muchos de los chinampanecas, y lleváronlos á presentar al señor de México y de *Cuicllaóac* que estaban juntos en *Xacaculco*, (que ahora se llama Santa Ana). Aquellos que eran vasallos del señor de *Cuicllaóac*, que se llamaba *Mazeoatzi*, saludaron á su señor, y él los reprendió mucho de la traicion que habian hecho, y el señor de México habló al de *Cuicllaóac* para que muriesen aquellos traidores, y luego el señor de *Cuicllaóac* cortó las cabezas á cuatro de aquellos capitanes suyos, y dió al señor de México otras cuatro para que los matase por su mano, y mandaron que los demas captivos, que eran muchos, los

(*) Divide y mandarás, esta sin duda fué maniobra de ellos.

reembarcar en los bergantines, poniendo en confusión y brieda á los indios auxiliares; es menester decir, sin nota de esageracion, que un solo indio puso miedo á un ejército apoyado en un cuadro de españoles acostumbrados á vencer y con armas de superior calidad y ventajas. A este si puede aplicársele el dicho de Solís, hablando del valor que mostraron los castellanos en la batalla de Otumba.... "Ni daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe."

CAPITULO XXXIV.

De como los chinampanecas venieron á ayudar á los mexicanos: conviene á saber, los de Xuchimilco, y los de Cuicllaóac (*), y los de Iztapalapa de mala (†).

Los indios de la laguna, que se llamaban chinampanecas, conviene á saber, los xóchimilcanos, los de Cuicllaóac (‡) y los de Iztapalapa conjeturaron, que si fuesen á ayudar á los mexicanos en aquella necesidad, podrian aprovecharse mucho de lo que robasen, y de los esclavos que captivasen; y así se juntaron los principales destes pueblos, y se ofrecieron al señor de México y á los principales del Tlaltilulco que querian ayudarles por sacarles de aquella necesidad que tenían. Habiendo oido este ofrecimiento el señor de México y los principales del Tlaltilulco, hicieronles gracias por tan buen comedimiento, y luego les dieron dones en señal de amistad, y dijéronles: "Señores nuestros, y amigos nuestros, pues que así quereis hacernos esta merced, id enhorabuena, y poneos en el puesto que os mandará el maese de campo, y pelead varonilmente." Lue-

(*) Cuicllaóac, hoy se llama Tlahua.

(†) Se suple fe, que falta en el texto autógrafa.

(‡) Hoy se ocupan los de este pueblo en pescar pescado blanco y se coge de gran tamaño.

go los llevaron donde habian de estar. Puestos que fueron en su plaza comenzaron á dar grita y á pelear contra los enemigos de los mexicanos, y los xóchimilcanos comenzaron á hacer lo mismo peleando desde las canoas, y luego comenzaron á robar á la gente mexicana que estaba en sus casas guardando sus haciendas, y sus hijos y mugeres, y á los que se defendian los mataban, y á las mugeres, hijos é hijas captivaban, y los maniataban y ponian en sus canoas para llevarlos á sus casas. Los mexicanos que vieron lo que pasaba, dieron voces, en especial los capitanes para que se advirtiese en la traicion que hacian los chinampanecas. Oidas estas voces, los que peleaban por el agua de los mexicanos, y los del Tlaltilulco que tambien peleaban por el agua en el barrio de *Nonoalco*, acudieron todos en las canoas, y comenzaron á matar á los xóchimilcanos y á los otros chinampanecas, y captivaron muchos dellos, y los sacrificaron á sus dioses, y les quitaron la presa de gente que tenían aligados y atados en sus canoas, y todo el otro robo que habian hecho. Cuando estas cosas pasaban entre los mexicanos y los chinampanecas, los españoles y los indios sus amigos se recogieron á sus reales, holgándose ver revueltos los unos con los otros (*), y esperaban que el negocio fuese mas adelante por descansar y repararse algun dia, entretanto que ellos se descalabrasen. Los mexicanos captivaron á muchos de los chinampanecas, y lleváronlos á presentar al señor de México y de *Cuicllaóac* que estaban juntos en *Xacaculco*, (que ahora se llama Santa Ana). Aquellos que eran vasallos del señor de *Cuicllaóac*, que se llamaba *Mazeoatzi*, saludaron á su señor, y él los reprendió mucho de la traicion que habian hecho, y el señor de México habló al de *Cuicllaóac* para que muriesen aquellos traidores, y luego el señor de *Cuicllaóac* cortó las cabezas á cuatro de aquellos capitanes suyos, y dió al señor de México otras cuatro para que los matase por su mano, y mandaron que los demas captivos, que eran muchos, los

(*) Divide y mandarás, esta sin duda fué maniobra de ellos.

matasen delante de los ídolos de México y del Tlatilulco en sacrificio de los dioses; de manera que murió gran cantidad de gente de los de Xuchimilco y de los otros chinampanecas por la traicion que hicieron, porque habiéndose ofrecido para ayudar á los mexicanos, á traicion se volvieron contra ellos. Habiéndose asesegado esta rebeldía entre los mexicanos y chinampanecas, y habiendo descansado los españoles aquellos días, volvieron á proseguir su guerra, y vinieron en dos bergantines bien aparejados á quel barrio de *Nonoalco*, que es en el de Tlatilulco: arribaron á la orilla del agua y saltaron en tierra, y comenzaron á pelear con los tlatilulcanos con arcabuces y ballestas, y cañones que traian en los bergantines. Los tlatilulcanos temiendo la artilleria, arcabuces y ballestas huyeron del campo, y pusieronse detrás de las paredes y casas que estaban por allí cerca por valerse de la artilleria de los enemigos. Los mexicanos no osaban á salir á pelear con ellos por miedo del artilleria, y los españoles no osaron apartarse de los bergantines porque no se los tomasen por el agua; y como vieron los mexicanos que los españoles estaban quedos, y no se apartaban de los bergantines, determinaron de salir contra ellos de los escondrijos á donde estaban, y comenzaron á dar grita para acometerlos; y como comenzaron á pelear, gran parte del dia perseveraron en la pelea, y murieron muchos indios de ambas partes, y los tlatilulcanos prendieron quince españoles, y luego los llevaron á presentar delante del señor de México, y de los otros principales que estaban en el barrio de *Xacaculco*, que es Santa Ana.

NOTA DEL EDITOR.

El P. Clavijero conviene en la relacion del capítulo precedente; pero dice, que esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en ejecucion sino por una parte del populacho de aquella capital (México), gente mal nacida, y dispuesta siempre á cometer toda clase de delitos." Es pro-

bable que así fuese, por lo que la esperiencia nos enseña, y aun en nuestros días vemos con dolor practicarse semejante maldad, que la naturaleza repugna y se horroriza. Condueta tan infame, ha costado bien caro á sus agresores, y costará siempre á los que la practiquen.

CAPITULO XXXV.

De como habiéndose recogido los tenuchtitlas al Tlatilulco para hacerse allí fuertes con los tlatilulcanos, prendieron en una escaramuza diez y ocho españoles, y los sacrificaron á sus dioses.

PROCEDIENDO la guerra cada día por tierra y por el agua los españoles contra los mexicanos, ibanlos cada día arrinconándolos hácia el Tlatilulco, y en una escaramuza que hubo así por el agua como por tierra, fueron presos diez y ocho españoles, á los cuales despojados de todas sus armas y vestiduras, y maniatados, los presentaron al señor de México, y á los otros principales que con él estaban en un barrio que se llama *Tlacuchcalco* (en que estaba una casa que era como casa de audiencia, cerca de donde agora es la iglesia de Santa Ana) y luego los sacrificaron en un *Cá*, que allí cerca estaba, sacándoles los corazones sobre una piedra que era como un pilar cortado tan grueso como un hombre y algo mas, y tan alto como medio estado. Allí á cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra que se llama *Techcath*, uno le tiraba por un brazo, y otro por el otro, y tambien por las piernas otros dos, y venia uno de aquellos sátrapas con un pedernal como un hierro de lanza enhastado en un palo de dos palmos de largo, le daban un golpe con ambas manos por los pechos, y sacando aquel pedernal por la misma llaga, metía la mano y arrancábale el corazon, y luego fregaba con él la boea del ídolo, y echaba á rodar el cuerpo por las gradas abajo, que serian como cincuen-

ta ó sesenta gradas; por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando calabazas con la cabeza hasta que llegaba abajo aun vivo: llegando abajo, otro sátrapa le cortaba la cabeza y la pasaban por las sienas en un palo largo (que era como percha) y estaba la cara vuelta hácia el ídolo. De esta manera los sacrificaron á todos, y los cuerpos los cuarteaban luego, y los repartian entre los que los habian prendido, y al que mas habia hecho en este caso le daban mayor pedazo, y desta manera repartidos los comian asados, ó cocidos. Todas estas cosas estaban mirando los españoles sus compañeros desde los bergantines, y no osaban salir á defender á sus hermanos, ni á ofender á los que desta manera los trataban. Aderezaron otro bergantin, y metiéronle en el barrio que se llama *Xocotitla* (que es agora S. Francisco) que por otro nombre se llama *Cioatecpa*. Comenzaron allí á pelear con los tlatilulcanos, y ellos les trataron de tal manera, que tuvieron por bien de volverse á su bergantin, y por el camino que habian venido se volvieron á un barrio que se llama *Coyonacazco*, cerca del hermita de Sta. Lucía (que por otro nombre se llama *Amaxac*). Aquí en este lugar de *Coyonacazco* tuvieron otra escaramuza con los españoles, donde murieron algunos indios, y Rodrigo de Castañeda (á quien los indios llamaban *Xicotencatl*, por tenerle por valiente hombre) estuvo bien cerca de perder la vida; finalmente se escapó, porque otro bergantin vino á favorecerlos; y por razon de los españoles que los indios habian muerto en su presencia, tornaron á pregonar guerra de nuevo, haciendo juramento solemne que la guerra no habia de cesar hasta que vengasen la muerte de sus hermanos los españoles, y no quedase hombre dellos que no muriese en sus manos: de ahí adelante comenzaron á cegar todas las acequias y caminos de canoas por donde peleaban entre las casas donde los bergantines no podian entrar, y así comenzaron á derrocar casas, y allanar todas las acequias con tierra y madera, y con haces de cañas debajo, que no quedaba casa enhiesta (ó parada) y así iban allanando todo el pueblo para pelear por tierra

llana, á pié y á caballo. Comenzaron á darles guerra con todo el aparato con que los españoles suelen pelear, con banderas desplegadas, con atambores y pífanos, con toda la orden que usan cuando dan batalla á sus enemigos. Tambien los mismos indios comenzaron todos á ponerse en ordenanza, y á acometer á los españoles con todo el aparato de guerra que ellos usaban, y allí un principal, llamado *Tlapanecatl*, (*) arremetió y tomó una bandera de un alférez de los españoles, lo cual se tuvo en mucho atrevimiento.

NOTA DEL EDITOR.

Las desgracias sucedidas á los españoles de que habla el capítulo precedente, les obligaron á hacer otra clase de guerra de la que hasta aquí habian hecho á los mexicanos; guerra sin duda mas dispendiosa, y que necesitaba de mayor número de brazos. Ministróselos en gran parte el nuevo rey de Texcuco Ixtlilxochitl, quien como dice Clavijero, para manifestar á Cortés su gratitud, armó ademas de toda su nobleza un ejército de cincuenta mil hombres, bajo las órdenes de un hermano suyo, llamado en el bautismo Carlos Ixtlilxochitl. Cortés pondera en sus relaciones la oportunidad é importancia de este auxilio, y tuvo en su campo treinta mil de estos hombres, y los veinte mil restantes los dividió en los campos de Sandoval y Alvarado. Siguió á este refuerzo de los texcucanos la confederacion de los toquimilcas y otomies de los montes, y de los que dice Clavijero se agregaron otros veinte mil mas; número que á no aseverarlo tantos autores, no daríamos hoy el menor asenso, aunque en mi juicio es muy excesivo.

(*) En la primera edicion de esta Conquista se le llama *Tlapanecathecaltzin*, y se dice que era un esforzado tlatilulcano.

CAPITULO XXXVI.

De como los mexicanos en este pueblo del Tlatilulco prendieron cincuenta españoles y otros muchos indios, y los sacrificaron á sus dioses.

Como aquel indio *Tlapanecallecazin* hubó tomado la bandera al español que guiaba, luego los soldados viejos de los indios tomaron orgullo y comenzaron á dar voces á los que estaban ascondidos tras las paredes, los cuales salieron á pelear contra los españoles; y como vieron á los españoles que venian sin orden y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron muchos de ellos de aquella vez, que fueron cincuenta y tres, y de los indios tlaxcaltecas y texcucanos, y de los de Chalco y Xuchimilco prendieron gran cantidad, y los presentaron al señor de México y á los otros principales del Tlatilulco que con él estaban en la casa de *Tlacuhcalco*; allí los sentenciaron que todos fuesen muertos delante de los dioses, y con todas las circunstancias con que ellos solian sacrificar á los españoles, con cuatro caballos que les tomaron los sacrificaron todos juntos en un Cú principal que se llamaba *Momozco*, y á los indios, porque eran muchos, los repartieron por muchos Cúes, donde todos fueron sacrificados delante de los ídolos: los demas españoles é indios huyeron, y se fueron á sus estancias. A los captivos españoles los llevaron á sacrificar, y sacrificaron en aquel *Momozco* con todas las circunstancias que acostumbraban, y despues cortadas las cabezas, ensartaron en las perchas, y tambien las cabezas de los caballos. Quando estas cosas pasaron, los mexicanos y tlatiluleanos estaban todos cercados por agua y por tierra, y la pelea no cesaba de noche ni de dia. La diligencia de guardar por todas partes para que no les entrasen bastimentos ni favor alguno de gente era muy grande por agua y por tierra; de ambas partes morian muchos, y se captivaban muchos.

NOTA DEL EDITOR.

Toda la ilustracion que merece el capitulo anterior, está conecsa con el testo del siguiente, que á la letra dice:

CAPITULO XXXVII.

De la primera vez que los españoles entraron en el tianguex (ó mercado) deste Tlatilulco.

PROSIGUIÉNDOSE la guerra entre los mexicanos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españoles á los mexicanos, y los iban arrinconando hácia el lugar donde finalmente los dieron mate, en un rincon deste Tlatilulco, que se llama *Tetenantitech* donde ahora está edificada la iglesia de la Concepcion de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María. Un dia continuándose los reencuentros y escaramuzas entre los españoles y indios, los de á caballo entraron en la plaza ó tianguex deste Tlatilulco (lugar muy espacioso mucho mas de lo que ahora es) el cual se podia llamar emporio de toda esta Nueva-España, al cual venian á tratar gentes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de *Quauhtimalla* (ó sea Guatemala) y *Xalisco* (cosa cierto mucho de ver.) Yo lo vi por muchos años (*) morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista. Entrando pues en el dicho tianguex ó mercado, los de á caballo comenzaron á pelear contra los que estaban defendiendo que no entrasen (porque

(*) A este testimonio ¿quién resiste? Nadie. Hoy está tan desolado este lugar, que á las doce del dia puede un hombre pasearse por él en cueros, sin que haya quien lo vea.... ¡Gracias al gobierno paternal, suave y político español!

CAPITULO XXXVI.

De como los mexicanos en este pueblo del Tlatilulco prendieron cincuenta españoles y otros muchos indios, y los sacrificaron á sus dioses.

Como aquel indio *Tlapanecallecazin* hubó tomado la bandera al español que guiaba, luego los soldados viejos de los indios tomaron orgullo y comenzaron á dar voces á los que estaban ascondidos tras las paredes, los cuales salieron á pelear contra los españoles; y como vieron á los españoles que venian sin orden y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron muchos de ellos de aquella vez, que fueron cincuenta y tres, y de los indios tlaxcaltecas y texcucanos, y de los de Chalco y Xuchimilco prendieron gran cantidad, y los presentaron al señor de México y á los otros principales del Tlatilulco que con él estaban en la casa de *Tlacuhcalco*; allí los sentenciaron que todos fuesen muertos delante de los dioses, y con todas las circunstancias con que ellos solian sacrificar á los españoles, con cuatro caballos que les tomaron los sacrificaron todos juntos en un Cú principal que se llamaba *Momozco*, y á los indios, porque eran muchos, los repartieron por muchos Cúes, donde todos fueron sacrificados delante de los ídolos: los demas españoles é indios huyeron, y se fueron á sus estancias. A los captivos españoles los llevaron á sacrificar, y sacrificaron en aquel *Momozco* con todas las circunstancias que acostumbraban, y despues cortadas las cabezas, ensartaron en las perchas, y tambien las cabezas de los caballos. Quando estas cosas pasaron, los mexicanos y tlatiluleanos estaban todos cercados por agua y por tierra, y la pelea no cesaba de noche ni de dia. La diligencia de guardar por todas partes para que no les entrasen bastimentos ni favor alguno de gente era muy grande por agua y por tierra; de ambas partes morian muchos, y se captivaban muchos.

NOTA DEL EDITOR.

Toda la ilustracion que merece el capitulo anterior, está conecsa con el testo del siguiente, que á la letra dice:

CAPITULO XXXVII.

De la primera vez que los españoles entraron en el tianguex (ó mercado) deste Tlatilulco.

PROSIGUIÉNDOSE la guerra entre los mexicanos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españoles á los mexicanos, y los iban arrinconando hácia el lugar donde finalmente los dieron mate, en un rincon deste Tlatilulco, que se llama *Tetenantitech* donde ahora está edificada la iglesia de la Concepcion de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María. Un dia continuándose los reencuentros y escaramuzas entre los españoles y indios, los de á caballo entraron en la plaza ó tianguex deste Tlatilulco (lugar muy espacioso mucho mas de lo que ahora es) el cual se podia llamar emporio de toda esta Nueva-España, al cual venian á tratar gentes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de *Quauhtimalla* (ó sea Guatemala) y *Xalisco* (cosa cierto mucho de ver.) Yo lo vi por muchos años (*) morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista. Entrando pues en el dicho tianguex ó mercado, los de á caballo comenzaron á pelear contra los que estaban defendiendo que no entrasen (porque

(*) A este testimonio ¿quién resiste? Nadie. Hoy está tan desolado este lugar, que á las doce del dia puede un hombre pasearse por él en cueros, sin que haya quien lo vea.... ¡Gracias al gobierno paternal, suave y político español!

estaba gente escogida de soldados viejos para defender la entrada.) Peleando los unos con los otros, fueron alanceados y muertos muchos: muchos de aquellos que estaban en guarda de dicho tianguetz, y los españoles rompieron por todo el tianguetz, y la gente así de guerra, como los tratantes huyeron y recogieron á las casas ó tiendas de que estaba cercado todo el tianguetz, y desde allí peleaban valientemente. Estaba en el medio de este tianguetz un gran Cú, edificado á honra de *Vitzilupuchtli*, dios de los mexicanos; y habiendo los españoles echado de todo el tianguetz á los indios, pusieron fuego á este gran Cú, el cual en lo alto tenia una capilla edificada de madera, con un chapitel muy alto, hecho muy artificiosamente de paja, y comenzó á arder. Levantóse una llama tan alta que parecía llegar al cielo. Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el tianguetz, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oírlos, porque quemado aquel *de lubro* satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados. Pelearon gran parte del día en el tianguetz, porque los indios se habian hecho fuertes en las casas de las tiendas (*), y en las casas reales donde estaba gran copia de principales que peleaban valientemente. Finalmente, se hinchó todo el tianguetz de los indios amigos, y hicieron gran matanza en los mexicanos y tlatilulcanos, los cuales comenzaron á huir por las calles que van hácia al rincón donde estaban fortalecidos. Otro día los españoles vinieron á hacer entrada al tianguetz por la parte del patio donde estaba el Cú grande de *Vitzilupuchtli*, por el patio del mismo que se llama *Acatlyacapa*, y comenzaron á dar *sacomano* (ó saqueo) por todas aquellas tiendas de que estaba cercado el tianguetz. Como vieron esto los soldados viejos que estaban en la defen-

(*) No serían de *tojamán* como las de la actual plaza del Volador de México, que es la ignominia de esta ciudad, y el día que se arda parece todo el palacio, almacenes de pólvora que allí hay, oficinas y archivo general contiguo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué descuido!

sa del tianguetz, salieron á ellos, y llevaban por su capitán un muy valiente soldado viejo, que se llamaba *Azóquintzi*, que era de la valía de los que se llaman *Quauchicque*, son como matasietes que usan los turcos. Este capitán con los que iban con él hicieron huir á los saqueadores que decían ser todos indios. En este reencuentro aquel capitán *Azóquintzi* *quachicque* fué muerto de un flechazo que uno de los indios contrarios le echó por los pechos, y luego cayó muerto sin bullir mas piés y manos. En este mismo tiempo los españoles vinieron por el barrio de *Zacoalco*, (que es á donde está agora la iglesia de Santa Ana) y comenzaron á pelear por aquella parte contra los mexicanos, y iban con ellos los tlaxcaltecas, que se llaman *Nauhtecutli*, y los soldados viejos de los mexicanos echaron una celada para que los tlaxcaltecas se dividiesen de los españoles; y siendo todos juntos los españoles y tlaxcaltecas, algunos tlaxcaltecas y españoles subieron sobre las azoteas de las tiendas que estaban en rededor del tianguetz. Estos que subieron sobre las azoteas descubrieron la celada, y dieron voces á los que iban por bajo y dijeron . . . ¡*Mirad, tlaxcaltecas, que vuestros enemigos están aquí en celada* (*)! Y luego comenzaron á flechar á los que estaban en la celada, mexicanos y tlatilulcanos, y los de la celada como vieron que ya los habian visto, comenzaron á huir: luego empezaron á pelear los unos con los otros, los que venían de *Zacoalco* contra los que estaban en la guarida del tianguetz, y los tlatilulcanos resistían fuertemente á los españoles y tlaxcaltecas para que no entrasen en ea el tianguetz. Estaban los mexicanos de la una parte de la acequia, y los tlaxcaltecas de la otra, y habian quitado los mexicanos todas las puentes del acequia para que no pudiesen pasar los españoles: allí se tiraban los de la una parte á los de la otra con flechas, arcabuces, y dardos, y piedras (que era una cosa de grima.)

(*) ¡Qué sencillez de razonamiento! ¡Qué candor y buena fé para referir este suceso! ¡Cuántos piropos y retruécanos habria usado Solís para contar este hecho! Perdónole al P. Sahagun lo cansado de su estilo por su veracidad.

NOTA DEL EDITOR.

Aunque los dos capítulos precedentes del P. Sahagun dan idea clara de las principales ocurrencias del asedio de México; podrá formarse completa, si se registra lo que en razon de ellas han escrito con bello estilo otros autores, sobre todo, el Abate Clavijero, precediendo un análisis de los hechos y equivocaciones en que pudieron incurrir otros escritores.

No era llana para Cortés la ocupacion de México; diariamente se le presentaban obstáculos que no podía superar, ni con las innumerables hordas que le acompañaban, ni con la superioridad de las armas con que combatía, ni tampoco con los recursos de que abundaba y carecian los oprimidos mexicanos. Su corazon se destrozaba de congoja, aumentada con los horribles gritos que oía de los cautivos españoles puestos de pechos sobre el tajon de Vitzilupuchtlí, esperando el fatal golpe que les iba á quitar la vida entre rábias y despechos: él temía, y con razon, correr la misma suerte; por lo mismo daba treguas á la lucha por si la fortuna le proporcionaba ocasion de terminarla con gloria, y con menos efusion de la sangre castellana (única sangre que economizaba). Durante veinte días (dice Clavijero) no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas algunos capitanes y soldados cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron á Cortés, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas que á sus órdenes tenia, y diese un golpe decisivo que de una vez los sacase de tanto peligro y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlaltelolco, donde habian reunido sus fuerzas los mexicanos, para arruinarlos en una accion, ó al menos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia cuán arriesgada era aquella empresa, procuraba

disuadirlos de ella con las razones mas eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni oponerse á una opinion que habia llegado á ser general en el ejército, tuvo que ceder á sus importunas instancias. Ordenó á Sandoval que con ciento cincuenta infantes y diez caballos fuera á unirse con Alvarado: que emboscase su caballería, y levantase el campo fingiendo que se retiraba, y abandonaba el asedio de la ciudad, para que empeñados los mexicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballería por retaguardia: que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo cegar y apisonar; que no diese un paso adelante sin dejar bien preparado el camino para la retirada; y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar de mano armada en el mercado de Tlaltelolco.

El día señalado para el ataque general, marchó Cortés con veinte y cinco caballos, toda su infantería, y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército por una y otra parte del camino los bergantines, y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division se dió á Julian de Alderete, tesorero del rey, que era el que con mayor empeño habia importunado á Cortés para emprender aquella expedicion, y éste le mandó encaminarse por la calle principal y mas ancha, con sesenta españoles, siete caballos, y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tacuba á la plaza del mercado, la menos estrecha se señaló á los capitanes Andrés de Tápia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta infantes, y más de diez mil aliados, y de la mas estrecha y difícil se encargó Cortés con cien infantes españoles, y con el grueso de tropas auxiliares, dejando á la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con valor: los mexicanos hicieron al principio alguna resisten-

cia; pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que éstos, atraídos por la esperanza de la victoria se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos castellanos llegaron á las calles mas próximas á la plaza, dejando incautamente detras un ancho foso abierto; y cuando con mas ardor procuraban entrar á porfia en la misma plaza, oyeron el horrisono y formidable sonido de la corneta del dios Paynalton, que solo se tocaba por los sacerdotes en caso de una urgencia pública para escitar al pueblo á tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia á los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron á volver atras hasta el foso. Este parecia fácil de pasar por estar lleno de ramazon, chilacaxtle y otros objetos de poco peso; mas al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violeneia del tropel que se agolpaba. Allí fué el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado, y defenderse al mismo tiempo, morian á manos de los mexicanos, ó quedaban prisioneros. Cortés, que habia acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos y eshortaciones, para que su desorden no facilitase los estragos que estaban haciendo los mexicanos. ¡Pero qué voces bastan para contener la fuga de una multitud desbaratada, y agujoneada por el terror? En tal conflicto, Cortés se acercó al foso para salvar á los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados; procuró ponerlos en orden, y dirigirlos al campo, quedando él detras con doce ó veinte hombres para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel dia hubiera sido el último de su vida, á pesar del brio con que se defendió, si los mexicanos en vez de darle la muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran

empeñado como la otra vez en la calle de Tacuba, en cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses; ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á librarlo. Debió Cortés principalmente la vida y la libertad á un soldado de su escolta, llamado Cristobal de Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas, el cual en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó á costa de su propia vida, cortando de un tajo el brazo al mexicano que lo llevaba consigo. Tambien contribuyeron á su preservacion el príncipe de Texcoco D. Carlos de Ixtlilxochitl, y un valiente tlaxcalteca llamado Temacatzin (*).

Llegaron por fin los españoles (continúa Clavijero) aunque con indecible dificultad, y con no poca gente herida, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre á retaguardia con la caballería; pero el arrojo y furor con que los perseguian los mexicanos era tal, que parecia imposible que uno solo escapase con vida. Los que habian entrado por los otros caminos, habian sostenido tambien reñidísimos combates; pero habiendo sido mas diligentes en llenar los fosos, les fué menos difícil la retirada, cuando por orden de Cortés la efectuaron hácia la plaza mayor de México, donde se reunieron: aun allí encontraron obstáculos, porque los mexicanos habian llenado de enormes piedras el suelo, y los caballos caminaban len-

(*) Muchos años ha que lei en un manuscrito este pasage. En él se decia, que mientras Cortés reunia los suyos, los indios lo rodearon, y en derredor suyo rápidamente abrieron un foso que salvó con su caballo, y en memoria de esto, se erigió en la plazuela del convento de la Concepcion una pequeña capillita, que aun ecsiste (y parece trataba de demolerla el ayuntamiento) muy semejante á la que se demolió en la esquina de la calle de Tacuba, llamada de los *Talabarteros*. En frente de S. Hipólito ecsistia tambien otra capillita que llamaron de los *Mártires*, pues allí perecieron muchos españoles en la *noche triste*. Jamás visito estos lugares sin que se me agolpen mil ideas, y deplora nuestro descuido en la historia.

tamente espuestos á sufrir las descargas de piedras y flechas. Desde allí vieron los castellanos con grandísimo dolor elevarse de los hogares del Cú mayor el humo del copalli que sus enemigos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores para desanimarlos les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado, y Sandoval. De la plaza se encaminaron camino de Iztapalapa á su real, ostigados sin cesar por una muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza de Tlaltelolco, por un camino que iba desde el de Tacuba, y avanzaron felizmente sus operaciones hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oido decir á los mexicanos que Cortés y los suyos eran muertos, se retiraron con no poca dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que antes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

Los mexicanos mostraron en este dia su valor y conocimientos militares, pues supieron eludir el golpe bien combinado, que por poco decide entonces la fatal suerte que aun les esperaba y dilataba el cielo por sus altos juicios. Los españoles perdieron, segun Bernal Diaz que llevaba la cuenta de los que iban faltando, mas de sesenta españoles, muertos unos en la accion, y otros prisioneros, que fueron inmolados en el templo mayor de Tlaltelolco á vista de la division de Alvarado, y mas siete caballos, muchas armas, muchas barcas, un cañon, y mas de mil aliados. Murió tambien un capitan de un bergantin, Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores uno ú otro que no saliese herido, ó mal parado.

Este triunfo lo celebraron los mexicanos por ocho dias continuos, con iluminaciones y músicas en los templos; propagaron la noticia por todo el imperio: en comprobacion de ella enviaron á varias provincias las cabezas de los españo-

les muertos con el objeto de amedrentar á las que se les habian rebelado y hacerlas volver á la obediencia como lo consiguieron de algunas. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y se volvieron á poner á punto de resistir una nueva accion. Tambien pusieron las casas arruinadas como estaban antes del asedio. Todo mostraba á par que su valor, su decision por defender su pátria, tan inicuiamente insultada, é invadida.

CAPITULO XXXVIII.

De como los españoles de dia cegaban las acequias y fosos, y de noche los indios las tornaban á abrir.

Como de cada dia los españoles iban mas arrinconando á los mexicanos, los españoles de dia cegaban todas las acequias y fosos que estaban hechos, y los indios hacian de cada dia para con mas facilidad poder pelear y encerrarles en su fuerte para matarlos allí de hambre, teniéndolos cercados y cerrados por todas partes, y los indios de noche tornaban á abrir las acequias y fosos que los españoles habia cegado de dia, y con esto se detuvieron algunos dias que no los pudieron acorrallar como pretendian. Los españoles tenian divididas por agua y por tierra sus plazas, en que peleaban así los españoles como los tlaxcaltecas, los cuales procedian por tierra allanando los caminos y fosos cada dia, y ganando tierra adelante. Los demas indios amigos tenian sus plazas por el agua, en las cuales peleaban por entrarles, y por defender que les entrasen bastimento ni socorro alguno. En esta porfia pasaron algunos dias, que la guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros,

tamente espuestos á sufrir las descargas de piedras y flechas. Desde allí vieron los castellanos con grandísimo dolor elevarse de los hogares del Cú mayor el humo del copalli que sus enemigos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores para desanimarlos les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado, y Sandoval. De la plaza se encaminaron camino de Iztapalapa á su real, ostigados sin cesar por una muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza de Tlaltelolco, por un camino que iba desde el de Tacuba, y avanzaron felizmente sus operaciones hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oido decir á los mexicanos que Cortés y los suyos eran muertos, se retiraron con no poca dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que antes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

Los mexicanos mostraron en este dia su valor y conocimientos militares, pues supieron eludir el golpe bien combinado, que por poco decide entonces la fatal suerte que aun les esperaba y dilataba el cielo por sus altos juicios. Los españoles perdieron, segun Bernal Diaz que llevaba la cuenta de los que iban faltando, mas de sesenta españoles, muertos unos en la accion, y otros prisioneros, que fueron inmolados en el templo mayor de Tlaltelolco á vista de la division de Alvarado, y mas siete caballos, muchas armas, muchas barcas, un cañon, y mas de mil aliados. Murió tambien un capitan de un bergantin, Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores uno ú otro que no saliese herido, ó mal parado.

Este triunfo lo celebraron los mexicanos por ocho dias continuos, con iluminaciones y músicas en los templos; propagaron la noticia por todo el imperio: en comprobacion de ella enviaron á varias provincias las cabezas de los españo-

les muertos con el objeto de amedrentar á las que se les habian rebelado y hacerlas volver á la obediencia como lo consiguieron de algunas. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y se volvieron á poner á punto de resistir una nueva accion. Tambien pusieron las casas arruinadas como estaban antes del asedio. Todo mostraba á par que su valor, su decision por defender su pátria, tan inicuiamente insultada, é invadida.

CAPITULO XXXVIII.

De como los españoles de dia cegaban las acequias y fosos, y de noche los indios las tornaban á abrir.

Como de cada dia los españoles iban mas arrinconando á los mexicanos, los españoles de dia cegaban todas las acequias y fosos que estaban hechos, y los indios hacian de cada dia para con mas facilidad poder pelear y encerrarles en su fuerte para matarlos allí de hambre, teniéndolos cercados y cerrados por todas partes, y los indios de noche tornaban á abrir las acequias y fosos que los españoles habia cegado de dia, y con esto se detuvieron algunos dias que no los pudieron acorrallar como pretendian. Los españoles tenian divididas por agua y por tierra sus plazas, en que peleaban así los españoles como los tlaxcaltecas, los cuales procedian por tierra allanando los caminos y fosos cada dia, y ganando tierra adelante. Los demas indios amigos tenian sus plazas por el agua, en las cuales peleaban por entrarles, y por defender que les entrasen bastimento ni socorro alguno. En esta porfia pasaron algunos dias, que la guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros,

que quitaban la claridad del sol: era tan grande la vocería y grita de los hombres, y mugeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de *grima* (*): era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y robar lo que en ellas había, y captivar niños y mugeres, que parecía un juicio. Señaláronse en este conflicto último, algunos principales mexicanos, en especial un *Temilotzi Tlacatecatl*, que desde encima del Cú, que se llamaba *Mumuztli*, esforzaba grandemente á los suyos, y otro principal que se llamaba *Coyovevetzin*: armado en figura de tigre, llevaba consigo muchos soldados viejos, unos armados como águilas, y otros como tigres, y otros como leones, y hacían gran daño en los contrarios, dando voces y esforzando á los demas para que peleasen sin cansarse ni volver atrás. Entonces vinieron por agua los españoles con dos bergantines y muchos xuchimilcanos que iban ayudándolos, y comenzaron á pelear desde el agua contra los mexicanos que peleaban por tierra; y como vieron venir á estos arriba dichos, armados en figura de tigres, y de águilas, y de leones, voceando y peleando tan fuertemente, volvieron las espaldas y huyeron dellos, y ellos hicieron presa, tomaron y captivaron muchos, y tomaron los bergantines á los españoles, y llevarónlos á una laguna que llaman *Amanalco*. Como esto vieron los españoles y los tlaxcaltecas, comenzaron á pelear con ellos: acudió luego otro principal que se llamaba *Coyovevetzin* con su gente, y arrióse al *Mumuztli* (que era un Cú pequeño que estaba en medio de este tianguetz,) y hízolos volver atrás, y siguiólos hasta aquel lugar que se llamaba *Telpuchcali*, en el barrio de *Atlicuhía*, y allí hiciéronse fuertes, y volviéronse tras aquel principal que se llamaba *Coyovevetzin*, y tras su gente, y dieron con ellos en un acequia. Entonces salió otro principal, llamado el hijo de *Itzpapalotzin* otomitl, el cual iba armado, y con unas divisas ricas. Los tlaxcaltecas y espa-

(*) Esta voz tiene poco uso hoy, importa tanto, como causar miedo, horror y espanto. Sin la verdadera inteligencia de algunas palabras anticuadas no puede tomársele sabor á esta lectura que parece insípida.

ñoles dieron tras aquella capitania, y dieron con ellos en un rio por donde andaban las canoas, y de allí pasáronse á la otra parte de agua. Entre estos iba el señor de *Cuillaóac* (que siempre ayudaba á los mexicanos y tlaltuilucanos,) y los soldados de *Cuillaóac* pensaron que había muerto allí su señor, que se llamaba *Macoatzin*, y airarónse mucho contra los mexicanos, y dijéronles: ¿Por qué nos habeis muerto á nuestro señor *Macoatzin*? y el señor de *Cuillaóac* habló entonces al capitán *Coyovevetzin* diciéndole.... "Hermano *Coyovevetzin*, manda á alguno de los soldados que tiene buena voz, que diga á los míos que estoy bueno y sano." Luego llamaron á un capitán que se llamaba *Tlayamocatl*, y mandáronle que dijese á voces como *Macoatzin* señor de *Cuillaóac* no era muerto, y luego este se llegó á parte donde le pudiesen oír, y dijo: "Soldados de *Cuillaóac*, mirad que vuestro señor *Macoatzin*, me ha enviado á deciros que está vivo y sano, que no penseis que es muerto: miradle que allí está cave el *Mumuzco*." Los soldados de *Cuillaóac* oyendo esto no creyeron que era verdad, y dijeron.... "Engañaisnos, que muerto es nuestro señor *Macoatzin*, vosotros le habeis muerto: tornaronles á responder, diciendo: Mirad que no es muerto, que allá está, y dice: Decid á los soldados de *Cuillaóac* que no soy muerto, y que miren que no se pierda mi espejo, y mis *ajorcas* (*) y mis armas." Habiéndose acabado estas respuestas, comenzaron luego de ambas partes á pelear reciamente, y los tlaxcaltecas llamados *Tlilihizquitepeca* comenzaronnos (*) á amenazar que nos habian de acabar á todos, y comenzaron á entrar peleando por una senda que va hácia la casa de un principal que se llama *Tlaczin*, y como se entraron por aquella senda, luego tras ellos entró otro principal de los mexicanos con muchos soldados viejos, y encontráronse con un capi-

(*) Ajorca, especie de argolla de oro ó de plata, que por adorno traían las mugeres en las muñecas y gargantas de los piés, y los soldados mexicanos ó sus gefes.

(†) Esta es relacion de los capitanes al P. Sahagun.

tan que se llamaba *Tlapanecatl* del barrio de *Atezcapa*, al cual prendieron los tlaxcaltecas, y los soldados que llevaba, arrojáronse contra los que le prendieron, y á poder de flechazos se le hicieron dejar.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE Toluca

NOTA DEL EDITOR.

Harto estropeados y no poco acobardados quedaron los españoles con la derrota que acababan de sufrir, cuando á los dos dias de esta desgracia, se presentaron á Cortés unos enviados de Cuernavaca, pidiéndole socorro contra los de Malinalco que parecia querian confederarse con los cohuizcas, nacion muy numerosa, por causa de haberse confederado con los españoles, y pretendian despues de destruidos los de Cuernavaca, pasar á México á ausiliar á Quauhtimotzin. Cortés menos estaba para dar ausilios que para recibirlos; pero reflexionando en lo mucho que perderia de su prestigio si lo negaba, pues con este hecho mostraba flaqueza, y evitar por otra parte el golpe que le amenazaba, engrosándose las filas de los mexicanos; envió á Andrés de Tápia con los mismos mensajeros, con doscientos infantes castellanos, diez caballos, y un buen número de aliados, previniéndole se uniese con los de Cuernavaca, é hiciese cuanto pudiese á su beneficio y seguridad de sus compatriotas. Efectivamente, Tápia correspondió á esta confianza, y en un pueblecillo situado entre Cuernavaca y Malinalco, tuvo una grande accion con los enemigos, los destruyó y persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla por ser dicho cerro inaccesible á la caballeria; pero asoló la campiña, y volvió á los diez dias que Cortés le habia señalado, incorporándose con el grueso del ejército español. Tambien dos dias despues llegaron mensajeros otomíes, pidiendo socor-

ro contra los matlazincas del valle de Toluca, hombres terribles que ya les hacian la guerra, y ademas, se habian convenido en ausiliar á los mexicanos. Debíales este ausilio no tanto á fuér de desfacedor de agravios, sino á fuér de caballero agradecido, pues le habian ministrado víveres para que pudiera salvar los restos de su ejército cuando salió fugitivo de México, y se dirigia en retirada á Tlaxcala, sin lo cual habria perecido victima del hambre. Confió esta empresa á Sandoval, no obstante que estaba herido de la última accion; pero era hombre infatigable. Marchó, pues con diez y ocho caballos, cien infantes españoles, y sesenta mil aliados. En el camino vió las señales del destrozo que los matlazincas habian hecho sobre los otomíes. Aquellos, luego que vieron á Sandoval, abandonaron los despojos de que iban cargados para ponerse espeditos y hacerle frente. Pasaron un rio que atraviesa el valle, y allí aguardaron á pié firme á los españoles, estos lo vadearon, los atacaron con intrepidez, y pusieron en fuga; siguiólos por espacio de unas nueve millas, hasta una ciudad donde se refugiaron los matlazincas, dejando muertos mas de mil de los suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo, y los obligó á dejarlo y guarecerse en una fortificacion construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y despues de haberla saqueado, pegó fuego á los edificios. Era tarde, y la tropa estaba fatigadísima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar allí aquella noche, reservando el ataque de la fortaleza para la mañana siguiente; mas cuando quiso emprenderlo la halló abandonada. En su regreso pasó por algunos pueblos que se habian declarado enemigos; mas no fué necesario emplear las armas contra ellos, porque amedrentados á la vista de tan grande ejército que se aumentó con refuerzos de los otomíes, se rindieron espontáneamente al gefe español. Estas expediciones (dice Clavijero) fueron de suma importancia, pues á los cuatro dias de regresado Sandoval al campo de Cor-

tés, se le presentaron varios señores de los que hostilizaron á Cuernavaca, á escusarse de sus hostilidades, y á establecer una confederacion, que le fué tan útil á él, como perjudicial á los mexicanos.

Este pasaje es de los mas notables en la historia del conquistador de México. Desmembrar un corto ejército cuando necesitaba de grandes refuerzos y á la vista del enemigo, fué una locura; pero sus consecuencias muy ventajosas. Tal era la fortuna de este hombre singular en su línea, y por tales medios le proporcionaba la Providencia la consumacion de su atrevida empresa.

Mientras los españoles estaban sobre la defensiva curando los heridos de la derrota anterior en su campamento, Cortés apretaba el sitio cuanto podia por agua, y al efecto los bergantines no cesaban de costear por la laguna de dos endos. No podian las canoas mexicanas rivalizar con esta clase de buques, cuya superioridad reconocian; pero á lo menos procuraban oponerles otros que les proporcionasen la introduccion de viveres, y no fuesen tan fáciles de ser echados á pique como las canoas comunes, segun les habia mostrado la esperiencia en el combate naval de Acachinanco. Con este objeto fabricaron los mexicanos treinta barcas grandes, ó sea piraguas, (segun las llamaban los españoles) bien provistas de todo lo necesario, y cubiertas de gruesos tablones para poder combatir en ellas sin gran peligro; con las mismas hicieron una emboscada á los bergantines en las cañaverales que habia en las chinampas, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas ocultas en las aguas, para que chocando con ellas se rompiesen los buques contrarios, ó á lo menos quedasen embarazados para defenderse. Dispuesto e te amaño, sali ron tres ó cuatro barcas pequeñas á provocar á los bergantines que por allí cruzaban, y á empeñarlos con una simulada fuga al punto mismo de la emboscada. Al verlos los españoles, hicieron vela hácia ellas, y cuando estaban mas empeñados en darles caza,

chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al tiempo mismo las treinta barcas grandes que los atacaron por todos lados. Gran riesgo corrieron los españoles de perder los buques y las vidas; pero mientras que con el fuego de los mosquetes entretenian á los mexicanos, tuvieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres ya de aquel embarazo, pudieron servirse de la artillería para ponerlos en fuga. Sin embargo, los bergantines recibieron mucho daño, los españoles quedaron heridos, y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la accion, y otro algunos dias despues. Los mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema, pero instruido secretamente Cortés del sitio en que se ponian en asecho, dispuso otra emboscada con sus bergantines, y le produjo la estratagema el mismo efecto que habia producido á los mexicanos, aunque con mucho mayor estrago que á él, pues la mayor parte perecieron, y otros quedaron prisioneros, entre ellos algunos nobles de quienes se valió para que á su nombre propusiesen un convenio al emperador Quauhtimotzin.

Mandó, pues, decirle, que considerase cuanto se iba disminuyendo la poblacion de su imperio, al mismo tiempo que engrosaban las fuerzas de los españoles: que aunque estos no entrasen en la ciudad á cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada de socorros de toda especie, para que la hambre hiciese lo que no habian hecho las armas: que aun estaba en tiempo de evitar los desastres que le amenazaban: que si admitia las condiciones pacificas que le ofrecia, cesarian inmediatamente todas las operaciones del asedio... quedando el rey en tranquila posesion del poder y de la autoridad que hasta entonces habia gozado, y sus súbditos libres y dueños absolutos de sus bienes. Que lo que solo ecsigia de Quauhtimotzin y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rey de España como supremo señor del imperio mexicano, cuyos derechos habian ya reco-

nocido los mexicanos mismos, y se fundaban en la antigua tradicion de los mayores: que si por el contrario se obstinaba en la guerra, se veria privado de su corona, la mayor parte de sus súbditos perderian la vida, y aquella grande y hermosa ciudad quedaria reducida á cenizas y escombros.

El emperador consultó con sus ministros, con los generales de sus ejércitos, y con los gefes de la religion. Espúsoles las proposiciones que Cortés le hacia, la escasez de viveres, la afliccion del pueblo, y los males aun mayores que todavia les amenazaban, y les mandó que libremente le dijese su parecer. Algunos, previendo el écsito de la guerra, se inclinaban á la paz: otros movidos por odio á los españoles, y por estímulo del honor, insistian en la continuacion de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era del mayor peso en aquel asunto, (como en todos los graves,) se opusieron fuertemente á la paz, alegando los supuestos oráculos de sus dioses, cuya cólera debia temerse si cedian los mexicanos á las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion deberia implorarse con oraciones y sacrificios. Prevalció este dictámen por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud, se respondió á Cortés, que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento. La esperiencia de los sucesos pasados no les permitia fiarse de las promesas de aquellos extranjeros, que por su depravada conducta, robos y crueldades habian perdido el derecho á la confianza; á la verdad que era cosa muy dura abandonar su patria á unos invasores codiciosos sin término, y quedar reducidos por su humillacion á una triste y degradante esclavitud.

Triste era la situacion de los mexicanos, pues se veian abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos, y afligidos por el hambre: tenia esta desventurada corte contra sí á los españoles, al reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, Huezotcinco

y Cholula, casi todas las ciudades del valle de México, las numerosas naciones totonaques, mixtecos, otomies, tlahuiques, cohuicas, matlazincas y otras, de modo que ademas de la mitad del imperio que conspiraba contra su ruina, la otra mitad la miraba con indiferencia; no obstante esto, prevalecia sobre el corazon de los mexicanos la independencia de su patria, y el horror á la esclavitud con que le amagaba una nacion estrangera.

CAPITULO XXXIX.

De como los españoles armaron un trabuco sobre el Cú que estaba en medio del tianguex que se llamaba *Mumuztli* para con él echar gran número de piedras y canos sobre los que estaban arrinconados en el barrio que se llama *Tetenamilt*, donde es la Concepcion.

Los españoles, con intencion de matar con un trabuco, ó á muchos ó á todos cuantos estaban retraidos en su fuerte, armaron un trabuco sobre el Cú, que llaman *Mumuztli*, y de que le hubieron aparejado á su voluntad, soltáronle para que hiciese tiro y cayese una lluvia de piedras sobre los mexicanos que estaban acorralados en el barrio de *Tetenamilt*, cave la Concepcion, y no le acestaron ni le nivelaron tan diestramente que hiciese su tiro conforme á su propósito, y así las piedras fueron á caer á otra parte, y no cayeron sobre la gente que estaba recogida en aquel lugar de *Tetenamilt*; y desto quedaron los españoles muy despechados y descontentos, por haber errado el tiro, y dieron al diablo el trabuco (*) y á los que lo habian inventado, y gastado en él mucho tiempo y madera, y herramienta, y sogas y maromas, y propusieron de no curar mas de aquel *armadijo* (†). Determinaron luego á fuer-

(*) Figúraseme que seria como las que hoy se conocen con el nombre de carronadas.

(†) Armadijo, es trampa que se pone en el campo para cazar algun animal

za de brazos y con ardidés de guerra peleando hacer su negocio, el cual le tenían ya casi acabado; y desta manera se ordenaron para darles guerra hasta rendirlos ó matarlos á todos. Así comenzaron á darles combates espresamente de noche y de dia, y por agua y por tierra. Estaban los tristes mexicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer; bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comían (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir) peleando el dia y la noche donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles. Finalmente, como los mexicanos entendieron que su partido iba muy cuesta abajo, convirtiéronse á buscar los misterios secretos que los antiguos les habían dejado para si se viesen en una necesidad tal como estaban, ayudarse dellos. A este propósito, un principal capitán, de los que entonces eran valientes de la parte de los mexicanos, que se llamaba *Civacoatliacotzin*, habló á los mexicanos diciéndoles: "Señores mexicanos y tlaltuilcanos que estais presentes, en este tan gran conflicto en que estamos, ya veis que todas nuestras fnerzas y nuestro poder no es nada para podernos escapar de las manos de los españoles y de todos nuestros enemigos que los ayudan. Paréceme que será cosa bien acordada que acudamos al favor de nuestros dioses (en especial de nuestro señor *Vitzilopuchtlí*) fundador de la república mexicana, y á los consejos que nos dejaron nuestros antiguos, para que dellos nos ayudásemos en semejante necesi-

ó pájaro. Esta voz está usada con propiedad, y con la que hablaba este varón veraz y sincero.

dad como ahora estamos; porque me acuerdo haber oido á los viejos, que nuestro dios *Vitzilopuchtlí* usaba de dos cosas para contra sus enemigos para aterrarlos y ahuyentarlos; la una se llama *Xiuhcoatl*, y la otra *Mamalhoaztlí*. Ayudémonos agora destas cosas que nuestro dios *Vitzilopuchtlí* nos dejó para nuestro favor; y nuestros antiguos han tenido fé, y confianza en ellas, y por ventura nos aprovechará en este gran peligro en que estamos." Oido esto, los demas convinieron en hacer sacrificio solemne á su dios *Vitzilopuchtlí*, cuya imagen tenían consigo, y él tenía por cetro real en la mano una culebra hecha de mosaico, que llamaban *Xiuhcoatl*, no derecha, sino tortuosa ó combada, y aquella siendo vivo, como nigromántico en las batallas como gran serpiente viva la echaba sobre los enemigos con que los espantaba y hacia huir. Este embuste demandaban ellos que se hiciese sobre los españoles y sus enemigos los indios para espantarlos, y ahuyentarlos. Tenían tambien un buho (hecho de plumajes ricos y espantable) que tambien tenían por cosa de portento para espantar á sus enemigos en las guerras, y con este se vistió uno de aquellos principales capitanes, y subióse sobre una azotea alta donde le pudiesen ver todos sus contrarios para que se espantasen y huyesen todos sus enemigos. No les aprovechó nada todo esto, porque de ahí á tres dias se rindieron. A propósito desto, porque *Xiuhcoatl* que le usaba antiguamente por via de portento, oí decir al P. Fr. Francisco Tembleque, que un dia venia una tempestad muy recia, y él estaba en el coro de aquella casa, donde entonces moraba, y abrió una ventanilla para ver el nublado, y en abriéndola, dióle un rayo en el ojo izquierdo que se le quebró, y tuvo en él gran dolor muy muchos dias, y le parecia que traía colgado el ojo fuera del casco, y cegó dél. Aquel rayo hizo otros daños en la iglesia, y en el retablo della y en la casa, y dijeron los indios que estaban en casa, que habían visto este *Xiuhcoatl* como una serpiente grande que salía de lo interior de la casa por la porteria fuera, y todos los que vieron salir quedaron como tontos por algunos dias, don-

de parece que este era artificio del diablo y de nigrománticos que le invocaban para hacer estas obras (*).

NOTA DEL EDITOR.

El siguiente capítulo tiene una íntima conexión con el precedente, dice así:

(*) La época del P. Sahagun era la de las consejas que tanto creían los conquistadores como los conquistados; siendo en esta línea tan bárbaros y supersticiosos los unos como los otros. Aquellos creyeron que en las batallas de Tabasco y Otumba habían visto á Santiago en un caballo blanco matando indios, y estos en la cuebra de Vitzilopuchtlí, con la diferencia de que los españoles sacaron partido de sus patrañas contra los indios, y estos no, como despues veremos. Hay muchas culebras ratoneras entre los indios que entran y salen en las milpas, y de tal manera se domestican, que de noche no dejan mamar á los niños de pecho sin que las sientan sus madres dormidas, entreteniéndolo á los niños con la punta de la cola que les meten en la boca y entretienen. De estas culebras habia en los templos famosos de la Grecia, como enseña su historia. Natural cosa fué que al P. Tembleque le lastimase el rayo el ojo, pues al abrir la ventanilla, estando cargada la atmósfera de electricidad, atrajo á sí el fluido eléctrico y le causó ese daño; por máxima de precaucion ninguna puerta ni ventana debe abrirse en los momentos de una tormenta. Pudo entonces salir la culebra (que sin duda no fué la del dios de la guerra de los mexicanos) y en esto no hay nada de raro, y mas si el convento estaba en despoblado. Nada prueba el espanto que causó á los indios el verla. El hombre ve lo que cree ver, y lo que le sugiere su imaginacion predispuesta. Los romanos consultaban esta clase de oráculos, tenían colegios de adivinacion, el canto de las aves y su vuelo muchas veces decidieron los casos difíciles en sus asambleas, y no se aventuraban á dar una batalla, si antes los pollos sagrados que llevaban en sus huestas no comian ávidamente el grano que en aquel momento se les daba. Luculo se burló de esta supersticion, vió que los pollos no querian comer antes de dar una accion y los mandó arrojar al agua, diciendo: Si no quieren comer, querrán beber, dió la batalla y la ganó. Ciceron, aunque colocado en el colegio de los Augures, se reia de estas supersticiones, por medio de las cuales (como he dicho) se suspendian las resoluciones mas importantes de la república, segun convenia á los intereses y maniobras de los tribunos revoltosos. ¡Solo en los mexicanos ha de ser un argumento de su barbarie lo que no lo ha sido entre las antiguas naciones tenidas por cultas! ¡Qué injusticia! ¡Pobres mexicanos!

CAPITULO XL.

De como los del Tlaltzilulco dicen que vieron venir un torbellino de fuego de color de sangre, echando de sí brasas grandes y muchas centellas de que tuvieron gran temor, y se rindieron.

CUANDO ya los mexicanos y tlaltzilulcanos estaban muy angustiados por verse acosados de todas partes de sus enemigos, y no tenían posibilidad de huir ni de resistirlos, dicen que un dia á puestas del sol comenzó á llover una mollizna (*) de agua, que tardó como dos horas, y despues de esta mollizna sucedió luego un torbellino de fuego como sangre, envuelto en brasas y en centellas, que partió de hácia Tepeyacac (que es ahora donde está Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlaltzilulcanos, y dió una vuelta por en derredor dellos, y no dice si los empeció (ó dañó) algo, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció. De la vista de este remolino y fuego quedaron todos muy espantados, y allí comenzaron á fricar (†) el negocio de rendirse á los españoles. Desque ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitán D. Hernando Cortés, con que no les dejase en las manos de los tlaxcaltecas y los demas indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni captivados dellos, y para este efecto es de creer que enviaron personas principales de sí mismos, que llevaron la embajada al capitán D. Hernando Cortés, la cual oida por él, y comunicada con sus capitanes, todos ellos vinieron en concederlos lo que demandaban, y concertaron con ellos que tragesen á su señor Quauhtimotzin con cierto número de los mas principales mexicanos y tlaltzilulcanos. Vuelos que fueron

(*) Mollizna, voz anticuada.

(†) Parece que quiso decir platicar.

de parece que este era artificio del diablo y de nigrománticos que le invocaban para hacer estas obras (*).

NOTA DEL EDITOR.

El siguiente capítulo tiene una íntima conexión con el precedente, dice así:

(*) La época del P. Sahagun era la de las consejas que tanto creían los conquistadores como los conquistados; siendo en esta línea tan bárbaros y supersticiosos los unos como los otros. Aquellos creyeron que en las batallas de Tabasco y Otumba habían visto á Santiago en un caballo blanco matando indios, y estos en la cuebra de Vitzilopuchtlí, con la diferencia de que los españoles sacaron partido de sus patrañas contra los indios, y estos no, como despues veremos. Hay muchas culebras ratoneras entre los indios que entran y salen en las milpas, y de tal manera se domestican, que de noche no dejan mamar á los niños de pecho sin que las sientan sus madres dormidas, entreteniéndolas á los niños con la punta de la cola que les meten en la boca y entretienen. De estas culebras habia en los templos famosos de la Grecia, como enseña su historia. Natural cosa fué que al P. Tembleque le lastimase el rayo el ojo, pues al abrir la ventanilla, estando cargada la atmósfera de electricidad, atrajo á sí el fluido eléctrico y le causó ese daño; por máxima de precaucion ninguna puerta ni ventana debe abrirse en los momentos de una tormenta. Pudo entonces salir la culebra (que sin duda no fué la del dios de la guerra de los mexicanos) y en esto no hay nada de raro, y mas si el convento estaba en despoblado. Nada prueba el espanto que causó á los indios el verla. El hombre ve lo que cree ver, y lo que le sugiere su imaginacion predispuesta. Los romanos consultaban esta clase de oráculos, tenían colegios de adivinacion, el canto de las aves y su vuelo muchas veces decidieron los casos difíciles en sus asambleas, y no se aventuraban á dar una batalla, si antes los pollos sagrados que llevaban en sus huestas no comian ávidamente el grano que en aquel momento se les daba. Luculo se burló de esta supersticion, vió que los pollos no querian comer antes de dar una accion y los mandó arrojar al agua, diciendo: Si no quieren comer, querrán beber, dió la batalla y la ganó. Ciceron, aunque colocado en el colegio de los Augures, se reia de estas supersticiones, por medio de las cuales (como he dicho) se suspendian las resoluciones mas importantes de la república, segun convenia á los intereses y maniobras de los tribunos revoltosos. ¡Solo en los mexicanos ha de ser un argumento de su barbarie lo que no lo ha sido entre las antiguas naciones tenidas por cultas! ¡Qué injusticia! ¡Pobres mexicanos!

CAPITULO XL.

De como los del Tlaltzilulco dicen que vieron venir un torbellino de fuego de color de sangre, echando de sí brasas grandes y muchas centellas de que tuvieron gran temor, y se rindieron.

CUANDO ya los mexicanos y tlaltzilulcanos estaban muy angustiados por verse acosados de todas partes de sus enemigos, y no tenían posibilidad de huir ni de resistirlos, dicen que un dia á puestas del sol comenzó á llover una *mollizna* (*) de agua, que tardó como dos horas, y despues de esta mollizna sucedió luego un torbellino de fuego como sangre, envuelto en brasas y en centellas, que partió de hácia Tepeyacac (que es ahora donde está Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlaltzilulcanos, y dió una vuelta por en derredor dellos, y no dice si los empeció (ó dañó) algo, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció. De la vista de este remolino y fuego quedaron todos muy espantados, y allí comenzaron á *fricar* (†) el negocio de rendirse á los españoles. Desque ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitán D. Hernando Cortés, con que no les dejase en las manos de los tlaxcaltecas y los demas indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni captivados dellos, y para este efecto es de creer que enviaron personas principales de sí mismos, que llevaron la embajada al capitán D. Hernando Cortés, la cual oida por él, y comunicada con sus capitanes, todos ellos vinieron en concederlos lo que demandaban, y concertaron con ellos que tragesen á su señor *Quauhtimotzin* con cierto número de los mas principales mexicanos y tlaltzilulcanos. Vueltos que fueron

(*) *O llvizna, voz anticuada.*

(†) Parece que quiso decir platicar.

con esta respuesta, conferieron ante sí, y determinaron que otro día de mañana se irían á entregar como lo mandaba. También los españoles hicieron alto donde pudiesen ser vistos de los que habían de ir; y púsose el capitán en el barrio de Amaxac sobre el tlapanco ó azotea de un principal que se llamaba *Aztaotzin*, allí se sentó en una silla debajo de un dosel de carmesí, rodeado de los demás capitanes y principales españoles, y los mexicanos y tlaltilulcanos con su señor *Quauhtimotzin* partieron de donde estaban alojados, y por el agua comenzaron á caminar hácia donde estaba el capitán con los demás españoles sobre la azotea esperándole. Los que estaban en el fuerte, de que le vieron salir (y sabían que se iba á dar á los españoles) comenzaron á llorar amargamente, doliéndose de que su señor los dejaba, y se pasaba á los españoles, y doliéndose del daño que luego se esperaba, así de sus vidas como de sus haciendas. Llegó *Quauhtimotzin* con los que con él iban, y entregáronse al capitán D. Hernando Cortés, y él los recibió con toda benignidad y muestra de urbanidad y graciosidad. Hecho esto, revolvióse gran alboroto entre los indios amigos de los españoles, y quisieran luego entrar á robar y matar en los mexicanos y tlaltilulcanos dentro de su cercado, y los españoles comenzaron á defenderlos: allí hubo gran matanza y gran revuelta todo aquel día. El día siguiente, que fué el tercero, después que el señor de los mexicanos y tlaltilulcanos se entregó al capitán D. Hernando Cortés con los demás principales que con él iban, cesó la guerra entre los unos y entre los otros. Comenzó el capitán con sus españoles á defender á los mexicanos y tlaltilulcanos, para que no fuesen robados ni captivados de sus enemigos, conforme el pacto y concierto que habían hecho; pero al cuarto día tornaron á desasosegarse. Los tlaxcaltecas con los demás indios que les ayudaban, daban rebate en el fuerte de los mexicanos, y hubo muertes, y robos, y mucha confusión entre los unos y los otros, y los españoles con su capitán fueron á ponerlos en paz, y á defender á los mexicanos; y con todo esto robaron lo que pudieron, y mataron á muchos

de los que estaban en el fuerte, y pasaron algunas cosas notables entre los mexicanos y tlaxcaltecas, que por no ser cosa de mucha esencia se deja de traducir en la lengua castellana.

NOTA DEL EDITOR.

La derrota de los españoles en Tlatelulco los había puesto en una especie de inacción que mortificaba demasiado el ánimo inquieto de Chichimecatl, capitán tlaxcalteca, que condujo á Texcoco la tabla de los bergantines, y que tenía su campo en el de Alvarado. Decidióse á entrar con sus soldados en México afrontando toda clase de peligros, acometió una puente y la ganó, dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió á los mexicanos (dice Gomara) que ardidamente huían para hurtarle la vuelta y tomarlo vivo; mas él se apoyó en sus flecheros que sostuvieron su retirada y mereció grandes aplausos, no solo por su intrepidez en acometer, sino por la sabiduría con que supo salvarse sin mengua de su reputación militar. Los mexicanos quisieron vengarse de él, y asaltaron de noche su campo: peleose allí por espacio de tres horas, y Cortés acudió en su auxilio, y creyó que aquella era buena ocasión de apoderarse de México; mas para ello había obstáculos insuperables. Estimulados los españoles volvieron á la carga con gran fervor, y en el espacio de seis días continuos no cesaron de hacer hostilidades sobre México; en una emboscada que Cortés puso á los de Tlatelulco con treinta caballos, y que apoyaron los bergantines, perecieron quinientos nobles, y muchos quedaron prisioneros. En esta sazón, y cuando mas necesitaba socorros Cortés, le llegaron de Veracruz, y pudo continuar las operaciones del sitio. Sentía destruir la ciudad de México, y no sabía que hacerse; en tal conflicto, el príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl le dijo que podía muy bien tomar la ciudad sin demolerla, impidiendo la entrada de víveres,

pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto mas pronto consumirían las provisiones que les quedaban. Este sabio consejo, dado por un joven á un general como Cortés, lo llenó de complacencia, y en un entusiasmo de afecto corrió á darle un abrazo estrecho; así conocería que no las había con bárbaros. No lo aceptó el caudillo español, antes por el contrario se decidió á demoler toda la ciudad, convirtiendo al efecto á no pocos millares de hombres de su ejército en zapadores, que solo se ocupaban en arruinar edificios y llenar fosos para triunfar, aunque solo fuese sobre sus escombros y cenizas. A par de esto fueron las continuas incursiones sobre México, en que perecían muchos combatientes de ambas partes, y no pocos españoles. Hasta las mugeres ó mancebas de estos, como Maria Estrada, Beatriz Bermudez de Velasco, Juana Martin, Isabel Rodriguez y Beatriz Palacios manifestaron un valor superior á su sexo, é igual al de los mas denodados castellanos. Fué entre otras muy sangrienta la incursión del 24 de Julio, en que Cortés hizo una entrada en México con un número de tropas mayor que el de las anteriores. Los españoles se apoderaron, (dice Clavijero) del camino, por el cual se unia el grande de Iztapalapan con el de Tacuba, operacion que Cortés deseaba con ansia para tener libre la comunicacion con Alvarado. Tomaron y llenaron varios fosos, quemaron y arruinaron muchas casas, entre estas, unos de los palacios del emperador Quauhtimotzin que era vastísimo, sólido y bien edificado, de modo que de las cuatro partes de la capital, tres quedaron aquel dia en poder de los españoles, y los mexicanos se aislaron en Tlatelolco, que por tener allí mas agua la laguna, era la mas fuerte y segura. Una señora mexicana, hecha prisionera en esta ocasion, reveló á Cortés el miserable estado de México; ya, por la falta de víveres; ya, por la discordia que reinaba entre sus habitantes, pues el emperador y su familia estaban decididos á morir, y el pueblo desanimado y cansado con el

asedio. Vinieron muchos fugitivos al campo de Cortés estrechados del hambre, y le confirmaron estas noticias. Repitió al siguiente dia 25 otro ataque; mas los mexicanos mostraron su antigua resistencia, insultando á los tlaxcaltecas zapadores, á quienes decian: "Arruinad traidores nuestras casas, que si vencemos, vosotros nos las reedificareis". . . . "Así lo harémos, (respondian) pero si fueseis vencidos, vosotros las levantareis para que en ellas habiten vuestros enemigos." Este vaticinio tuvo su cumplimiento, porque conquistado México, los mismos mexicanos construyeron las casas de los españoles.

En la entrada del 26 de Julio se multiplicaron los destrozos; mas los indios atacaron á Cortés por retaguardia haciéndolo retroceder. Dentro de breve se halló en estado de tomar un canal y una trinchera para entrar en el mercado de Tlatelolco. En esta vez se reunieron sus tropas con las de Alvarado con indecible júbilo de ambos: despues de haber comenzado el asedio no se habian visto desde entonces. Entró Cortés con alguna caballeria en el mercado, y en la gran plaza vió innumerable gente alojada en los portales, porque se habian arruinado todas las casas del barrio. A falta de ellas, los mexicanos habian construido torres de madera, desde las cuales hacian resistencia arrojando dardos y piedras. Cortés mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio donde se adoraba al dios de la guerra. Al verlas arder el pueblo, prorrumpió en amargas quejas de dolor. Entonces mandó suspender por aquel dia las hostilidades, é hizo proposiciones de paz; pero los sitiados respondieron, que mientras quedase un mexicano con vida, defenderia este su patria hasta morir.

Cuatro dias se mantuvo Cortés sin hostilizar; entró en México y vió innumerable gente popular desfallecida de hambre; muchos se alimentaban con yerbas, insectos y cortezas de árboles: el agua salada les aceleraba la muerte porque no tenian otra que beber. Reiteró sus negociaciones

de paz, y siempre oyó igual respuesta negativa. No faltaron hombres que dirigiéndoles la palabra para persuadirlos, les respondieron impávidos, y les arrojaron á sus tlaxcaltecas algunas tortillas y tamales para mostrarles que aun tenían que comer. Un grupo de estos se dejó ver muy tranquilos é impasibles, como si no tuvieran la muerte á la vista, y lo desdenaron como si viesen los objetos mas insignificantes; otros, entregados al despecho, le dijeron: "¡Ah! si sois hijo del sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en un dia termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males? Queremos morir para ir al cielo donde nos aguarda nuestro dios Vitzilopuchtli, para dar reposo á nuestras fatigas." Cortés insistió en sus proposiciones de paz, y envió á un tio del rey de Texcoco para que las apoyase; mas esta diligencia fué infructuosa. Prometiase el conquistador que el hambre debilitaria á los mexicanos; ya ellos mostraban su flaqueza en el modo de atacarlo, pues era poco el daño que le causaban, y mucho el que recibian.

Al siguiente dia que volvió Cortés á México, se dirigió á unos nobles mexicanos que guardaban una trinchera, á quienes preguntó, ¿por qué se obstinaban temerariamente en su defensa cuando ya era inevitable su ruina? Ellos respondieron; que por sí, nada valian, ni les tocaba hacer otra cosa que obedecer las órdenes del emperador; ofrecieron sin embargo pasar á suplicarle que aceptase la paz: pasaron efectivamente á verlo, y volvieron diciendo, que al dia siguiente hablaría con Cortés su magestad en aquel mismo sitio, (que á juicio del P. Clavijero, era el centro de un gran terraplen cuadrado, en que los mexicanos hacian sus representaciones teatrales,) el cual mandó Cortés adornar con tapetes y bancos, y que se hiciese una gran comida para el emperador y su comitiva. Llegado el dia, mandó decir á Quauhtimotzin que quedaba aguardándolo, y este respondió por medio de cinco personajes de su corte, que no podia

ir por hallarse indispuerto, y porque no se fiaba de Cortés. Este los recibió con extraordinarias demostraciones de cariño: comió con ellos, y los volvió á enviar al emperador, suplicándole viniese sin recelo, pues le empeñaba su palabra de que le trataría con el respeto debido: que su presencia era absolutamente necesaria, sin la que nada se podia concluir. Acompañó el mensaje con un regalo de víveres; los nobles regresaron pasadas dos horas con la misma respuesta que antes, y con otro regalo de trages finisimos. Tres dias se emplearon en estas negociaciones sin provecho.

Cortés habia mandado á los aliados que permaneciesen fuera de la ciudad, por habérselo así rogado los mexicanos durante la conferencia con el monarca; pero viendo perdida toda esperanza de negociacion, llamó todas las tropas de su campo, en que habia ciento cincuenta mil hombres, y con todas estas fuerzas atacó unos fosos y trincheras que eran las mayores fortificaciones que habian quedado, mientras Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Aquel dia fué el mas infausto para aquella desventurada poblacion, y en el que mas copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices armas para rechazar la muchedumbre y furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de México estaban cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veía mas que ruina y desolacion, y solo se oían los heridos gritos del despecho, y los mas dolorosos lamentos. Los aliados se encaminaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los españoles se fatigaron mas en refrenar su crueldad, que en combatir con los mexicanos. El estrago que se hizo aquel dia en estos fué tal, que segun dice Cortés, pasaron de cuarenta mil personas entre muertos y prisioneros.

La intolerable fetidez de tantos cadáveres insepultos, obligó entonces á los sitiadores á retirarse de la ciudad; mas al siguiente, dia 13 de Agosto, volvieron á ella para

dar el último asalto á la parte de Tlatelolco que aun conservaban los mexicanos. Llevó consigo Cortés tres cañones, y todas sus tropas. Señaló á cada capitán su puesto, y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar á los sitiados á echarse á la agua hácia el punto á que debia acudir Sandoval con todos sus bergantines, que era una especie de puerto, rodeado por todas partes de casas, al cual aportaban por lo comun las barcas traficantes que asistian al mercado de Tlatelolco. Encargóles sobre todo que procurasen apoderarse de la persona del emperador, pues esto solo bastaba para hacerse completamente dueños de la ciudad, y poner término á la guerra; mas antes de emprender este golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociacion. Indújolo á esto no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros de Quauh-timotzin y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los mexicanos privados de toda esperanza de conservar sus bienes podrian arrojarlos á la laguna para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables, y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del país, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los españoles. Volvió, pues, á hablar desde un sitio eminente á los mexicanos de distincion que no le eran desconocidos, representándoles el peligro en que se hallaban, y rogándoles hiciesen nuevas instancias á su señor para que se prestase á la conferencia; pues si persistia en el designio de defenderse, él estaba resuelto á no dejar aquel dia á un solo mexicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron á desempeñar su encargo, y á poco rato volvieron acompañando á Cihuacóatl, supremo magistrado de la corte, á quien Cortés recibió con extraordinarias demostraciones de honor y amistad; mas él con aire magestuoso, en que parecia querer manifestar cuan superior era á todas las calamidades humanas, le dijo.... "Ahorra el

trabajo de solicitar una entrevista con mi señor, que está resuelto á morir antes que ponerse en tu presencia.... No puedo esplicaros cuan dolorosa me es esta resolucion; pero no hay remedio, adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios." Cortés le respondió que fuese á preparar los ánimos de sus compatriotas á la muerte, que en breve deberian sufrir. Mandó Cortés que no se hiciese mal á multitud de infelices que se le habian venido á rendir por salvarse del peligro, tan débiles algunos, que morian ahogados al pasar los fosos. Sin embargo de esto, y de haber distribuido en varios puestos á algunos españoles para que refrenasen con su autoridad la furia de los aliados, ellos mataron mas de quince mil personas, entre hombres, mugeres y niños.

Los nobles y los militares que habian abrazado el partido de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas. Cortés viendo que era tarde, y que no cedian, empleó contra ellos los cañones, y no bastando esto, dió con un tiro de arcabuz la señal del asalto. En un momento subieron todos los sitiadores, y de tal manera estrecharon á los débiles y afligidos ciudadanos, que no quedando en la ciudad ni un solo punto en que pudieran guarecerse de tan innumerable muchedumbre, muchos se arrojaron á la agua, y otros se entregaban á los vencedores. La gente principal habia preparado barcas para huir en el último trance: Cortés, que habia previsto este designio, dió orden á Sandoval de apoderarse con los bergantines del puerto ó caleta de Tlatelolco, y evitar la salida de todas las barcas que la intentasen. Apesar de la diligencia de Sandoval muchas escaparon, y entre ellas la que llevaba las personas reales. Sabida esta novedad por este caudillo, mandó á Garcia de Holguin, capitán del bergantin mas veloz que les diese caza, y así lo hizo con tanta oportunidad, que en breve las alcanzó, y cuando los españoles se disponian á hacer fuego contra los fugitivos, estos

alzaron los remos, y echaron las armas en señal de rendirse. En la mayor de las piraguas estaban el emperador de México Quauhtimotzin, la emperatriz Tecuiphotzin su esposa, el rey de Texcoco legítimo Coanacotzin, el de Tlacopan Tellepanquetzaltzin, y otros personajes; abordó el bergantín, y el emperador adelantándose hácia los españoles, dijo al capitán. . . . "Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia, sino la de que trateis á la emperatriz mi esposa y á sus damas con el respeto que se debe á su sexo, y á su condicion," y presentando la mano á la emperatriz, pasó con ella al bergantín. Observando despues que Holguin vela con inquietud las otras barcas, le dijo que se tranquilizase, pues todos los mexicanos, al saber que su monarca estaba prisionero, vendrian gustosos á morir á su lado.

Condujo Holguin aquellos ilustres prisioneros á Cortés que á la sazón se hallaba en la azotea de una casa de Tlatelolco. Recibiólos con tanto decoro como humanidad, y los hizo tomar asiento. Quauhtimotzin le habló con dignidad, diciéndole. . . . "Valiente general, he hecho en mi defensa y en la de mis súbditos cuanto ecsigian de mí el honor de mi corona, y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios á mi resolucion, y ahora me veo sin corona y sin libertad; soy vuestro prisionero, disponed como gustéis de mi persona. . . . y poniendo la mano en un puñal que Cortés traía en la cintura, le dijo. . . . Quitadme la vida con este puñal, ya que no he podido perderla en la defensa de mi reino." Cortés procuró consolarlo, asegurándole que no era prisionero suyo, sino del mayor monarca de la Europa, en cuya clemencia debia confiar; que no solamente le restituiria la libertad, que por desgracia habia perdido, sino tambien el trono de sus ilustres abuelos que tan dignamente habia defendido y ocupado. . . .

La pluma de un mexicano sensible, que copia esta relacion de otro afectado de los mismos sentimientos, y que ha llenado de admiracion á la Europa, y de honra á Veracruz

que lo vió nacer (*), hace aquí una pausa, y abrumado su corazón de dolor, fijos los ojos ante el trono del Señor que dá y quita los imperios, acusa ante sus ángeles y ante todas las naciones que ha de juzgar en el último dia de los tiempos, presentándose con gloria y magestad, á los autores de estos infandos males y desastres. . . . ¡O fatal sombra de Alvarado! prodea la tumba de este monarca desgraciado, mira las victimas que has hecho; tu agresion inicua y sin par, abrió la puerta á este torrente de males. ¡Ah! mis quejas sean tu eterno tormento, y tu nombre se pronuncie acompañado de execraciones y anatemas! Mas entremos en calma, y meditemos sobre el mérito del manuscrito que ha servido de basa y testo á esta relacion que yo presento por primera vez á los mexicanos, y de que no tuvieron noticia sus mayores.

He presentado á mis lectores dos relaciones, como pudiera hacerse en un juicio contradictorio, para que puedan formar con esactitud el suyo sobre ellas; la una difiere de la otra en los puntos mas esenciales, por ejemplo, en quanto á la prision y muerte de Mochtezuma, y en quanto á la prision de su sucesor Quauhtimotzin. La primera está fundada sobre lo que escribió Hernan Cortés al emperador Carlos V. y el Conquistador anónimo, de cuya relacion dice el P. Clavijero: "Allí llamo al autor de una breve, pero curiosa y estimable relacion, que se halla en la coleccion de Ramusio, con el titulo de Relacion de un gentil hombre de Hernan Cortés. . . . No he podido adivinar (añade) quien fuese este gentil hombre, porque ningun autor antiguo lo menciona; pero sea quien fuere, es sincero, esacto y curioso." Yo entiendo (descansando en la opinion del Sr. Veytia) y en la de D. Alonso de Zurita (cuyos manuscritos poseo) que era el mayordomo mayor de Cortés llamado Francisco de Tarrazas, el qual escribió en octavas la conquista de México que no llegó á ver la luz por la imprenta como la de

(*) El Sr. Abate Clavijero.

los Araucanos por D. Alonso de Ercilla. ¿Mas este podría acaso referir algo de lo que pudiera ofender la reputación de su amo? Claro es que no. Tampoco este pudo decir cosa alguna que lacerase su reputación cuando hablaba á Carlos V. Muy aventurada es la historia que únicamente se funda en los partes oficiales que dan los generales á sus gobiernos: nunca dicen que han perdido una batalla, ni que han cometido un desacierto: quienes dan testimonio de esto son los testigos presenciales de sus operaciones, ó los muchos millares de viudas, huérfanos y familias desconsoladas que han sido víctimas de sus despropósitos, temeridad ó cobardía. No puede argüirsele otro tanto á una multitud de personas que han sido testigos presenciales de los hechos que refieren, ó que han intervenido en la escena y hecho algun papel: que hablan con sencillez, y cuentan lo que vieron, en dias de calma, y cuando ya han pasado los rumores de la guerra, y nada tienen que esperar ni temer: tal es el carácter de los indios que consultó el P. Sahagun, y cuyas relaciones privadas supo traducir del mexicano al idioma español, dedicándose por muchos años á la averiguación y escritura de los hechos. ¿Qué distantes estaban ellos de que algun dia viesen la luz sus escritos, y de las inquietudes que agitan á los que temen ser castigados por lo que cuentan á sus amigos, ó consignan á sus familias, para que por medio de ellas se transmita á su posteridad la memoria de unos sucesos, por los cuales sus mayores perdieron su libertad y su patria! Tal es el carácter de la relacion precedente, y de otras que no han llegado á nuestras manos, por haberse perdido en la obscuridad de los tiempos, ó por haberlas recogido maliciosamente el gobierno español. En esta parte fueron tan curiosos los indios, que aun algunas mugeres escribieron la relacion de la conquista, como la Sra. Doña Maria Bartola india de Ixtapalapa, y no habiéndose generalizado entonces la escritura en lengua castellana, formaron su historia en mapas, como la

del imperio de Acolhuacan ó Texcoco, en que se distinguen con la mayor esactitud y claridad los dos gobiernos de aquel reino, á saber, el de la gentilidad y el de los españoles. Este preciosísimo monumento, que el R. P. Dr. Fr. Francisco Rojas, provincial de Sto. Domingo de México, heredó de su familia, entroncada con la de Mochtezuma, se ha regalado al Museo de la Universidad, y no puede verse sin llamar la atención y admirar la esactitud con que los indios antiguos conservaban la memoria de sus hechos, por medio de unos caracteres, cuya clave se ha perdido. Muchos monumentos de esta especie recogió D. Lorenzo Boturini para formar su museo, y los recogió de los tugurios y jacales miserables de los indios, cuyo idioma aprendió, y con cuyas costumbres se familiarizó para ganarles la confianza, y adquirir estos inapreciables documentos de que da idea en el prospecto de la obra que meditaba escribir. Estos restos de la antigüedad fueron el cuerpo del delito que se le imputó, y por lo que se le mandó preso á España; depositáronse en la biblioteca de la Universidad de México, de donde se sacaron para que el señor cardenal de Lorenzana comentara las cartas de Cortés: otros quedaron en la secretaría del antiguo vireinato; pero se miraron con tanto desprecio, que los chiquillos del oficial mayor (D. Antonio Moran) jugaban con ellos por tener muchas figurillas que no entendían y los hacían pedazos. ¡Bárbaros gobernantes! mejor diré, tiranos, en cuya bastarda política entraba la mácsima de destruir toda memoria de la antigüedad, para que no atestase contra tan criminal usurpacion. Por tal motivo, el visitador Areche del Perú, entendiendo en el castigo de Tupacamaro, mandó borrar los retratos de sus mayores, y proscribir el uso de sus antiguos trages é idioma; en Atzacapotzalco se habia hecho casi otro tanto, pues se mandaron picar de la pared las imágenes de los monarcas tecpanecas que allí tuvieron su corte, y en Chapultepec de México corrió igual suerte la imagen del último Mochtezuma, á pesar de

estar grabada sobre peña viva. En consonancia con estos principios está la ley 1, tit. 12, lib. 2 de la Recopilacion de Indias, que entre varias cosas ordena: „Que no se pueda publicar ni imprimir de las cosas de los indios, mas de aquello que á los del consejo pareciere.” La ley 1, tit. 24, lib. 1, dispone que no se impriman libros de materias de Indias sin ser vistos y aprobados por el consejo. Algo mas dice otra: „Que ni se imprima, ni use arte ó vocabulario de la lengua de los indios, sin ecsámen ni revision de dicho tribunal: que de cada libro que se imprima en las Indias, se remitan veinte al consejo; y que los que traten de materias de América, se vean y censuren por uno de los del consejo.” He aquí las cadenas y trabas poderosas puestas por las mismas manos que esclavizaron á los pueblos: he aquí el mayor acto refinado de despotismo contrario á lo que Dios nos habia dicho por Job: Interroga generationem pristinam, et diligentér investiga patrum memoriam. En esta operacion tuvo no poca parte el mismo Hernan Cortés, porque una de las mas singulares súplicas que hizo á Carlos V. fué, que no permitiera que viniesen letrados á la América: el queria gobernar la mexicana bárbara y militarmente: queria que no hubiera quien le desaprobara sus hechos, ni los anotara para la historia, ni informara sobre ellos á la córte. Acerca de esto estuvieron tan vigilantes los primeros conquistadores, que por ellos se dictaron las leyes del título 16, lib. 3 de Indias.

Muchas observaciones podria presentar, con que demostraria la justicia con que prefiero este manuscrito del P. Sahagun sobre quanto escribió Hernan Cortés, el escritor anónimo, Francisco Lopez de Gomara, y otros de aquella época. Con respecto á este, solamente diré, que se guió por las relaciones de Cortés, con quien trató en Sevilla, y publicó pocos años despues de su muerte, su conquista. Disfrutaba entonces de un gran prestigio, así por su nombradía, como por las muchas riquezas que se habia propor-

cionado en México, y en toda la Nueva-España de que fué señor absoluto. Quejábase Cortés de que se le debian por cuenta de la real hacienda sobre doscientos mil ducados que habia gastado en la expedicion y descubrimientos de Californias. Cuando regresó á España, entre muchas alhajas riquisimas, llevó (dice Gomara, capítulo 64, tomo 2.) cinco esmeraldas, entre otras que tuvo de los indios, finisimas, que las valuaron en cien mil ducados, la una era labrada como rosa, la otra como corneta; otra, un pez con los ojos de oro, obra de los indios maravillosa: otra era como campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con bendito quien te crió, por letra (tal era su inscripcion:) la otra era una tacita con el pié de oro, y con cuatro cadenitas para tenerlas asidas en una perla larga por boton, tenia el bebedero de oro, y por letrero, inter natos mulierum non surrexit maior. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses de la Rabida, cuarenta mil ducados, para revenderla al gran turco; pero no las diera él entonces por ningun precio, aunque despues las perdió en Argel cuando fué allá con el emperador. Dijéronle como la emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pediria y pagaria el emperador, por lo cual las envió á su esposa por joyas, con otras muchas cosas antes de entrar en la córte, y así se escusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas (dice Gomara) á su esposa por joyas que fueron las mejores que en España tuvo muger. ¿Habria escritor que en aquella época osase presentar al mundo las atrocidades de un hombre colmado de tantas riquezas, y que se atrata las miradas de todos los monarcas de la Europa? ¿Habria quien mostrase las maldades de una conquista que el gobierno español no solo tenia por legitima, sino por santa, y medio de ganar la gloria eterna? Sin duda que no; luego un documento escrito en aquella época, por testigos presenciales de la conquista, con ánimo sincero, con candor y buena fé; un documento formado para conservar privadamente la me-

moria de una catástrofe que trastornó el imperio mexicano, es preferible á los otros plagados con el sello de la adulación, y en que se canonizan los crímenes, y parangonan con las virtudes.

En apoyo de estas reflexiones, yo presentaré á mis lectores un cánón ó regla de crítica sacado de los mismos escritores españoles, es decir del Ecsámen apologético de la histórica, narracion de los naufragios, peregrinaciones y milagros de Alvar-Núñez Cabeza de Vaca, en las tierras de la Florida, y Nuevo-México. Es la historia (dice) una fiel relacion de los sucesos acontecidos en aquel tiempo en que la historia se escribe, y propiamente de escritores de las mismas eras que se llaman *Scriptores suorum temporum*; siendo de mayor aceptación y crédito de los historiadores que se declaran; aumentándose la estimacion y acumulándose el respeto de verdadera como de mas cierta á la historia, cuando el que escribe refiere haber visto los sucesos que cuenta.

El cuidado de pintar ante los ojos de los lectores el retrato desnudo de los afeites y coloridos disfraces, adornados solo de la blanca tela de la verdad, es evidente señal y cierto indicio de todo, cuando ageno de pasiones, despojado de ostentacion, escribe sencillamente, manifestando la sincera verdad, la llaneza de la pluma. *Bonus historicus est, qui de iis scribit rebus quibus ipse interfuit* (*)

Ninguno de estos caracteres falta á la relacion de los indios que tradujo el P. Sahagun. Ella está hecha con el mismo candor que una niña inocente pudiera contar á su padre una desgracia que le hubiera ocurrido. Esa que parecerá á algunos rusticidad en el hablar, y una repeticion empalagosa para el que solamente busca en un escrito la belleza del estilo, es efecto del candor con que se enuncia lo que se vió y entendió. El plan es uniforme, y cuanto concierne á las ideas de Cortés desde que saltó en tierra hasta

(*) Dice Polibio, hist. lib. 12.

que subyugó á los mexicanos, lo es igualmente. El mismo es el lenguaje del conquistador, cuando figurando pantomimicamente ser el dios Quetzalcohuatl á quien esperaba Mochtezuma, recibe con desden y ceño fiero, el oro y riquezas con que lo obsequia, preguntando si no hay mas que darle, y quejándose descaradamente de que es poco, (porque era infinita su codicia.) Ese mismo usa Cortés cuando reclama á Quauhtimotzin el tesoro en Coyoacan, y para cuya averiguacion le hace dar tormento. Todo, todo es uniforme, nada hay contrahecho, el mismo hombre, el mismo lenguaje, las mismas pasiones. . . . No se escriben así las fábulas, ni se fingen los nombres de los actores de la escena; de muchos dá testimonio el P. Sahagun, porque los conocia. *Quid adhuc desideramus? Vino abajo la fábula de la prision de Mochtezuma luego que Cortés supo la muerte de Juan de Escalante: la de la revolucion de Cholula en que se mataron muchos miles de indios sin el menor motivo aparente: la del bautismo de este monarca, (que yo creí, porque no habia visto este documento original:) la muerte de este principe de una pedrada por su sobrino; finalmente, la prision de Quauhtimotzin por Garcia de Holguin, y otras mil patrañas que se tuvieron por verdades en el largo espacio de tres siglos. Rasgóse el velo, y apareció la verdad. . . . Nihil est occultum quod non revelabitur. La conquista fué un saltéo que no podrá justificarse, en la que compitieron la crueldad con la codicia, mas descarada. La entrega de Quauhtimotzin fué el resultado de la desesperacion y pérdida de toda esperanza; fué un monarca destituido de autoridad, desobedecido por un pueblo que ya no podia sufrir la doble calamidad de la guerra, hambre y terror; si, el terror digo, y á él atribuyo la causa principal de la rendicion de México, porque hasta el cielo mismo, por inapeables juicios de su altísima y adorable Providencia, en castigo de la idolatria, protegió las miras de Cortés: ya se entiende que hablo de la eshalacion meteorológica que cruzó por el campo de los mexica-*

nos y tlaltelulcos, que recorrió toda la laguna, y que produjo una horrible detonacion, que los llenó á todos de pavora, sobre la que ocupaba sus desfallecidos ánimos. Este meteoro de la electricidad, se repitió el 8 de Mayo de 1829 en Marabatio, Irimbo y Tuxpa, causando el estallido á manera del de un cañon de muy grueso calibre, que hizo salir de sus casas á porcion de gentes, que asustadas pedian misericordia al cielo, como consta en el Astro Moreliano de Valladolid de Michoacan, de 11 de dicho mes de Mayo. (Artículo, Noticias del Estado.) Ignoraban los mexicanos que este era un meteoro de la naturaleza en el año de 1521. Así como los mexicanos del año de 1790 corrieron espantados por nuestras calles hasta el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe á la vista de una bellissima hermosa Aurora boreal, creyendo que llovía fuego del cielo, y vieron sacar en procesion al Santísimo Sacramento por ciertos frailes, aunque en sus aulas de filosofia se enseñaba la fisica moderna, y se explicaba este fenómeno hermoso de la naturaleza.

CAPITULO XLI.

De otras cosas que pasaron cuando los mexicanos y tlaltilulcanos, juntamente con el señor de México, se entregaron á los españoles.

OTRAS cosas que aquí (no) se ponen, pasaron tambien cuando los mexicanos con su señor se rindieron al capitan D. Hernando Cortés. Desque fueron llegados los mexicanos y tlaltilulcanos con su señor á la casa en cuya azotea estaba esperándolos el capitan D. Hernando Cortés, descendieron algunos de los españoles (aquellos á quienes el capitan mandó) y recibieronle, sacándole de la canoa, y llevándole con grande alegría á la presencia del capitan, y luego soltaron la artillería, y tocaron las trompetas y atambores, y levantaron el estandarte en

señal y regocijo de la victoria. Todo aquel dia se regocijaron los españoles con ver ya acabada aquella guerra tan prolija y tan costosa, y acariciaron y regocijaron al señor de México, y á los principales mexicanos y tlaltilulcanos. Luego el dia siguiente de mañana se pregonó la paz, y mandaron á los que estaban acorralados que saliesen seguramente, y libremente se fuesen á sus casas á reposar y consolar; y tambien apregonaron mandando á los españoles, y los tlaxcaltecas, y todos los demas indios, que ningun daño les hiciesen, ni les tomasen cosa alguna de sus haciendas, ni tomasen esclavos algunos hombres ni mugeres, niños ni niñas; y cuando los que estaban acorralados salieron de su corral (habiendo entendido el pregon que se habia dado) en llegando á la calzada hácia el barrio que se llama *Coyomacazco*, algunos de los tlaxcaltecas acometieron á robar y á matar á los que salian, y mataron y robaron á algunos. Visto esto por el capitan, luego envió á los españoles á que fuesen á defender á los mexicanos, y impidiesen, y aprisionasen á los que hacian aquel daño. Despues desto, los que salian comenzaron á dividirse por diversos caminos hácia donde querian ir: otros salieron por el agua en canoas, y otros apeando por el agua; y como salieron á tierra algunos soldados, comenzaron á robarlos y á captivarlos; solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mugeres (y aun hasta hacerles abrir la boca) para ver si llevaban oro en ellas, y escogian mozos y mozas los que mejor les parecian, y los tomaban para esclavos, y algunos mozos y mozas se disfrazaban poniéndose todo en las caras, y cubriéndose con mantas rotas porque no les tomasen por esclavos. Como llegó la relacion de este hecho á la presencia del capitan, luego proveyó para que aquellos malhechores fuesen impedidos, y presos, y llevados á su presencia antes que mas mal se hiciese (aunque todavia *herraron en la cara á algunos mancebos y mugeres de buena disposicion.*) Este dia, en la noche, metieron al señor de México, é á sus principales mexicanos y tlaltilulcanos en

nos y tlaltelulcos, que recorrió toda la laguna, y que produjo una horrible detonacion, que los llenó á todos de pavora, sobre la que ocupaba sus desfallecidos ánimos. Este meteoro de la electricidad, se repitió el 8 de Mayo de 1829 en Marabatio, Irimbo y Tuxpa, causando el estallido á manera del de un cañon de muy grueso calibre, que hizo salir de sus casas á porcion de gentes, que asustadas pedian misericordia al cielo, como consta en el Astro Moreliano de Valladolid de Michoacan, de 11 de dicho mes de Mayo. (Artículo, Noticias del Estado.) Ignoraban los mexicanos que este era un meteoro de la naturaleza en el año de 1521. Así como los mexicanos del año de 1790 corrieron espantados por nuestras calles hasta el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe á la vista de una bellissima hermosa Aurora boreal, creyendo que llovía fuego del cielo, y vieron sacar en procesion al Santísimo Sacramento por ciertos frailes, aunque en sus aulas de filosofia se enseñaba la fisica moderna, y se explicaba este fenómeno hermoso de la naturaleza.

CAPITULO XLI.

De otras cosas que pasaron cuando los mexicanos y tlaltilulcanos, juntamente con el señor de México, se entregaron á los españoles.

OTRAS cosas que aquí (no) se ponen, pasaron tambien cuando los mexicanos con su señor se rindieron al capitan D. Hernando Cortés. Desque fueron llegados los mexicanos y tlaltilulcanos con su señor á la casa en cuya azotea estaba esperándolos el capitan D. Hernando Cortés, descendieron algunos de los españoles (aquellos á quienes el capitan mandó) y recibieronle, sacándole de la canoa, y llevándole con grande alegría á la presencia del capitan, y luego soltaron la artillería, y tocaron las trompetas y atambores, y levantaron el estandarte en

señal y regocijo de la victoria. Todo aquel dia se regocijaron los españoles con ver ya acabada aquella guerra tan prolija y tan costosa, y acariciaron y regocijaron al señor de México, y á los principales mexicanos y tlaltilulcanos. Luego el dia siguiente de mañana se pregonó la paz, y mandaron á los que estaban acorralados que saliesen seguramente, y libremente se fuesen á sus casas á reposar y consolar; y tambien apregonaron mandando á los españoles, y los tlaxcaltecas, y todos los demas indios, que ningun daño les hiciesen, ni les tomasen cosa alguna de sus haciendas, ni tomasen esclavos algunos hombres ni mugeres, niños ni niñas; y cuando los que estaban acorralados salieron de su corral (habiendo entendido el pregon que se habia dado) en llegando á la calzada hácia el barrio que se llama *Coyomacazco*, algunos de los tlaxcaltecas acometieron á robar y á matar á los que salian, y mataron y robaron á algunos. Visto esto por el capitan, luego envió á los españoles á que fuesen á defender á los mexicanos, y impidiesen, y aprisionasen á los que hacian aquel daño. Despues desto, los que salian comenzaron á dividirse por diversos caminos hácia donde querian ir: otros salieron por el agua en canoas, y otros apeando por el agua; y como salieron á tierra algunos soldados, comenzaron á robarlos y á captivarlos; solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mugeres (y aun hasta hacerles abrir la boca) para ver si llevaban oro en ellas, y escogian mozos y mozas los que mejor les parecian, y los tomaban para esclavos, y algunos mozos y mozas se disfrazaban poniéndose todo en las caras, y cubriéndose con mantas rotas porque no les tomasen por esclavos. Como llegó la relacion de este hecho á la presencia del capitan, luego proveyó para que aquellos malhechores fuesen impedidos, y presos, y llevados á su presencia antes que mas mal se hiciese (aunque todavia *herraron en la cara á algunos mancebos y mugeres de buena disposicion.*) Este dia, en la noche, metieron al señor de México, é á sus principales mexicanos y tlaltilulcanos en

un bergantin, y los llevaron á aquel lugar donde tenian juntos todos los bergantines, que se llamaba *Acachinanco*, que es en la orilla de la laguna de la parte de México. El dia siguiente volvieron los españoles á este barrio de *Amarac*, todos venian armados, pero no á punto de guerra, y cuando llegaron á este barrio de *Amarac* y de *Coyonacazco*, todos se ataparon las narices con unos paños de lienzo que para esto traian, por el gran hedor que estaba en todos estos barrios de los cuerpos muertos y podridos de que estaba lleno todo el campo, y tambien por las acequias (que era cosa pestilencial.) Todos venian á pié, y traian consigo al señor de México *Quauhtimotzin*, y al señor de Texcuco que se llamaba *Coanacotzin*, y al señor de los tecpanecas que se llamaba *Tetlepanquetzatzin*. Venian todos tres juntos, en medio de los dos venian *Quauhtimotzin*, señor de México. Venian tras ellos acompañándolos los principales siguientes: *Cihuacoatl* (ministro del emperador,) *Tlacotzi*, *Ttilancalqui*, *Petlahuzi*, *Vitznacotl*, *Motelchiuhtzi*, *Mexicatl*, *Achauchtili*, *Tecutlamacazqui*, *Coatzitlatlatzin*, *Tlazoliatitl*, los cuales tenian en su poder todo el oro que se habia juntado en el tiempo de la guerra. Todos fueron derechos al barrio que se llama *Atatzinco*, donde ahora está edificada la iglesia de Santa Lucía, aquí en el *Tlaltulco*. Gran copia de españoles iban detras destes principales guardándolos, ordenados de dos en dos, y llegando á la casa del principal, que se llamaba *Coyovevetzin*, subieron á la azotea desta casa, la cual estaba toda entoldada con mantas ricas por sombra del sol. Tenian allí aparejada la silla y dosel para el capitan D. Hernando Cortés, el cual llevaba consigo á su intérprete Marina, y sentado el capitan, asentóse á su mano derecha el señor de México *Quauhtimotzin*, y cave él se asentó el señor de Texcuco *Coanacotzin*.

NOTA DEL EDITOR.

¡Qué escena tan dolorosa presenta este capítulo! El señor de México, el emperador, el inocente *Quauhtimotzin*, preso en su misma capital, trasladado de un bergantin español, morada de la gente mas soez que han arrojado los mares sobre nuestras playas, para ser paseado en triunfo por las calles mismas de su capital á la vista de un numeroso pueblo, cuya libertad habia defendido tan bizarramente, y rodeado de unos bandoleros.... ¡Ah! ¡la imaginacion no puede sostener esta idea, ni la pluma presentarla al papel como la concibe! ¡Obstupescite Dii! ¡Obstupescite homines!!!.... Mas todavia le faltaba que apurar el cáliz de la tribulacion, y sufrir los horrores de la ignominia, y la amargura de un tormento de fuego, y despues la muerte pendiente de un árbol.

CAPITULO XLII.

De la plática que hizo el capitan D. Hernando Cortés á los señores de México, Texcuco y Tlacupa, despues de la victoria, en la cual tuvo cortés á todos los señores desta comarca de México (*).

EN esta junta, que el Sr. D. Hernando Cortés tuvo en este pueblo del *Tlaltulco* á los señores destas comarcas de México, se puede decir que les tuvo cortés, donde se trataron muchas cosas: la primera y principal fué hacer señor del *Tlaltulco* con sucesion de hijos y nietos á un principal que se llamaba *Avelitzotzi*, de donde se sabe por cosa cierta que los señores ó reyes que reinaban en esta tierra, no sucedian por generacion, sino por eleccion, y la confirmacion dellos la hacia *Moctheuzoma* como emperador, y como lo usaron sus an-

(*) Si así son todas las cortés, no es mala para ellas.

tecesores. Lo segundo de que se trató, fué del de recoger de los tributos, que modo se tenia en el recoger dellos antiguamente. Aquí se trató de como los tres señores de México y Texcuco y Tlacupa se juntaban todos tres con toda su gente, para ir á conquistar alguna provincia (aunque los señores de ella en ninguna cosa hubiesen ofendido á estos tres señores ni á sus tierras) de donde claramente se colige que eran tiranos, (*) como hubiesen vencido á los que iban á conquistar, repartian entre sí aquella provincia, y hacian otras diligencias para asegurar su dominio en aquella provincia, y mandábanlos acudir con los tributos á México, y allí se repartian entre los tres señores, segun la traza que daba el señor de México. Esto se trata en este capítulo breve y confusamente; pero en los libros de la historia desta tierra se trata en muchas partes, en especial en el libro sexto, de la manera que tenian en el conquistar, y en el repartir, y en el poner de las leyes á los conquistados, los cuales libros que fueron doce, envió por ellos nuestro señor el rey D. Felipe, y se los envié yo por mano del Sr. D. Martin Henriquez, Visorey que fué desta tierra, y no sé que se hizo dellos, ni en cuyo poder están agora. Llevólos despues desto el P. Fr. Rodrigo de Sequera, desque hizo su oficio de comisario en esta tierra, y nunca me ha escripto en que pararon aquellos libros que llevó en lengua mexicana y castellana, y muy historiadados; ni sé en cuyo poder están agora, donde está escripto en doce libros todo lo que se pudo alcanzar de las cosas divinas y humanas, y políticas y naturales de animales, áves y yerbas que se pudieron alcanzar. Tratóse tambien en esta junta de que pareciese el oro, y joyas, y piedras que se perdieron en aquella acequia (†) que se llama Tol-

(*) Cumpliósse en ellos el proverbio del Espíritu Santo, Con la vara que mides serás medido. Cortés hizo lo mismo que ellos habian hecho; Qué lección para los gobiernos!

(†) Hoc opus, hic labor est, este era el gran negocio que movia á Cortés; lo demas era nada, á lo primero habia venido, y no mas; esto era lo principal, la religion lo accesorio, la traía en la punta de la lanza.

tecaacaloco, donde murieron mas de trescientos españoles y muy muchos indios tlaxcaltecas, y se perdió todo el fardage y riquezas de los españoles. Desto se hizo diligente inquisicion, y pareció el oro que se habia allegado en la conquista de México; pero no pareció el tesoro aquellos robaron (*) cuando los españoles salieron huyendo de México. Aquí se ponen las respuestas que en esta inquisicion los mexicanos y tlaltuilcanos hicieron, echando este robo los unos á los otros, y los otros á los otros; y finalmente, despues de hechas muchas diligencias y habiendo dado tormento á muchos indios y principales sobre este caso, no se sabe en que paró el negocio. Cerca del señorío que entonces se dió á aquel indio D. Juan Avelitotzin, yo le conocí hartos años que tenia el señorío, y de la parte de México conocí á otros que tuvieron el señorío (†), y despues acá (como la audiencia está siempre presente en esta ciudad) ordenóse y mejor, que no hubiese señor ni por eleccion, ni por sucesion, sino que hubiese gobernadores puestos por la misma audiencia, uno que gobernase en México, y otro en el Tlaltuilco, como ahora se hace, y el imperio desta tierra es de S. M. del rey D. Felipe nuestro señor, al cual nuestro Señor Dios dé vida y prosperidad por muchos años en esta vida, y en la otra eterna, Amén.

Hecho esto aquí en este pueblo del Tlaltuilco, luego el marqués con todos los españoles se fué al pueblo de Coyoacan á acabar sus córtes. Allí se trataron muchas cosas y en muchos dias, y se dieron repartimientos á los españoles conquistadores, y el capitan D. Hernando Cortés se quedó por gobernador desta tierra, y luego él y todos los demas capitanes y personas principales dellos escribieron al invictísimo emperador Carlos V., que entonce era rey de las Españas, y el

(*) Es equívoco.... Lo propio no se roba, sino lo ageno.

(†) El señorío se redujo á nombrar dos gobernadores, uno de S. Juan de México, y otro de Santiago Tlaltelolco, con facultades económicas, siendo la principal cobrar los tributos y entregarlos, y ser unos corchetes de los virreyes, corregidores, y real audiencia. Decíase la Teypan de S. Juan y Santiago.

capitan y gobernador D. Hernando Cortés escribió al emperador una carta, en que suplicaba que se enviasen á estas partes predicadores de la fé católica, y frailes de S. Francisco recoletos, para que predicasen á esta gente indiana é idólatra la ley de Dios, y los convertiesen á la fé católica de la santa iglesia romana, lo cual el emperador escribió al Sumo Pontífice, informándole de lo que en esta tierra habia pasado, y de lo que era menester para que se entendiese luego en la conversion destos indios idólatras. El papa Adriano sexto (el cual habia sido ayo del emperador) proveyó este negocio de manera, que envió á esta tierra doce frailes de S. Francisco recoletos españoles de la provincia de S. Gabriel, con toda su autoridad para fundar, y regir á todos los que destos indios se convertiesen, los cuales llegaron á esta tierra con los favores que el mismo emperador los dió, á la presencia del gobernador D. Hernando Cortés, el año de 1525.

Fray Bernardino de Sahagun.

NOTA DEL EDITOR.

Esparcida por todo este país (dice Clavijero) la noticia de la toma de México, prestaron obediencia á Cortés las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas que por espacio de dos años hicieron guerra á los españoles. Los aliados volvieron á sus casas satisfechos con la parte que les habia tocado, y con haber destruido una corte, cuya dominacion no podian sufrir, y cuyas armas los tenian en perpetua inquietud. No sabian que ellos mismos forjaban las

cadena que debian aprisionarlos, ni conocian que arruinado aquel imperio, solo debian aguardar las otras naciones esclavitud, y envilecimiento.

El botin no fué tanto como esperaban los vencedores; las piezas de oro, plata y plumas que por su singular artificio se conservaron enteras, fueron mandadas á Carlos V; todo el resto del oro que se mandó fundir apenas llegó á diez y nueve mil y doscientas onzas; tanto porque los mexicanos echaron una gran parte en la laguna; como porque así los españoles como los indios aliados procuraron en el saqueo indemnizarse de sus fatigas del modo que pudieron, y aun asesinando á los mexicanos, como dice el P. Sahagun. Los estragos de esta conquista nos los presenta Bernal Diaz del Castillo con su estilo grosero, de una manera que horripila. Es verdad, y juro amen, (dice) que toda la laguna, y casas, y barbacas estaban llenas de cuerpos, y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escribia, pues en las calles y en los mismos patios de Tlatelolco no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruicion de Jerusalem, mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé. Tan horrible espectáculo no bastó para arredrar á Hernan Cortés, é impedir que presenciase otros que podrian haber conmovido á las fieras mismas, pues afectaban directamente la sensibilidad del corazón, de un corazón que se decia cristiano; tal fué el que el mismo regentó, mandando poner á cuestion de tormento al emperador Quauh-timotzin, al ministro de este, al rey de Tacuba y otros personajes, con el objeto de averiguar donde estaba el oro. El tormento que se dió al primero fué, quemarle poco á poco los piés despues de habérselos untado con aceite, por lo que quedó casi imposibilitado de andar este monarca; toleró con constancia invicta el tormento, y de su boca no se oyó ni una palabra que pudiera satisfacer los deseos de su tirano: su ministro le dirigió la vista en el tormento, y entendió que

con aquella mirada le pedia su consentimiento para declarar donde estaba el oro porque se le preguntaba; mas Quauhtimotzin le dijo enérgicamente, ¿acaso estoy yo descansando en un lecho de flores? Con tal respuesta enmudeció de todo punto y murió en la tortura. Los panegiristas de Cortés han pretendido disculparlo, diciendo, que se vió precisado á condescender con las instancias de sus oficiales y soldados, que sospechaban que queria apoderarse del tesoro del emperador, principalmente con las de Julian de Alderete, tesorero mandado por el obispo Fonseca, enemigo de Cortés, y fiscal inmediato de todas sus operaciones. Dicen, que ofendido de esta medida, ó sea horrorizado, hizo quitar á Quauhtimotzin del potro; pero estas consejas solo se cuentan á niños; Cortés tenia sobrada energía para reprimir cualquier desman de los suyos, y para echar una cadena aun á sus capitanes mas amigos, como Juan Velasquez, cuando hirió en una contienda á otro español, y tambien él fué herido; él imitaba á César, que cuando queria perdonar, se valia secretamente de sus legionarios para que le pidiesen el castigo, así como con una sola palabra milites, en lugar de comilitones, sabia reprimir un motin militar. La lujuria y la avaricia son dos vicios que marcan el carácter de Cortés en la mayor parte de su vida, y consiguiente á ellos, la crueldad, porque los vicios son correlativos. Nadie, mejor que el mismo P. Sahagun ha pintado esta escena de la inquisicion del oro: léase el cap. 41 (*). Mas yo ahorraré á mis lectores el trabajo de buscarlo allí, transcribiéndolo á la letra: "Como estuvieron juntos (dice) los tres señores de México, Texcuco y Tlacupan con sus principales, delante de D. Hernando Cortés, mandó á Marina que les dijese donde estaba el oro que habia dejado en México, y luego los mexicanos le sacaron todas las joyas que tenian escondidas en una canoa llena, y todo lo pusieron delante del capitán

(*) Entiéndase de la primera edicion que hice en 1829, Imprenta de Galvan.

y de los españoles que con él estaban, y como lo vió, dijo: ¿No hay mas oro que este en México (*)? Sacadlo todo, que es menester todo. Y luego un principal, llamado Tlacutzin, habló á Marina respondiendo: "Di á nuestro señor capitán, que cuando llegó á las casas reales, la primera vez, vió todo el que habia, y todas las salas cerramos con adoves; no sabemos que se hizo el oro que habia, tenemos que todo lo llevaron ellos (†), y no tenemos mas de este ahora, y el capitán respondió diciendo; que es verdad que todo lo tomamos, pero todo nos lo tomaron en aquel paso de acequia, que se llama Toltecaacaloco, es menester que luego parezca, y luego respondió un principal mexicano, que se llamaba Cioacoatlactzin, y dijo á Marina: Dile al señor capitán, que nosotros los mexicanos no peleamos por el agua con canoas; ni sabemos esta manera de pelea que solo los de Tlaltilulco que peleaban por el agua atajaron á nuestros señores los españoles, y creemos que solo ellos lo tomaron, y luego respondió Quauhtimotzin, y dijo al principal Cioacoatl; ¿Qué es lo que dices? Aunque es así que los del Tlaltilulco lo tomaron fueron presos, y todo lo tornaron, en el lugar de Texopan se juntó todo, y esto que está aquí, y no hay mas. Dijo luego á Marina.... El nuestro capitán dice, que no está aquí todo, y respondió el principal Cioacoatl: ¿Por ventura algun Macehoatl ha tomado alguno? Buscarse ha, y traerse ha á la presencia del capitán. Otra vez dijo Marina.... El señor capitán dice que busqueis doscientos tejuelos de oro tan grandes como así (y señalóles con las manos el grandor de una patena de cáliz.) Otra vez habló el principal Cioacoatl, y dijo.... ¿Por ventura alguna, las mugeres lo llevaron escondido debajo de las enaguas, buscarse ha, y traerse ha á la presencia del señor capitán....

(*) Así preguntó cuando cómicamente representaba en la bahía de Veracruz el papel del dios Quetzalcohuatl: el hombre es el mismo en su misma mesmidad.

(†) Así fué, por eso se ahogaron.

Este diálogo, aunque empalagoso, está bien patético: muestra á toda luz el ahinco con que se buscaba el oro por Cortés, y el tono petulante y orgulloso con que lo pedía repantigado en su silla. ¿Y será creíble que esta pasión devoradora de las riquezas se trocase en compasión á favor de Quauhtimotzin, de un hombre de quien únicamente se prometía Cortés hallar lo que tan ávidamente buscaba? Eso sería no conocer el corazón humano. Bernal Diaz dice, que se solicitó el oro en la laguna, y de ella se sacaron algunas cosas de este metal, entre ellas un sol semejante al que envió Moctheuzoma á Cortés, cuando este se hallaba en la costa. Entre los despojos reunidos, á consecuencia de esta pesquisa que se enviaron á Carlos V., habia perlas de enorme tamaño, joyas preciosísimas, y alhajas maravillosas de oro; mas la nave en que fueron cayó en manos de Juan Florin, corsario frances, y pasaron á la corte de Francia, que autorizaba estos robos, bajo el famoso y frívolo pretesto de ser el rey cristianísimo tan hijo de Adán como Carlos V. Parece que esta era la moral universal de la Europa en aquella época contraria á los preceptos del Decálogo. No era este el primer caso de esta naturaleza que habían visto los españoles en esta América. En principios de Julio de 1502, á la vista del puerto de Santo Domingo perecieron veinte y un navíos de los mejores de la flota española, cargados de oro, sin que hombre alguno escapase: allí se hundieron doscientos mil pesos que se remitían á España, y también se fué á pique aquel monstruoso grano de oro que se descubrió á la orilla del rio Hayna de la isla española, que Francisco de Bobadilla compró para Fernando é Isabel la católica, el cual pesaba tres mil y seiscientos escudos de oro, y era tan grande como uno de los mayores panes de Castilla (*). Los mineros castellanos que lo hallaron, en muestra de la ale-

(*) Véase la historia del descubrimiento de la América Septentrional por Colon, que publiqué en México en 1826. Imprenta de Ontiveros, capítulo 17, pág. 133.

gría que les causó ver joya tan nueva y admirable, asaron un lechon, y lo comieron sobre aquella riqueza, celebrando haber comido en mesa de metal tan fino, á la cual ningun monarca se habia sentado.... Quizas el Oceano (dice la historia) no habia recibido tanto tesoro de un golpe en su anchuroso seno; pero como era el precio de la iniquidad y de la crueldad, quiso el cielo con la pérdida de tanta riqueza vengar la sangre de tantos infelices que habia sacrificado la codicia para acopiarla.

Hizose la conquista de México en 13 de Agosto de 1521, ciento noventa y seis años despues de fundada por los Aztecas, y ciento sesenta y nueve despues de erigida en monarquía, habiendo sido antes república aristocrática, gobernada por veinte señores. Ocuparon su trono sucesivamente once soberanos, y en los mas de ellos se reunió la sabiduría con el valor. El sitio de México, comparable al de Jerusalem, así por la tenacidad y valor con que lo sostuvieron los mexicanos, como por la rabia infernal de sus invasores, duró setenta y cinco dias, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles mas de ciento. Ignórase el número de mexicanos muertos; pero segun los datos de Cortés y Bernal Diaz, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre.

CONCLUSION.

Hé aquí la verdadera historia de la conquista de México. Téngola por tal, por haberla escrito un misionero hombre de bien, sincero, ilustrado, amigo de la verdad, independiente del mundo por su estado religioso, y tan sencillo y veráz, que por solo esta cualidad fueron sus escritos condenados al olvido por el gobierno de Felipe II para que jamas atestiguasen contra la crueldad de los conquistadores; en fin, autor coetaneo á los hechos que refiere, que dedicado por una larga série de años á la penosa tarea de escribir, observa con mucha curiosidad y esactitud sin par, cuanto merecia ser asunto de su historia, y ademas los usos, costumbres, ritos y teogonia de los indios para dirigir sus conciencias en el confesonario, y tambien posee su idioma á maravilla hasta formar un Calepino que facilitase á sus hermanos misioneros la inteligencia de la lengua del país. ¿Quién, por tanto, osará negarle el asenso á cuanto nos ha referido, sin hacer traicion á la justicia? Ninguno ciertamente.

Uno de los principales motivos que he tenido para glosar esta historia, presentándola en su verdadero punto de vista, ha sido el alto desprecio con que he visto tratar á los antiguos indios mexicanos, teniéndolos por una horde de bestias, y á su monarca por un estúpido y cobarde, por no haber opuesto una vigorosa resistencia á los castellanos tan luego como se presentaron en la costa; pues con solo prohibir que se les ministrasen víveres, habrian perecido al rigor del hambre y

del clima dañino, ó reembarcádose para Cuba de donde salieron; obrando en sentido contrario, pues los obsequió y regaló con el oro, en cuya demanda venian, les puso con esto espuela para que penetrasen hasta la córté. Mas los que así piensan, se olvidan del poderoso influjo que tienen las preocupaciones de los pueblos, y que muchas veces ellas solas bastan para que consumen su ruina. La historia nos comprueba esta verdad. Alejandro marchó á Gordio en Frigia, y se supo aprovechar de una superstición creida generalmente en aquella tierra. El imperio de la Asia estaba prometido al que desatase el complicado nudo con que el yugo y collares de los caballos estaban atados al pértigo de un carro de guerra. Alejandro por un diestro ardid, se cree que cortándolo desataba el nudo, sin dejar tiempo á los gordianos para saber como lo habia ejecutado. Esta pronta resolucion, y la presencia de su ejército, contribuyó á que los habitantes lo creyesen instrumento de los designios de Dios, y se le sometieron sin resistencia.

Por cosa rara se cuenta de un general romano, que viendo que los *pollos sagrados* no comian con aían los granos que se les daban antes de dar una batalla, para averiguar si debería ó no darla, viendo que por esta circunstancia perdía la ocasion de atacar al enemigo con ventaja, haciéndose superior á este augurio, los arrojó á un rio diciendo: *Si no quieren comer, querrán beber*, dió la accion y obtuvo la victoria. Semejante superioridad de ánimo sobre las preocupaciones religiosas, ha sido dada á poquísimos hombres, y aun en nuestros dias hemos visto convertido en fatalista al gigante de la Europa, consultar con el mentido libro de los destinos, y guiarse por sus oráculos, á pesar de la sabiduría de su siglo, y de su talento ilustrado.

¿Qué hay, pues, que censurar en la conducta de Moctezuma, cuando de sus mayores habia aprendido, que los emperadores de México solo eran unos lugar tenientes de Quetzalcoatl, á quien deberian devolver el imperio cuando se presentase á recobrarlo viniendo del Oriente, cuando habian prece-

dido señales espantosas de la próxima conclusion de su reinado, cuando esta se la habia predicho el sabio rey de Texcoco, ganándole un partido á la pelota, cuyo juego ignoraba dicho rey, cuando Moctezuzoma era conocidamente religioso observante de sus leyes, sóbrio y moderado, no menos que prudente, como lo confiesan los mismos escritores españoles (*). Efectivamente, el tuvo á gran dicha que en sus dias se cumpliese el oráculo, y suspiraba por la venida de este dios anunciado, cual desearan las naciones de la época de Augusto, principalmente la hebréa por la venida de un Mesías que les trajese toda clase de ventura, y el recobro de su independencia de los romanos. Hé aquí la causa por que muchas veces he deplorado el fanatismo y supersticion asociado á los tronos, porque indefectiblemente causa la ruina de los imperios. Téname que la misma causa lo sea, si no de la destruccion, á lo menos de la mengua del imperio celeste de la China, si acaso es cierto que aquella nacion presume por sus oráculos (como se asegura) que los bárbaros (†) llegarán un dia á dominarlo, y por lo que tambien se cuenta que están agitados de temor viéndose hoy invadidos por los ingleses.

Cierto es que Moctezuzoma en breve recibió el desengaño de su error, pues notó que las acciones de Cortés no correspondian á las de una divinidad benéfica, sino á las de un agresor inmoral, que venia cometiendo desmanes escandalosos con la horde que acaudillaba; pero ya era tarde, y no podia volver sobre pasos, ni oponerle una justa resistencia. Cuando así lo intentó, ya la fama de Cortés habia volado por todo el imperio; sus vasallos rebeldes habian encontrado en él un apoyo para substraerse de su obediencia; los Totonacos, los Zempoales, y despues los Tlaxcaltecas se le habian confederado; semejante á un pequeño rio que recibe en su cauce diversos arroyos, al llegar á México era como un brazo de mar, pues á su tránsito por los pueblos se le habian unido y aumentado su or-

(*) Herrera, que es el príncipe de ellos.

(†) Así llaman á las naciones cultas de Europa.

gullo y poderío para disponer á su llegada á México de la suerte del imperio mexicano. Ved aquí al monarca atado de manos, y precisado á tener esa condescendencia que se ha calificado injustamente de *cobardía*.

Por la ignorancia de nuestra historia, ó sea, por la bondad genial de los mexicanos, se les ha creido débiles y afeminados; dándose por cosa hecha su sumision á alguna potencia de Europa que se presente con una regular espedicion. ¡Mas cuanto se han equivocado, los que en tal piensan!..... México defendió su independencia palmo á palmo, mostró la misma energía que el pueblo mas amante de ella, y cual la pudo defender la España en la guerra de cinco años contra los franceses. No fué por cierto Hernan Cortés el que sometió á los mexicanos, no, fueron los *ciento cincuenta mil indios auxiliares* reunidos á su ejercito, y que pelearon apoyados en armas superiores, y desconocidas. El pendon castellano no flameó sobre los escombros y ruinas de esta capital, sino cuando cien mil tlaxcaltecas zapadores habian arruinado hasta los cimientos la mayor parte de sus edificios. Combatieron por espacio de setenta y cinco dias asediados por agua y tierra, pelearon con gloria, derrotando dentro de la ciudad hasta por tercera vez á los españoles, prendiendo al mismo Cortés, á quien conservaron vivo, por tener el placer de inmolarlo en el *tajon de Vitzilopuchtli*: lucharon al mismo tiempo con la ruda naturaleza, es decir, con la epidemia de viruelas, que les arrebató á mucha parte de su poblacion, y á uno de los mas valientes de sus reyes. La ruina y asedio de México, con razon lo ha comparado Torquemada y Bernal Diaz con la de Jerusalem, y aun cree que la ha escedido. En fin, este pueblo heroico hizo cuanto debia el mas valiente del mundo en defensa de sus derechos. Ténganlo así presente los que hoy pretendan subyugarlo segunda vez; entiendan que el espíritu de aquellos ilustres defensores, se ha transmitido á sus descendientes, y que así lo han acreditado en la guerra pasada que les proporcionó su emancipacion. Podrán (repito) llegar espediciones de Eu-

ropa, podrán penetrar hasta lo interior de la república; pero cierto que no regresarán á los puntos de donde partieron. Bien puedo decirles con el poeta *Fontanes*.

*¡Otros los tiempos son, su esfuerzo es vano!
Su duro cetro rompese en su mano (*)*.

¡Plega al cielo darles en tales circunstancias un caudillo (que hoy no tienen) que corresponda á sus esperanzas, que sostenga con dignidad el honor de la nacion; que conozca la alteza del puesto que ocupa, y que con hechos heróicos borre de la historia de nuestros últimos tiempos la decidia, la apatía, la ineptitud y el egoismo con que hemos visto deturpar el nombre mexicano, y cuyo recuerdo nos saca lágrimas, así como la desgraciada suerte del ilustre monarca, cuya historia hemos referido!!

¡Mexicanos! Yo os convido á que visiteis conmigo las ruinas del antiguo Tlatelolco sobre las que todavía pisamos los fragmentos de las macanas cortadoras con que en aquella aréa, sepulcro de millares de indios valientes, se peleó por la libertad de nuestra patria. El lúgubre tañido de una campana tan antigua como la torre gótica, unico monumento que allí se presenta erigido por la piedad de los primeros misioneros, y en cuya construccion tuvo una parte activa el bendito P. Sahagun, me recuerda su grata memoria. Yo me figuro ver á sus sombras caras asociadas con la de Alvarado que giran en derredor de aquellas tumbas, y que recon viniéndole amargamente á este perverso, le dicen. . . . ¡Bárbaro! He aquí tu obra. . . . Este inmenso cementerio abriga los huesos de millares de valientes, de sus esposas é hijos que aguardan el herido grito de la resurreccion universal, para presentarse al Supremo Juez, y pedir venganza contra tí. Nosotros (le dirán) estábamos dispuestos á recibir una religion de paz que llenára nuestros corazo-

(*) Bien persuadido de esta verdad Voltaire, decia.

El fiero americano

En su simplicidad,

Nos iguala en valor,

Nos excede en bondad.

nes de esperanza y consuelos, y por la que nos libramos de ser inmolados en las aras de nuestros númenes, si fuéramos prisioneros en la guerra; pero tu ambicion, avaricia y crueldad, lanzándose sobre nosotros á sangre fria por despojarnos de nuestras joyas, nos provocaron á una justa venganza, hasta inmolarnos con gloria en este sitio. Por tí ha corrido á torrentes nuestra sangre, perpetuándose han nuestras desdichas hasta los tristes restos de nuestra indígena generacion presente! ¡O vosotros los que cantais hoy en la Europa las glorias de Cortés, suspended vuestros acentos de alegría! ¡transportaos con la imaginacion á este lugar luctuoso, y escuchad los tristes ayes de los que despues de tres siglos, todavía son víctimas de la ambicion de aquel afortunado general! ¡Quiera el cielo, compatriotas, que el recuerdo de tamaños males os haga marchar por la senda de la justicia y del orden, para que no se repita entre vosotros la dolorosa escena del 13 de Agosto de 1521, y que no selleis para siempre en este mismo campo por segunda vez vuestra esclavitud é ignominia!

Carlos María de Bustamante.



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

	PAG.
Disertacion del editor sobre la Aparicion de Ntra. Sra. de Guadalupe de México , , , , ,	1
Prólogo del P. Sahagun, foliage segundo , , , , ,	1
CAPITULO I.—De las señales que aparecieron á la venida de los españoles , , , , ,	11
CAP. II.—De los primeros navios que aparecieron en Veracruz ,	13
CAP. III.—De lo que proveyó Mochtezuma con la noticia de la llegada de los españoles , , , , ,	17
CAP. IV.—Como parecieron en el mar los navios en que vino Cortés , , , , ,	20
CAP. V.—De lo que aconteció á los embajadores de Mochtezuma á Cortés , , , , ,	22
CAP. VI.—Como volvieron á México los embajadores de Mochtezuma que habianse ido á recibir á Quetzalcóatl , , , ,	27
CAP. VII.—De lo que los embajadores que volvieron de la mar dijeron á Mochtezuma , , , , ,	30
CAP. VIII.—Como Mochtezuma juntó cuantos nigrománticos, encantadores, agoreros, embaidores y hechiceros habia en todo su reino para que fuesen á encantar, enhechizar, y embair á los españoles para que no llegasen á México , , , , ,	33
CAP. IX.—Del llanto que hizo Mochtezuma con todos los de su córte, de que supo de sus embajadores como los españoles era gente muy fuerte y valerosa , , , , ,	37
CAP. X.—Como los españoles entraron la tierra adentro, habiendo echado á fondo todos sus navios, y del recibimiento palearado que les hicieron los otomies , , , , ,	40
CAP. XI.—Como los españoles llegaron á Tlaxcala , , , ,	55

- CAP. XII.—Como Mochtezoma envió un principal de su corte disimulado, para que pensasen los españoles que era Mochtezoma, y con él avió otros muchos principales de su corte con gran presente de oro, y piedras, y plumages, para que el capitán pensase que era Mochtezoma el que le iba á recibir, y salióle esta ficción al revés de lo que pensaba , , , , , 63
- CAP. XIII.—Lo que Mochtezoma despues que supo lo que habia sucedido de la ficción que hizo, y de lo que pasó entre Tezcaltipuca y los encantadores y nigrománticos que segunda vez envió contra los españoles , , , , , 68
- CAP. XIV.—Como Mochtezoma cerró los caminos para que los españoles no entrasen en México , , , , , 73
- CAP. XV.—Como los españoles salieron de Ixtapalapa, y llegaron á México , , , , , 79
- CAP. XVI.—Del recibimiento que Mochtezoma hizo á los españoles con su capitán en la entrada de la ciudad de México , 81
- CAP. XVII.—De lo que pasó despues que entraron los españoles en las casas reales de México , , , , , 84
- CAP. XVIII.—Como los soldados saquearon tambien las propias casas de Mochtezoma , , , , , 89
- CAP. XIX.—De lo que aconteció en ausencia del capitán D. Hernando Cortés, cuando fué á recibir á Diego Velasquez, siquier á Pámfilo de Narvaez, y dejó en su lugar á Pedro de Alvarado, siquier Jorge de Alvarado , , , , , 94
- CAP. XX.—De la matanza que hicieron los españoles en los indios mexicanos, cuando estaban ocupados en los loores y cantares de Vitzilipuchtli su dios, en el mesmo patio deste ídolo , , 99
- CAP. XXI.—De la manera con que comenzó el ódio y la guerra entre los españoles y mexicanos, estando ausente D. Hernando Cortés, y segun la relacion de los españoles , , , , 103
- CAP. XXII.—Como llegó la nueva á México de que ya venia D. Hernando Cortés, habiendo vencido á Pámfilo de Narvaez, y venia la vuelta de México , , , , , 103
- CAP. XXIII.—De como Mochtezoma y el señor de Tlaltelolco y de Texcuco fueron hallados muertos fuera del fuerte, que los mataron los españoles del fuerte y los echaron fuera , , , , 112
- CAP. XXIV.—Como los españoles y los indios tlaxcaltecas, y los demas que con ellos estaban, huyeron de México de noche , 120

- CAP. XXV.—Como los vecinos del pueblo que se llama Teucalhuycan salieron á recibir de paz y con bastimentos al capitán y á sus españoles, cuando fueron espelidos de México en el barrio que se llama Otancapulco, que ahora es Sta. Maria de los Remedios , , , , , 125
- CAP. XXVI.—Como los españoles llegaron al pueblo de Teucalhuycan, y allí se confederaron con los indios, y recibieron dellos buen tratamiento y bastimentos, y compañía para el camino , , , , , 128
- CAP. XXVII.—De como los mexicanos despues de haber recogido el despojo de su victoria, fueron tras los españoles, y los alcanzaron cave un monte que se llama Atzaquemeca , , , 130
- CAP. XXVIII.—Del tiempo que los españoles estuvieron en México en paz y amistad de los indios, y el tiempo que estuvieron en su enemistad y odio , , , , , 134
- CAP. XXIX.—De las fiestas que hicieron á sus dioses los mexicanos, despues que vivieron de la guerra que los españoles habian tenido cerca de Octumba , , , , , 137
- CAP. XXX.—De la pestilencia de las viruelas y sarampion que vino sobre los indios desta Nueva-España despues que los españoles salieron huyendo de México, y de como se comenzó la guerra contra los mexicanos en el año de 1520 , , , , 142
- CAP. XXXI.—De como á la lengua de la agua en Texcuco los españoles pusieron en perfeccion los bergantines con los cuales conquistaron á los mexicanos; y del desafio para comenzar la guerra, en que D. Hernando Cortés atribuye á los mexicanos la traicion del comienzo de la guerra y muerte de Mochtezoma. 147
- CAP. XXXII.—De como los españoles partieron con los bergantines de Acachinanco, y desbarataron todas las canoas que vinieron contra ellos por la laguna , , , , , 176
- CAP. XXXIII.—De como la gente popular mexicana de miedo de la guerra desampararon su pueblo, y huyeron á los montes, y otros pasaron al Tlaltitlulco , , , , , 181
- CAP. XXXIV.—De como los chinampanecas venieron á ayudar á los mexicanos, conviene á saber, los de Xuchimilco, y los de Cuiclaóac y los de Ixtapalapa de mala (fé) , , , , 186
- CAP. XXXV.—De como habiéndose recogido los tenuchtilas ó (ó mexicanos) al Tlaltitlulco para hacerse fuerte con los tlal-

tilulcanos, prendieron en una escamuraza diez y ocho españoles	187
y los sacrificaron á sus dioses , , , , , , , , , ,	189
CAP. XXXVI.—De como los mexicanos en este pueblo del Tlaltululco prendieron cincuenta españoles, y otros muchos indios, y los sacrificaron á sus dioses , , , , , , , , , ,	192
CAP. XXXVII.—De la primera vez que los españoles entraron en el tianguex (ó mercado) deste Tlaltululco , , , , , ,	193
CAP. XXXVIII.—De como los españoles de dia cegaban la acequias y fosos, y de noche los indios las tornaban á abrir, , ,	201
CAP. XXXIX.—De como los españoles armaron un trábucó (ó cañón de artillería) sobre el Cú que estaba en medio del tianguex, que se llamaba Mumuztli, para con él echar un gran número de piedras y cantos sobre los que estaban arrinconados en el barrio que llaman Tetenamitl, donde es la Concepcion , ,	209
CAP. XL.—De como los del Tlaltululco dicen que vieron venir un torbellino de fuego de color de sangre, echando de sí brazas grandes, y muchas centellas, de que tuvieron gran temor, y se rindieron , , , , , , , , , ,	213
CAP. XLI.—De otras cosas que pasaron quando los mexicanos y tlaltululcanos, juntamente con el señor de México, se entregaron á los españoles, , , , , , , , , , ,	230
CAP. XLII.—De la plática que hizo el capitán D. Hernando Cortés á los señores de México, Texcuco y Tlacupa, despues de la victoria, en la qual tuvo córtés á todos los señores de esta comarca de México , , , , , , , , , ,	233
CONCLUSION, , , , , , , , , , , , , , , ,	242

Nota.

La continuacion de esta historia está en la Memoria de D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, publicada por el editor de esta obra en 118 fojas, el año de 1839, intitulada: *Horribles crueldades de los conquistadores de México, y de los indios que los auxiliaron, para subyugarlo á la corona de Castilla.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 D. GENERAL DE BIBLIOTECAS

